
BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES
La
ESCUELA
del
BIEN
Y DEL
MAL
SOMAN CHAINANI


La
ESCUELA
del
BIEN
Y DEL
MAL

SOMAN CHAINANI



Ilustraciones de Iacopo Bruno

Traducción de Elisabeth Casals



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *The School For Good and Evil*
Editor original: Harper Collins
Traducción: Elisabeth Casals

1.ª edición: enero 2019

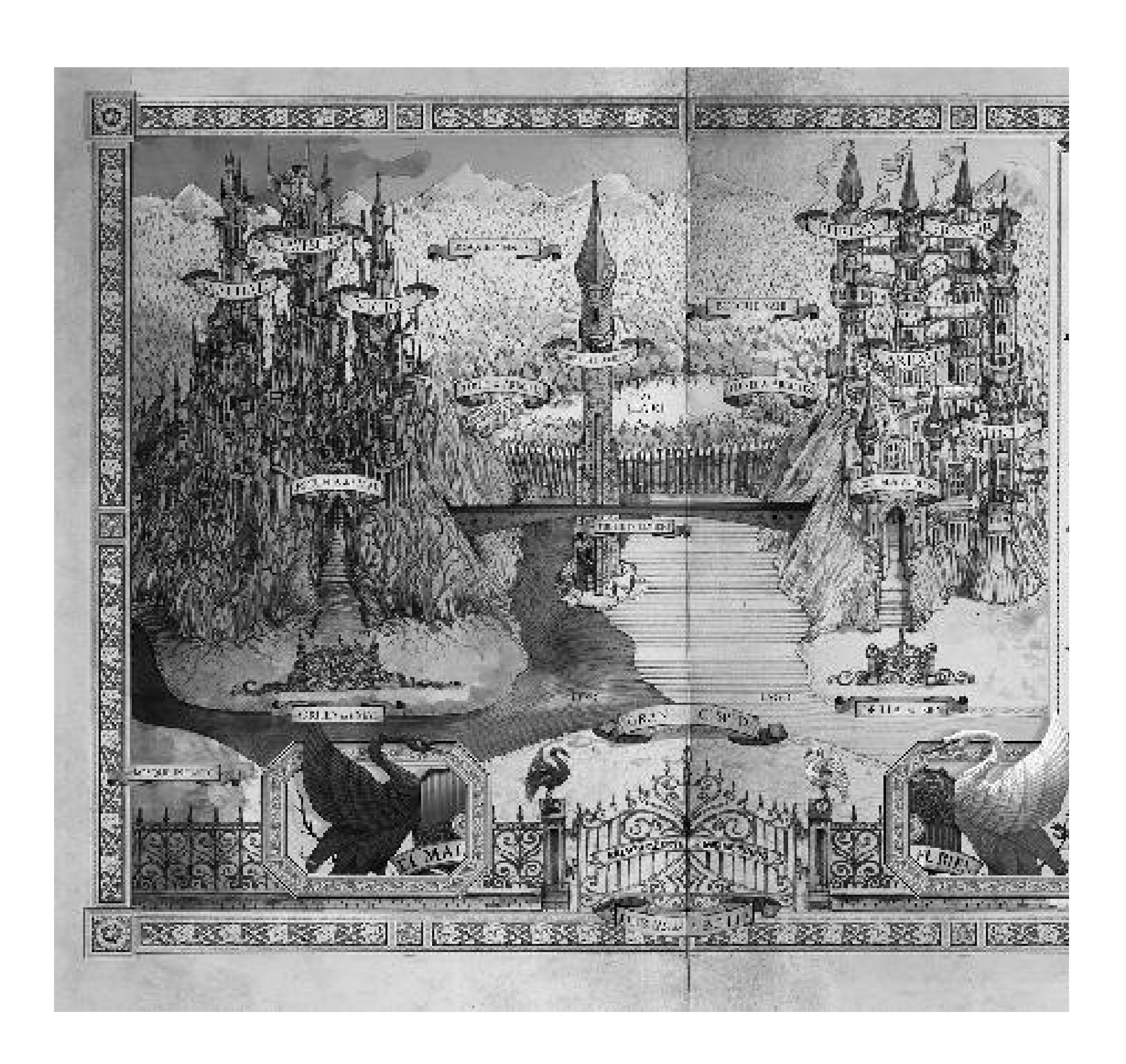
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17545-17-8

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.



EN EL BOSQUE PRIMIGENIO
UNA ESCUELA DEL BIEN Y DEL MAL
DOS TORRES CUAL CABEZAS GEMELAS
UNA, LA DE LAS ALMAS PURAS
LA OTRA, LA DE LAS ALMAS MALVADAS
SI INTENTAS ESCAPAR, NUNCA LO LOGRARÁS
LA ÚNICA MANERA DE SALIR ES
A TRAVÉS DE UN CUENTO DE HADAS



1

La Princesa y La Bruja

Sophie había esperado durante toda su vida el momento de ser secuestrada.

Pero esta noche, todos los demás niños en Gavaldon se retorcían de miedo en sus camas. Si se los llevaba el Director, no regresarían jamás. Nunca

tendrían una vida plena. Nunca más volverían a ver a sus familias. Esta noche, los niños soñaban que un ladrón de ojos rojos con cuerpo de bestia los arrancaba de entre las sábanas y ahogaba sus gritos.

Por el contrario, Sophie soñaba con príncipes.

Se veía llegando a un baile en el castillo, organizado en su honor, para descubrir que en el salón había cientos de pretendientes y ninguna otra muchacha a la vista. Aquí, por primera vez, veía jóvenes dignos de ella, pensó acercándose. Con cabello brillante y grueso, músculos tensos que podían verse a través de las camisas, piel suave y bronceada, hermosos y atentos como deben ser los príncipes. Sin embargo, justo cuando decidía aproximarse a uno de ellos, al que parecía el más espléndido, con brillantes ojos azules y fantasmal cabello blanco, con quien viviría feliz para siempre…, un martillo atravesó las paredes del salón e hizo añicos a los príncipes.

Sophie abrió los ojos: ya era de mañana. El martillo era real. Los príncipes no lo eran.

—Padre, si no duermo nueve horas tendré los ojos hinchados.

—Todo el mundo anda diciendo que este año serás la elegida —dijo su padre, mientras clavaba una tabla deforme sobre la ventana de su habitación, ahora completamente tapada de cerrojos, púas y tornillos.

»Me aconsejan que te corte el cabello, que te embadurne la cara con lodo, como si yo creyera en todas esas tonterías de cuentos de hadas. Eso sí, aquí no entrará nadie esta noche. ¡De eso no hay duda! —Y asestó un golpe ensordecedor para reforzar sus dichos.

Sophie se restregó las orejas y miró con el ceño fruncido su ventana, tan hermosa alguna vez, ahora convertida en algo digno de la guarida de una bruja.

—¿Por qué nadie pensó en poner cerrojos?

—No sé por qué todos creen que serás tú —continuó el padre, con el pelo plateado empapado en sudor—. Si es bondad lo que ese Director quiere, se llevará a la hija de Gunilda.

Sophie se puso tensa.

—¿A Belle?

—Esa sí que es una hija perfecta —afirmó—. Le lleva al padre comidas que ella misma cocina a su trabajo en el molino. Y hasta le da las sobras a esa pobre

mujer que vive en la plaza.

Sophie detectó exasperación en la voz de su padre. Ella jamás había cocinado solo para él, ni siquiera después de la muerte de su madre. Lógicamente, tenía sus buenas razones para no hacerlo (el aceite y el humo tapaban sus poros), pero sabía que ese era un tema delicado. Sin embargo, no por ello su padre había pasado hambre. Sophie le ofrecía los alimentos que ella misma prefería: puré de remolachas, guiso de brócoli, espárragos hervidos, espinacas al vapor. Su padre no había engordado como el padre de Belle, precisamente porque no le llevaba fricasé de cordero y *soufflé* de queso a su trabajo en el molino. En cuanto a la pobre mujer que vivía en la plaza, esa vieja bruja, a pesar de anunciar que tenía hambre día tras día, estaba gorda. Y si Belle era la responsable, entonces no sería tan buena después de todo: era lo peor de lo peor.

Sophie sonrió a su padre.

—Como dices, son todas tonterías. —Salió de la cama y cerró la puerta del baño de un portazo.

Examinó su rostro frente al espejo: el despertar brusco había dejado sus huellas. Su pelo, largo hasta la cintura como hilos de oro, no lucía su brillo habitual. Sus ojos color verde jade parecían cansados, sus labios seductores estaban un poco secos. Hasta el brillo de su piel sedosa se había opacado. *Pero sigo siendo una princesa*, pensó. Su padre no se daba cuenta de que ella era especial; su madre, por el contrario, sí lo sabía.

«Eres demasiado hermosa para este mundo, Sophie», le había dicho con su último aliento. Pero su madre había partido hacia un lugar mejor, y ahora Sophie también lo haría.

Esta noche la llevarían al bosque. Esta noche empezaría una vida nueva. Hoy mismo comenzaría a vivir su cuento de hadas.

Ahora tenía que verse como era debido.

Para empezar, frotó sobre su piel huevos de pez, que olían a pies sucios pero evitaban las manchas. Luego untó extracto de calabaza sobre su cutis, se enjuagó con leche de cabra y embebió su rostro en una máscara de melón y clara de huevo de tortuga. Mientras esperaba que la máscara se secase, Sophie hojeó un libro de cuentos y bebió de a sorbos jugo de pepinos, para mantener suave su piel. Se salteó hasta la parte favorita del cuento, donde la bruja rueda

cuesta abajo en un barril lleno de púas, y lo único que queda de ella es el brazalete hecho de huesos de niños pequeños. Mientras contemplaba el horrible brazalete, los pensamientos de Sophie derivaron a los pepinos. ¿Y si no hubiese pepinos en el bosque? ¿Y si otras princesas habían agotado las reservas? ¡Qué sería de su vida sin pepinos! Perdería su frescura, se marchitaría…

Sobre la página cayeron, secas, las láminas de melón. Se miró en el espejo la frente arrugada de preocupación. Primero no había dormido el tiempo suficiente, y ahora le salían arrugas. A este ritmo se convertiría en bruja antes de que terminara la tarde. Relajó su rostro y dejó de pensar en hortalizas.

En cuanto al resto de la rutina de belleza de Sophie, podrían llenarse decenas de libros de cuentos. Baste decir que el procedimiento incluía plumas de oca, papas en conserva, pezuñas de caballo, crema de castañas y un frasco de sangre de vaca.

Dos horas de preparativos más tarde, salió de su casa con un hermoso vestido rosa, zapatos brillantes y el cabello peinado en una trenza impecable. Tenía solo un día antes de que llegara el Director, y pensaba aprovechar cada minuto para recordarle a ese Director por qué debía secuestrarla a ella, y no a Belle ni a Tabitha ni a Sabrina.



La mejor amiga de Sophie vivía en un cementerio. Dado el odio que le producían todas las cosas lúgubres, grises y mal iluminadas, cualquiera pensaría que Sophie recibiría a las visitas en su cabaña o que se buscaría otra mejor amiga. Sin embargo, durante esta semana había subido la colina todos los días hasta la casa situada en Graves Hill, con cuidado de no perder la sonrisa de su rostro, ya que, después de todo, ese era siempre el objetivo de una buena acción.

Para llegar a destino debía caminar casi dos kilómetros desde las alegres casitas junto al lago, con aleros verdes y torrecillas bañadas por el sol, hacia el sombrío borde del bosque. El ruido de los martillazos hizo eco en los senderos de las chozas cuando Sophie pasó junto a padres que tapaban puertas, madres que rellenaban espantapájaros, niños y niñas sentados en los porches con las narices hundidas en sus libros de cuentos. Esto último no era inusual, ya que los niños

de Gavaldon hacían poca cosa además de leer cuentos de hadas. Sin embargo, hoy Sophie observó que sus ojos, asustados y exaltados, escudriñaban cada página como si se les fuera la vida en ello. Cuatro años atrás había sido testigo de la misma desesperación por evitar la maldición, pero en esa época todavía no era su turno. El Director solo se llevaba a chicos de doce años cumplidos y que ya no podían hacerse pasar por niños.

Pero ahora había llegado su turno.

Mientras ascendía la colina con esfuerzo, con la canasta de la merienda en la mano, Sophie sintió ardor en los muslos. ¿Estas caminatas colina arriba le habrían hecho engordar las piernas? Todas las princesas de los libros de cuentos tenían las mismas proporciones perfectas: seguramente no tenían muslos gruesos, como tampoco narices aguileñas ni pies grandes.

Inquieta, para distraerse, Sophie empezó a contar sus buenas acciones del día anterior. Primero, había alimentado a las ocas del lago con una mezcla de lentejas y puerros (un laxante natural para compensar el queso que les arrojaban los niños vulgares). Luego había donado al orfanato de la aldea una loción casera para limpiar el rostro hecha de corteza de árbol (pues, como insistió en explicarle al aturdido benefactor, «El cuidado adecuado de la piel es la mejor acción de todas»). Por último, había colocado un espejo en el baño de la iglesia, para que la gente se arreglara antes de ir a sentarse en el templo. ¿Eran suficientes buenas acciones? ¿Podían competir con los pasteles caseros y el hecho de alimentar a viejas sin techo? Nerviosa, volvió a pensar en los pepinos. Quizá podría esconder un suministro de pepinos en el bosque. Aún tenía tiempo de sobra para hacer las maletas antes del anochecer. Pero ¿no eran pesados los pepinos? ¿La escuela enviaría sirvientes? Quizá debería sacarles el jugo antes de…

—¿A dónde vas?

Sophie se dio vuelta. Radley le sonrió con sus dientes de conejo y el pelo rojizo. El chico no vivía ni remotamente cerca de Graves Hill, pero tenía el hábito de acecharla a cualquier hora del día.

—A ver a una amiga —respondió Sophie.

—¿Por qué eres amiga de la bruja? —Quiso saber Radley.

—No es una bruja.

—No tiene amigos y es rara. Eso la convierte en una bruja.

Sophie se abstuvo de señalar que, en ese caso, Radley también era una bruja. En cambio, sonrió como para recordarle que ella ya había hecho su buena acción al soportar su presencia.

—El Director se la llevará a la Escuela del Mal —aseguró—. Entonces vas a necesitar un nuevo amigo.

—El Director se lleva a dos niños —indicó Sophie, apretando los dientes.

—La otra será Belle. Ninguna es más buena que Belle.

Sophie perdió la sonrisa.

—Pero yo seré tu nuevo amigo —aseguró Radley.

—En este momento no necesito más amigos —replicó Sophie.

Radley se puso rojo de vergüenza

—Ah, está bien…, solo pensé que… —y huyó como un perro apaleado.

Sophie lo miró alejarse colina abajo con su pelo desgreñado. *Ahora sí que la hiciste buena,* pensó. Meses de buenas acciones y sonrisas forzadas, arruinados por culpa del mequetrefe de Radley. ¿Por qué no le había alegrado el día? ¿Por qué no se había limitado a responder: «¡Sería un honor que fueras mi amigo!» y darle a ese idiota un momento para recordar durante años? Ella sabía que era lo aconsejable, ya que el Director debía de estar juzgándola tan de cerca como Santa Claus la noche anterior a Navidad. Pero no podía. Ella era hermosa, y Radley era feo. Solo un villano lo engañaría. Seguramente el Director pensaría igual.

Abrió con esfuerzo las puertas oxidadas del cementerio y sintió que los hierbajos arañaban sus piernas. A un lado y otro de la colina, lápidas mohosas se elevaban caprichosamente entre dunas de hojas muertas. Abriéndose paso entre tumbas oscuras y ramas podridas, Sophie contó las hileras con cuidado. Nunca había mirado la tumba de su madre, ni siquiera el día del funeral, y tampoco lo haría hoy. Cuando pasó la sexta hilera, posó la mirada en un abedul llorón y se recordó a sí misma dónde estaría mañana.

En medio del grupo de tumbas más poblado estaba Graves Hill N.° 1. La casa no estaba tapada con tablas ni tenía infinidad de cerrojos como las casitas junto al lago, pero no por eso era más acogedora. Los escalones que conducían al porche brillaban de moho verde. Abedules y enredaderas muertas se abrían

paso entre la madera oscura, y el techo de ángulos rectos, negro y delgado, dominaba la casa como un sombrero de bruja.

Mientras ascendía los chirriantes escalones del porche, Sophie intentó ignorar el olor, una mezcla de ajo y animal mojado, y apartó la mirada de los pájaros sin cabeza esparcidos en el porche, seguramente víctimas del gato de su amiga.

Golpeó a la puerta y se preparó para una pelea.

—Vete —respondió una voz áspera.

—Esa no es manera de hablarle a tu mejor amiga —objetó Sophie humildemente.

—Tú no eres mi mejor amiga.

—¿Entonces quién es tu mejor amiga? —Quiso saber Sophie, mientras se preguntaba si Belle habría logrado llegar hasta Graves Hill.

—No es de tu incumbencia.

Sophie respiró profundamente. No quería tener otro incidente como el de Radley.

—Lo pasamos muy bien ayer, Agatha. Pensé que querrías repetirlo.

—Me teñiste el pelo de anaranjado.

—Pero lo arreglamos, ¿no es verdad?

—Siempre estás probando tus cremas y pociones conmigo, solo para ver cómo funcionan.

—¿Y las amigas no están para eso? —replicó Sophie—. ¿No están para ayudarse?

—Nunca seré tan bonita como tú.

Sophie intentó pensar en algo agradable para decir. Pero tardó demasiado, y oyó el ruido de pasos que se alejaban.

—¡Eso no significa que no podamos ser amigas! —exclamó Sophie.

Un gato conocido, pelado y arrugado, le gruñó desde el otro lado del porche. Sophie volvió a golpear la puerta.

—¡Traje galletas!

Los pasos cesaron.

—¡Son galletas de verdad o las hiciste tú?

Sophie se alejó del gato, que se acercaba sigilosamente.

—¡Suaves y mantecosas, como a ti te gustan!

El gato bufó.

—Agatha, déjame entrar…

—Dirás que tengo mal olor.

—No tienes mal olor.

—¿Entonces por qué lo dijiste la vez pasada?

—¡Porque la vez pasada tenías mal olor! Agatha, el gato está babeando…

—Quizá percibe tus motivos ocultos.

El gato mostró las zarpas.

—¡Agatha, abre la puerta!

El animal se abalanzó hacia su rostro. Sophie gritó. Una mano se interpuso entre ellos y derribó al felino.

Sophie levantó la mirada.

—Muerte se quedó sin pájaros —explicó Agatha.

Su horrible mata de cabello negro parecía estar embebida en aceite. El vestido negro y descomunal, sin forma, como un saco de papas, no lograba ocultar la piel extrañamente pálida y los huesos prominentes. Del rostro hundido sobresalían unos ojos saltones.

—Creí que iríamos a caminar —dijo Sophie.

Agatha se apoyó sobre la puerta.

—Aún intento entender por qué eres mi amiga.

—Porque eres dulce y graciosa —sugirió Sophie.

—Mi madre dice que soy resentida y malhumorada —objetó Agatha—. Así que alguna de las dos está mintiendo.

Extendió la mano para tomar la canasta de Sophie y retiró la servilleta. Allí vio galletas de salvado, secas y nada mantecosas. Agatha fulminó con la mirada a Sophie y se retiró a su casa.

—¿Entonces no podemos dar una caminata? —preguntó Sophie.

Agatha comenzó a cerrar la puerta y vio el rostro compungido de su amiga. Como si Sophie deseara esa caminata tanto como ella.

—Una caminata corta. —Agatha marchó delante de ella. —Pero si dices algo petulante o estirado o frívolo, haré que Muerte te siga hasta tu casa.

Sophie corrió tras su amiga.

—¡Entonces no podré hablar de nada!



Después de cuatro años, había llegado la tan temida undécima noche del undécimo mes. Bajo los últimos rayos de sol, la plaza estaba bulliciosa de preparativos para la llegada del Director. Los hombres afilaban espadas, tendían trampas y planificaban la guardia nocturna, mientras las mujeres ponían en fila a los niños y se disponían a trabajar. A los más atractivos les cortaban el pelo, ennegrecían sus dientes y cortaban su ropa en jirones; a los más feos los limpiaban, los envolvían en colores brillantes y les ponían velos. Las madres imploraban a sus hijos más buenos que maldijeran o patearan a sus hermanas; a los peores los sobornaban para que rezaran en la iglesia, mientras el resto de la fila cantaba a coro el himno de la aldea: «Bienaventuradas sean las personas comunes».

El miedo se esparcía como una niebla contagiosa. En un callejón oscuro, el carnicero y el herrero intercambiaban libros de cuentos por consejos para salvar a sus hijos. Debajo de la torcida torre del reloj, dos hermanas nombraban a los villanos de los cuentos de hadas para detectar patrones. Un grupo de niños encadenaban sus cuerpos entre sí, unas niñas se escondían en el techo de la escuela, y un niño enmascarado saltaba de entre los arbustos para asustar a su madre y recibía una zurra en el acto. Incluso la vieja sin techo participaba en la representación, saltando delante de una pequeña hoguera y gritando: «¡Quemen los libros de cuentos! ¡Quémenlos todos!». Pero nadie le prestaba atención y no se quemaba ningún libro.

Agatha miró boquiabierta la escena, sin poder creerlo.

—¿Cómo es posible que toda una aldea crea en los cuentos de hadas?

—Porque son reales.

Agatha dejó de caminar.

—No creerás realmente que la leyenda es cierta.

—Por supuesto que sí —repuso Sophie.

—¿Que un Director secuestra a dos niños, los lleva a una escuela donde uno de los niños aprende el Bien y el otro aprende el Mal, y cuando se gradúan reciben un título en Cuentos de Hadas?

—Sí, es más o menos así.

—Avísame si ves un horno.

—¿Para qué?

—Para meter mi cabeza en él. Y por favor dime, ¿qué les enseñan en esta escuela exactamente?

—Bueno, en la Escuela del Bien les enseñan a los niños y niñas como yo a convertirse en héroes y princesas, a gobernar los reinos con justicia, a vivir felices para siempre —contestó Sophie—. En la Escuela del Mal les enseñan a convertirse en brujas malvadas y trolls jorobados, a echar maldiciones y a lanzar maleficios.

—¿Maleficios? —dijo Agatha, riéndose a carcajadas—. ¿A quién se le ocurrió todo esto? ¿A un niño de cuatro años?

—Agatha, ¡la prueba está en los libros de cuentos! ¡Puedes ver a los niños perdidos en los dibujos! Jack, Rose, Rapunzel, todos tuvieron sus propios cuentos…

—Yo no veo nada, porque no leo esos tontos libros de cuentos.

—¿Entonces por qué tienes una pila de libros junto a tu cama? —preguntó Sophie.

Agatha frunció el entrecejo.

—Mira, ¿quién dice que los libros sean reales? Quizá sea una broma del librero. O tal vez es la manera que tienen los Ancianos para que los niños se alejen del bosque. Sea cual sea la explicación, no hay ningún Director ni ningún maleficio.

—Entonces, ¿quién secuestra a los niños?

—Nadie. Cada cuatro años, dos idiotas se escapan al bosque para asustar a sus padres, pero se pierden o los comen los lobos, y eso es lo que sucede, y la leyenda continúa.

—Es la explicación más estúpida que escuché jamás.

—No creo que sea yo la estúpida —replicó Agatha. Cuando oyó que la llamaban estúpida, Sophie sintió que le hervía la sangre.

—Solo estás asustada —dijo.

—Sí, claro. —Se echó a reír Agatha—. ¿Y por qué había de estar asustada?

—Porque sabes que vendrás conmigo.

Agatha dejó de reír. Luego se puso a contemplar la plaza. Los aldeanos las

observaban como si hubieran encontrado la solución a un misterio. La Buena vestida de rosa, la Mala vestida de negro. La pareja perfecta para el Director.

Aún paralizada, Agatha vio cómo decenas de miradas asustadas se clavaban en ella. Su primer pensamiento fue que, después de mañana, ella y Sophie podrían tener sus caminatas en paz. Junto a ella, Sophie observó a un grupo de niños que intentaba memorizar su rostro, en caso de que apareciera algún día en sus libros de cuentos. Lo primero que pensó Sophie fue si mirarían a Belle de la misma manera.

Entonces la vio en medio de la multitud. Con la cabeza rasurada y el vestido mugriento, Belle estaba arrodillada en el piso y se embarraba la cara con desesperación. Sophie respiró profundamente. Belle era igual a las demás; ella deseaba casarse con un hombre común, que con el tiempo engordaría y se volvería perezoso y exigente. Quería vivir una vida monótona, en la que solo debería cocinar, asear y coser. Quería palear estiércol, ordeñar ovejas y matar cerdos chillones. Quería pudrirse en Gavaldon hasta que su piel se oscureciera y se le cayeran los dientes. El Director jamás se llevaría a Belle, porque Belle no era una princesa. No era… nada.

Sintiéndose victoriosa, Sophie sonrió mientras miraba nuevamente a los patéticos aldeanos, y disfrutó sus miradas como si se viera reflejada en espejos brillantes…

—Vámonos —dijo Agatha.

Sophie se dio vuelta. La mirada de Agatha estaba clavada en la multitud.

—¿A dónde?

—Lejos de la gente.



Mientras el sol se transformaba en una esfera roja, dos muchachas, una de ellas hermosa y la otra fea, se sentaron lado a lado junto a la orilla del lago. Sophie guardaba pepinos en una bolsa de seda, mientras Agatha arrojaba fósforos encendidos al agua. Luego del décimo fósforo, Sophie le lanzó una mirada.

—Es algo que me relaja —explicó Agatha.

Sophie intentó hacer espacio para un último pepino.

—¿Por qué alguien como Belle querría quedarse aquí? ¿Quién elegiría esto en lugar de un cuento de hadas?

—¿Y quién elegiría abandonar a su familia para siempre? —dijo Agatha con un resoplido.

—Excepto yo, quieres decir —repuso Sophie. Ambas se quedaron en silencio.

»¿Alguna vez te preguntas por qué tu padre se fue? —preguntó Sophie.

—Ya te dije. Se fue después de que yo naciera.

—Pero ¿a dónde se fue? ¡Estamos rodeadas de bosque! Desaparecer así, de repente… —insistió Sophie—. ¡Quizás encontró una manera de ingresar en los cuentos! ¡Tal vez halló un portal mágico! ¡Podría estar esperándote del otro lado!

—O tal vez regresó junto a su esposa, fingió que yo nunca existí y murió hace diez años en un accidente en el molino.

Sophie se mordió el labio y volvió a acomodar los pepinos.

—Tu madre nunca está en casa cuando voy de visita.

—Ahora va a la aldea —respondió Agatha—. No tiene suficientes pacientes en mi casa. Probablemente el lugar los espante.

—Seguro que es por eso —repuso Sophie. Sabía que nadie iba a confiar en la madre de Agatha para tratar irritaciones, y mucho menos enfermedades—. No creo que un cementerio haga sentir muy cómoda a la gente.

—Los cementerios tienen sus beneficios —sostuvo Agatha—. No hay vecinos entrometidos ni vendedores ambulantes. Tampoco hay «amigas» sospechosas que traen máscaras para el rostro y galletas dietéticas, y te dicen que irás a la Escuela del Mal en la tierra mágica de las hadas. —Agatha encendió un fósforo con entusiasmo.

Sophie dejó el pepino a un costado.

—¡Así que ahora soy entrometida!

—¿Quién te pidió que vinieras? Yo estaba perfectamente bien.

—Siempre me abres la puerta.

—Porque siempre pareces muy sola —respondió Agatha—. Y me das lástima.

—¿*Yo* te doy lástima? —Sophie la miró con ojos encendidos—. Tienes suerte de que alguien venga a verte, porque nadie desea hacerlo. Eres afortunada de

que alguien como yo sea tu amiga. Tienes suerte de que alguien como yo sea tan buena persona.

—¡Lo sabía! —estalló Agatha—. ¡Soy tu buena acción! ¡Soy solo un peón en tu estúpida fantasía!

Sophie no habló durante un buen rato.

—Quizá me haya hecho tu amiga para impresionar al Director —confesó finalmente—. Pero ahora es algo más.

—Porque te descubrí —gruñó Agatha.

—Porque me caes bien.

Agatha se volvió hacia ella.

—Nadie me entiende aquí —explicó Sophie, mirándose las manos—. En cambio, tú sí me entiendes. Me ves como soy. Por eso seguí viniendo. Ya no eres más mi buena acción, Agatha.

Sophie alzó la mirada hacia su amiga.

—Eres mi amiga. —El cuello de Agatha se puso rojo.

»¿Qué ocurre? —preguntó Sophie, con expresión seria.

Agatha se arrebujó en su vestido.

—Es solo que… mmm… yo… este… no estoy acostumbrada a tener amigos.

Sophie sonrió y tomó su mano.

—Bueno, ahora seremos amigas en nuestra nueva escuela.

Agatha gruñó y tomó distancia.

—Digamos que me rebajo a tu nivel de inteligencia y que finjo creer en todo esto. ¿Por qué yo debo ir a la escuela de villanos? ¿Por qué todo el mundo me eligió a mí como Ama del Mal?

—Nadie dice que seas mala, Agatha —suspiró Sophie—. Solo eres diferente.

Agatha entrecerró los ojos.

—¿Diferente en qué sentido?

—Bueno, para empezar, solo usas ropa negra.

—Porque no se ensucia.

—Nunca sales de tu casa.

—Allí la gente no me mira.

—En la competencia de escribir un relato, tu cuento terminaba con Blancanieves devorada por buitres y Cenicienta ahogada en una tina.

—Me pareció un final mucho mejor.

—¡Para mi cumpleaños me regalaste una rana muerta!

—Para que recuerdes que todos vamos a morir y terminaremos pudriéndonos bajo tierra, comidos por los gusanos. Lo hice para que disfrutes tus cumpleaños mientras los tengamos. Me pareció un lindo detalle.

—Agatha, te disfrazaste de novia para Halloween.

—Los casamientos son de terror.

Sophie se quedó boquiabierta.

—Está bien. Soy un poco diferente —concedió Agatha—. ¿Y qué?

Sophie vaciló antes de decir:

—Bueno… es solo que, en los cuentos de hadas, lo diferente por lo general termina siendo… ehh… malo.

—¿Estás diciendo que voy a terminar siendo una Bruja Mayor? —objetó Agatha, dolida.

—Lo que digo es que, suceda lo que suceda, podrás elegir —explicó Sophie con delicadeza—. Ambas elegiremos cómo terminar nuestro cuento de hadas.

Agatha guardó un momento de silencio. Luego tocó la mano de Sophie.

—¿Por qué tienes tantas ganas de irte? ¿Tanto, que crees en historias que sabes que no son ciertas?

Sophie miró los ojos de Agatha, grandes y sinceros. Por primera vez dejó que la duda la invadiera.

—Porque no puedo vivir aquí —explicó Sophie con voz temblorosa—. No puedo tener una vida común.

—Qué gracioso —dijo Agatha—. Por esa razón me caes bien.

Sophie sonrió.

—¿Porque tú tampoco puedes vivir aquí?

—Porque tú me haces sentir común —respondió Agatha—. Y eso es lo único que siempre quise.



En el valle se oyó el lúgubre y potente tañido del reloj. Fueron seis o siete campanadas; ya habían perdido la noción del tiempo. Y mientras los ecos se

desvanecían en medio del bullicio de la plaza distante, Sophie y Agatha pidieron un deseo: que, dentro de un día a partir de ahora, siguieran estando juntas.

Dondequiera que fuese.

2

El Arte del Secuestro

Para la hora del crepúsculo, los niños ya estaban encerrados en sus casas desde hacía un buen rato. A través de los postigos de sus habitaciones vieron a sus padres, hermanas y abuelas que, armados con antorchas, rodeaban el bosque siniestro, desafiando al Director a cruzar su círculo de fuego.

Sin embargo, mientras los niños, temblorosos, apretaban los tornillos de sus ventanas, Sophie se preparaba para aflojarlos. Quería que este secuestro fuera lo más práctico posible.

Encerrada en su habitación, preparó sus horquillas, pinzas y limas de uñas, y se dispuso a trabajar.



Los primeros secuestros habían ocurrido dos siglos atrás. A veces raptaban a dos niños, otras veces a dos niñas, y en algunas ocasiones, a uno de cada uno. Las edades también eran variables; uno de los secuestrados podía tener dieciséis años y el otro catorce, o quizá los dos tener doce años. Sin embargo, si bien al principio las elecciones parecían hechas al azar, pronto fue evidente que todos los secuestros eran parecidos. Uno de los niños era siempre hermoso y bueno, el hijo que todo padre quería tener. El otro era feo y raro, un paria desde que nacía. Una pareja de opuestos, en su juventud más plena, desaparecía misteriosamente.

Claro está, los aldeanos culparon a los osos. Que nadie hubiera visto jamás un oso en Gavaldon era motivo de más para empeñarse en encontrar uno. Cuatro años después, cuando desaparecieron otros dos niños, los aldeanos admitieron que tendrían que haber sido más específicos y declarar que los osos negros eran los culpables, osos tan negros que se confundían con la noche. Sin embargo, cuando los niños siguieron desapareciendo cada cuatro años, la aldea concentró su atención en los osos excavadores, luego en los osos fantasma, y luego en osos disfrazados… hasta que fue evidente que no se trataba de osos.

Y mientras los aldeanos, desesperados, elaboraban nuevas teorías (la «Teoría del tubo del desagüe», la «Teoría del caníbal volador»), los niños de Gavaldon comenzaron a percibir algo sospechoso. Al mirar las decenas de pósteres de niños desaparecidos que se publicaban en la plaza, las caras de esos niños y niñas les parecían curiosamente familiares. Entonces abrieron sus libros de cuentos, y allí encontraron a los niños secuestrados.

Jack, desaparecido hacía cien años, no había envejecido nada. Y aquí estaba en el libro, pintado con el mismo pelo despeinado, hoyuelos rosados y sonrisa torcida que hacía suspirar a las niñas de Gavaldon. Solo que ahora tenía una planta enorme en su jardín y debilidad por las habichuelas mágicas. Mientras tanto, Angus el gamberro pecoso de orejas puntiagudas, que había desaparecido junto con Jack el mismo año, se había transformado en el gigante de orejas picudas y pecas que vivía en la punta de la planta de habichuelas de Jack. Ambos habían encontrado la manera de llegar a un cuento de hadas. Sin

embargo, cuando los niños de la aldea expusieron su «Teoría del libro de cuentos», los adultos respondieron como suelen hacerlo: les dieron una palmadita y volvieron a concentrarse en sus teorías de tubos de desagüe y caníbales.

Después, los niños les mostraron más rostros conocidos. Secuestrada hacía cincuenta años, la dulce Anya ahora aparecía sentada sobre unas rocas bajo la luz de la luna, en un dibujo de *La Sirenita*, mientras la cruel Estra se había convertido en la artera bruja del mar. Philip, el honrado hijo del cura, era ahora *El sastrecillo listo*, mientras que la presuntuosa Gula asustaba a los niños como la Bruja del bosque. Muchísimos niños, secuestrados en parejas, habían encontrado una nueva vida en el mundo de los libros de cuentos. Uno como representación del Bien, y el otro, del Mal.

Los libros provenían de la tienda de libros de cuentos del Sr. Deauville. El negocio estaba situado en un viejo rincón, entre la panadería de Battersby y el Pickled Pig Pub. El problema, claro está, era de dónde sacaba el Sr. Deauville los libros de cuentos.

Una vez por año, una mañana cualquiera que él no podía prever, cuando el Sr. Deauville llegaba a su trabajo, descubría que había una caja de libros dentro de su tienda. Cuatro flamantes cuentos de hadas, una copia de cada uno. El Sr. Deauville colgaba un letrero en la puerta de su tienda, que rezaba: CERRADO HASTA NUEVO AVISO. Luego se encerraba en su despacho, día tras día, para copiar a mano los nuevos cuentos, hasta que obtenía una cantidad suficiente de libros para todos los niños de Gavaldon. En cuanto a los misteriosos originales, finalmente aparecían una mañana en el escaparate de la tienda: era la señal de que el Sr. Deauville por fin había finalizado su agotadora labor. Cuando abría la puerta, había una fila de cinco kilómetros que cruzaba la plaza, seguía entre las laderas de las colinas y rodeaba el lago, repleta de niños sedientos de nuevos cuentos, y de padres desesperados por ver si alguno de los desaparecidos había llegado a los cuentos de ese año.

De más está decir que el Consejo de Ancianos tenía muchas preguntas que hacerle al Sr. Deauville. Cuando le preguntaron quién le enviaba los libros, el Sr. Deauville respondió que no tenía la más mínima idea. Cuando quisieron saber cuánto tiempo hacía que aparecían los libros, el Sr. Deauville dijo que no

recordaba una época en que no aparecieran. Y al preguntarle si alguna vez había cuestionado esta mágica aparición de libros, el Sr. Deauville replicó: «¿Y de qué otra forma pueden aparecer los libros de cuentos?».

Luego los Ancianos observaron otro detalle sobre los libros de cuentos del Sr. Deauville. Todas las aldeas en los cuentos se parecían a Gavaldon. Tenían las mismas casitas junto al lago y aleros coloridos; los mismos tulipanes púrpuras y verdes a lo largo de los estrechos caminos de tierra; los mismos carruajes carmesí, tiendas con frente de madera, una escuela amarilla y una torre del reloj inclinada, solo que estaban dibujadas como una fantasía en tierras muy lejanas. El único propósito de estas aldeas era comenzar y terminar un cuento de hadas. Todo lo que ocurría entre el comienzo y el final de la historia transcurría en el bosque siniestro e infinito que rodeaba al pueblo.

Entonces, fue cuando se dieron cuenta de que Gavaldon también estaba rodeado de un bosque siniestro e infinito.

Hace mucho tiempo, cuando los niños empezaron a desaparecer, los aldeanos entraron al bosque para buscarlos, pero se encontraron con tormentas, inundaciones, ciclones y árboles caídos. Cuando por fin lograron atravesar el bosque, hallaron un pueblo escondido detrás de los árboles y, vengativos, lo asediaron, solo para descubrir que era su propia aldea. De hecho, no importaba por dónde hubieran ingresado los aldeanos al bosque, siempre salían por donde habían entrado. Parecía que el bosque no tenía intención de devolver a sus hijos. Y un día descubrieron por qué.

El Sr. Deauville había terminado de sacar los libros de cuentos de ese año cuando advirtió una mancha enorme en el pliegue de una caja. La tocó con el dedo, y descubrió que el manchón estaba mojado de tinta. Mirando más de cerca, vio que era un sello con un elaborado emblema de un cisne negro y un cisne blanco. En el emblema había tres letras:

E.B.M.

No tuvo necesidad de adivinar qué significaban las letras. Estaba escrito en un estandarte debajo del emblema. Unas palabras negras y pequeñas que informaban a la aldea a dónde habían ido a parar sus hijos:

Los secuestros continuaron, pero ahora el ladrón tenía nombre. Lo llamaron el Director.

Pocos minutos después de las diez, Sophie arrancó el último cerrojo de la ventana y forzó los postigos. Pudo ver el borde del bosque, donde su padre, Stefan, esperaba junto al resto de la guardia perimetral. Pero no parecía ansioso como los demás: Stefan sonreía, con su mano apoyada sobre el hombro de la viuda Honora.

Sophie hizo una mueca. No tenía idea qué podía ver su padre en esa mujer. Mucho tiempo atrás, su madre era tan perfecta e inmaculada como una reina de un libro de cuentos. En cambio, Honora tenía una cabeza diminuta y cuerpo redondo, como un pavo.

Su padre murmuró alguna picardía al oído de la viuda, y Sophie se puso colorada de vergüenza. Seguramente, si los dos hijitos de Honora estuvieran en peligro de ser secuestrados no se reiría tanto. Es verdad que Stefan la había encerrado antes del crepúsculo, le había dado un beso y actuado como un padre amoroso. Pero Sophie sabía la verdad. Veía la realidad en la cara de su padre todos los días de su vida: su padre no la quería porque ella no era un varón. Porque Sophie no le recordaba a sí mismo.

Y ahora quería casarse con esa bestia. Después de cinco años de la muerte de su madre no se consideraría impropio ni insensible. Un simple intercambio de votos y tendría dos hijos, una familia nueva, un nuevo comienzo. Sin embargo, necesitaba la bendición de Sophie para que los Ancianos le permitieran casarse. Y las pocas veces que lo intentó, Sophie cambió de tema, empezó a cortar pepinos ruidosamente o le sonrió de la misma manera que le sonreía a Radley. Su padre no volvió a mencionar a Honora.

Que el cobarde se case con ella una vez que me vaya, pensó, mientras lo miraba con odio a través de los postigos. Cuando ella se marchara, su padre se daría cuenta de cuánto valía. Cuando Sophie desapareciera, sabría que nadie podía reemplazarla. Cuando ella no estuviera más, él sabría que había engendrado a alguien más valioso que un hijo: había creado a una princesa.

Con sumo cuidado, Sophie colocó sobre el alféizar algunos corazones de

jengibre para el Director. Por primera vez en su vida los había preparado con azúcar y manteca. Después de todo, eran especiales, un mensaje para darle a entender que iría por su propia voluntad.

Hundió la cabeza en la almohada, cerró los ojos y se olvidó de la viuda, de su padre y de la desdichada Gavaldon. Sonriendo, contó los segundos que faltaban para la medianoche.



Apenas la cabeza de Sophie desapareció debajo de la ventana, Agatha se metió los corazones de jengibre en la boca. *Lo único que lograrán estas galletas es atraer a las ratas*, pensó mientras las migas caían sobre sus botas negras. Bostezó y se dispuso a volver; el reloj de la aldea marcaba las doce menos cuarto.

Cuando dejó a Sophie después de la caminata, Agatha volvió a su casa, pero empezó a pensar que Sophie se escaparía al bosque para buscar esa escuela de tontos y chiflados y terminaría corneada por un jabalí. Así que regresó al jardín de su amiga y esperó detrás de un árbol, escuchando cómo Sophie desarmaba su ventana (mientras cantaba una estúpida canción sobre príncipes), preparaba su equipaje (ahora la canción era sobre campanas de boda), se maquillaba y se ponía su mejor vestido (*¿Todo el mundo muere por las princesas vestidas de rosa?*), y finalmente (¡por fin!) se metía en la cama. Agatha aplastó las últimas migas con su bota y se dirigió al cementerio. Sophie estaba a resguardo, y mañana, cuando se despertara, se sentiría como una tonta. Sin embargo, Agatha no iba a refregárselo por las narices; Sophie iba a necesitarla aún más ahora, y ella iba a ayudarla. En este mundo seguro y solitario, entre las dos crearían su propio paraíso.

Mientras Agatha subía por la colina, observó un arco de oscuridad en el límite del bosque, iluminado con antorchas. Parecía que los guardias responsables del cementerio consideraban que no valía la pena proteger a quienes vivían allí. Desde que Agatha tenía uso de razón, siempre había tenido talento para espantar a las personas. Los niños huían de ella como si fuera un murciélago vampiro. Los adultos se apretaban contra las paredes cuando ella pasaba, con miedo de que les echara una maldición. Incluso los guardianes del cementerio

de la colina salían corriendo cuando la veían. Cada año que pasaba, la gente se cuidaba menos de hablar en voz baja —«bruja», «villana», «Escuela del Mal»—, hasta que Agatha empezó a buscar excusas para no salir de su casa. Primero pasaron días, luego semanas, y luego permaneció allí indefinidamente, como un fantasma.

Al principio había muchas cosas que la entretenían. Escribió poemas (*Qué vida miserable* y *El cielo es un cementerio* eran sus mejores creaciones), dibujó retratos de Muerte que asustaban a los ratones más que el gato verdadero, e incluso probó suerte con un libro de cuentos de hadas, *Tristes para siempre*, acerca de unos niños bellos que sufrían una muerte horrorosa. Sin embargo, no tenía nadie a quien mostrarle todo eso hasta el día en que Sophie vino a visitarla.

Muerte lamió sus talones cuando subió al porche chirriante. En el interior oyó cantar:

En el bosque primigenio
Una Escuela del Bien y del Mal…

Agatha puso los ojos en blanco y abrió la puerta.

Su madre, que estaba de espaldas, cantaba alegremente mientras preparaba un baúl con capas negras, escobas y sombreros de bruja puntiagudos.

Dos torres cual cabezas gemelas
Una, la de las almas puras,
La otra, la de las almas malvadas.
Si intentas escapar, nunca lo lograrás
La única manera de salir es
A través de un cuento de hadas…

—¿Te vas de vacaciones a algún lugar exótico? —le preguntó Agatha—. Que yo sepa, no hay manera de salir de Gavaldon, a menos que te crezcan alas.

Callis se dio vuelta.

—¿Crees que tres capas serán suficientes? —preguntó, con los ojos saltones y su casco grasiento de pelo negro.

Agatha se estremeció por lo mucho que se parecían.

—Son todas iguales —masculló—. ¿Para qué necesitas tres?

—En caso de que necesites prestársela a una amiga, cariño.

—¿Son para mí?

—Puse dos sombreros por si alguno se aplasta, una escoba por si las suyas tienen mal olor, y algunos frascos con lenguas de perro, patas de lagartija y dedos de rana. ¡Quién sabe cuánto tiempo llevarán los de ellos allí!

Agatha sabía la respuesta, pero de todos modos preguntó.

—Madre, ¿para qué necesito capas, sombreros y dedos de rana?

—¡Para la ceremonia de bienvenida, claro está! —gorjeó Callis—. ¡No querrás ir a la Escuela del Mal y que piensen que eres una aficionada!

Agatha se quitó las botas.

—Dejando de lado el hecho de que la «médica» de la aldea crea en todo esto, ¿por qué es tan difícil aceptar que aquí soy feliz? Tengo todo lo que necesito: mi cama, mi gato y a mi amiga.

—Cariño, deberías aprender de tu amiga. Al menos ella espera algo de la vida —dijo Callis, mientras cerraba el baúl con llave—. De verdad, Agatha, ¿qué destino podría ser más grandioso que ser una bruja en un cuento de hadas? ¡Yo soñaba con asistir a la Escuela del Mal! Pero el Director se llevó a ese idiota de Sven, que terminó burlado por una princesa en *El ogro inútil* y murió quemado. No me sorprende: casi ni sabía atarse los cordones. Estoy segura de que, si el Director lo hubiera vuelto a intentar, me habría elegido a mí.

Agatha se metió en la cama.

—Bueno, en esta aldea todo el mundo sigue creyendo que eres una bruja, así que, después de todo, tu deseo se cumplió.

Callis se dio vuelta bruscamente.

—Yo deseo que te marches de aquí —bufó, con los ojos oscuros como el carbón—. Este lugar te ha hecho débil, perezosa y miedosa. Por lo menos yo logré convertirme en alguien. Tú solo te consumes y te pudres hasta que Sophie viene a sacarte a pasear como a un perro.

Agatha la miró, atónita.

Callis sonrió alegremente y continuó guardando el equipaje.

—Pero cuida a tu amiga, cariño. La Escuela del Bien puede parecer un lecho de rosas, pero le espera una sorpresa. Ahora ve a acostarte. El Director llegará

pronto, y para él es más fácil si estás dormida.

Agatha se tapó la cabeza con las sábanas.



Sophie no podía conciliar el sueño. Faltaban solo cinco minutos para la medianoche y no había señales de ningún intruso. Se arrodilló sobre su cama y espió a través de los postigos. En el perímetro de Gavaldon, una guardia de mil personas agitaba las antorchas para iluminar el bosque. Sophie frunció el entrecejo. *¿Cómo haría el Director para pasar?*

En eso se dio cuenta de que los corazones que estaban en el alféizar habían desaparecido.

¡Ya llegó!

Tres bolsas de viaje color rosa cayeron desde la ventana, seguidas de dos pies calzados con zapatos brillantes.



Agatha se sentó en la cama, sobresaltada por una pesadilla. Del otro lado de la habitación, Callis roncaba sonoramente con Muerte a su lado. Cerca de la cama de Agatha estaba el baúl cerrado con llave, que tenía un letrero escrito con letra poco legible: AGATHA DE GAVALDON, 1 GRAVES HILL ROAD, junto a una bolsa con pasteles de miel para el viaje.

Mientras masticaba un pastel, Agatha miró por una grieta de la ventana. Colina abajo, las antorchas ardían en un círculo cerrado, pero aquí, en Graves Hill, quedaba solo un guardia musculoso, de brazos grandes como el cuerpo de Agatha y piernas delgadas como palillos. Este se mantenía despierto levantando pesas con una lápida rota.

Agatha mordió el último pastel y miró hacia el bosque siniestro.

Unos ojos azules y brillantes le devolvieron la mirada.

Agatha se atragantó y corrió hacia su cama. Poco a poco levantó la cabeza: no había nada. Ni siquiera el guardia.

Luego lo encontró: yacía inconsciente sobre la lápida rota, con la antorcha apagada.

Una sombra humana, huesuda y jorobada, se alejaba sigilosamente; era una sombra sin cuerpo.

El fantasma flotó sobre las tumbas sin el menor atisbo de prisa. Se deslizó por debajo de las puertas del cementerio y continuó colina abajo, hacia el centro de Gavaldon, iluminado por las antorchas.

A Agatha, horrorizada, se le encogió el corazón. ¡Existía de verdad!, quienquiera que fuese.

Y no es a mí a quien busca.

Sintió un gran alivio, pero luego la invadió una nueva oleada de pánico.

¡Sophie!

Despertaría a su madre, gritaría para pedirle ayuda, iba a… pero no tenía tiempo.

Fingiendo estar dormida, Callis oyó los pasos apresurados de Agatha y la puerta que se cerraba. Abrazó con más fuerza a Muerte para asegurarse de que no se despertara.



Sophie se agachó detrás de un árbol, esperando a que el Director la raptara.

Esperó y esperó. Hasta que vio algo en el piso que le llamó la atención.

Migas de galleta, aplastadas por una huella. La huella de una bota tan detestable, tan pestilente que solo podía pertenecer a una persona. Sophie apretó los puños, le hirvió la sangre…

Unas manos taparon su boca y un puntapié la arrojó a través de la ventana. Sophie cayó de cabeza sobre su cama, y cuando se dio vuelta, vio a Agatha.

—¡Gusano patético y entrometido! —gritó, antes de ver el miedo en la cara de su amiga—. ¡Lo viste! — exclamó, jadeando.

Agatha le tapó la boca con una mano, y con la otra la inmovilizó contra el colchón. Mientras Sophie se retorcía en protesta, Agatha espió por la ventana. La sombra encorvada flotó hacia la plaza de Gavaldon, pasó junto al guardia armado, que no se dio cuenta de nada, y fue directo hacia la casa de Sophie. Agatha ahogó un grito. Sophie se liberó y la sujetó de los hombros.

—¿Es atractivo? ¿Parece un príncipe? ¿O es como un director común, con

gafas, chaleco y…

¡PUM!

Sophie y Agatha giraron lentamente hacia la puerta.

¡PUM! ¡PUM!

Sophie arrugó la nariz.

—Podría llamar a la puerta, ¿no?

Los cerrojos se rompieron; las bisagras vibraron.

Agatha se encogió contra la pared, mientras Sophie juntaba las manos y arreglaba su vestido como si se dispusiera a recibir una visita de la realeza.

—Es mejor darle lo que quiere sin tanto escándalo.

Mientras la puerta cedía, Agatha saltó de la cama y se arrojó contra la puerta. Sophie puso los ojos en blanco.

—¡Ay, siéntate, por Dios! —Agatha tiró del pomo de la puerta con todas sus fuerzas, se le escapó de la mano, y la puerta se abrió con un estruendo ensordecedor, arrojándola al otro lado del cuarto.

Era el padre de Sophie, pálido como la muerte.

—¡Acabo de ver algo! —exclamó, jadeando y agitando la antorcha.

Entonces Agatha vio cómo la sombra jorobada sobre la pared se acercaba a la ancha silueta de Stefan.

—¡Allí está! —gritó. Stefan giró sobre sus talones, pero la sombra sopló su antorcha. Agatha tomó un fósforo de su bolsillo y lo encendió. Stefan yacía inconsciente sobre el piso. Sophie había desaparecido.

Afuera se oían gritos.

Por la ventana, Agatha vio que los aldeanos perseguían a Sophie mientras la sombra la arrastraba hacia el bosque. Y cada vez más aldeanos se sumaban a la persecución, gritando y gritando…

Sophie sonreía de oreja a oreja.

Agatha salió por la ventana y corrió detrás de su amiga. Pero justo cuando los aldeanos alcanzaron a Sophie, sus antorchas explotaron como por arte de magia y quedaron atrapados en círculos de llamas. Agatha esquivó las trampas de fuego y corrió a salvar a su amiga antes de que la sombra la arrastrara hacia el bosque.

Sophie sintió que su cuerpo se despegaba del césped suave y pasaba sobre

suelo pedregoso. Frunció el entrecejo ante la idea de presentarse en la escuela con el vestido sucio.

—Pensé que vendrían sirvientes—le dijo a la sombra—. O por lo menos una calabaza convertida en carroza.

Agatha siguió corriendo a toda velocidad, pero Sophie casi había desaparecido entre los árboles. Por todos lados, el fuego crecía cada vez más, listo para devorar la aldea entera.

Al ver las grandes llamas, Sophie sintió alivio porque ya nadie podría rescatarla. *Pero ¿dónde está el otro niño? ¿Dónde está el alumno de la Escuela del Mal?* Se había equivocado con respecto a Agatha. Mientras era arrastrada hacia los árboles, Sophie observó el esplendor del fuego y lanzó un beso de despedida a la maldición de una vida común y corriente.

—¡Adiós, Gavaldon! ¡Adiós, vulgaridad! ¡Adiós, mediocridad!

Entonces vio a Agatha arremeter contra las llamas.

—¡No, Agatha! —gritó.

Agatha saltó sobre ella y la sombra las arrastró a ambas hacia la oscuridad.

Al instante las llamas que rodeaban a los aldeanos se extinguieron. Corrieron hacia el bosque, pero por arte de magia los árboles crecieron gruesos y espinosos, impidiéndoles el paso.

Era demasiado tarde.



—¿¡QUÉ HACES!? —gritó Sophie, y empujó y arañó a Agatha mientras la sombra las arrastraba hasta lo más profundo del bosque. Agatha se retorció con furia, tratando de que la sombra soltara a Sophie y que esta soltara a la sombra.

—¡ESTÁS ARRUINÁNDOLO TODO! —aulló Sophie. Agatha le mordió la mano—. ¡¡¡AAAAAYYYY!!! —bramó, y se dio vuelta para que Agatha chocara contra el piso. Agatha volvió a dar la vuelta para trepar hacia la sombra, y con su bota pisó sobre la cara de Sophie.

—¡CUANDO TE AGARRE DEL CUELLO…!

Sintieron que se despegaban del suelo.

Cuando algo delgado y frío las envolvió, Agatha buscó un fósforo en el bolsillo

de su vestido, lo encendió en su muñeca huesuda y palideció. La sombra había desaparecido. Estaban envueltas en una enredadera que ascendía por el tronco de un olmo. Esta las transportó hacia el enorme árbol y las depositó en la rama más baja. Ambas se miraron con hostilidad e intentaron juntar aliento suficiente para hablar. Agatha lo consiguió primero.

—Nos volvemos a casa ya mismo.

La rama se meció, se tensó como una honda y las lanzó hacia arriba como si fueran balas. Antes de que alguna pudiera gritar, aterrizaron en otra rama. Agatha intentó hacer equilibrio para buscar otro fósforo, pero la rama volvió a tensarse y a arrojarlas hasta la siguiente rama, que a su vez las lanzó hacia otra.

—¡QUÉ GRAN ALTURA TIENE ESTE ÁRBOL! —chilló Agatha. Lanzadas de una rama a otra como pelotas, chocaron una contra la otra. Los vestidos se engancharon en las espinas y ramitas y se dieron la cara contra las rodillas, hasta que, por fin, llegaron a la rama más alta.

Allí, en la copa del olmo, había un gigantesco huevo negro. Ambas lo miraron, perplejas. El huevo se quebró y la yema, oscura y pegajosa, las salpicó cuando un pájaro colosal, formado solo por huesos, rompió el cascarón. Miró a ambas y soltó un colérico chillido capaz de romperles los tímpanos. Luego el pájaro las atrapó en sus garras y salió volando mientras ellas gritaban, finalmente de acuerdo en algo. El pájaro óseo penetró en el bosque siniestro y Agatha encendió rabiosamente un fósforo tras otro en las costillas del ave, con lo cual pudieron ver ojos rojos y sombras que se erizaban en las tinieblas.

Por todas partes, los árboles larguiruchos intentaban atraparlas mientras el pájaro se inclinaba y alzaba vuelo para evitarlos, hasta que oyeron un trueno más adelante y dieron de lleno con una terrible tormenta eléctrica. Los rayos partieron algunos árboles, que volaron hacia ellos, y ambas se taparon la cara para protegerse de la lluvia, el lodo y las ramas. Esquivaron telarañas, colmenas y víboras, hasta que el pájaro cayó en unos brezos mortíferos y ellas palidecieron y cerraron los ojos para resistir el dolor.

Después se produjo un silencio.

—Agatha…

Agatha abrió los ojos y vio que el sol brillaba. Miró hacia abajo y contuvo el aliento.

—¡Es real!

A gran distancia debajo de ellas había dos castillos muy altos en el medio del bosque. Uno de ellos estaba envuelto en una niebla bañada por el sol, y sus torres de cristal, rosas y azules, se elevaban sobre un lago fulgurante. El otro era negro e irregular, y sus chapiteles puntiagudos atravesaban los nubarrones como si fueran los colmillos de un monstruo.

La Escuela del Bien y del Mal.

El pájaro óseo sobrevoló las Torres del Bien y aflojó las garras que sostenían a Sophie. Agatha sujetó a su amiga, horrorizada, pero vio su cara colmada de felicidad.

—¡Aggie, soy una princesa!

Pero en cambio, el pájaro soltó a Agatha.

Estupefacta, Sophie vio cómo la joven caía sobre la suave niebla rosada.

—¡Espera… no…!

El pájaro giró bruscamente hacia las Torres del Mal, con las fauces abiertas a la espera de una nueva presa.

—¡No! ¡Yo soy buena! ¡No pertenezco aquí! —chilló Sophie.

Y sin más demora, el pájaro la arrojó a una infernal oscuridad.

3

El Gran Error

Sophie abrió los ojos y se encontró flotando en un foso de olor nauseabundo, repleto hasta el borde de un espeso fango negro. Una siniestra pared de niebla la rodeaba por todos los costados. Intentó hacer pie, pero no pudo; se hundió y tragó lodo por la nariz, que le quemó la garganta. Mientras intentaba respirar, encontró algo a que aferrarse: era el cuerpo de una cabra a medio comer. Jadeando, trató de alejarse a nado, pero no podía ver ni siquiera a pocos centímetros. Oyó gritos arriba y levantó la mirada. Percibió movimientos fugaces, y a continuación, decenas de pájaros óseos atravesaron la niebla y arrojaron al foso a multitudes de niños que no paraban de chillar. Luego los gritos fueron reemplazados por el ruido de chapuzones, y llegó otra oleada de

pájaros, y luego otra, hasta que el cielo quedó repleto de una lluvia de niños. Sophie vio que uno de los pájaros descendía en picada a buscarla y ella se dio vuelta bruscamente, justo a tiempo para recibir una enorme salpicadura de lodo en la cara.

Se limpió el lodo de los ojos y, cuando los abrió, se encontró frente a frente con un niño. Lo primero que vio era que no tenía camisa. Su pecho era raquítico y pálido, sin ningún atisbo de músculos. En su cara pequeña sobresalía una nariz larga, dientes puntiagudos y pelo negro que caía sobre unos ojos redondos y brillantes. Parecía una comadreja siniestra.

—El pájaro se comió mi camisa —explicó el niño—. ¿Puedo tocarte el cabello?

Sophie se apartó.

—En general los villanos no vienen con cabello de princesa —manifestó, mientras chapoteaba hacia ella.

Sophie, desesperada, buscó un arma: un palo, una piedra, una cabra muerta…

—Podríamos ser compañeros de cuarto, o mejores amigos, o amigos de algún tipo —propuso, ahora a centímetros de Sophie. Era como si Radley se hubiese convertido en un roedor valiente. Cuando el muchacho extendió su mano esquelética para tocarla y Sophie se preparaba para darle un puñetazo en el ojo, entre los dos cayó otro de los niños vociferantes. Sophie huyó en dirección opuesta y, cuando miró hacia atrás, el niño comadreja había desaparecido.

A través de la niebla, pudo ver sombras de niños que caminaban entre bolsas y baúles flotantes buscando su equipaje. Los que conseguían encontrarlo avanzaban corriente abajo, en dirección a unos aullidos siniestros que se oían en la distancia. Sophie siguió a estas siluetas flotantes hasta que la niebla se disipó y pudo ver la costa, donde notó una manada de lobos, parados sobre dos patas y vestidos con marciales chaquetas color rojo sangre y pantalones de montar de cuero negro. Estos agitaban sus fustas para ordenar a los alumnos en una fila.

Se aferró a la orilla para salir del fango, pero se quedó petrificada cuando vio su reflejo en el foso. Tenía el vestido cubierto de lodo y yema de huevo, su cara brillaba de mugre negra pestilente, y su cabello era el hogar de una familia de lombrices. Se atragantó al respirar.

—¡Socorro! ¡Estoy en la escuela equiv…

Un lobo la sacó de un tirón y le dio una patada para que se pusiera en la fila. Sophie abrió la boca para protestar, pero vio que el niño comadreja nadaba hacia ella y suplicaba:

—¡Espérame!

Presurosa, se sumó a la fila de jóvenes sombríos que arrastraban sus baúles en medio de la niebla. Si alguno se entretenía, uno de los lobos le daba un golpe seco con la fusta, de manera que Sophie marchaba a buen ritmo mientras se limpiaba el vestido, se sacaba las lombrices y lloraba por su hermoso equipaje, que quién sabe dónde estaría.

El portal del castillo estaba hecho de puntas de hierro entrecruzadas con alambre de púas. Cuando se acercó se dio cuenta de que no era alambre, sino un mar de víboras negras que arremetían y siseaban en su dirección. Sophie chilló y entró corriendo y, al mirar hacia atrás, vio unas palabras talladas y oxidadas sobre el portón, entre dos cisnes negros:

ESCUELA PARA LA EDIFICACIÓN DEL MAL
Y LA PROPAGACIÓN DEL PECADO

Más adelante, la torre de la escuela se alzaba como un demonio alado. La estructura principal, hecha de piedra negra repleta de agujeros, despedía nubes de humo, como si fuera un torso descomunal. De los costados sobresalían dos chapiteles anchos y torcidos, de los que surgían enredaderas rojas y venosas, como alas sangrientas.

Los lobos condujeron a los jóvenes hasta la entrada de la torre principal, un túnel largo y dentado con forma de hocico de cocodrilo. Sophie se estremeció mientras el pasadizo se hacía cada vez más estrecho, tanto que apenas podía ver al alumno frente a ella. Se abrió paso entre dos piedras recortadas y se encontró en un vestíbulo con goteras y olor a pescado podrido. Gárgolas demoníacas sobresalían de unas vigas de piedra, con antorchas encendidas en las mandíbulas. Bajo la luz amenazante de la chimenea había una estatua de hierro que representaba a una bruja calva y sin dientes con una manzana en la mano. A lo largo de la pared había una columna que se caía a pedazos, con una enorme letra N pintada de negro, y con diablillos, trolls y arpías de aspecto siniestro que

subían y bajaban por ella como si fuera un árbol. La siguiente columna tenía una U pintada de color rojo vivo, embellecida con gigantes y duendes danzantes. Mientras avanzaba lentamente en la fila interminable, Sophie dedujo la palabra que formaban las letras (N-U-N-C-A) y de repente se encontró en un lugar del salón desde donde pudo ver cómo la fila serpenteaba frente a ella. Por primera vez pudo observar con claridad a los otros alumnos y faltó poco para que se desmayara.

Una de las muchachas tenía una espantosa sobremordida, pelo pajoso y un ojo en lugar de dos, justo en medio de la frente. Otro joven parecía una pelota de masa: el vientre pronunciado, la cabeza calva y las extremidades hinchadas. Una niña alta y sonriente caminaba delante; su piel tenía un color verde enfermizo. El joven que caminaba frente a ella tenía tanto pelo que parecía un simio. Todos tenían alrededor de la edad de Sophie, pero solo en eso se parecían. Conformaban un grupo de seres de lo más espantosos, con cuerpos deformes, rostros repulsivos y las expresiones más crueles que jamás hubiera visto, como si buscaran algo que odiar. Uno tras otro comenzaron a mirar a Sophie y encontraron lo que buscaban: una princesa inmóvil, con zapatos de cristal y bucles dorados.

La rosa roja entre las espinas.



Del otro lado del foso, Agatha había estado a punto de matar a un hada.

Se había despertado debajo de unos lirios rojos y amarillos que parecían haber entablado una alegre conversación. Agatha estaba segura de que estaban hablando de ella, porque los lirios hacían gestos bruscos en su dirección, utilizando sus hojas y capullos. Pero luego el asunto pareció resolverse: las flores se encorvaron como abuelas quisquillosas y sujetaron a Agatha de las muñecas con sus tallos. De un tirón la hicieron poner de pie, y Agatha vio una multitud de muchachas, hermosas y resplandecientes, alrededor de un lago reluciente.

Agatha no podía creer lo que veía: las niñas brotaban de la tierra ante sus propios ojos. Primero surgían las cabezas de la tierra blanda, luego los cuellos, después los torsos, y seguían subiendo y subiendo hasta que extendían los brazos

hacia el límpido cielo azul y se calzaban delicados zapatos en el suelo. Pero no fue el cultivo de niñas lo que más asombró a Agatha, sino el hecho de que no se parecían a ella en nada.

Sus rostros, algunos de tez blanca, otros de tez oscura, eran perfectos y rebosaban de salud. Tenían cascadas de cabello brillante, planchado y rizado como el de las muñecas, y usaban vestidos sedosos color durazno, amarillo y blanco, como una tanda de huevos de Pascua recién hechos. Algunas eran más bien bajas, otras, altas y esbeltas, pero todas alardeaban de cinturas finas, piernas delgadas y hombros menudos. Mientras el campo florecía con nuevas alumnas, cada una de ellas era recibida por un equipo de tres hadas de alas brillantes. En medio de tintineos y repiqueteos, desempolvaban a las niñas, les servían tazas de té de tilo y se ocupaban de sus baúles, que habían brotado del suelo como sus dueñas.

Agatha no tenía la menor idea de dónde salían estas bellezas. Lo único que quería era encontrar a alguna que fuera huraña o estuviera despeinada para pincharla y no sentirse tan fuera de lugar. Pero no, era un desfile interminable de niñas hermosas como Sophie, con todo lo que Agatha no tenía. Se le retorció el estómago por la vergüenza que le resultaba tan familiar. Necesitaba un agujero donde enterrarse, una tumba en la que esconderse, algo para no ver a todas esas chicas…

En ese momento un hada la mordió.

—¡Qué diablos…!

Agatha trató de sacudirse el insecto tintineante de la mano, pero este salió volando y la mordió en el cuello y luego en la nalga. Otras hadas intentaron dominarla mientras Agatha daba alaridos, pero la bribona también las mordió y volvió a atacarla. Furiosa, trató de atrapar al hada, que se movía con la rapidez de un rayo, y saltó de un lado a otro inútilmente mientras el hada la mordía una y otra vez, hasta que, por error, entró volando en la boca de Agatha y esta se la tragó. Agatha suspiró de alivio y levantó la mirada.

Una multitud de niñas hermosas la miraban boquiabiertas, como si un gato hubiese atacado el nido de un ruiseñor.

Agatha sintió un pellizco en la garganta y tosió el hada. Ante su sorpresa, vio que el hada era varón.

A lo lejos sonaron dulces campanadas provenientes del espectacular castillo azul y rosa al otro lado del lago. Las legiones de hadas tomaron cada una a una alumna de los hombros, las levantaron en el aire y se las llevaron volando a través del lago hacia las torres. Agatha vio su oportunidad de escapar, pero antes de poder huir, dos hadas la alzaron en el aire y se la llevaron. Mientras volaba miró hacia abajo, a la tercera hada, el hada varón que la había mordido y que se negó a ir con ellas. Este cruzó los brazos y sacudió la cabeza, como para que nadie dudara de que habían cometido un error garrafal.



Cuando las hadas depositaron a las muchachas frente al castillo de cristal, soltaron sus hombros y las dejaron en libertad. Sin embargo, las dos hadas de Agatha la sujetaban y arrastraban como si fuera una prisionera. Agatha miró del otro lado del lago. *¿Dónde está Sophie?*

El agua cristalina cedía paso al foso de fango al otro lado del lago; una neblina gris oscurecía todo lo que había en la orilla opuesta. Si Agatha quería rescatar a su amiga, tenía que encontrar una manera de cruzar ese foso. Pero primero debía alejarse de estas plagas con alas. Necesitaba algo que las distrajera.

Delante de ella, por encima de unas puertas doradas, se leían las siguientes palabras espejadas:

ESCUELA PARA LA ENSEÑANZA
DEL BIEN Y EL HECHIZO

Agatha vio su reflejo en las letras y se dio vuelta, ya que aborrecía los espejos y los evitaba a toda costa. (*Los cerdos y los perros no se miran en los espejos*, pensó). Siguió avanzando y miró hacia arriba, a las puertas escarchadas del castillo con la estampa de dos cisnes blancos. Pero cuando las puertas se abrieron y las hadas condujeron a las niñas hacia un pasillo estrecho y espejado, la fila se detuvo en seco y varias niñas la rodearon como si fueran tiburones.

Se la quedaron mirando un momento, como si esperaran que se quitara la máscara y debajo hubiera una princesa. Agatha intentó sostener sus miradas, pero lo único que logró fue ver su propia cara reflejada mil veces en los espejos,

y de inmediato clavó la mirada en el piso de mármol. Algunas hadas se acercaron para que el grupo avanzara, pero la mayoría se posó en los hombros de las niñas y observó. Por fin una de las chicas se acercó; el cabello dorado le llegaba hasta la cintura, sus labios eran carnosos y sus ojos, color ámbar. Era tan bonita que parecía irreal.

—Hola, me llamo Beatrix —dijo con dulzura—. No entendí tu nombre.

—Será porque nunca te lo dije —respondió Agatha, con la mirada clavada en el piso.

—¿Estás segura de que estás en el lugar correcto? —preguntó Beatrix, con más dulzura todavía.

Agatha buscó una palabra en su mente, la palabra que necesitaba, pero todavía era confusa.

—Yo… este…

—Tal vez nadaste hacia la escuela equivocada —indicó Beatrix con una sonrisa.

Agatha recordó la palabra: distracción.

Agatha clavó la mirada en los ojos deslumbrantes de Beatrix.

—Esta es la Escuela del Bien, ¿verdad? ¿La legendaria escuela para niñas maravillosas y dignas que están destinadas a ser princesas?

—Ah —dijo Beatrix, frunciendo los labios—. ¿Entonces no estás perdida?

—¿O confundida? —aportó otra muchacha de piel aceitunada y pelo color azabache.

—¿O ciega? —propuso una tercera, con marcados rizos color negro rubí.

—En ese caso, seguramente tendrás tu pase para el Metro Floral —dijo Beatrix.

Agatha pestañeó.

—¿Mi qué?

—Tu boleto para el Metro Floral —explicó Beatrix—. ¿Entiendes? Así fue como todas llegamos hasta aquí; solo las alumnas aceptadas oficialmente tienen boletos para el Metro Floral.

Las niñas, al unísono, levantaron grandes boletos dorados, donde estaban escritos sus nombres con letra caligráfica y aparecía el sello del Director, con un cisne blanco y negro.

—¡Ahhh, ese pase para el Metro Floral! —dijo Agatha con tono irónico. Enterró las manos en los bolsillos—. Acérquense y les mostraré.

Las niñas se acercaron con desconfianza. Mientras tanto, las manos de Agatha buscaban una distracción: fósforos… monedas… hojas secas…

—Eh, acérquense más.

Las niñas, murmurando entre ellas, se amontonaron.

—No es tan pequeño —resopló Beatrix.

—Se encogió con el lavado —explicó Agatha, mientras buscaba entre más fósforos, chocolate derretido, un pájaro sin cabeza (Muerte los escondía en su ropa)—. Está por aquí, en algún lado…

—Es posible que lo hayas perdido —dijo Beatrix.

Bolas de naftalina… cáscaras de maní… otro pájaro muerto…

—O lo pusiste en otro lugar —dijo Beatrix.

¿Y si les mostraba el pájaro? ¿O el fósforo? ¿O encendía el pájaro con el fósforo?

—O nunca dijiste la verdad.

—Ah, ya lo tengo…

Pero lo único que tenía Agatha era un sarpullido nervioso en el cuello.

—Ya sabes lo que les ocurre a los intrusos, ¿verdad? —amenazó Beatrix.

—¡Aquí está! —*¡Haz algo!*

Las niñas se arremolinaron, amenazantes.

¡Haz algo ya mismo!

Agatha hizo lo primero que se le cruzó por la cabeza y rápidamente lanzó un sonoro pedo.

Una distracción eficaz crea caos y pánico. Agatha tuvo éxito en ambos sentidos. Un olor nauseabundo se esparció por el estrecho pasillo: las niñas huyeron en estampida y las hadas se desmayaron al olfatear el aire, dejando el camino hacia la puerta libre. Solo Beatrix le obstruía el paso, demasiado horrorizada para moverse. Agatha se acercó a ella como si fuera un lobo.

—¡Bu!

Beatrix huyó para salvar su pellejo.

Agatha corrió hacia la puerta, mirando para atrás y viendo con orgullo cómo las niñas chocaban contra las paredes y se pisaban unas a otras para huir.

Decidida a rescatar a Sophie, arremetió contra las puertas esmeriladas y corrió hasta el lago. Pero apenas llegó, el agua se alzó en una ola gigante y, con un estruendo, la devolvió a través de las puertas, en dirección a las chicas que chillaban, hasta que aterrizó boca abajo en un charco.

Tambaleando, se puso de pie y quedó petrificada.

—Bienvenida, nueva princesa —la saludó una ninfa flotadora de más de dos metros de estatura, mientras se movía hacia un costado para dejarle ver un vestíbulo tan magnífico que Agatha se quedó sin aliento—. Bienvenida a la Escuela del Bien.



Sophie no podía soportar el hedor del lugar. Mientras avanzaba tambaleando por la fila, la mezcla de tufo a cuerpo sucio, piedra mohosa y lobo fétido le provocó náuseas. Sophie se paró en puntas de pie para ver hacia dónde se dirigía la fila, pero lo único que alcanzó a ver fue un desfile interminable de frikis. El resto de los alumnos la miraba con odio, pero ella les respondía con su sonrisa más amable, no fuera cosa que se tratara de una prueba. Tenía que ser una prueba, un error, una broma o algo así.

Se dirigió a un lobo gris.

—No es mi intención cuestionar su autoridad, pero ¿podría ver al Director? Creo que él… —El lobo rugió y la bañó en saliva. Sophie no insistió.

Junto a la fila descendió a una antesala más baja, donde tres sinuosas escaleras de caracol negras se alineaban una junto a la otra. Una de ellas, con monstruos tallados en madera, tenía escrito MALDAD a lo largo del pasamano; la segunda, decorada con grabados de arañas, decía TRAVESURA, y en la tercera, adornada con serpientes, se leía VICIO. Alrededor de las tres escaleras, Sophie vio que las paredes estaban cubiertas por marcos de diferentes colores. En cada marco estaba el retrato de un alumno, junto a un dibujo de libro de cuentos del personaje en que se había convertido luego de graduarse. Había un marco de oro con el retrato de una niña traviesa, y junto a él, una magnífica ilustración de ella convertida en una bruja repugnante, parada junto a una doncella en coma. Una placa de oro abarcaba las dos ilustraciones:

Catalina del Bosque de Zorros
Pequeña Blancanieves (villana)

En el siguiente marco de oro estaba el retrato de un niño cejijunto de sonrisa malévola junto a la ilustración de su personaje, ya grande, a punto de degollar a una mujer:

Drogan de las Montañas Murmuradoras
Barba Azul (villano)

Debajo de Drogan, en un marco de plata, estaba la imagen de un muchacho flacucho y cabellera rubia, convertido en uno de los muchos ogros que arrasaban una aldea:

Keir del Bosque Inferior
Pulgarcito (secuaz)

Luego, Sophie vio un deteriorado marco de bronce en la parte de abajo, con la imagen de un niño diminuto, calvo y de ojos desorbitados. Ella conocía a ese chico. Se llamaba Bane, y mordía a todas las chicas bonitas de Gavaldon hasta que había sido secuestrado cuatro años atrás. Sin embargo, no había ninguna ilustración junto a la imagen de Bane. Solo una placa oxidada que rezaba:

Aplazado

Sophie observó el rostro aterrorizado de Bane y se le retorció el estómago. *¿Qué le sucedió?* Levantó la mirada y vio miles de marcos de oro, plata y bronce

que ocupaban cada centímetro del vestíbulo: brujas que asesinaban a príncipes, gigantes que devoraban hombres, demonios que incendiaban niños, ogros abyectos, gorgonas grotescas, jinetes sin cabeza, despiadados monstruos marinos que algún día habían sido torpes adolescentes. Ahora eran retratos de maldad absoluta. Aun los villanos que tuvieron muertes horripilantes —el enano saltarín, el gigante de las habichuelas mágicas, el lobo de *Caperucita Roja* — eran dibujados en sus mejores momentos, como si hubiesen salido victoriosos de sus cuentos. A Sophie volvió a retorcérsele el estómago cuando vio que el resto de los niños contemplaba los retratos con fascinación reverencial. De pronto lo vio con claridad: compartía la fila con futuros asesinos y monstruos.

Le invadió un sudor frío; tenía que encontrar a alguno de los profesores, alguien con autoridad para buscar en la lista de alumnos inscriptos y se diera cuenta de que ella estaba en la escuela equivocada. Pero hasta ahora, lo único que había encontrado eran lobos que no sabían hablar, y mucho menos leer una lista.

Al dar la vuelta hacia un corredor más ancho, Sophie vio a un enano de piel roja y cuernos que, subido a una escalera altísima, martillaba más retratos en una pared vacía. Apretó los dientes, esperanzada, mientras se acercaba hacia él en la fila. Mientras pensaba cómo podía llamar su atención, de repente vio que en los cuadros de esta pared había caras familiares. Estaba el del muchacho que parecía una pelota de masa, el que había visto antes, titulado BRONE DE BREZO ROCOSO. Junto a él estaba el dibujo de una niña con un solo ojo y pelo pajoso: ARACHNE DEL BOSQUE DE ZORROS. Sophie escudriñó los retratos de sus compañeros de clase que esperaban ser transformados en villanos. Su mirada se detuvo en el niño comadreja: HORT DE ARROYO ENSANGRENTADO. *Hort, parece el nombre de una enfermedad*. Siguió avanzando en la fila, preparada para hablarle al enano…

En ese momento vio el marco que el enano estaba a punto de clavar.

Vio su propia cara que la miraba con una sonrisa.

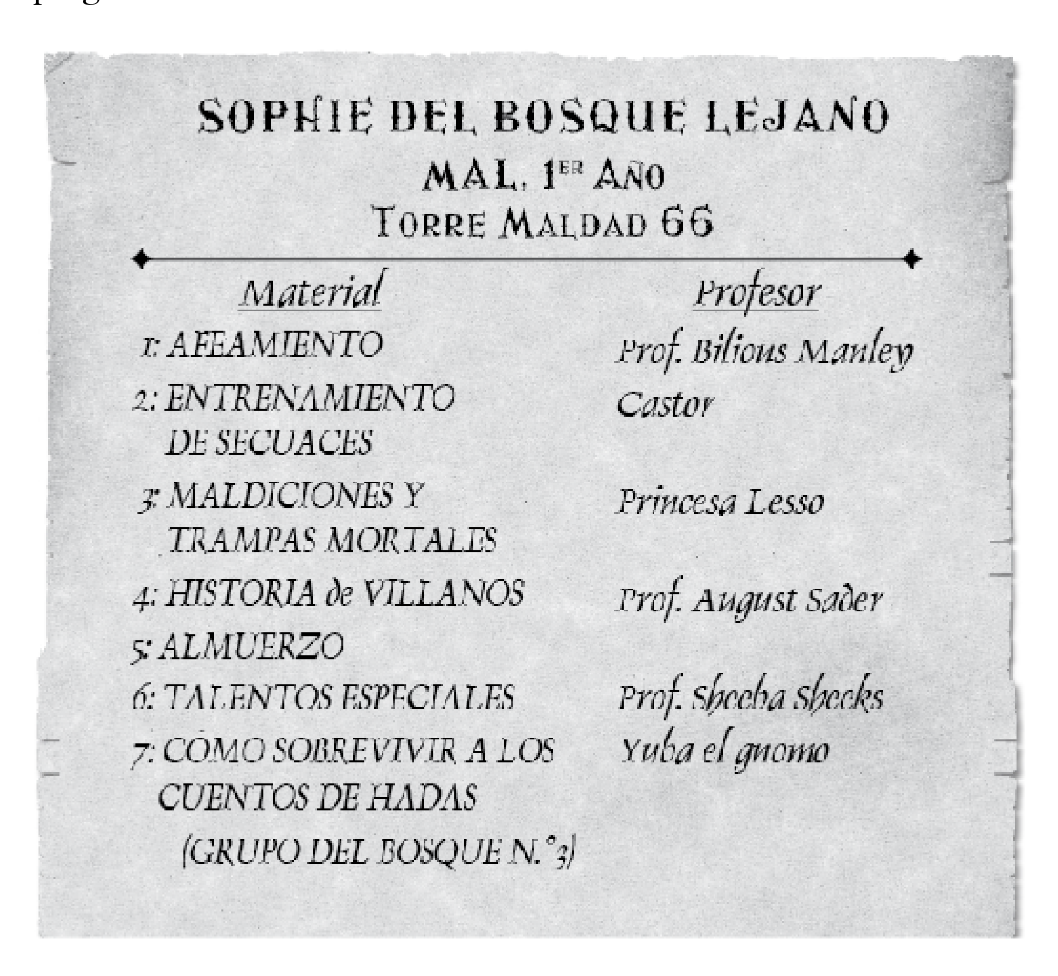
Con un chillido, Sophie salió de la fila, subió la escalera a los tropezones y arrancó el retrato de las manos del atónito enano.

—¡No, yo soy buena! —gritó, pero el enano le arrebató el retrato y los dos tironearon de él entre patadas y arañazos, hasta que Sophie perdió la paciencia y

le dio una bofetada. El enano chilló como una niñita y la amenazó con el martillo. Sophie lo esquivó, pero perdió el equilibrio. La escalera se tambaleó y se estrelló entre las paredes. Despatarrada en el aire, entre los peldaños, miró hacia abajo y vio lobos que gruñían y alumnos que la miraban con ojos desorbitados.

—¡Tengo que ver al Director! —gritó, pero se le escapó la escalera de la mano y se desplomó al frente de la fila.

Una bruja de piel oscura con un enorme forúnculo en la frente le arrojó una hoja de pergamino.



SOPHIE DEL BOSQUE LEJANO

MAL, 1ER AÑO

TORRE MALDAD 66

Material	Profesor
1: AFEAMIENTO	Prof. Bilious Manley
2: ENTRENAMIENTO DE SECUACES	Castor
3: MALDICIONES Y TRAMPAS MORTALES	Princesa Lesso
4: HISTORIA de VILLANOS	Prof. August Sader
5: ALMUERZO	
6: TALENTOS ESPECIALES	Prof. Sheeba Sheeks
7: CÓMO SOBREVIVIR A LOS CUENTOS DE HADAS (GRUPO DEL BOSQUE N.°3)	Yuba el gnomo

Sophie levantó la mirada, estupefacta.

—Te veré en clase, bruja del Bosque Lejano —graznó la arpía. Antes de que Sophie pudiera responder, un ogro dejó caer en sus manos una pila de libros atados con una cinta.

Los mejores monólogos de villanos, 2.ª edición
Maleficios de sufrimiento, 1.er año
Guía de secuestro y asesinato para principiantes
Cómo aceptar la fealdad de cabo a rabo
Cómo cocinar niños (¡con recetas nuevas!)

Ya era suficiente con que los libros fueran espantosos, pero luego Sophie se dio cuenta de que la cinta con que estaban atados era una anguila viva. Se puso a gritar y soltó los libros, cuando un sátiro a lunares le arrojó una tela negra. Sophie la desplegó y dio un respingo al ver una túnica enorme y hecha jirones que caía como una cortina cortada en tiras.

Miró boquiabierta a sus compañeras, que se ponían alegremente el asqueroso uniforme, hojeaban los libros y comparaban sus horarios. Sophie miró su fétida toga negra, luego sus libros llenos de baba de anguila y por último su horario. Levantó la mirada a su retrato sonriente, otra vez colgado en la pared, y huyó como alma que lleva el diablo.



Agatha sabía que estaba en el lugar equivocado porque hasta los profesores la miraban confundidos. Juntos bordeaban las cuatro escaleras de caracol en el profundo vestíbulo de cristal, dos rosadas, dos azules, y arrojaban confeti a los alumnos nuevos. Las profesoras lucían idénticos vestidos en diferentes colores: de cuello alto, con el emblema del cisne plateado centelleante sobre el corazón. Cada una había agregado un detalle personal al vestido: incrustaciones de cristal, flores bordadas con cuentas y hasta un lazo de tul. Los profesores, por otro lado, vestían finos trajes en un arcoíris de colores vivos, con chalecos en combinación, corbatas delgadas y pañuelos coloridos metidos en bolsillos bordados con el mismo cisne plateado.

Agatha enseguida se dio cuenta de que todos eran más atractivos que ningún adulto que ella hubiera visto jamás. Hasta los profesores más veteranos eran tan elegantes que la intimidaban. Agatha había intentado convencerse siempre de que la belleza era inútil porque era pasajera. He aquí la prueba de que era eterna.

Los profesores intentaron disimular los codazos y murmullos al ver a la alumna fuera de lugar y empapada de agua, pero Agatha estaba acostumbrada a estas reacciones. Entonces, vio a uno que no se parecía al resto. El vitral parecía formar un halo sobre su cabeza, y vestía un traje color verde trébol. Su pelo era plateado y sus ojos, brillantes y de color avellana. Le sonrió a Agatha como si ella realmente perteneciera a este lugar. La joven se ruborizó: cualquiera que pensara eso era un tonto. Se dio vuelta y se consoló mirando a las jóvenes ceñudas alrededor de ella, que evidentemente no le habían perdonado el incidente en el vestíbulo.

—¿Dónde están los chicos? —Oyó que murmuraban entre sí, mientras hacían fila frente a tres enormes ninfas flotantes con cabello y labios de neón, que les entregaron sus horarios, libros y túnicas.

Mientras Agatha las seguía en la fila pudo ver mejor el majestuoso salón de las escaleras. La pared opuesta tenía una *S* gigantesca pintada de rosa, con primorosos dibujos de ángeles y sílfides revoloteando alrededor de los bordes. En las otras paredes también había letras pintadas, y junto a la *S* formaban la palabra S-I-E-M-P-R-E en rosa y azul. Las cuatro escaleras de caracol estaban dispuestas simétricamente en las esquinas de cada pared, e iluminadas por grandes vitrales. Uno de los dos tramos azules tenía la palabra HONOR esculpida sobre el balaustre, junto con grabados en cristal de caballeros y reyes, mientras en los otros se leía VALOR, decorada con cazadores y arqueros en relieves azules. Las dos escaleras de cristal rosa tenían las palabras PUREZA y CARIDAD estampadas en oro, junto a delicados frisos esculpidos con doncellas, princesas y animales dóciles.

En el centro del salón, los retratos de exalumnos tapizaban un altísimo obelisco de cristal que se extendía desde el piso de mármol hasta el techo abovedado. En lo más alto del obelisco había retratos, en marcos de oro, de alumnos que se convirtieron en príncipes y reinas después de la graduación. En el medio estaban los marcos de plata, para quienes encontraron destinos menos grandiosos, como compañeros desenvueltos, amas de casa sumisas y hadas madrinas. Y cerca de la base del pilar, salpicados de polvo, estaban los fracasados en marcos de bronce, que habían terminado siendo lacayos o sirvientes. Pero independientemente de que hubieran terminado convertidos en

una reina de las nieves o en un deshollinador, Agatha vio que todos compartían el mismo rostro bello, sonrisas amables y miradas enternecedoras. Aquí, en un palacio de cristal en el medio del bosque, se había reunido lo mejor de la vida al servicio del Bien. Y aquí estaba ella, doña Miserable, al servicio de las tumbas y los pedos.

Agatha esperó con ansiedad, hasta que por fin llegó hasta una ninfa de pelo rosa.

—¡Hubo una confusión! —dijo, mientras jadeaba y chorreaba agua y sudor —. Mi amiga Sophie es quien debe estar aquí.

La ninfa sonrió.

—Yo intenté evitar que viniera —explicó Agatha, llena de esperanza—, pero confundí al pájaro y ahora yo estoy aquí y ella está en la otra torre, pero mi amiga es preciosa y le gusta el rosa y yo… bueno, solo míreme. Sé que están escasos de alumnos, pero Sophie es mi mejor amiga, y si ella se queda, yo tendré que quedarme, y no podemos quedarnos. Por favor, ayúdeme a buscarla y así podremos volver a casa.

La ninfa le entregó un pergamino.

Agatha del Bosque Lejano

BIEN, 1er AÑO

TORRE PUREZA 51

Material	Profesor
1: EMBELLECIMIENTO	Prof. Emma Anémona
2: ETIQUETA PARA PRINCESAS	Pollux
3: COMUNICACIÓN CON ANIMALES	Princesa Uma
4: HISTORIA de HÉROES	Prof. August Sader
5: ALMUERZO	
6: BUENAS ACCIONES	Prof. Clarissa Dovey y
7: CÓMO SOBREVIVIR A LOS CUENTOS DE HADAS (GRUPO DEL BOSQUE N.° 3)	Yuba el gnomo

Agatha miró el pergamino, estupefacta.

—Pero…

Una ninfa de cabellera verde le entregó una canasta con libros, de la cual algunos sobresalían:

El privilegio de la belleza
Cómo conquistar a tu príncipe
Libro de recetas para ser bella
Vocación de princesa
Lenguaje animal 1: ladridos, relinchos y piadas

Luego, una ninfa de pelo azul le entregó su uniforme: un vestido rosa cortísimo con claveles en las mangas abullonadas, sobre una blusa de encaje blanco a la que parecían faltarle tres botones.

Atónita, Agatha observó cómo las futuras princesas que la rodeaban se

ajustaban los vestidos color rosa. Miró los libros que le decían que la belleza era un privilegio, que podía conquistar a un príncipe hermoso, que podía hablar con los pájaros. Contempló el horario, pensado para alguien hermoso, elegante y amable. Levantó la mirada y vio al profesor atractivo, que seguía sonriéndole, como si esperara grandes cosas de Agatha de Gavaldon.

Agatha hizo lo único que sabía hacer cuando se esperaba algo de ella.

Subió corriendo la escalera azul de la torre Honor y atravesó pasillos color verde mar, seguida por hadas que tintineaban furiosas detrás de ella. Al pasar a toda velocidad por los pasillos y subir corriendo las escaleras, no tuvo tiempo de asimilar lo que veía: pisos hechos de jade, aulas de caramelo, una biblioteca hecha de oro, hasta que llegó a la última escalinata e irrumpió por una puerta de cristal esmerilado que daba a la cima de la torre. Frente a ella, el sol iluminaba una galería al aire libre con imponentes setos recortados como esculturas. Antes de que Agatha pudiera ver siquiera qué formas dibujaban, las hadas irrumpieron a través de la puerta, lanzando de su boca telarañas doradas y pegajosas para atraparla. Se agachó para esquivarlas y se arrastró como un gusano en medio de los colosales setos.

Cuando logró ponerse de pie, siguió corriendo y saltó sobre una elevada escultura de un príncipe musculoso con su espada en alto sobre un estanque. Escaló por la frondosa espada hasta la punta, mientras se defendía a patadas del enjambre de hadas. Pero las hadas siguieron acumulándose, y en el momento en que escupían sus brillantes redes, Agatha cayó al agua del estanque.

Al abrir los ojos, notó que estaba completamente seca.

El estanque debió haber sido un portal, pues ahora estaba del otro lado, en un pasaje abovedado de cristal azul. Agatha miró hacia arriba y se quedó paralizada. Estaba en la punta de un estrecho puente de piedra que se extendía a través de la espesa niebla hacia la torre putrefacta del otro lado del lago. Era un puente entre las dos escuelas.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. ¡Podía salvar a Sophie!

—¡Agatha!

Agatha entrecerró los ojos y vio que Sophie venía corriendo entre la neblina.

—¡Sophie!

Con los brazos extendidos, las dos chicas corrieron por el puente, gritando sus

nombres…

Se estrellaron con una barrera invisible y rebotaron contra el piso.

Aturdida por el dolor, Agatha, horrorizada, vio cómo una pareja de lobos arrastraba a Sophie de los pelos, de regreso a la Escuela del Mal.

—¡Ustedes no entienden! —chilló Sophie, viendo cómo las hadas atrapaban a Agatha—. ¡Esto es un error!

—No hay ningún error —gruñó uno de los lobos.

Sabían hablar después de todo.

4

Las Tres Brujas de la Habitación 66

Sophie no veía cuál era la necesidad de que la castigaran seis lobos en vez de uno, pero pensó que sería para darle una lección. La ataron a un asador, le metieron una manzana en la boca y la hicieron desfilar como un cerdo de banquete por los seis pisos de la Torre de Maldad. Amontonados contra las paredes, los nuevos alumnos la señalaban y se reían, pero las risas se convirtieron en miedo cuando se dieron cuenta de que este fenómeno vestido de rosa podía ser su compañera de cuarto. Los lobos, remolcando a la llorosa Sophie, pasaron por las habitaciones 63, 64 y 65. Luego abrieron de una patada la puerta de la habitación 66 y la empujaron dentro. Sophie se deslizó por el piso hasta que su cara chocó contra un pie verrugoso.

—Te dije que la traerían aquí —se quejó una voz áspera.

Todavía atada al asador, Sophie levantó la mirada y vio a una muchacha alta,

de pelo negro y grasoso con mechas rojizas y labios pintados de negro, con un aterrador tatuaje que le rodeaba el cuello: un demonio con cuernos de ciervo y cráneo rojo. La chica miró con odio a Sophie; sus ojos negros echaban llamas.

—Hasta huele como una Siempre.

—Las hadas se la llevarán pronto —dijo una voz del otro lado de la habitación.

Sophie torció la cabeza y vio a una muchacha albina de pelo blanquísimo, piel pálida y párpados caídos que daba de comer estofado de un caldero a tres ratas blancas.

—Una lástima, ya que podríamos degollarla y colgarla en el vestíbulo como un adorno.

—¡Qué descortés! —exclamó una tercera. Sophie se dio vuelta y observó a una muchacha sonriente de pelo marrón sentada en la cama, gorda como un globo de aire caliente, con un helado de chocolate en cada mano rolliza—. Además, es contra el reglamento matar a otros alumnos.

—¿Y si solo la mutilamos un poco? —sugirió la albina.

—Yo creo que es encantadora —opinó la chica rolliza mientras mordía el helado—. No todos los villanos tienen que oler feo y parecer deprimidos.

—Ella no es una villana —dijeron al unísono la albina y la chica tatuada.

Mientras se deshacía de las cuerdas, Sophie giró el cuello y por primera vez pudo ver toda la habitación. Quizá, en algún tiempo, había sido un cuarto bonito y acogedor, antes de que alguien lo incendiara. Las paredes de ladrillo se habían consumido hasta rescoldos; había marcas de quemaduras negras y marrones en el cielorraso, y el piso estaba enterrado bajo una capa de cenizas. Hasta los muebles parecían tostados. Pero por más que buscó, Sophie se dio cuenta de que había un problema peor en la habitación.

—¿Dónde está el espejo? —preguntó, angustiada.

—Déjame adivinar —gruñó la chica tatuada—. Es Bella, Ariel o Anastasia.

—Más bien parece la Princesa prometida o el Hada de azúcar —acotó la albina.

—O Clarabella, o Caperucita o Winnie Pooh.

—Me llamo Sophie. —Sophie se puso de pie en medio de una nube de hollín —. No soy una «villana», ni soy una «cosa», y sí, es evidente que este no es mi

lugar, así que…

La albina y la chica tatuada se desternillaron de risa.

—¡Sophie! —graznó la segunda— ¡Es peor de lo que me imaginaba!

—Cualquier cosa que se llame Sophie no puede estar aquí —resolló la albina —. Tiene que estar en una jaula.

—Mi lugar está en la otra torre —replicó Sophie, tratando de ignorar sus ironías— y por eso debo ver al Director.

—Debo ver al Director —repitió la albina para hacerle burla—. ¿Y por qué no te tiras por la ventana para ver si el Director va en tu rescate?

—¿Acaso no tienen modales? —señaló la muchacha rolliza con la boca llena —. Me llamo Dot. Ella es Hester —dijo mientras señalaba a la chica tatuada—. Y este primor —indicó, señalando a la albina— es Anadil. —Esta escupió en el suelo.

—Bienvenida a la habitación 66 —saludó Dot, y con un sacudón quitó las migas de la cama vacía.

Sophie se estremeció al ver las sábanas comidas por las polillas, con manchas inquietantes.

—Agradezco el recibimiento, pero de verdad tengo que marcharme — manifestó, mientras retrocedía hacia la puerta—. ¿Podrían indicarme cómo llegar a la oficina del Director?

—Los príncipes deben quedarse encantados cuando te ven —indicó Dot—. La mayoría de las villanas no parecen princesas.

—Ella no es una villana —replicaron Anadil y Hester a coro.

—¿Debo concertar una cita para verlo? —insistió Sophie—. ¿Le envío una nota, o…?

—Podrías ir volando, supongo —sugirió Dot, mientras sacaba dos huevos de chocolate de su bolsillo—. Pero los estínfalos podrían devorarte.

—¿Los estínfalos? —inquirió Sophie.

—Los pájaros que nos dejaron aquí, encanto —farfulló Dot mientras masticaba—. Tendrías que evitarlos, y ellos odian a los villanos.

—¡Por última vez —exclamó Sophie— no soy una villana!

En ese momento se oyeron ruidos en la escalera. Un dulce tintineo, tan primoroso, tan delicado que solo podían ser…

¡Hadas! ¡Venían a buscarla!

Sophie reprimió un grito. No se atrevía a decirles a las chicas que su rescate era inminente (quién sabe si no era cierto que querían hacer de ella un adorno para el pasillo). Se apoyó contra la puerta y oyó que el tintineo se acercaba.

—No sé cómo la gente puede pensar que las princesas son bonitas —opinó Hester, mientras se tocaba una verruga del pie. —¡Tienen la nariz tan pequeña! Parecen botoncitos que dan ganas de arrancar.

¡Hay hadas en nuestro piso! Sophie tenía ganas de saltar de felicidad. ¡En cuanto llegara al castillo del Bien, se daría el baño más largo de su vida!

—¡Y su cabello es siempre tan largo! —apuntó Anadil, mientras hacía oscilar un ratón muerto para el postre de las ratas—. Me dan ganas de arrancárselo todo.

Ya están muy cerca…

—¡Y esas sonrisas falsas! —señaló Hester.

—¡Y qué obsesión por el rosa! —soltó Anadil.

¡Las hadas están en la puerta de al lado!

—No veo la hora de matar a mi primera princesa—dijo Hester.

—Hoy es un día tan bueno como cualquier otro —propuso Anadil.

¡Ya llegaron! Sophie estallaba de felicidad: ¡escuela nueva, amigos nuevos, vida nueva!

Pero las hadas pasaron de largo por su habitación.

A Sophie el corazón le dio un vuelco. ¿Qué había ocurrido? ¡Cómo pudieron olvidarla! Pasó junto a Anadil al dirigirse hacia la puerta, la abrió de golpe y todo lo que vio fue piel de lobo. Sophie se sobresaltó y Hester cerró la puerta con fuerza.

—¡Vas a hacer que nos castiguen a todas! —gruñó Hester.

—¡Pero estaban aquí! ¡Me estaban buscando! —insistió Sophie.

—¿Estás segura de que no podemos matarla? —quiso saber Anadil, viendo cómo las ratas devoraban al ratón.

—¿De qué parte del bosque vienes, encanto? —Dot preguntó a Sophie, mientras olía una rana de chocolate.

—No vengo del bosque —respondió Sophie con impaciencia, mientras espiaba por la mirilla. No cabía duda de que los lobos habían espantado a las

hadas. Tenía que volver al puente para encontrarlas, pero ahora había tres lobos de guardia en el pasillo. Estaban comiendo nabos asados en platos de hierro fundido.

¿Los lobos comen nabos? ¿Con tenedor?

Pero había otra cosa extraña en los platos de los lobos.

Eran hadas, que hurgaban entre la comida de las bestias.

Sophie abrió los ojos de par en par.

Un atractivo hada varón la miró. *¡El hada puede verme!* Sophie juntó las manos y movió los labios en silencio, como diciendo «¡Ayúdame!» a través del cristal. El hada sonrió, comprensivo, y murmuró algo al oído del lobo. Este miró a Sophie y dio una salvaje patada a la mirilla. Sophie cayó hacia atrás, entre un coro de risitas y carcajadas displicentes.

Las hadas no tenían ninguna intención de rescatarla.

A Sophie le temblaba el cuerpo y estaba a punto de estallar en sollozos. Luego oyó que alguien se aclaraba la garganta y se dio vuelta.

Las tres chicas la miraban confundidas.

—¿Qué quieres decir con eso de que «no vienes del bosque»? —quiso saber Hester.

Sophie no estaba de humor para responder a preguntas tontas, pero ahora, estas pánfilas eran su única esperanza de encontrar al Director.

—Vengo de Gavaldon —explicó, reprimiendo las lágrimas—. Ustedes tres parecen conocer este lugar, así que les agradecería que me dijeran dón…

—¿Eso es cerca de las Montañas Murmuradoras? —interpeló Dot.

—Solo los Nuncas viven en las Montañas Murmuradoras, tonta —refunfuñó Hester.

—Apuesto a que es cerca del Vendaval del Arcoíris —aportó Anadil—. De allí vienen los Siempres más fastidiosos.

—Disculpen, estoy perdida —objetó Sophie—. ¿Qué significa Siempres? ¿Y Nuncas?

—Ella es una especie de Rapunzel que vive en un mundo aparte —añadió Anadil—. Eso lo explica todo.

—Los Siempres son los que llamamos bienhechores, encanto —le explicó Dot a Sophie—. Ya sabes, todas esas tonterías sobre ser felices para siempre.

—¿Entonces ustedes son «Nuncas»? —preguntó Sophie, al recordar las columnas con leyendas en el salón de las escaleras.

—Es la abreviatura de «Nunca Más» —respondió Hester, complacida—. El paraíso de los malhechores. En Nunca Más tendremos poder infinito.

—Controlaremos el tiempo y el espacio —observó Anadil.

—Adoptaremos nuevas formas —añadió Hester.

—Escindiremos nuestras almas.

—Conquistaremos la muerte.

—Allí solo ingresan los villanos más malvados —explicó Anadil.

—Y lo mejor es que no hay nadie más. Cada villano tiene su propio reino privado.

—La soledad eterna —proclamó Anadil.

—Parece un suplicio —opinó Sophie.

—El resto de las personas es un suplicio —objetó Hester.

—A Agatha le encantaría ese lugar —murmuró Sophie.

—Gavaldon… ¿está cerca de las colinas de Pifflepaff? —preguntó Dot con displicencia.

—¡Pero por el amor de Dios, no está cerca de nada! —protestó Sophie. Levantó su horario, en cuya parte superior decía SOPHIE DEL BOSQUE LEJANO. —Gavaldon queda más allá del bosque, está rodeada de bosque por todas partes.

—¿El Bosque Lejano? —repitió Hester.

—¿Quién es tu rey? —quiso saber Dot.

—No tenemos rey —respondió Sophie.

—¿Quién es tu madre? —preguntó Anadil.

—Mi madre está muerta —dijo Sophie.

—¿Y tu padre? —interpeló Dot.

—Trabaja en el molino. Pero todas estas preguntas son muy personales…

—¿Y a qué familia de cuento de hadas pertenece tu padre? —interrogó Anadil.

—Esa sí que es una pregunta extraña. Ninguna familia es de un cuento de hadas. Él viene de una familia normal, con defectos normales. Como cada uno de sus padres.

—Lo sabía —Hester dijo a Anadil.

—¿Qué cosa sabías? —indagó Sophie.

—Solo los Lectores son así de estúpidos —Anadil respondió a Hester.

A Sophie la consumió la indignación.

—Perdón, pero no soy yo la estúpida aquí si soy la única que sabe leer, así que, ¿por qué no se miran al espejo, es decir, si pudieran encontrar uno…?

Lectores.

¿Por qué aquí nadie parecía echar de menos a su familia? ¿Por qué todos nadaron hacia los lobos en el foso, en lugar de huir para salvar su vida? ¿Por qué no gritaron por sus madres o intentaron escaparse de las víboras que había en el portal? ¿Por qué todos sabían tanto sobre esta escuela?

¿A qué familia de cuento de hadas pertenece tu padre?

La mirada de Sophie se posó en la mesita de noche de Hester. Junto a un jarrón con flores secas, una vela con forma de garra y una pila de libros —*Cómo burlarse de los huérfanos, Por qué los villanos fracasan, Errores comunes de las brujas*— había un portarretrato de madera retorcida. Dentro había un dibujo infantil de una bruja frente a una casa.

Una casa hecha de jengibre y caramelo.

—Mamá era ingenua —dijo Hester apoyada en el marco. Parecía esforzarse por recordar—. ¿Un horno? ¡Por favor, es mejor echarlos a una parrilla, así se evitan complicaciones! —Su rostro adquirió una expresión más severa—. A mí me irá mejor.

La mirada de Sophie se posó en Anadil y se le revolvió el estómago. Su libro de cuentos favorito terminaba con una bruja dentro de un barril lleno de clavos puesto a rodar, hasta que lo único que quedaba de ella era un brazalete hecho de huesos de niños. Ese brazalete adornaba la muñeca de su compañera de cuarto.

—Sí que conoce las historias de brujas, ¿no? —Anadil se echó a reír socarronamente—. La abuelita estaría orgullosa.

Sophie miró un póster que había arriba de la cama de Dot. Un hombre atractivo vestido de verde gritaba mientras el hacha de un verdugo cortaba su cabeza.

BUSCADO:

ROBIN HOOD

Vivo o Muerto (Preferiblemente Muerto)

Por orden del Sheriff de Nottingham

—Papi me prometió dar el primer hachazo —comentó Dot.

Sophie observó horrorizada a sus tres compañeras de cuarto.

Ellas no necesitaban leer cuentos de hadas, porque venían de allí.

Habían nacido para matar.

—Princesa y Lectora —advirtió Hester—. Los dos peores defectos que puede tener un humano.

—Ni siquiera los Siempres la quieren —dijo Anadil—. De lo contrario, las hadas ya habrían venido a buscarla.

—¡Tienen que venir! —gritó Sophie—. ¡Yo soy buena!

—Te quedas con nosotras, tesoro —observó Hester, mientras ahuecaba la almohada de Sophie de una patada—. Así que, si quieres seguir viva, será mejor que te adaptes.

¡Adaptarme a unas brujas! ¡Tratar con caníbales!

—¡No, escúchenme! —suplicó Sophie—. ¡Les digo que yo soy buena!

—Eso sigues repitiendo. —En un instante, Hester la aferró de la garganta y la inmovilizó sobre la ventana abierta—. Y sin embargo no tienes pruebas.

—¡Hago donaciones de *corsets* a viejas sin hogar! ¡Voy a la iglesia todos los domingos! —gritó Sophie, a punto de ser arrojada al vacío.

—Mmm, no veo ningún hada madrina —indicó Hester—. Vuelve a intentar.

—¡Les sonrío a los niños! ¡Le canto a los pájaros! —Se atragantó Sophie—. ¡No puedo respirar!

—Tampoco hay ningún príncipe azul —observó Anadil mientras la sujetaba de las piernas—. ¡Última oportunidad!

—¡Me hice amiga de una bruja! ¡Soy así de buena!

—Ningún hada a la vista —Anadil dijo a Hester mientras la levantaban

entre las dos.

—¡Es ella la que debe estar aquí, no yo! —gimió Sophie.

—Por qué será que el Director trae a estos ejemplares inútiles a nuestro mundo —siseó Hester—. Solo puede haber un motivo: es un estúpido.

—¡Pregúntenle a Agatha, ella les dirá! ¡Ella es la villana!

—Ahora que lo pienso, Anadil, nadie nos dijo cuáles son las reglas —comentó Hester.

—Así que no pueden castigarnos por romperlas —opinó Anadil, sonriente.

Entre las dos levantaron a Sophie por encima del borde.

—Uno —anunció Hester.

—¡No! —chilló Sophie.

—Dos…

—¿Quieren pruebas? ¡Voy a darles pruebas! —gritó Sophie.

—¡Tres!

—¡MÍRENME A MÍ Y MÍRENSE USTEDES!

Hester y Anadil la soltaron. Atónitas, se miraron unas a otras y después a Sophie que, encorvada en la cama, no paraba de sollozar.

—Te dije que era una villana —trinó Dot, mientras mordía un caramelo.

Se oyó un bullicio afuera de la habitación y las chicas se acercaron a la puerta. Esta se abrió de golpe e irrumpieron tres lobos, que las tomaron del cuello y las guiaron hacia un tropel de alumnos de túnicas negras. Los estudiantes se empujaban y daban codazos; algunos se caían y no podían volver a levantarse en medio de la muchedumbre. Sophie se pegó a la pared para salvar su vida.

—¿Adónde vamos? —le gritó a Dot.

—¡A la Escuela del Bien! —respondió Dot—. Para la ceremonia de bienven… —En eso, un muchacho con aspecto de ogro le dio una patada para empujarla.

¡La Escuela del Bien! Llena de esperanza, Sophie siguió a la espantosa muchedumbre escaleras abajo, mientras se arreglaba el vestido rosa para su primer encuentro con sus verdaderos compañeros de clase. Alguien la tomó del brazo y la arrojó contra la barandilla. Aturdida, levantó la mirada y vio un feroz lobo blanco que olía a muerto y que sostenía un uniforme negro. El guardia mostró los colmillos en una sonrisa siniestra.

—No… —dijo Sophie, jadeando…

Así que el lobo resolvió el asunto personalmente.



Aunque las princesas de Pureza compartían los cuartos de a tres, Agatha tuvo su propia habitación.

Una escalera de cristal rosado conectaba los cinco pisos de la torre Pureza y se elevaba como una réplica de la interminable cabellera de Rapunzel. En la puerta de la habitación de Agatha, en el quinto piso, había un letrero brillante cubierto de corazones: ¡BIENVENIDAS, REENA, MILLICENT, AGATHA! Sin embargo, Reena y Millicent no se quedaron mucho tiempo. Reena, que tenía una cautivadora piel aceitunada y brillantes ojos grises, llevó con mucho esfuerzo su enorme baúl a la habitación, solo para encontrar a Agatha y volver a mudarse.

—¡Parece muy mala! —Agatha oyó que sollozaba—. ¡No quiero morir!

—Ven a mi cuarto —oyó que decía Beatrix—. Las hadas comprenderán. —Y las hadas, efectivamente, comprendieron. Y también entendieron cuando la pelirroja Millicent, de nariz respingada y finas cejas, fingió tener vértigo y pidió una habitación en la planta baja. De manera que Agatha quedó sola, y eso la hizo sentirse como en su casa.

Sin embargo, el cuarto la inquietaba. De las paredes rosadas colgaban enormes espejos con piedras preciosas. Había elaborados murales que exhibían a hermosas princesas besando a príncipes gallardos. Cada una de las camas tenía un dosel de seda blanca con forma de carruaje real, y un glorioso fresco de nubes adornaba los mosaicos del cielorraso, con cupidos sonrientes que lanzaban flechas de amor desde las nubes. Agatha se alejó de todo eso lo más que pudo y se agazapó en el rincón de la ventana. Su vestido negro contrastaba con el rosa de la pared.

Del otro lado de la ventana pudo ver el lago resplandeciente que rodeaba las Torres del Bien y se convertía en un foso fangoso a mitad de camino para proteger a los Malvados. Las chicas habían dicho que se llamaba Bahía Intermedia. En lo más profundo de la niebla, el estrecho puente de piedra se extendía de un lado y otro y conectaba a ambas escuelas. Pero todo eso se veía

desde el frente de los dos castillos. ¿Qué había detrás?

Curiosa, Agatha se trepó al alféizar de la ventana y se aferró a una viga de cristal. Miró hacia abajo, a la torre Caridad, que se elevaba en una punta filosa y rosada; un movimiento en falso y terminaría ensartada como un cordero al asador. Agatha caminó en puntillas hasta el extremo del alféizar, estiró el cuello hasta la esquina y estuvo a punto de caerse de la sorpresa. Detrás de la Escuela del Bien y del Mal había un gigantesco bosque azul. Allí florecían árboles, arbustos y flores de todas las gamas del azul, de transparente a índigo. El frondoso Bosque Azul se extendía a gran distancia y conectaba los patios de las dos escuelas; estaba delimitado por elevadas verjas de oro. Detrás de las verjas, el bosque volvía a ser verde y se perdía en el horizonte.

Cuando Agatha volvió a su sitio vio algo frente a la escuela, que se elevaba desde la Bahía Intermedia. Estaba justo en el medio, donde las aguas eran una mezcla de lodo y agua cristalina. Apenas era visible en medio de la niebla… era una torre alta y estrecha hecha con lustrosos ladrillos plateados. Había enjambres de hadas que revoloteaban alrededor del chapitel, mientras unos lobos armados con ballestas montaban guardia en tablones de madera que sobresalían de la base de la torre sobre el agua.

¿Qué custodiaban?

Agatha entrecerró los ojos y miró la punta de la altísima torre, pero lo único que pudo ver fue una única ventana oculta tras las nubes.

Luego el sol dio en la ventana y la vio a contraluz: era la sombra encorvada que las había secuestrado.

En eso resbaló y se precipitó sobre la mortal torre Caridad. Sacudiendo las piernas, se aferró a la viga de la ventana justo a tiempo y cayó nuevamente en la habitación. Agatha se tocó la lastimada rabadilla y volvió a mirar… pero la sombra había desaparecido.

El corazón le dio un vuelco: quienquiera que las hubiese secuestrado estaba en esa torre. Y quienquiera que estuviese en esa torre podía enmendar el error y enviarlas de regreso a casa.

Pero primero debía rescatar a su mejor amiga.

Pocos minutos después, Agatha se acercó hacia un espejo. El uniforme rosa sin mangas mostraba partes de su cuerpo blanco y escuálido que jamás habían

visto la luz. El cuello de encaje mostraba el sarpullido que se extendía por su cuerpo cada vez que se ponía nerviosa; los claveles de las mangas le hacían estornudar y los tacones rosados le hacían tambalear como si tuviera zancos. Sin embargo, el espantoso atuendo era su única oportunidad de escapar. Su habitación estaba del otro lado de la escalera. Para regresar al puente debía pasar por el pasillo sin ser vista y bajar por la escalera.

Agatha apretó los dientes.

Tienes que pasar desapercibida.

Respiró profundamente y entreabrió la puerta.

Cincuenta bellas muchachas vestidas de rosa estaban apiñadas en el pasillo y reían, cuchicheaban, intercambiaban vestidos, zapatos, bolsos, brazaletes, cremas, y todo lo que habían traído en los gigantescos baúles, mientras las hadas trataban en vano de ordenarlas para la ceremonia de bienvenida. En medio del tropel, Agatha avistó la escalera al otro lado del pasillo. Caminaría con aire confiado y desaparecería antes de que la vieran. Pero no pudo moverse.

A ella le había llevado toda la vida tener una amiga. Y estas chicas se habían hecho mejores amigas en cuestión de minutos, como si fuera la cosa más sencilla del mundo. Agatha se encogió de vergüenza. En esta Escuela del Bien, donde se suponía que todos eran amables y afectuosos, finalmente se sentía sola y despreciada. Era una villana, sin importar dónde estuviera.

Cerró la puerta con fuerza, arrancó los pétalos de las mangas, se quitó los zapatos de tacón y los arrojó por la ventana. Se apoyó contra la pared y cerró los ojos.

Quiero salir de aquí.

Al abrirlos, contempló su rostro feo en el espejo de piedras preciosas. Antes de darse vuelta alcanzó a notar algo en el espejo: un mosaico del cielorraso con un cupido sonriente estaba algo suelto.

Agatha volvió a calzarse las botas negras. Se trepó al dosel de la cama y quitó el mosaico. Pudo ver un conducto oscuro arriba de la habitación. Se sostuvo de los bordes del agujero y subió una pierna al conducto, luego la otra, hasta que se encontró acuclillada en una plataforma estrecha

A ciegas, avanzó sobre manos y rodillas por el metal frío en medio de la oscuridad, hasta que el pasadizo terminó en la nada. Esta vez no pudo salvarse.

Cayó tan rápido que no tuvo tiempo de gritar. Agatha se deslizó por conductos, rebotó como una pelota por unos tubos y cayó en un vertedero hasta atravesar una chimenea en medio de volteretas y aterrizar en un tallo de habichuelas.

Se abrazó al grueso tronco verde, agradecida de estar entera. Pero cuando miró a su alrededor, Agatha se percató de que no estaba en un jardín ni en un bosque, ni en un lugar donde fuera lógico que hubiera un tallo de habichuelas. Se encontraba en un salón oscuro con techos altos, repleto de pinturas, esculturas y vitrinas de cristal. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio las puertas esmeriladas en un rincón, con estas palabras grabadas en cristal:

LA GALERÍA DEL BIEN

Agatha descendió por el tallo de habichuelas hasta que sus botas tocaron el piso de mármol.

Un mural recubría la larga pared con una vista panorámica de un espléndido castillo dorado, un príncipe gallardo y una hermosa princesa casándose debajo un arco resplandeciente, mientras que miles de espectadores hacían sonar campanas y danzaban para celebrar. Bajo un sol radiante, la virtuosa pareja se besaba, mientras unos ángeles bebés revoloteaban arriba de los casados y les arrojaban rosas rojas y blancas. En lo alto de la escena, unas letras mayúsculas de oro brillante se dejaban ver detrás de las nubes y se extendían de un lado a otro del mural:

PARA SIEMPRE

Agatha hizo una mueca. Siempre se había burlado de Sophie por creer en ser felices para siempre. (*¿Quién quiere ser feliz todo el tiempo?*) Pero al mirar el mural, tenía que reconocer que esta escuela hacía un trabajo excelente en cuanto a vender la idea.

Inspeccionó una vitrina de cristal que contenía una delgada gacetilla con letra florida y una placa: BLANCANIEVES, EXAMEN DE FLUIDEZ EN LENGUAJE ANIMAL (LETICIA DEL VALLE DE CENIZAS). En las otras vitrinas encontró la capa azul del joven que se convirtió en el príncipe de Cenicienta, la almohada de Caperucita Roja, el diario de la niña de los fósforos, el pijama de Pinocho y otras reliquias de alumnos estrella que supuestamente habían terminado casándose o viviendo en castillos. Sobre las paredes vio más dibujos de «Para Siempre» realizados por ex alumnos, una exhibición de «Historia de la Escuela», estandartes en celebración de victorias famosas, y una pared titulada «Capitán de Clase», repleta de retratos de alumnos de cada curso. El museo se volvía más oscuro a medida que avanzaba, así que Agatha usó uno de sus fósforos para encender una lámpara. Fue cuando vio a los animales muertos.

Decenas de criaturas disecadas la miraban desde arriba, montadas sobre paredes rosas. Agatha desempolvó las placas y encontró al Gato con botas, la rata favorita de Cenicienta, la vaca vendida por Jack, con los nombres de los niños que no fueron lo suficientemente buenos para convertirse en héroes, compañeros o sirvientes. Para este grupo no hubo Felices Para Siempre. Solo eran objetos en un museo. Agatha sintió sus miradas vidriosas y estremecedoras y se alejó. Solo entonces vio la placa que brillaba sobre el tallo de habichuelas. HOLDEN DE VENDAVAL DEL ARCOÍRIS. Esa desdichada planta alguna vez había sido un niño.

A Agatha se le heló la sangre. Todas esas historias en las que ella nunca había creído… Ahora veía que eran dolorosamente reales. En doscientos años, ningún niño secuestrado había regresado a Gavaldon. ¿Qué le hacía pensar que ellas no terminarían siendo un cuervo o un rosal?

Entonces recordó lo que las hacía diferentes del resto.

Nos tenemos la una a la otra.

Debían trabajar juntas para romper esa maldición. De lo contrario, terminarían siendo fósiles en un cuento de hadas.

A Agatha le llamó la atención un rincón del salón, donde había una hilera de cuadros del mismo artista que representaban escenas similares: niños leyendo libros de cuentos con colores difusos e impresionistas. Al acercarse a los cuadros miró con ojos desorbitados, porque reconoció el lugar donde estaban todos esos

niños.

Estaban en Gavaldon.

Recorrió desde el primer cuadro hasta el último: niños lectores en las colinas y en el lago que le eran familiares, cerca de la torre torcida del reloj y la iglesia desvencijada, incluso bajo la sombra de una casa en Graves Hill. Agatha sintió nostalgia; ella se había burlado de aquellos niños y los había llamado chiflados y delirantes. En definitiva, sabían algo que ella desconocía: que la línea que separaba a los cuentos de la vida real era muy difusa.

Entonces llegó al último cuadro, que no se parecía en nada al resto. En este, un grupo de niños encolerizados arrojaban sus libros a una hoguera en la plaza y contemplaban cómo se quemaban. Alrededor de ellos, el bosque siniestro se consumía en llamas, llenando el cielo de intenso humo rojo y negro. Al mirar el cuadro, Agatha se estremeció.

En ese momento oyó voces. Se escondió detrás de una carroza gigante de calabaza y se golpeó la cabeza contra una placa. HEINRICH DEL BOSQUE INFERIOR. A Agatha le dieron náuseas.

En eso, dos profesoras ingresaron al museo: una mujer mayor con un vestido de cuello alto color verde cartujo, moteado con alas de escarabajo verde iridiscente, y otra más joven con un traje púrpura con hombreras. La mujer vestida de verde tenía un peinado que parecía una colmena de cabello blanco, pero piel luminosa y ojos marrones de mirada calma. La mujer de púrpura llevaba el cabello negro en una larga trenza, ojos color amatista y piel macilenta, tensa como la de un tambor.

—Él altera los cuentos, Clarissa —dijo la profesora vestida de púrpura.

—El Director no puede controlar al Cuentista, lady Lesso —respondió Clarissa.

—Él está de tu parte y lo sabes —replicó lady Lesso, furiosa.

—No está de parte de nadie… —Clarissa se detuvo en seco. Lady Lesso también.

Agatha vio qué estaban mirando: el último cuadro.

—Veo que has recibido otro de los delirios del profesor Sader —señaló lady Lesso.

—La galería le pertenece a él —suspiró Clarissa.

La mirada de lady Lesso se encendió. Por arte de magia, el cuadro se descolgó de la pared y fue a parar detrás de una vitrina de cristal, a centímetros de la cabeza de Agatha.

—Es por eso que no están en la galería de tu escuela —apuntó Clarissa.

—Hay que ser tonto para creer en la «Profecía del Lector» —siseó lady Lesso —. Y eso incluye al Director.

—La tarea del Director es proteger el equilibrio —indicó Clarissa con voz amable—. Para él, los Lectores forman parte de ese equilibrio, aunque tú y yo no lo entendamos.

—¡Equilibrio! —se burló lady Lesso—. Entonces, ¿por qué el Mal no ha ganado en un cuento desde que él asumió su cargo? ¿Por qué el Mal no derrota al Bien desde hace doscientos años?

—Quizá simplemente mis alumnos estén mejor educados —sugirió Clarissa.

Lady Lesso la miró con odio y se alejó. Agitando el dedo, Clarissa volvió a mover el cuadro a su lugar y correteó para alcanzar a su colega.

—Quizá tu nueva Lectora demuestre que estás equivocada —sugirió.

Lady Lesso resopló.

—¡Dicen que se viste de rosa!

Agatha oyó que sus pasos se alejaban.

Levantó la mirada al cuadro abollado. Los niños, la hoguera, Gavaldon reducida a cenizas. ¿Qué significaba todo eso?

Unos aleteos centelleantes atravesaron el aire. Antes de que Agatha pudiera moverse irrumpió un grupo de hadas resplandecientes, que buscaron en todos los rincones como si fueran linternas. Del otro lado del museo, Agatha vio las puertas por las que habían salido las dos profesoras. Justo cuando las hadas llegaban a la calabaza, salió corriendo en su dirección. Las hadas gritaron sorprendidas mientras Agatha se colaba entre tres osos disecados, abría las puertas y…

Sus compañeras vestidas de rosa recorrían el pasillo en dos filas perfectas. Iban de la mano y reían tontamente como viejas amigas, y Agatha sintió una vergüenza familiar. Sintió ganas de volver a cerrar la puerta y esconderse. Pero esta vez, en lugar de pensar en todas las amigas que no tenía, Agatha pensó en la que sí.

Las hadas pasaron un segundo después, pero solo encontraron princesas dirigiéndose a la ceremonia de bienvenida. Mientras revoloteaban furiosamente en el aire, en busca de indicios de culpa, Agatha se metió en el desfile rosa, sonrió… y trató de confundirse entre la multitud.

5

Los Chicos Arruinan Todo

Cada una de las escuelas tenía su propia entrada al Teatro de Cuentos, dividido en dos mitades. El pórtico del oeste era el ingreso al sector de los alumnos del Bien, que estaba decorado con reverenciales bancos rosas y azules, frisos de cristal y centelleantes ramos de flores de cristal. El pórtico del este daba

entrada al costado para los alumnos del Mal, con toscos bancos de madera combados, esculturas de asesinatos y torturas y mortíferas estalactitas que colgaban del cielorraso incendiado. Mientras los alumnos se apiñaban en sus respectivas mitades para la ceremonia de bienvenida, las hadas y los lobos vigilaban el pasillo de mármol y plata que los separaba.

A pesar de su espantoso uniforme nuevo, Sophie no tenía intención de sentarse con sus compañeros del Mal. Con solo mirar el cabello sedoso de las chicas del Bien, sus sonrisas deslumbrantes y elegantes vestidos de color rosa supo que había encontrado a sus hermanas. Si las hadas no la rescataban, sin duda las princesas lo harían. Mientras los villanos la empujaban para pasar, ella intentó llamar la atención de las chicas del Bien, pero estas ignoraron ese costado del teatro. Finalmente, Sophie se abrió paso hacia el pasillo y comenzó a agitar los brazos, pero cuando estaba a punto de abrir la boca para gritar, una mano tiró de ella y la empujó debajo de un banco podrido.

Era Agatha, que la abordó con un abrazo.

—¡Encontré la torre del Director! Está en el foso, y hay guardias, pero si solo consiguiéramos llegar hasta allí podríamos…

—¡Hola! ¡Qué bueno verte! Dame tu ropa —ordenó Sophie, mirando el vestido rosa de Agatha.

—¿Eh?

—¡Rápido! Con eso solucionamos todo.

—¡No hablarás en serio! ¡Sophie, no podemos quedarnos aquí!

—Justamente —respondió Sophie con una sonrisa—. Yo pertenezco a tu escuela, y tú a la mía. Tal y como lo hablamos, ¿recuerdas?

—¡Pero tu papá, mi mamá, mi gato! —farfulló Agatha—. ¡No tienes idea de cómo son las cosas aquí! ¡Nos convertirán en serpientes, en ardillas o en arbustos! ¡Sophie, tenemos que volver a casa!

—¿Por qué? ¿Qué me espera en Gavaldon para que quiera volver? —observó Sophie.

Agatha se ruborizó, apenada.

—Tienes… ehh…

—Correcto. No tengo nada. Ahora, dame mi vestido, por favor.

Agatha cruzó los brazos.

—Entonces lo tomaré yo misma —dijo Sophie, frunciendo el entrecejo. Pero cuando tiró a Agatha de la manga floreada, algo la hizo detenerse en seco. Sophie escuchó, atenta, y huyó con la velocidad de un rayo. Se deslizó entre los bancos combados, esquivó los pies de los villanos, se escondió detrás del último banco y atisbó a su alrededor.

Agatha la siguió, exasperada.

—No sé qué bicho te picó…

Sophie le tapó la boca y prestó atención al sonido que se acercaba. Un sonido al que cualquier chica del Bien estaba atenta. Un sonido que habían esperado toda su vida. Desde el pasillo, la pisada de botas, el choque de espadas…

El pórtico del oeste se abrió para dejar paso a sesenta atractivos chicos en duelo de espadas.

La piel acariciada por el sol se adivinaba a través de sus delgadas mangas azules y cuellos rígidos; las altas botas militares hacían juego con los chalecos cortos y las delgadas corbatas anudadas, cada una de las cuales tenía bordada una sola inicial dorada. Mientras los jóvenes chocaban espadas, las camisas se les salían de los ajustados pantalones de montar color beige, dejando al descubierto finas cinturas y sugestivos músculos. Con los rostros bañados en sudor, los espadachines luchaban a lo largo del pasillo, las botas chocando contra el mármol, hasta que, rápidamente, el duelo de espadas llegó a su clímax cuando algunos inmovilizaron a sus compañeros sobre los bancos. En una última coreografía, sacaron rosas de sus camisas y al grito de «¡milady!» las arrojaron a las chicas que más les atraían. (Beatrix recibió rosas como para llenar un jardín).

Agatha contempló la escena, asqueada. Entonces vio a Sophie, angustiada, deseando recibir una rosa.

En los bancos podridos, los villanos abuchearon a los príncipes, levantando estandartes que rezaban ¡VIVA LOS NUNCAS! y ¡ABAJO LOS SIEMPRES! (excepto Hort, el chico con cara de comadreja, que cruzó los brazos, malhumorado, y murmuró: «¿Por qué ellos tienen un acto especial?») Con una reverencia, los príncipes soplaron besos a los villanos, y se preparaban a tomar asiento cuando repentinamente el pórtico del oeste volvió a abrirse…

Y entró un chico más.

Tenía el pelo dorado como un halo celestial y los ojos azules como un cielo límpido. Su piel, del color de la cálida arena del desierto, refulgía con un lustre noble, como si su sangre fuera más pura que la del resto de los mortales. El desconocido miró a sus compañeros armados con espadas, extrajo la suya propia… y sonrió.

Cuarenta muchachos lo retaron de inmediato, pero los desarmó uno a uno con la velocidad del rayo. Las espadas de sus compañeros se apilaron a sus pies mientras él los derrotaba sin infligirles ni un rasguño. Sophie, boquiabierta, lo miró cautivada. Agatha, por el contrario, tenía la esperanza de que quedara ensartado en su propia espada. Pero no tuvo suerte, ya que el chico vencía cada nuevo desafío apenas se presentaba. La letra *T* bordada en su corbata azul destellaba con cada danza de su espada. Y cuando el último contrincante se quedó sin espada y estupefacto, el joven envainó su espada y se encogió de hombros, como diciendo que no tenía ninguna importancia. Pero los chicos del Bien sabían lo que significaba. Los príncipes ahora tenían un rey. (Ni siquiera los villanos encontraron razones para abuchearlo).

A su vez, las chicas del Bien habían aprendido hacía mucho tiempo que cada princesa verdadera encuentra un príncipe, así que no era necesario pelearse. Pero cuando el chico dorado extrajo una rosa de la camisa, se olvidaron de todo eso. Todas ellas se pusieron a saltar y a agitar pañuelos, empujándose como ocas a la hora de la comida. El muchacho sonrió y levantó la rosa en alto…

Agatha vio a Sophie moverse demasiado tarde. Corrió tras ella, pero Sophie se lanzó hacia el pasillo, trepó sobre los bancos rosas, quiso atrapar la rosa… y atrapó un lobo.

Mientras el lobo arrastraba a Sophie hacia su sector, la joven cruzó miradas con el chico. Este captó enseguida el bello rostro de Sophie, pero al notar su espantosa túnica negra inclinó la cabeza en señal de confusión. Entonces reparó en Agatha, vestida de rosa, en cuya palma había caído la rosa, y retrocedió, atónito. Mientras el lobo arrojaba a Sophie al sector del Mal y las hadas empujaban a Agatha hacia el del Bien, el muchacho miró boquiabierto, tratando de encontrarle sentido a la situación. Una mano lo obligó a sentarse.

—Hola, soy Beatrix —anunció, asegurándose de que él viera todas sus rosas.

Desde su asiento en el sector del Mal, Sophie intentó atraer su atención.

—Conviértete en espejo. Solo así podrás lograr que te mire. —Sophie se volvió a Hester, que estaba sentada junto a ella.

—Se llama Tedros —le informó su compañera de cuarto—. Y es tan engreído como su padre.

Sophie estaba a punto de preguntar quién era el padre, cuando vio la espada, de plata deslumbrante y empuñadura de diamantes. Una espada con el emblema de un león que conocía por los libros de cuentos. Una espada llamada Excalibur.

—¿Es el hijo del rey Arturo? —musitó Sophie. Contempló los pómulos marcados de Tedros, el cabello rubio y sedoso y los labios gruesos y suaves. Los anchos hombros y fuertes brazos llenaban la camisa azul, y tenía la corbata suelta y el cuello deshecho. Parecía tan sereno y seguro, como si supiera que el destino estaba de su lado.

Mientras lo contemplaba, Sophie sintió que se decidía su propio destino.

Es mío.

De repente sintió una mirada urgente del otro lado del pasillo.

—Nos vamos a casa —Agatha articuló las palabras para que Sophie las leyera.



—Bienvenidos a la Escuela del Bien y del Mal —saludó la más agradable de dos cabezas.

Desde sus asientos en lados opuestos del pasillo, Sophie y Agatha observaron al perro gigantesco con dos cabezas, que caminaba por el escenario de piedra plateada. Una de las cabezas, feroz, babeante y masculina, tenía una melena grisácea. La otra cabeza era bonita y adorable, de mandíbula pequeña, pelaje escaso y voz cantarina. Nadie estaba seguro de si la cabeza más bonita era de hombre o de mujer, pero fuera cual fuese, parecía ser la que daba las órdenes.

—Soy Pollux, líder de bienvenida —saludó la cabeza bonita.

—Y YO SOY CASTOR, ASISTENTE DEL LÍDER DE BIENVENIDA Y EJECUTOR EJECUTIVO DE CASTIGOS PARA CUALQUIERA QUE ROMPA LAS REGLAS O ACTÚE COMO UN BURRO —bramó la cabeza

feroz.

Todos los alumnos parecían temerle a Castor, incluso los villanos.

—Gracias, Castor —dijo Pollux—. Permítanme recordarles la razón por la cual están en este lugar. Todos los niños nacen con almas buenas o malas. Algunas almas son más puras que otras…

—¡Y ALGUNAS ALMAS SON UNA PORQUERÍA! —ladró Castor.

—Como decía —continuó Pollux—, algunas almas son más puras que otras, pero todas pertenecen fundamentalmente al Bien o al Mal. Las almas que pertenecen al Mal no pueden convertirse al Bien, ni tampoco las que son del Bien pueden convertirse al Mal…

—ASÍ QUE SOLO PORQUE EL BIEN GANE TODO NO SIGNIFICA QUE PUEDEN CAMBIAR DE BANDO —gruñó Castor.

Los alumnos del Bien empezaron a vitorear «¡SIEMPRES!, ¡SIEMPRES!»; los estudiantes del Mal respondieron «¡NUNCAS! ¡NUNCAS!». Los lobos empaparon a los Siempres con baldes de agua y las hadas lanzaron arcoíris sobre los Nuncas, luego de lo cual ambos bandos se callaron.

—Repito —declaró Pollux con firmeza—: aquellos que son del Mal no pueden pertenecer al Bien, y los que son del Bien no pueden pertenecer al Mal, no importa cuánto los persuadan o castiguen. A veces sentirán impulsos de ambos, pero eso solo significa que en su árbol genealógico hay ramas en las que el Bien y el Mal han sufrido una combinación tóxica. Aquí, en la Escuela del Bien y del Mal, los libraremos de esos impulsos, de la confusión, intentaremos que sean lo más puros posible…

—¡Y SI FRACASAN, LES PASARÁ ALGO MUY MALO QUE NO PUEDO EXPLICAR, PERO QUE TIENE QUE VER CON DESAPARECER!

—¡La próxima vez te pongo el bozal! —gritó Pollux. Castor agachó la cabeza.

—Ninguno de estos brillantes alumnos aplazará, no hay duda —siguió hablando Pollux, sonriendo a los alumnos, ahora más tranquilos.

—Eso dices siempre, y después alguien aplaza —murmuró Castor.

Sophie recordó la cara asustada de Bane sobre la pared y se estremeció. Tenía que cambiarse pronto a la Escuela del Bien.

—Todos los niños del Bosque Infinito sueñan con ser elegidos para asistir a nuestra escuela. Pero el Director los eligió a ustedes —prosiguió Pollux, mirando hacia ambos costados—. Él escudriñó en sus corazones y vio algo poco común. El Bien y el Mal en su máxima pureza.

—Si somos tan puros, ¿entonces esta qué es?

Un pícaro muchacho rubio con orejas puntiagudas se paró en el sector del Mal y señaló a Sophie.

Un chico corpulento del lado del Bien señaló a Agatha.

—¡Nosotros también tenemos una!

—¡La nuestra huele a flores! —gritó un villano.

—¡La nuestra se tragó un hada!

—¡La nuestra sonríe demasiado!

—¡La nuestra se tiró un pedo delante de nosotros!

Sophie se volvió a Agatha, horrorizada.

—En cada promoción traemos a dos Lectores del Bosque Lejano —declaró Pollux—. Ellos conocen nuestro mundo por los libros y los dibujos, pero saben cuáles son nuestras reglas tan bien como ustedes. Tienen el mismo talento y las mismas metas, el mismo potencial de gloria. Nuestros mejores alumnos también han sido Lectores.

—Como hace doscientos años —resopló Castor.

—No son tan diferentes del resto de ustedes —explicó Pollux, defendiéndose.

—Se ven muy diferentes del resto —bromeó un villano grasoso de piel oscura.

Los alumnos de las dos escuelas asintieron. Sophie lanzó una mirada a Agatha, como diciéndole que el problema podía resolverse con un simple cambio de atuendo.

—No cuestionen las elecciones del Director —advirtió Pollux—. Todos ustedes deberán respetarse, sean del Bien o del Mal, sea que provengan de una familia de cuentos famosa o de una que fracasó, sean un príncipe de sangre azul o un Lector. Todos ustedes han sido elegidos para proteger el equilibrio entre el Bien y el Mal. Porque cuando ese equilibrio se vea comprometido… —Su rostro se ensombreció—. Nuestro mundo desaparecerá.

Se produjo un silencio en todo el salón. Agatha hizo una mueca. Lo último que necesitaba era que este mundo desapareciera mientras ella todavía vivía en

él.

Castor levantó una pata.

—¿Qué? —gruñó Pollux.

—¿Por qué el Mal ya no sale victorioso?

Pollux pareció a punto de reprenderlo, pero era demasiado tarde. Se oyeron los murmullos de los villanos.

—Eso, si estamos tan equilibrados, ¿por qué siempre terminamos muriendo? —vociferó Hort.

—¡Nunca tenemos buenas armas! —chilló el muchacho pícaro—. ¡Nuestros secuaces nos traicionan!

—¡Nuestros archienemigos siempre tienen un ejército!

Hester se puso de pie.

—¡El Mal no gana desde hace doscientos años!

Castor trató de controlarse, pero su cara roja se infló como un globo.

—¡EL BIEN HACE TRAMPA!

Los Nuncas se levantaron para sublevarse y empezaron a lanzar comida, zapatos y lo que tuvieran a mano a los horrorizados Siempres…

Sophie se agachó avergonzada en su asiento. Tedros no podía pensar que ella era como uno de estos horribles vándalos, ¿verdad? Atisbó por arriba del banco y vio que la estaba mirando. Sophie se puso roja y volvió a agazaparse.

Los lobos y las hadas volvieron a la carga para contener a la horda embravecida a su alrededor, pero esta vez los arcoíris y el agua no los detuvieron.

—¡El Director está de su lado! —vociferó Hester.

—¡Ni siquiera nos dan una oportunidad! —berreó Hort.

Los Nuncas derribaron a hadas y lobos y atacaron los bancos de los Siempres…

—¡Porque son brutos e imbéciles!

Los villanos los miraron sin abrir la boca.

—¡Siéntense todos ya mismo o les daré una bofetada! —gritó Pollux con un rugido.

Todos se sentaron sin chistar. (Excepto las ratas de Anadil, que atisbaron desde el bolsillo y sisearon).

Pollux miró severamente a los villanos.

—¡Quizá, si dejaran de quejarse, producirían a alguien trascendental! Pero lo único que escuchamos son excusas. ¿Acaso han producido algún villano como es debido desde la Gran Guerra? ¿Un villano capaz de derrotar a sus archienemigos? ¡No me sorprende que los Lectores lleguen aquí confundidos! ¡No me sorprende que quieran pertenecer al Bien!

Sophie vio que los chicos de ambos lados del pasillo le lanzaban miradas comprensivas.

—Alumnos, todos ustedes tienen una única preocupación —proclamó Pollux, con voz más dulce—. Hagan el mejor trabajo que puedan. Los mejores se convertirán en príncipes y brujos hechiceros, caballeros y brujas, reinas y nigromantes…

—¡O EN TROLS O CERDOS SI TIENEN MAL OLOR! —soltó Castor.

Los alumnos se miraron entre sí de un lado y otro del pasillo, conscientes de lo que estaba en juego.

—Entonces, si no hay más interrupciones —continuó Pollux, mirando con odio a su hermano— repasemos las reglas.



—Regla número trece. El Puente Intermedio y los techos de la torre son lugares prohibidos para los alumnos —sermoneó Pollux sobre el escenario—. Las gárgolas tienen órdenes de matar a los intrusos sin previo aviso, y ellas todavía no conocen la diferencia entre *alumnos* e *intrusos*…

A Sophie toda esta cháchara le pareció aburrida, así que se distrajo y se dedicó a mirar a Tedros. Nunca había visto a un chico tan limpio. Los chicos en Gavaldon olían como cerdos y andaban por ahí con los labios resquebrajados, los dientes amarillos y las uñas negras. Tedros, en cambio, tenía una piel celestialmente bronceada, con una barba incipiente, y sin rastros (¡en absoluto!) de imperfecciones. Aun después del enérgico duelo de espadas, hasta el último mechón de pelo dorado estaba en su sitio. Cuando entreabría los labios podía ver hileras perfectas de dientes blancos. Sophie observó cómo un hilo de sudor cruzaba su cuello y desaparecía debajo de su camisa. *¿Qué aroma tendrá?* Cerró

los ojos. *Olor a madera fresca y…*

Abrió los ojos y vio que Beatrix olía sutilmente el cabello de Tedros.

Tenía que encargarse de esa chica sin demora.

De repente un pájaro sin cabeza aterrizó en el vestido de Sophie. Saltó de su asiento, gritando y sacudiendo su túnica hasta que el canario muerto cayó al suelo. Enfadada, reconoció al ave… y luego vio que toda la concurrencia la miraba boquiabierta. Hizo su mejor reverencia de princesa y volvió a sentarse.

—Como iba diciendo… —prosiguió Pollux, con irritación.

Sophie se volvió a mirar a Agatha.

—¿Qué quieres? —articuló en silencio.

—Tenemos que reunirnos —articuló Agatha.

—Mi ropa —pronunció silenciosamente Sophie, y se volvió al escenario.

Hester y Anadil miraron al pájaro decapitado y luego a Agatha.

—Ella nos cae bien —bromeó Anadil, mientras las ratas chillaban en concordancia.

—El primer año consiste en los cursos necesarios de preparación para las tres pruebas principales: la Gran Prueba, el Circo de Talentos y el Baile de Nieve —gruñó Castor—. En segundo año se los separará en tres grupos: uno de líderes, villanos y héroes, otro de seguidores, secuaces y ayudantes, y otro de mogrifos, o los que sufren transformaciones.

»Durante los dos próximos años, entrenaremos a los líderes para pelear contra sus futuros archienemigos —explicó Pollux—. Los seguidores desarrollarán habilidades para defender a sus futuros líderes. Los mogrifos aprenderán a adaptarse a sus nuevas formas y a sobrevivir en los bosques. Por último, después de tercer año, los líderes tendrán asignados a sus seguidores y mogrifos, y todos se trasladarán al Bosque Infinito para comenzar su travesía…

Sophie intentó prestar atención pero no pudo, ya que Beatrix estaba prácticamente sentada en la falda de Tedros. Furiosa, toqueteó el emblema del cisne plateado centelleante sobre su hedionda túnica. Era lo único tolerable del atuendo.

—Ahora bien, en cuanto a cómo determinamos los caminos futuros, no calificamos con «notas» aquí en la Escuela del Bien y del Mal —explicó Pollux —. Por el contrario, por cada prueba o desafío serán clasificados dentro de sus

clases para que sepan exactamente dónde están parados. En cada escuela hay 120 alumnos, y los hemos dividido en seis grupos de 20 para las clases. Después de cada desafío, se los clasificará del 1 al 20. Si se los clasifica entre los primeros cinco de su grupo en forma constante, terminarán en el camino de los líderes. Si clasifican en un nivel intermedio repetidas veces, terminarán siendo seguidores. Y si constantemente clasifican con 13 o menos, sus talentos tendrán un mejor uso como mogrifos, ya sean animales o plantas.

Los alumnos a ambos lados del pasillo murmuraron, apostando quién terminaría siendo una planta.

—Debo agregar que, si alguien recibe tres 20 consecutivos, aplazará de inmediato —dijo Pollux con mucha seriedad—. Como expliqué, debido a la incompetencia excepcional que se necesita para recibir tres veces seguidas el último lugar, confío en que esta regla no se aplicará a ninguno de ustedes.

Los Nuncas de su fila clavaron la mirada en Sophie.

—Cuando me pongan en el lugar que me corresponde, todos se sentirán unos tontos, ¿no creen? —replicó Sophie.

—El emblema del cisne deberá verse sobre el pecho en todo momento —continuó Pollux—. Si intentan taparlo o retirarlo sufrirán una herida o una ofensa, así que, por favor, absténgase de hacerlo.

Confundida, Sophie vio cómo los alumnos a ambos lados intentaban tapar los cisnes plateados centelleantes en sus uniformes. Imitándolos, dobló el cuello de su túnica para tapar su propio cisne, y de inmediato el emblema desapareció de la túnica y volvió a aparecer en su pecho. Atónita, tocó el cisne con el dedo, pero estaba incrustado en su piel como un tatuaje. Cuando soltó el pliegue, el cisne desapareció de su piel y volvió a aparecer en la túnica. Sophie frunció el entrecejo; quizá no era tan tolerable después de todo.

—Además, como el Teatro de Cuentos este año estará en la Escuela del Bien, los Nuncas vendrán aquí para todas las funciones escolares conjuntas —manifestó Pollux—. El resto del tiempo deberán permanecer en sus escuelas.

—¿Por qué el Teatro está en la Escuela del Bien? —chilló Dot con la boca repleta de caramelos.

Pollux levantó la nariz.

—Quienquiera que gane el Circo de Talentos recibe el Teatro en su escuela.

—Ejem, y la Escuela del Bien no ha perdido un Circo o una Gran Prueba o, pensándolo bien, ninguna competencia en esta escuela en los últimos doscientos años —sostuvo Castor. Los villanos comenzaron a quejarse otra vez.

—¡Pero la Escuela del Bien está muy lejos de la del Mal! —se enfadó Dot.

—Que el cielo no permita que tengas que caminar —murmuró Sophie. Dot la oyó y la miró con odio. Sophie se maldijo a sí misma: era la única persona que había sido amable con ella, y lo había arruinado.

Pollux ignoró las quejas de los Nuncas y continuó hablando sobre los toques de queda. La mitad del salón se puso a dormitar. Reena levantó la mano.

—¿Los Salones de Belleza ya están abiertos? —De repente los Siempres se despertaron.

—Bueno, tenía pensado hablar sobre los Salones de Belleza en la próxima asamblea —informó Pollux.

—¿Es cierto que solo algunos alumnos pueden usarlos?

Pollux suspiró.

—Los Salones de Belleza en las Torres del Bien solo están disponibles para los Siempres que estén clasificados en la mitad superior de su clase cualquier día determinado. Las clasificaciones estarán publicadas en la puerta del Salón de Belleza y en todo el castillo. Por favor, no insulten a Albemarle si se retrasa en las publicaciones. Ahora, en cuanto a los toques de queda…

—¿Qué son los Salones de Belleza? —Sophie preguntó a Hester en un murmullo.

—Es donde los Siempres se acicalan, se arreglan y se peinan —respondió Hester, estremeciéndose.

Sophie saltó como un resorte.

—¿Nosotros tenemos Salones de Belleza?

Pollux frunció la boca.

—Los Nuncas tienen Salones de Torturas, querida.

—¿Es donde nos arreglan el cabello? —preguntó Sophie con una sonrisa radiante.

—Es donde se reciben golpes y torturas —respondió Pollux. Sophie volvió a tomar asiento.

—El toque de queda será exactamente…

—¿Cómo se llega a Capitán de Clase? —preguntó Hester. La pregunta y el tono impertinente le ganaron antipatías a ambos lados del pasillo.

—¡Si no respetan el toque de queda, no me culpen a mí! —gruñó Pollux—. Bien. Después de la Gran Prueba, a los alumnos de más alto rango de cada escuela se los nombrará Capitán de Clase. Estos dos alumnos tendrán privilegios especiales, que incluyen clases privadas con profesores selectos, viajes de estudio al Bosque Infinito y la oportunidad de entrenarse con héroes y villanos famosos. Como ya sabrán, nuestros Capitanes fueron algunas de las leyendas más grandes del Bosque Infinito.

Mientras en ambos costados murmuraban, Sophie apretaba los dientes. Ella sabía que, si podía llegar a la escuela correcta, no solo llegaría a ser Capitana del Bien, sino que terminaría siendo más famosa que Blancanieves.

—Este año tendrán seis asignaturas obligatorias en cada una de las escuelas —continuó Pollux—. La séptima asignatura, Cómo sobrevivir a los Cuentos de Hadas, la comparten la Escuela del Bien y la del Mal y tiene lugar en el Bosque Azul, detrás de las escuelas. Además, tengan en cuenta que Embellecimiento y Etiqueta son solamente para alumnas del Bien, mientras que los alumnos del Bien cursan Aseo y Caballerosidad.

Agatha despertó de su estupor: si no tenía suficientes razones para escapar, el solo pensar en la clase de Embellecimiento era el colmo. Tenían que marcharse esta misma noche. Miró a una chica adorable sentada junto a ella, de ojos marrones y rasgados y pelo corto y negro, que se retocaba el lápiz labial en un espejo de bolsillo.

—¿Puedes prestarme el lápiz labial? —pidió Agatha.

La chica miró los labios secos y resquebrajados de Agatha y se lo arrojó.

—Quédatelo.

—El desayuno y la cena tendrán lugar en el comedor de cada escuela, pero compartirán el almuerzo en el claro —resopló Castor—. Es decir, si son lo suficientemente maduros como para tener este privilegio.

Sophie sintió que el corazón le daba un vuelco. Si las escuelas almorzaban juntas, mañana sería su primera oportunidad de hablar con Tedros. ¿Qué le diría? ¿Y cómo podría deshacerse de la pesada de Beatrix?

—El Bosque Infinito detrás de las puertas de la escuela está prohibido para

los alumnos de primer año —indicó Pollux—. Y aunque esa regla caiga en oídos sordos para los más audaces, permítanme recordarles la regla más importante de todas; la que les costará la vida si no la obedecen.

Sophie escuchó atenta.

—Jamás vayan al bosque después de que oscurezca —advirtió Pollux, que al instante volvió a adoptar su sonrisa adorable

»¡Pueden regresar a sus escuelas! ¡La cena se sirve a las siete en punto!

Mientras Sophie se ponía de pie junto a los Nuncas y ensayaba mentalmente su encuentro con Tedros en el almuerzo, oyó una voz en medio del parloteo…

—¿Cómo podemos ver al Director?

Se produjo un silencio sepulcral en el salón. Los alumnos se dieron vuelta, atónitos. Agatha estaba sola en el pasillo, mirando a Castor y Pollux.

El perro de dos cabezas saltó del escenario y aterrizó a medio metro de ella, bañándola de baba. Ambas cabezas miraron fijamente a Agatha, con idéntica expresión feroz. No se distinguía quién era quién.

—Eso no es posible —gruñeron al unísono.

Mientras las hadas se llevaban a Agatha a rastras hacia el pórtico del este, pasó por un instante junto a Sophie, el tiempo suficiente para arrojarle un pétalo de rosa con un mensaje en lápiz labial: PUENTE, 9 P.M.

Pero Sophie no recibió el mensaje. Tuvo la mirada clavada en Tedros, como un cazador al acecho de su presa, hasta que los villanos la sacaron a empujones del salón.

En ese mismo instante, Agatha vio con claridad cuál era el problema, aquél que tenían desde el principio. Cuando las chicas fueron arrastradas cada una a su torre, sus deseos opuestos no pudieron ser más claros. Agatha quería recuperar a su única amiga. Pero para Sophie una amiga no era suficiente. Sophie siempre había querido más.

Sophie quería un príncipe.

6
Definitivamente Malvada

A la mañana siguiente, cincuenta princesas correteaban por el quinto piso como si fuera el día de su casamiento. El primer día de clase, todas querían causar una buena impresión a los profesores, a los chicos y a cualquier otro que pudieran conducirlas a Para Siempre. Con los cisnes siempre titilando sobre los camisones, las chicas se movían entre una y otra habitación, pintándose los labios, acomodándose el cabello, puliéndose las uñas, y con tanto perfume encima que las hadas se desmayaban y caían por los pasillos como moscas muertas.

Sin embargo, ninguna parecía ni remotamente cerca de estar vestida y, cuando el reloj tocó las ocho de la mañana para indicar el comienzo del desayuno, ni una sola chica se había vestido.

—De todos modos, el desayuno te hace engordar —Beatrix tranquilizó a sus compañeras.
—¿Alguien vio mis interiores? —Reena asomó la cabeza al pasillo.

Agatha, por supuesto, no los había visto. Estaba ocupada yendo en caída libre por un oscuro vertedero, y trataba de recordar cómo era que había encontrado el Puente Intermedio la primera vez. *De la torre Honor al Remanso de Hansel y a la Colección de Animales de Merlín…*

Luego de aterrizar en el tallo de habichuelas, se arrastró a través de la oscura Galería del Bien, hasta que encontró las puertas detrás de los osos disecados. *¿O era de la torre Honor al Comedor de Cenicienta?…* Aún reflexionando cuál sería la ruta correcta, abrió la puerta que daba a la escalera y se escondió. El vestíbulo de cristal palaciego estaba repleto de profesores con sus vestidos y trajes coloridos, que conversaban antes de entrar a clase. Unas ninfas con cabello de neón y vestidos rosas, velos blancos y guantes de encaje azul, flotaban de un lado a otro del vestíbulo, llenando tazas de té, escarchando galletas y espantando a las hadas de los terrones de azúcar. Desde atrás de la puerta, Agatha observó la escalera de la torre, iluminada por altos vitrales, del otro lado de la multitud. ¿Cómo haría para pasar frente a todos ellos?

Sintió que algo le raspaba la pierna; se dio vuelta y vio que un ratón se estaba comiendo su enagua. Agatha le dio una patada, y el ratón cayó en las zarpas de un gato disecado. El ratón chilló, pero luego se dio cuenta de que el gato estaba muerto. Miró a Agatha con odio y volvió a su agujero en la pared.

Hasta las alimañas aquí me odian, suspiró, intentando componer su enagua. Mientras sus dedos tocaban el encaje blanco roto, tuvo una idea. Quizá no debió haber sido tan mala con ese ratón…

Pocos minutos después, una ninfa más pequeña con un velo de encaje hecho jirones correteaba por el salón hacia la escalera de la torre Honor. Desgraciadamente, el velo no dejaba ver a Agatha, que se tropezó con una ninfa, que a su vez se tropezó con una profesora.

—¡Cielo santo! —gimió Clarissa, derramando té de ciruela. Mientras otras profesoras, inquietas, limpiaban su vestido, Agatha se deslizó detrás de la escalinata de Caridad.

—¡Esas ninfas sí que son altas! —rezongó Clarissa—. ¡Dentro de poco

derribarán una torre!

Para entonces, Agatha ya había desaparecido en la torre Honor y encontrado el camino hacia el Remanso de Hansel, el ala del primer piso donde había aulas hechas íntegramente de golosinas. Había un salón con bastones azules brillantes y caramelos rellenos, que destellaba como una mina de sal. Otro salón era de malvaviscos, con sillas de caramelo blanco y escritorios de pan de jengibre. Incluso había un aula hecha de piruletas, que cubrían las paredes con los colores del arcoíris. Agatha se preguntó cómo diablos estos salones permanecían intactos, y luego vio un letrero que abarcaba la pared del corredor, escrito con pastillas de goma de cereza:

LA TENTACIÓN ES EL CAMINO AL MAL

Agatha se comió la mitad y se apresuró al cruzar a dos profesoras que, al pasar, miraron su velo con curiosidad, pero no la detuvieron,

—Debe de tener lunares —oyó que una de ellas murmuraba mientras corría por la escalera trasera (no sin antes robar un pomo de chocolate y un felpudo de bienvenida hecho de caramelo duro para completar el celestial desayuno). El día anterior, después de escapar de las hadas, Agatha había llegado por accidente a una galería al aire libre con setos recortados como esculturas. Hoy pudo apreciar la Colección de Animales de Merlín, tal como se denominaba en el mapa de la escuela. Estaba repleta de setos magníficamente recortados que narraban en secuencia la leyenda del rey Arturo. Cada uno de los setos celebraba una escena de la vida del rey: Arturo sacando la espada de la piedra, Arturo con sus caballeros en la Mesa Redonda, Arturo en el altar con Ginebra…

Agatha pensó en el presuntuoso chico del Teatro, el que todos decían que era el hijo del rey Arturo. ¿Cómo podía ver esto y no sentirse sofocado? ¿Cómo podía sobrevivir a las comparaciones, las expectativas? Por lo menos lo ayudaba la belleza. *Imagínate que se pareciera a mí*, bufó. *Habrían abandonado al bebé en el bosque*.

La escultura final en la secuencia era la del estanque, una estatua altísima de Arturo recibiendo a Excalibur de la Dama del Lago. Esta vez Agatha saltó al agua a propósito, cruzó el portal secreto, completamente seca, y llegó al Puente

Intermedio.

Caminó de prisa hacia el punto medio, donde comenzaba la niebla, con las palmas extendidas en caso de que la barrera llegara antes de lo que recordaba. Sin embargo, cuando ingresó en la niebla, sus manos no encontraron la barrera. Siguió adentrándose en la neblina, ¡pero la barrera había desaparecido! Agatha empezó a correr y el viento arrancó el velo de su rostro…

¡BUM! Cayó hacia atrás, muerta de dolor. Parecía que la barrera se movía por propia voluntad.

Evitando mirar su imagen en el brillo, tocó la pared invisible y sintió la superficie fría y dura. De repente percibió movimientos a través de la niebla y vio a dos personas que atravesaban el pasadizo de la Escuela del Mal hacia el Puente Intermedio. Agatha se quedó inmóvil. No tenía tiempo para regresar a la Escuela del Bien, ningún lugar en el puente para esconderse…

Dos profesores, el atractivo profesor de la Escuela del Bien que le había sonreído y una profesora de la Escuela del Mal con forúnculos en ambas mejillas, se dirigían a la barrera del Puente sin la menor vacilación. Colgada del pasamanos de piedra, en lo alto del foso, Agatha los oyó pasar y luego atisbó desde el borde de la barandilla. Los dos profesores estaban a punto de desaparecer en la Escuela del Bien cuando el hombre apuesto miró hacia atrás y sonrió. Agatha se agachó.

—¿Qué ocurre, Augusto? —oyó que preguntaba la profesora del Mal.

—Mis ojos me gastan bromas —se rio, mientras entraban en la torre.

Sin duda un bromista, pensó Agatha.

Momentos después estaba nuevamente frente a la pared invisible. ¿Cómo la habían atravesado? Buscó un reborde, pero no encontró nada. Intentó patearla, pero era dura como el acero. Mirando hacia la Escuela del Mal, Agatha pudo ver a un grupo de lobos que arreaban a los alumnos escaleras abajo. Si la niebla se disipaba siquiera un poco quedaría a plena vista. Dio una última patada a la pared y se dispuso a regresar a la Escuela del Bien.

—¡Y no vuelvas!

Agatha giró en redondo para ver quién había hablado, pero solo vio su propio reflejo en la barrera, con los brazos cruzados. Apartó la mirada. *Qué bien, ahora escucho voces.*

Se dio vuelta hacia la torre y miró sus propios brazos colgando al costado. Giró para enfrentar el reflejo.

—¿Me hablaste?

Su reflejo se aclaró la garganta.

El Bien con el Bien,
El Mal con el Mal,
Vuelve a tu torre antes de alborotar.

—Ehh… necesito pasar al otro lado —dijo Agatha, con la mirada pegada al piso.

El Bien con el Bien,
El Mal con el Mal,
Vuelve a tu torre antes de alborotar seriamente,
Es decir, que tengas que lavar los platos después de la cena
O que pierdas tus privilegios del Salón de Belleza
O ambos, si yo hablo.

—Tengo que ver a una amiga —insistió Agatha.

—El Bien no tiene amigas del otro lado —respondió su reflejo.

Agatha oyó un dulce tintineo, y cuando se dio vuelta vio el resplandor de las hadas en la punta del puente. ¿Cómo podía superarse a sí misma? ¿Dónde estaba su punto débil?

El Bien con el Bien… el Mal con el Mal…

En un instante supo la respuesta.

—¿Y tú? —dijo Agatha, todavía mirando hacia otro lado—. ¿Tienes amigas?

—No sé. ¿Tengo amigas? — Su reflejo se puso tenso.

Agatha apretó los dientes y miró sus propios ojos.

—Eres demasiado fea para tener amigas.

El reflejo se entristeció.

—Definitivamente malvada —sentenció antes de desaparecer.

Agatha extendió la mano para tocar la barrera; esta vez pasó la mano sin

encontrar obstáculos.

Cuando la patrulla de hadas llegó al puente, la niebla había borrado sus huellas.



Apenas puso un pie en la Escuela del Mal, Agatha tuvo la sensación de que este era su lugar. Escondida detrás de la estatua de una bruja calva y huesuda en el vestíbulo inundado, miró los cielorrasos rotos, las paredes chamuscadas, las escaleras de caracol, los pasillos envueltos en sombras… ella misma no podría haberlo diseñado mejor.

Al ver que no había lobos a la vista, Agatha avanzó a escondidas por el pasillo principal, mirando los retratos de antiguos alumnos. Los villanos siempre le habían parecido más interesantes que los héroes. Ellos tenían ambición y pasión. Eran la razón de ser de los cuentos. Los villanos no le temían a la muerte. ¡No, para ellos la muerte era como una armadura! Mientras inhalaba el olor a cementerio de la escuela, Agatha se sintió motivada. Al igual que todos los villanos, a ella no la asustaba la muerte. Por el contrario, la hacía sentirse viva.

De repente oyó un rumor de conversaciones y se escondió detrás de una pared. Vio a un lobo al mando de un grupo de Nuncas que bajaban por la escalera de Vicio. Agatha las oyó parlotear sobre sus primeras clases y distinguió las palabras *secuaces*, *maldiciones*, *afeamiento*. ¿Acaso se podía ser más fea? Agatha sintió que se ruborizaba de vergüenza. Al observar este desfile de cuerpos amarillentos y rostros repugnantes, supo que encajaba de lo más bien. Incluso las batas negras y sin gracia eran muy parecidas a las que ella usaba todos los días en su casa. Sin embargo, había una diferencia entre ella y estas villanas. Las villanas tenían las bocas torcidas de amargura, sus ojos brillaban de odio, sus puños explotaban de ira contenida. Ellas eran malvadas, sin duda, y Agatha no se sentía así. Entonces recordó las palabras de Sophie:

Lo diferente por lo general termina siendo malo.

Sintió una ola de pánico. *Era por eso que la sombra no había secuestrado a un segundo niño. Se suponía que este era su lugar desde el principio.*

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. ¡No quería ser como estas

chicas! ¡No quería ser una villana! ¡Solo quería encontrar a su amiga y volver a casa!

Sin saber por dónde empezar a buscar, a toda velocidad, Agatha subió una escalera marcada como PICARDÍA hasta el rellano, que se dividía en dos estrechos senderos de piedra. Oyó voces a la izquierda, así que corrió hacia la derecha, en dirección a un pasillo corto que terminaba en un callejón sin salida con paredes cubiertas de hollín. Agatha apoyó la espalda sobre una de las paredes, paralizada por las voces que se acercaban, y sintió que algo crujía detrás de ella. No era una pared, sino una puerta cubierta de cenizas. Su vestido había limpiado un espacio suficiente para revelar unas letras rojas:

LA EXHIBICIÓN DEL MAL

Adentro estaba oscuro como boca de lobo. Tosiendo por el moho y las telarañas, Agatha encendió un fósforo. Mientras que la galería del Bien era inmaculada y amplia, el armario de escobas del Mal reflejaba la racha perdedora de doscientos años. Agatha examinó el uniforme descolorido de un muchacho que se convirtió en el enano saltarín, un ensayo en un marco roto sobre «La moralidad del asesinato», escrito por una futura bruja, algunos cuervos disecados colgando de paredes desmoronadas y una corona de espinas podrida que dejó ciego a un príncipe famoso, con la etiqueta VERA DEL BOSQUE LEJANO. Agatha había visto su cara en los pósteres de personas perdidas en Gavaldon.

Temblando, vio salpicaduras de color sobre la pared y acercó el fósforo para verlas. Era el panel de un mural, como el de «Para Siempre» de las Torres del Bien. Cada uno de los ocho paneles mostraba a un villano de vestiduras negras deleitándose en un infierno de poder infinito: volando a través del fuego, transformándose, agrietando almas, manipulando el tiempo y el espacio. En la parte superior del mural, extendiéndose desde el primer panel hasta el último, había letras gigantes entre llamas:

NUNCA MÁS

Mientras que los Siempres soñaban con amor y felicidad, los Nuncas

buscaban un mundo de soledad y poder. Las escenas siniestras la hicieron estremecer, y Agatha sintió la crudeza de la verdad.

Soy una Nunca.

Su mejor amiga era una Siempre. Si no volvían a casa pronto, Sophie se daría cuenta de la verdad. Aquí no podían ser amigas.

En eso vio un hocico en sombras que se acercaba a la luz del fósforo. Dos sombras. Luego tres. Justo cuando los lobos saltaban sobre ella, Agatha giró sobre sus talones y los golpeó en la cara con la corona de espinas de Vera. Los lobos rugieron sorprendidos y trastabillaron, dándole apenas tiempo suficiente para escapar por la puerta. Sin aliento, corrió por el pasillo y subió escaleras, hasta que se encontró en el segundo piso de la torre Maldad y comenzó a buscar el nombre de Sophie en las puertas de los dormitorios: Vex y Brone, Hort y Ravan, Flynt y Titan; ¡era el piso de chicos!

Justo cuando oyó que se abría una puerta, subió por la escalera trasera a un altillo sin salida, repleto de frascos opacos con dedos de rana, patas de lagartija y lenguas de perro. (Tenía razón su mamá. Quién sabe cuánto tiempo llevarían aquí). En eso oyó que un lobo subía la escalera, baboseándose…

Agatha salió por la ventana del altillo hacia un techo elevadísimo y se sostuvo del canalón. Oyó truenos que detonaban en nubes negras, mientras que, del otro lado del lago, las Torres del Bien brillaban bajo un sol perfecto. Mientras la tormenta empapaba su vestido rosa, sus ojos siguieron el largo y torcido canalón que despedía agua a través de las bocas de tres gárgolas de piedra que sostenían sus vigas de latón. Era su única esperanza. Se trepó al canalón; sus manos luchaban por aferrarse a las barandas resbaladizas, y volvió a meter la cabeza por la ventana, sabiendo que el lobo blanco se acercaba…

Pero no. Este la observaba del otro lado de la ventana, los brazos peludos cruzados sobre la chaqueta roja.

—¿Sabes? Hay cosas peores que los lobos.

Y se alejó caminando, dejándola atónita.

¿Qué? ¿Qué podía ser peor que…

Algo se movió en medio de la lluvia.

Agatha se protegió los ojos y miró a través de la lluvia chispeante y borrosa. Así, vio cómo la primera gárgola de piedra bostezaba y extendía sus alas de

dragón. Luego la segunda gárgola, con cabeza de serpiente y torso de león, extendía las suyas con un chasquido de escopeta. Luego la tercera, dos veces más grande que las otras, con cabeza de demonio con cuernos, torso humano y cola con incrustaciones, desplegó sus alas irregulares, más anchas que la torre.

Agatha palideció. *¡Las gárgolas! ¿Qué había dicho el perro sobre las gárgolas?*

Las gárgolas se dieron vuelta y la miraron con ojos ferozmente rojos. Entonces recordó.

Órdenes de matar.

Con un chillido colectivo, saltaron de su sitio. Sin su apoyo, el canalón se derrumbó y Agatha cayó al agua con un grito. La ola de lluvia la hizo caer y girar violentamente, mientras la viga suelta se sacudía salvajemente en la lluvia. Agatha vio que dos de las gárgolas volaban hacia ella, así que dio un viraje brusco en la rampa del canalón justo a tiempo. La tercera gárgola, el demonio con cuernos, se elevó en lo alto y arrojó fuego por la nariz. Agatha se sostuvo de los bordes y la bola de fuego impactó frente a ella, haciendo un agujero gigante en la viga. Patinó justo antes de caer en picada. Una fuerza descomunal la atacó por detrás, y la gárgola con alas de dragón la tomó de la pierna con sus filosas garras y la elevó en el aire.

—¡Soy una alumna! —gritó Agatha.

La gárgola la soltó, asustada.

—¿No ves? —gritó Agatha, señalándose la cara—. ¡Soy una Nunca!

La gárgola volvió rápidamente e inspeccionó su cara para ver si era verdad.

La agarró de la garganta para indicar que no lo era.

Agatha gritó y clavó el pie en el agujero quemado, desviando el agua turbulenta hacia los ojos del monstruo. La gárgola tambaleó, ciega, buscándola con las garras, solo para caer por el agujero y romperse un ala en el balcón inferior. Agatha se aferró a los bordes para salvar su vida. Sentía un terrible dolor en la pierna.

A través del agua, vio que otra gárgola venía volando. Con un chillido ensordecedor, la gárgola con cabeza de serpiente atravesó la inundación y la levantó en el aire. Justo cuando las poderosas mandíbulas se abrían para devorarla, Agatha metió el pie entre sus dientes, que chocaron sobre su bota negra y se rompieron como palillos. Aturdido, el monstruo la soltó. Agatha se

estrelló contra la canaleta inundada y se aferró a ella.

—¡Socorro! —gritó. Si aguantaba, alguien la escucharía y vendría a rescatarla—. Socorr…

Las manos se le soltaron. Cayó patinando sobre los aleros, sacudiéndose y levantándose hasta el último canalón, donde la esperaba la gárgola más grande, con cuernos como el demonio, las mandíbulas bien abiertas sobre el canalón, como un túnel infernal. Pataleando, gorgoteando, Agatha intentó detenerse, pero la lluvia la empujaba en ráfagas que chorreaban agua. Miró hacia abajo y vio que la gárgola disparaba fuego de la nariz, que se deslizó por la tubería. Agatha se hundió en el agua para evitar una cremación instantánea y volvió a salir, aferrándose al borde de la baranda por encima de la caída final. La siguiente ola de lluvia la enviaría directo a la boca abierta de la gárgola.

Entonces recordó la primera vez que vio a las gárgolas, como guardianas del canalón, escupiendo lluvia por las bocas.

Todo lo que sale debe entrar.

A sus espaldas oyó la siguiente ola. Con una oración silenciosa, Agatha se soltó y cayó en las fauces humeantes del demonio. Cuando el fuego y los dientes estaban a punto de triturarla, la lluvia inundó el canalón detrás de Agatha, despidiéndola por el agujero en la garganta de la gárgola hacia el cielo gris. Miró hacia atrás, a la gárgola que se asfixiaba, y soltó un grito de alivio que se convirtió en uno de terror cuando notó que estaba yendo en caída libre. A través de la niebla, Agatha vislumbró una pared puntiaguda que estaba a punto de ensartarla y una ventana abierta debajo. Con desesperación, se enroscó como una pelota, esquivó por poco las puntas letales y aterrizó sobre su estómago, empapada y tosiendo agua en el sexto piso de la torre Maldad.

—Creí… que… las… gárgolas… eran… decorativas —resolló. Agarrándose la pierna, Agatha caminó renqueando por el pasillo de los dormitorios, en busca de señales de Sophie.

Justo cuando estaba a punto de empezar a golpear las puertas vio una al final del pasillo, con un grafiti caricaturesco de una princesa rubia, y difamaciones pintadas: PERDEDORA, LECTORA, AMANTE DE SIEMPRES.

Agatha golpeó con fuerza.

—¡Sophie! ¡Soy yo!

Comenzaron a abrirse puertas en la otra punta del pasillo. Agatha golpeó con más fuerza.

—¡Sophie!

De las habitaciones empezaron a salir chicas vestidas de negro. Agatha sacudió el pomo de la puerta de Sophie y empujó con fuerza, pero no se movió. Cuando las Nuncas se dieron vuelta, listas para delatar a la intrusa de rosa, Agatha tomó carrera y embistió contra la pintarrajeada puerta de la habitación 66, que en ese momento se abrió y se cerró detrás de ella.

—NO TIENES IDEA DE LO QUE TUVE QUE PASAR PARA LLEGAR AQU… —empezó a gritar, pero se detuvo.

Sophie estaba agachada sobre un charco de agua sobre el piso y cantaba mientras se aplicaba rubor en el rostro.

Soy una hermosa princesa, dulce como la miel,
Que espera a su príncipe para que la despose…

Las tres compañeras de cuarto y tres ratas la observaban del otro lado de la habitación, boquiabiertas.

Hester miró a Agatha.

—Ella inundó nuestro piso.

—Para poder maquillarse —añadió Anadil.

—¿Acaso hay algo más maligno? —dijo Dot, haciendo una mueca—. También la canción.

—¿Mi cara está pareja? —consultó Sophie, entrecerrando los ojos frente al charco—. No puedo asistir a clase como un payaso. —Su mirada se posó en la recién llegada—. ¡Agatha *querida*! Era hora de que entraras en razón, tu clase de Afeamiento empieza en dos minutos, y no querrás dar una mala impresión.

Agatha la miró fijamente.

—Por supuesto —añadió Sophie, poniéndose de pie—. Primero tenemos que cambiarnos la ropa. Vamos, sácatelo.

—No irás a clase, *querida* —indicó Agatha, poniéndose roja—. ¡Iremos a la torre del Director ya mismo, o de lo contrario tendremos que quedarnos aquí para siempre!

—No seas tonta —insistió Sophie, tironeando del vestido de Agatha—. No

podemos simplemente entrar en su torre a plena luz del día. Y si de todos modos te vas a casa, debes darme la ropa ahora mismo para que yo no pierda ninguna clase.

Agatha se zafó de un tirón.

—¡Está bien, ya basta! Escúchame lo que te…

—Aquí pasarás desapercibida —sonrió Sophie, observando a Agatha junto a sus compañeras de cuarto.

Agatha se apaciguó.

—¿Porque soy… fea?

—Ay, por el amor de Dios, Aggie, mira este lugar —indicó Sophie—. A ti te encanta la oscuridad y la catástrofe. Te gusta el sufrimiento, la infelicidad y… mmm… las cosas quemadas. Aquí vivirás feliz.

—Estamos de acuerdo —dijo una voz detrás de Agatha, y esta se dio vuelta, sorprendida.

—Ven a vivir aquí —le propuso Hester.

—Y a ella la ahogamos en el lago —replicó Dot, mirando con odio a Sophie, todavía herida por su burla en la ceremonia de bienvenida.

—Nos caíste bien en cuanto te vimos —observó Anadil, mientras las ratas lamían los pies de Agatha.

—Tu lugar está aquí, con nosotras —afirmó Hester mientras ella, Anadil y Dot la rodeaban, y Agatha agitaba la cabeza nerviosamente entre este trío de villanas. ¿Realmente querían ser sus amigas? ¿Sophie tenía razón? ¿Ser villana podía hacerla… feliz?

A Agatha se le revolvió el estómago. ¡No quería ser mala! ¡No si Sophie era buena! ¡Tenían que marcharse de este lugar antes de que las destruyera!

—¡No voy a abandonarte! —le gritó a Sophie, alejándose.

—Nadie te está pidiendo que me abandones, Agatha —apuntó Sophie con firmeza—. Solo te pedimos que dejes tu ropa.

—¡No! —gritó Agatha—. ¡No vamos a cambiar de ropa, no vamos a cambiar de cuarto, no vamos a cambiar de escuela!

Sophie y Hester intercambiaron miradas furtivas.

—¡Nos vamos a casa! —gritó con un temblor en la voz—. Allí podremos ser amigas, estar del mismo lado, ni buenas, ni malas, y seremos felices para

siemp…

Sophie y Hester la derribaron. Dot y Anadil le arrancaron el vestido rosa, y las cuatro la vistieron con la túnica de Sophie. Vibrante en su nuevo vestido rosa, Sophie abrió la puerta.

—¡Adiós, Escuela del Mal! ¡Bienvenido, amor!

Agatha se puso de pie a los tropezones y miró la hedionda túnica negra, que le sentaba tal como a ella le gustaba.

—Y todo vuelve a su lugar —suspiró Hester—. La verdad es que no sé cómo eras amiga de esa estúp…

—¡Regresa! —vociferó Agatha, mientras perseguía a Sophie, vestida de rosa, entre las hordas negras del pasillo. Asombradas al ver a una Siempre en su terreno, las Nuncas se arremolinaron alrededor de Sophie y empezaron a golpearla en la cabeza con libros, bolsos y zapatos…

—¡No! ¡Ella es una de las nuestras!

Todas las Nuncas se volvieron a Hort, que estaba en la escalera, incluida la asombrada Sophie. Hort señaló a Agatha, vestida de negro.

—¡Esa es la Siempre!

Las Nuncas lanzaron un nuevo grito de guerra y rodearon a Agatha, mientras Sophie empujaba a Hort y escapaba escaleras abajo. Agatha se salvó del caos con algunas patadas bien propinadas y se deslizó por el pasamanos para cortarle la retirada a Sophie. Con Sophie a la vista, la persiguió por un corredor estrecho y extendió la mano para tomarla del cuello rosa, pero Sophie dio vuelta una esquina, subió rápidamente una escalera irregular y salió del primer piso. Agatha viró bruscamente hacia un lugar sin salida, vio que Sophie saltaba mágicamente por una pared que tenía las palabras ¡PROHIBIDO EL PASO A LOS ALUMNOS! escritas con sangre y, con un salto, Agatha voló a través del portal justo detrás de su amiga…

Y aterrizaron en el lado del Mal del Puente Intermedio.

Pero aquí terminó la persecución, ya que Sophie estaba demasiado lejos para alcanzarla. A través de la niebla, Agatha vio a Sophie resplandeciente de felicidad.

—Agatha, es el hijo del rey Arturo —musitó Sophie—. ¡Es un príncipe de carne y hueso! Pero ¿qué le digo? ¿Cómo le muestro que soy la indicada?

—¿Me dejarás aquí… sola? —Agatha trató de esconder su dolor.

La expresión de Sophie se suavizó.

—Por favor, no te preocupes, Aggie. Ahora todo es perfecto —dijo con dulzura—. Seguiremos siendo mejores amigas, solo en diferentes escuelas, tal como planeamos. Nadie puede impedirnos ser amigas, ¿no es verdad?

Agatha miró la hermosa sonrisa de Sophie y le creyó.

Pero, de repente, la sonrisa de su amiga se desvaneció. Porque en el cuerpo de Sophie, el vestido rosa, por arte de magia, se pudrió y se convirtió en negro. En cuestión de segundos Sophie estaba vestida con su vieja túnica deforme de villana, con el cisne brillante sobre su corazón. Sophie levantó la mirada y dio un grito ahogado. Del otro lado del puente, la túnica negra de Agatha había vuelto a convertirse en el vestido rosa.

Las dos amigas se miraron atónitas. De repente, unas sombras se acercaron a Sophie, y Agatha se dio vuelta. Una ola gigante se elevó muy por encima de ella, y las aguas se enroscaron en un lazo brillante. Antes de que Agatha pudiera huir, la alcanzó y la arrojó del otro lado de la bahía, hacia la neblina bañada por el sol. Sophie fue lanzada al extremo opuesto del puente y soltó un gemido de impotencia.

Lentamente, la ola volvió a elevarse sobre ella, pero esta vez las aguas no brillaron. Con un rugido beligerante, devolvió a Sophie a la Escuela del Mal, a tiempo para cumplir con el horario de clases.

7

Máxima Bruja Mayor Suprema

—¿Por qué necesitamos afearnos?

Sophie se tapó la cara con las manos. A través de los dedos observó la cabeza calva del profesor Manley, llena de granos y escamas de piel anaranjada, e intentó no hacer arcadas. A su alrededor, los Nuncas estaban sentados frente a escritorios carbonizados con espejos oxidados, y alegremente aplastaban renacuajos hasta matarlos en tazones de hierro. Si no supiera lo que hacían, pensaría que estaban cocinando una torta para la hora del té.

¿Por qué sigo estando en este lugar?, pensó mientras lloraba, furiosa.

—¿Por qué necesitamos ser asquerosos y repugnantes? —preguntó el profesor Manley, sacudiendo los carrillos—. ¡Hester!

—Porque nos hace temibles —respondió Hester y tragó su jugo de renacuajos, que instantáneamente hizo brotar un sarpullido de pústulas rojas.

—¡Incorrecto! —vociferó Manley—. ¡Anadil!

—Porque hace llorar a los niños pequeños —dijo Anadil, haciendo brotar sus propias ampollas rojas.

—¡Incorrecto! ¡Dot!

—¿Porque es más fácil para prepararnos a la mañana? —preguntó Dot, mientras mezclaba su jugo con chocolate.

—¡Incorrecto y estúpido! —manifestó Manley con tono desdeñoso—. ¡Solo cuando renuncien a lo superficial podrán profundizar! ¡Únicamente cuando renuncien a la vanidad podrán ser ustedes

mismos!

Sophie se escapó gateando entre los escritorios y alcanzó la puerta, pero el pomo le quemó la mano, y dio un grito.

—¡Solo cuando destruyan a quienes ustedes creen ser podrán aceptar quienes son realmente! —sentenció Manley, fulminándola con la mirada. Lloriqueando, Sophie regresó a su escritorio, entre villanos cubiertos de herpes. A su alrededor aparecieron las calificaciones entre nubes de humo verde: «1» sobre Hester, «2» sobre Anadil, «3» sobre Ravan, el muchacho grasoso de piel oscura, «4» sobre Vex, el chico rubio de orejas puntiagudas. Hort bebió su poción con entusiasmo, pero solo logró hacer brotar un granito insignificante en su barbilla. Apartó de un manotazo un apestoso «19», pero la calificación le devolvió el golpe.

—Fealdad significa que confían en la inteligencia —señaló Manley, con una mirada lasciva y acercándose a Sophie—. Fealdad significa que se fían de sus almas. Fealdad implica libertad.

Arrojó un tazón sobre el escritorio de Sophie.

Sophie observó el jugo negro de renacuajos. Algunos todavía se movían.

—Profesor, yo creo que mi profesora de Embellecimiento no estará de acuerdo con que yo participe en esta tarea…

—Tres aplazos y terminarás siendo más fea que yo —escupió Manley.

Sophie levantó la mirada.

—Realmente no creo que sea posible.

Manley miró a la clase.

—¿Quién quiere ayudar a nuestra querida Sophie a probar su pasaje a la libertad?

—¡Yo!

Sophie giró en redondo.

—No te preocupes —murmuró Hort—. Te verás mejor de esta manera.

Antes de que Sophie pudiera gritar, el chico la forzó a meter la cabeza en el tazón.



Tendida en un charco sobre la orilla de la Escuela del Bien, Agatha recordó la escena en la Escuela del Mal. Su mejor amiga la había llamado tonta, la había atacado, le había robado la ropa, la había abandonado con unas brujas y luego le había pedido consejos amorosos.

Es este lugar, pensó. En Gavaldon, Sophie se olvidaría de clases, castillos y chicos. En Gavaldon podrían encontrar un final feliz juntas. Aquí, no. *Solo necesito que volvamos a casa*.

Y, sin embargo, había algo que todavía le molestaba. Fue ese momento en el puente… Sophie vestida de rosa en la Escuela del Bien, ella de negro en la Escuela del Mal… «Ahora todo es perfecto», había dicho Sophie. Y tenía razón. Por un breve instante, el error se había corregido; estaban en los lugares que les correspondían.

Entonces, ¿por qué no pudimos quedarnos?

Fuera lo que fuese la salvó de milagro, porque una vez que Sophie llegara a la Escuela del Bien, jamás querría marcharse. La respiración de Agatha se hizo más lenta. ¡Tenía que asegurarse de que los profesores no descubrieran la confusión! ¡Tenía que asegurarse de que no las cambiaran a las escuelas correctas! Pero ¿cómo podía garantizar que Sophie se quedara donde estaba?

Ve a clase, murmuró su corazón.

Pollux había dicho que las escuelas tenían un número parejo de alumnos para preservar el equilibrio. Entonces, para corregir el error, ambas debían ser intercambiadas. Mientras Agatha mantuviera su lugar en la Escuela del Bien, Sophie tendría que quedarse en la Escuela del Mal. Y si de algo estaba segura era de que Sophie no podría durar como villana. Unos días más y rogaría volver a Gavaldon.

Ve a clase. ¡Por supuesto!

Encontraría la manera de soportar esta escuela horrible y de cansar a Sophie. Por primera vez desde que las secuestraron, Agatha abrió su corazón a la esperanza.

Pero su esperanza murió a los diez minutos.

La profesora Emma Anémona, enfundada en un vestido amarillo chillón y largos guantes de piel de zorro, entró silbando en el aula de caramelo rosado. Miró a Agatha y dejó de silbar. Pero luego murmuró:

—Rapunzel también me dio mucho trabajo. —Y comenzó la primera clase, Cómo mejorar la Sonrisa.

»La clave está en comunicarse con la mirada —dijo alegremente, e hizo una demostración de sonrisa perfecta de princesa. Con sus ojos saltones y el pelo amarillo furioso haciendo juego con el vestido, Agatha pensó que parecía un canario trastornado. Sin embargo, sabía que la posibilidad de volver a casa estaba en sus manos, así que imitó su sonrisa dentuda como las demás.

La profesora Anémona caminó por el aula mirando a las alumnas.

—Cierra menos los ojos… un poco menos de nariz, querida… ¡Dios mío, absolutamente hermosa! —Por supuesto, hablaba de Beatrix, que encendía el salón con su deslumbrante sonrisa—. Esa, mis Siempres, es una sonrisa que puede ganar el corazón del príncipe más difícil. Una sonrisa capaz de llevar paz a la peor de las guerras. ¡Una sonrisa que puede conducir a un reino a la esperanza y a la prosperidad!

Entonces vio a Agatha.

—¡Eh, tú! ¡No hagas muecas!

Con la atención de la profesora puesta en ella, Agatha intentó concentrarse e imitar la sonrisa perfecta de Beatrix. Por un segundo creyó haberlo logrado.

—¡Dios mío! ¡Ahora es una sonrisa siniestra! ¡Una sonrisa, alumna! ¡Una sonrisa normal, la de todos los días!

Piensa en algo feliz.

Pero solo podía pensar en Sophie en el puente, y que ella la abandonaba por un chico al que ni siquiera conocía.

—¡Ahora esa sonrisa es malévola! —chilló la profesora Anémona.

Agatha se dio vuelta y vio que todas sus compañeras se encogían de miedo, como si temieran que ella las convirtiera en murciélagos. («¿Crees que come niños?» preguntó Beatrix. «¡Qué suerte que me mudé de habitación!» suspiró Reena).

Agatha frunció el entrecejo. No podía haber sido tan espantoso.

Luego vio la expresión de la profesora Anémona.

—Si alguna vez necesitas que un hombre confíe en ti, si necesitas que un hombre te salve, que un

hombre te ame, hagas lo que hagas, niña… no le sonrías.

Etiqueta para princesas, dictada por Pollux, fue peor. Llegó de mal humor, renqueando con su enorme cabeza canina sujeta al cuerpo de una cabra flaca y murmurando que «esta semana el cuerpo le toca a Castor». Levantó la mirada y vio que las chicas lo miraban.

—Y yo que pensé que enseñaba a unas princesas. Solo veo veinte niñas maleducadas mirando boquiabiertas como sapos. ¿Acaso son sapos? ¿Les gusta cazar moscas con sus lengüitas rosadas?

Después de eso, las alumnas miraron con más disimulo.

La primera clase era Postura de Princesa, y para ello las alumnas debieron descender las cuatro escaleras de la torre llevando nidos con huevos de ruiseñor sobre la cabeza. Aunque la mayoría de las alumnas bajó sin romper ningún huevo, a Agatha le fue más difícil. Se debió a varias razones: a que toda su vida había caminado encorvada, a que Beatrix y Reena la miraban fijamente con sus nuevas sonrisas amables, a pensar que Sophie ganaría este desafío con los ojos cerrados, y a lo ridículo de que un perro enseñara cómo mejorar la postura tambaleándose sobre unas patas de cabra. Finalmente, se le cayeron veinte huevos que mancharon el mármol con sus yemas.

—Veinte hermosos ruiseñores que no vivirán… gracias a ti —sentenció Pollux.

Cuando aparecieron las calificaciones de cada alumna en medio de etéreas nubes doradas (Beatrix, por supuesto, obtuvo el número «1»), Agatha vio un oxidado «20» que flotó sobre ella y luego se estrelló sobre su cabeza.

Había ganado dos calificaciones pésimas en dos clases. Una más y sabría qué les ocurría a las alumnas que aplazaban. El plan de llevar a Sophie a casa se caía a pedazos, pero Agatha se apresuró para llegar a su siguiente clase, desesperada por demostrar que era buena.



Un herpes no impediría que Cenicienta fuera al baile. Un herpes no evitaría que la Bella Durmiente recibiera su beso.

Observando su reflejo lleno de pústulas en el espejo de su escritorio, Sophie se obligó a esbozar su mejor sonrisa. Toda su vida había resuelto todos los problemas con belleza y simpatía, y en esta oportunidad haría lo mismo.

Entrenamiento de Secuaces se cursaba en el campanario, un tenebroso claustro al aire libre construido sobre la torre Maldad. Para llegar a él había que subir una escalera de treinta tramos, tan estrecha que los alumnos debían ir en fila india.

—¡Qué asco! —dijo Dot, jadeando como un camello acalorado.

—Si vomita cerca de mí, la tiraré de la torre —refunfuñó Hester.

Mientras ascendía, Sophie intentó alejar su mente de pústulas, vómitos o del hediondo Hort, que trataba de ponerse a su lado.

—Sé que me aborreces —insistió. Sophie fue hacia la derecha para obstruirle el paso, pero Hort intentó pasar por el lado izquierdo. —Pero era el desafío y no quise reprobar, y…

Sophie le dio un codazo y subió corriendo los últimos peldaños, desesperada por demostrarle a su nuevo profesor que estaba en el lugar equivocado. Lamentablemente, ese profesor era Castor.

—¡A MÍ TENÍA QUE TOCARME LA LECTORA!

Para peor, su ayudante, Beezle, era el enano de piel roja al que Sophie había dado una bofetada en

la escalera el día anterior. Al ver su rostro lleno de ampollas, el enano se echó a reír como una hiena.

—¡Bruja fea!

Con la cabeza en el centro de su monumental cuerpo de perro, a Castor no le pareció tan divertido.

—Ya son bastante repugnantes de por sí —rezongó, y mandó a Beezle a buscar madreselva, que rápidamente les curó las pústulas. Mientras todos los villanos se quejaban, desilusionados, Sophie suspiró, aliviada.

—¡Que ganen o pierdan sus batallas depende de la competencia y lealtad de sus secuaces! —explicó Castor—. Claro que algunos de ustedes terminarán siendo secuaces, y sus vidas dependerán de la fuerza de su líder. Entonces, ¡presten atención si quieren seguir vivos!

Sophie apretó los dientes. Seguramente Agatha estaba en algún lugar, cantándole a las palomas, mientras que ella estaba a punto de pelear con unos imbéciles sedientos de sangre.

—Y ahora, su primer desafío. Cómo entrenar… —Castor dio un paso al costado— a una oca de los huevos de oro.

Sophie quedó boquiabierta al ver a un elegante pájaro de plumas doradas que dormía serenamente en su nido detrás de Castor.

—Pero las ocas de los huevos de oro odian a los villanos —replicó Anadil.

—Eso significa que, si puedes amaestrar a una, será muy fácil domesticar a un troll montañés —explicó Castor.

La oca abrió sus ojos color azul perlado, observó al público de villanos y sonrió.

—¿Por qué sonríe? —Quiso saber Dot.

—Porque sabe que estamos perdiendo el tiempo —replicó Hester—. Las ocas de los huevos de oro solo escuchan a los Siempres.

—Son solo excusas —apuntó Castor, bostezando—. Deben conseguir que esa patética criatura ponga uno de sus valiosos huevos. Cuanto más grande el huevo, mayor será su calificación.

A Sophie se le aceleró el corazón. Si el pájaro solo obedecía a los buenos, ¡ella podía demostrar aquí y ahora que su lugar no estaba junto a estos monstruos! ¡Solo tenía que conseguir que la oca pusiera el huevo más grande!

Castor escribió sobre la pared del campanario las cinco estrategias para entrenar secuaces:

1. ORDENAR
2. HOSTIGAR
3. ENGAÑAR
4. SOBORNAR
5. INTIMIDAR

—Ahora bien, no intimiden al maldito pájaro antes de haber intentado las otras cuatro estrategias —les advirtió Castor—. No hay nada que impida a un secuaz volverse en su contra.

Sophie se aseguró de ser la última de la fila, y vio que los primeros cinco alumnos no tuvieron suerte, incluido Vex, que llegó al extremo de zarandear al pájaro por el cuello, pero la oca de los huevos de oro le respondió con una sonrisa.

Como por obra de un milagro, Hort fue el primero en triunfar. Probó con ordenarle «Pon un huevo», llamarla «imbécil» y tentarla con gusanos, hasta que se dio por vencido y pateó el nido. No pudo estar más equivocado. De repente, la oca lo tomó de su túnica y con ella le tapó la cabeza; Hort se puso a gritar y, sin poder ver, se chocó contra las paredes (Sophie juró que, si tenía que volver a ver desnudo a este chico, se sacaría los ojos). Pero la oca pareció encantada. Agitó las alas, voznó y graznó con tanta estridencia que perdió el control y excretó un huevo de oro del tamaño de una moneda.

Hort la sostuvo en alto, triunfante.

—¡Gané!

—Claro, porque en el fragor de la batalla tendrás tiempo para corretear desnudo y hacer que la oca ponga un huevo —rezongó Castor.

Aun así, el perro había dicho que quien sacara el huevo más grande ganaba, así que los otros Nuncas imitaron la táctica de Hort. Dot le hizo muecas, Ravan hizo marionetas de sombras, Anadil le hizo cosquillas con una pluma, y Brone, el muchacho pálido y calvo, se sentó sobre Beezle, ante la alegría del pájaro («¡Bruja hedionda!», aulló el enano).

Hester, pensativa, se acercó y pateó a la oca en el estómago, tras lo cual cayó un huevo del tamaño de un puño.

—Son todos unos aficionados —dijo con tono despectivo.

Luego fue el turno de Sophie.

Esta se acercó a la oca de los huevos de oro, que parecía exhausta de tanto reírse y poner huevos. Pero cuando la oca observó a Sophie, dejó de pestañear y se sentó, quieta como una estatua, y la analizó centímetro a centímetro. Por un momento, Sophie sintió un inquietante escalofrío a través de su cuerpo, como si un desconocido hubiera penetrado su alma. Entonces miró los ojos cálidos y sabios del ave y se hinchó de esperanza. Seguramente veía que ella era diferente del resto.

Sí, sin duda eres diferente.

Sophie se sobresaltó y miró a su alrededor para ver si alguien más había oído el pensamiento del pájaro. Pero el resto de los Nuncas la miraban con impaciencia, ya que debían finalizar para recibir las calificaciones.

Sophie se volvió a la oca. *¿Puedes oír mis pensamientos?*

Tus pensamientos son muy claros, respondió la oca.

¿Y puedes oír los de los demás?

No. Solo los tuyos.

¿Porque soy buena? Sophie sonrió.

Puedo darte lo que deseas, dijo la oca. *Puedo hacer que vean que eres una princesa. Un huevo perfecto y te pondrán con tu príncipe.*

Sophie cayó de rodillas. *¡Por favor! Haré cualquier cosa que desees. Solo ayúdame.*

El pájaro sonrió. *Cierra los ojos y pide un deseo.*

Embargada de alivio, Sophie cerró los ojos. En ese momento perfecto, pensó en Tedros, su príncipe

hermoso y perfecto que podía hacerla feliz…

De repente se preguntó si Agatha le habría dicho que eran amigas. Esperaba que no.

Oyó exclamaciones a su alrededor. Sophie abrió los ojos y vio que las plumas doradas de la oca se tornaban grises. Sus ojos se oscurecieron y se volvieron negros. Su cálida sonrisa se apagó.

Y no puso ningún huevo.

—¿Qué sucedió? —gritó Sophie, moviéndose en círculos—. ¿Qué significa esto?

Castor la miró, muerto de miedo.

—Significa que prefiere renunciar a su poder antes que ayudarte.

Sobre la cabeza de Sophie explotó un «1» entre llamas rojas, como una corona diabólica.

—Es la cosa más maligna que jamás haya visto—señaló Castor en voz baja.

Atónita, Sophie vio cómo sus compañeros de clase se alejaban de ella como peces asustados…, todos excepto Hester quien, con ojos centelleantes, la miró como si hubiera encontrado a su rival. Detrás de ella, Beezle se puso a temblar en el rincón más alejado.

—¡Bruja Mayor! —chilló.

—¡No, no, no! —gritó Sophie—. ¡No soy la Bruja Mayor!

Pero Beezle asintió con toda certeza.

—¡Máxima Bruja Mayor Suprema!

Sophie giró en redondo para mirar a la oca. *¿Qué hice?*

Pero la oca, gris como la niebla, la miró como si nunca la hubiese visto en su vida y soltó un graznido común y corriente.



Desde el campanario, el graznido hizo eco en el foso, hasta la altísima torre plateada que separaba los dos lados de la bahía. Una silueta apareció en la ventana y observó sus dominios.

Decenas de números de calificaciones humeantes —de colores brillantes las provenientes de la Escuela del Bien, oscuras y lúgubres las de la Escuela del Mal— flotaron desde las dos escuelas sobre las aguas y ascendieron a su ventana como globos en el viento. A medida que pasaba cada número, sus dedos rozaban el humo, lo que le daba el poder de ver quién era el autor de la calificación y cómo la había ganado. Revisó decenas de números hasta que llegó al que buscaba: un «1» de llamas rojas que revelaba su historia en una avalancha de imágenes.

¿Una oca de los huevos de oro renunció a su poder por una alumna? Solo una podía tener semejante talento. Solo una podía ser tan pura.

La que inclinaría la balanza.

Con un escalofrío, el Director regresó a su torre y esperó su llegada.



Maldiciones y Trampas Mortales se cursaba en una cámara frigorífica que entumecía los huesos. Las paredes, los escritorios y las sillas estaban hechos íntegramente de hielo. A Sophie le pareció ver cuerpos enterrados en lo profundo del piso helado.

—¡Hace mucho frrrío! —dijo Hort, castañeteando los dientes.

—En el Salón de Torturas hace más calor —replicó lady Lesso. Se oyeron alaridos de dolor en la mazmorra.

—Ya nnno sssiento tttanto frrrío —tartamudeó Hort, con la cara azul.

—El frío les endurece las venas —indicó lady Lesso—. Y les hace falta si una Lectora va primera en los desafíos —prosiguió, mientras se paseaba entre hileras de alumnos muertos de frío, resquebrajando el hielo con sus tacones de aguja, y la trenza negra golpeteando sobre el vestido púrpura con hombreras de punta.

»Aquí no enseñamos a ser crueles en forma injustificada. Lastimar sin razón los convierte en bestias, no en villanos. No, nuestra misión requiere concentración y cuidado. En esta clase aprenderán a encontrar al Siempre que obstruye el camino hacia su objetivo. Aquel que se fortalecerá mientras ustedes se debilitan. Allí están, mis Nuncas, en algún lugar del bosque… sus archienemigos. Cuando llegue el momento, los encontrarán y los destruirán. Ese es el camino hacia la libertad.

Se oyó otro grito en el Salón de Torturas y lady Lesso sonrió.

—En otras clases podrán ser ineptos. Pero no en mi clase. No habrá desafíos hasta que yo considere que son dignos.

Sophie no había oído nada de todo esto. Lo único que oía era el graznido de la oca resonándole en la cabeza. Tiritando de frío, se esforzó por no llorar. Lo había intentado todo para estar en la Escuela del Bien: huir, pelear, rogar, cambiarse, desear… ¿Qué otra cosa le quedaba? Imaginó a Agatha, sentada en sus clases, en su asiento, en su escuela, y se puso roja de ira. ¡Y ella que pensaba que eran amigas!

—Un archienemigo es su adversario —explicó lady Lesso, con un destello en sus ojos púrpura—. Su otra mitad. El otro lado de su alma. Su talón de Aquiles.

Sophie se obligó a prestar atención. Después de todo, tenía la oportunidad de aprender los secretos del enemigo. Podrían serle útiles cuando lograra llegar a la Escuela del Bien.

—Conocerán a sus archienemigos a través de los sueños —continuó lady Lesso, enardecida—. Un archienemigo rondará sus sueños, noche tras noche, hasta que no vean otra cosa que su rostro. Soñar con sus archienemigos les hará congelar los corazones y hervir la sangre. Hará que les rechinen los dientes y se arranquen el cabello. En los sueños se resumirán todo su odio y todos sus miedos.

Lady Lesso arañó el escritorio de Hort con sus largas uñas rojas.

—Solo cuando sus archienemigos estén muertos se sentirán satisfechos. Únicamente cuando sus archienemigos estén muertos se sentirán libres. ¡Cuando maten a sus archienemigos, el Nunca Más los recibirá para su gloria eterna!

La clase rio, entusiasmada.

—Claro que, dada la historia de nuestra escuela, las puertas del Nunca Más no se abrirán pronto —murmuró.

—¿Cómo encontramos a nuestros archienemigos? —Quiso saber Dot.

—¿Quién los elige? —preguntó Hester.

—¿Estarán en nuestra clase? —inquirió Ravan.

—Esas preguntas son prematuras. Solo los villanos más despreciables son bendecidos con sueños de archienemigos —explicó lady Lesso—. Primero deben preguntarse por qué los que ganan todas

las competencias en esta escuela son los engreídos, estúpidos e insípidos Siempres, y cómo van a cambiar esa situación. —Lanzó una mirada ávida a Sophie, como dando a entender que, le gustara o no, la Lectora amante del rosa podía ser su única esperanza.

Apenas los aullidos de los lobos anunciaron el final de la clase, Sophie salió corriendo del aula de hielo y subió la escalera de caracol, hasta que encontró un pequeño balcón en un costado del pasillo. En la privacidad de la niebla se inclinó sobre la pared húmeda de la torre del Mal y, por fin, rompió en llanto. No le importó arruinar su maquillaje ni que alguien la viera. Nunca se había sentido tan sola o asustada. Detestaba este horrible lugar y no podía soportarlo más.

Sophie miró la Escuela del Bien, con sus torres de cristal que brillaban del otro lado de la bahía. Por primera vez pareció fuera de su alcance.

¡El almuerzo!

¡Tedros estaría allí! ¡Su príncipe dorado, su última esperanza! Después de todo, ¿no era para eso que estaban los príncipes? ¿Para rescatar a las princesas cuando todo parecía perdido?

Con el corazón palpitante, se secó las lágrimas. Solo debía aguantar hasta el almuerzo.

Mientras se apresuraba para llegar al Salón del Mal para su clase de Historia de Villanos, Sophie vio que una veintena de Nuncas se arremolinaba fuera del aula. Dot la vio y la sostuvo del brazo.

—¡Cancelaron las clases! Nadie nos dice por qué.

—¡Recibirán el almuerzo en sus habitaciones! —tronó el lobo blanco, mientras sus compañeros restallaban los látigos y conducían a los alumnos a sus torres.

A Sophie el corazón le dio un vuelco.

—Pero ¿qué ocurr…?

De repente olió humo, que entraba en el salón por todos lados. Sophie se deslizó entre la multitud hasta una ventana de piedra, donde un estupefacto grupo de alumnos observaba en silencio. Siguió sus miradas del otro lado de la bahía.

Una torre del Bien se estaba incendiando.

Dot dio un grito ahogado.

—Pero ¿quién pudo haber hecho algo tan…

—Brillante —completó Hester, pasmada.

Pues bien, Agatha tenía la respuesta.

8
Los Peces de los Deseos

Hacía una hora, Tedros había decidido ir a nadar.

Ya se habían publicado las calificaciones de las dos primeras clases en las puertas del Salón de Belleza; el príncipe y Beatrix competían por el primer lugar, y el nombre de Agatha estaba tan abajo en la lista que lo tapaba una pila de excrementos de ratón. El interior del Salón de Belleza para mujeres parecía un balneario medieval: había tres piscinas aromáticas («Caliente», «Fría» e «Ideal»), un sauna dedicado a la niña de los fósforos, tres tocadores de Rojaflor,

un rincón de pedicura inspirado en Cenicienta y una ducha con forma de cascada incorporada en una laguna que remitía a *La Sirenita*. Los Salones de Belleza para hombres estaban más dedicados al buen estado físico: había un sauna inspirado en el rey Midas, un salón de bronceado inspirado en entornos campestres, un gimnasio con martillos escandinavos, un foso para la lucha en lodo, una piscina de agua salada y una serie completa de baños turcos.

Después de Aseo y Caballerosidad, Tedros aprovechó el descanso antes de Esgrima para probar la piscina. Mientras nadaba su última vuelta, vio que Beatrix —y las siete chicas que ahora la seguían constantemente— lo observaban con los ojos como platos a través de las rendijas de la puerta de madera.

Tedros estaba acostumbrado a que las chicas lo miraran. Pero ¿cuándo encontraría una que no pensara solo en su aspecto? ¿Que lograra ver algo más que al hijo del rey Arturo? Alguien a quien le interesaran sus pensamientos, sus esperanzas, sus temores… No obstante, se dio vuelta mientras se secaba para que las chicas pudieran verlo bien. Su madre tenía razón: podía fingir todo lo que quisiera, pero era la viva imagen de su padre, para bien o para mal.

Con un suspiro abrió la puerta para recibir a su club de admiradoras, mientras el cisne destellaba en su pecho desnudo. Pero las chicas habían desaparecido, víctimas de una patrulla de hadas. Tedros quedó un poco desilusionado, pero siguió su camino y se chocó con algo que lo derribó al piso.

—Otra vez estoy mojada —replicó Agatha, y lo miró—. Deberías mirar por donde…

Era el chico que había deslumbrado a Sophie. El que se había apropiado del corazón de su amiga. El que se la había robado.

—Soy Tedros —se presentó, mientras extendía la mano.

Agatha no lo saludó. Estaba terriblemente perdida y necesitaba que alguien le indicara por dónde seguir, pero este tal Tedros era el enemigo. Se levantó, lo miró con odio y lo empujó al pasar. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que, aparte de todo lo que odiaba de este chico, también su olor era característico. Fue hacia el final del pasillo, golpeteando el cristal del suelo con sus botas, y con una última mirada desdeñosa tomó el pomo de la puerta para abrirla.

Pero estaba cerrada.

—Es por aquí —le indicó Tedros, señalando la escalera que estaba a sus espaldas. Agatha pasó junto a él refunfuñando y apretándose la nariz.

—¡Encantado de conocerte! —dijo el príncipe.

Oyó el resoplido de disgusto antes de que Agatha desapareciera escaleras abajo, echando sombras por doquier.

Tedros hizo una mueca. Las chicas lo adoraban; lo amaban sin excepción. Pero esta chica rara lo miraba como si él no existiera. Por un momento sintió perder la confianza, pero luego recordó lo que una vez su padre le había dicho.

Los mejores villanos te hacen dudar.

Tedros creía poder enfrentar a cualquier monstruo, a cualquier bruja, a cualquier fuerza que el Mal conjurara. Pero esta chica era diferente; daba miedo.

Sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Entonces, ¿por qué está en mi escuela?



Comunicación con Animales, dictada por la princesa Uma, se realizó en las orillas del lago en la Bahía Intermedia. Por tercera vez ese día, Agatha se encontró con que la clase era solo de mujeres. Seguro que en la Escuela del Mal no había necesidad de diferenciar entre aptitudes de «chico» o de «chica». Pero aquí, en las Torres del Bien, los chicos salían a pelear con espadas mientras las niñas debían aprender a ladrar como perros y ulular como búhos. *No es de extrañar que las princesas fueran tan impotentes en los cuentos de hadas*, pensó. Si lo único que sabían hacer era sonreír, pararse derechas y hablar con las ardillas, ¿qué otra alternativa les quedaba salvo esperar a que un chico las rescatara?

La princesa Uma parecía demasiado joven para ser una profesora. Sentada sobre el césped impecable, iluminado por el destello del lago, muy derecha, con las manos plegadas sobre el vestido rosa, cabellera negra hasta la cintura, piel aceitunada, ojos almendrados y labios color carmesí fruncidos primorosamente. Cuando por fin habló, lo hizo con susurros y risitas, pero no alcanzaba a terminar las oraciones. Cada pocas palabras se detenía para escuchar a un zorro

o a una paloma en la distancia y responderles con un aullido aturdidor o con un gorjeo. Cuando vio que la clase entera la miraba boquiabierta, se cubrió las mejillas con las manos.

—¡Uy! —rio—. ¡Tengo muchos amigos! —Agatha no supo si estaba nerviosa o si simplemente era idiota.

—El Mal cuenta con muchas herramientas —dijo la princesa Uma, comenzando al fin—. Venenos, pestes, maldiciones, maleficios, secuaces y magia negra, muy negra. ¡Pero nosotros tenemos a los animales!

Agatha se rio por lo bajo. Si alguna vez se enfrentase a un secuaz que la amenazaba con un hacha, traería a una mariposa para que la ayudara. A juzgar por las caras de sus compañeras, no era la única que no se convencía. La princesa Uma tomó nota. Soltó un silbido ensordecedor, y se oyó un aluvión de ladridos, aullidos, relinchos y rugidos provenientes del bosque detrás de las escuelas. Las alumnas escucharon con atención.

—¿Lo ven? —dijo Uma riendo—. Todos los animales pueden comunicarse con nosotros, si sabemos cómo hablarles. ¡Algunos incluso tienen recuerdos de cuando eran humanos!

Con un escalofrío, Agatha pensó en los animales disecados de la galería. Todos habían sido alumnos como lo eran ellas ahora.

—Sé que todas quieren ser princesas —señaló Uma—, pero las que tienen bajas calificaciones no son buenas candidatas. Terminarían acribilladas, apuñaladas o devoradas, y eso no sería muy útil. Sin embargo, bajo la forma de zorro compañero, gorrión espía o cerdo amigable, ¡podrían encontrar un final mucho más feliz!

Dio un silbido entre dientes y, con una señal, una nutria salió del lago y se acercó a la orilla, llevando sobre el hocico un libro de cuentos con piedras preciosas.

—Podrían acompañar a una doncella cautiva o conducirla a un lugar seguro —explicó Uma mientras extendía las manos. La nutria, nerviosa, volteó el libro sobre su hocico para encontrar la página indicada.

»O podrían ayudar a confeccionar un vestido para un baile —prosiguió la profesora mientras miraba a la inepta criatura—. También podrían entregar un mensaje urgente o… ¡ejem! —Con un gemido, la nutria encontró la página,

deslizó el libro en las manos de la princesa y se desplomó, agotada por el estrés —. Hasta podrían salvar una vida —agregó Uma, y mostró un brillante dibujo de una princesa agazapada mientras un ciervo ensartaba a un brujo hechicero. La profesora se parecía a la joven del dibujo—. Hace mucho tiempo, un animal me salvó la vida y, como recompensa, tuvo el mejor final feliz.

Cada vez menos convencida, Agatha vio que todas sus compañeras abrían los ojos con veneración. Esta no era solo una profesora: era una princesa viva, de carne y hueso.

—Así que, si quieren ser como yo, ¡deben aprobar el desafío de hoy! —gorjeó su nuevo ídolo mientras las conducía a la orilla del lago. Agatha se puso a tiritar, a pesar del agradable sol de otoño. Si aplazaba esta vez, nunca más vería a Sophie ni su hogar. Mientras seguía a las alumnas hacia la orilla con nerviosismo, Agatha vio que el libro de cuentos de Uma se abría sobre el césped.

—A los animales les encanta ayudar a las princesas por muchos motivos —manifestó la princesa Uma, deteniéndose al borde del lago—. Porque les cantamos canciones bonitas, porque les damos refugio en el bosque tenebroso, porque desearían ser tan hermosos y amados como…

—Aguarden. — Agatha levantó el libro de cuentos en la última página, donde había un dibujo del ciervo destrozado por monstruos mientras la princesa escapaba. Uma y las alumnas se dieron vuelta.

»¿Eso es un final feliz?

—Si no son tan buenas como para ser princesas, tendrán el honor de morir por una princesa, por supuesto. —Uma sonrió, como si pronto fueran a aprender esta lección.

Agatha miró a las demás sin poder creerlo, pero todas asentían como carneros. No les importaba que solo un tercio de ellas fuera a graduarse como princesa. Cada una estaba absolutamente convencida de que sería la elegida. No, esas criaturas disecadas y colgadas en el museo no habían sido alumnas como ellas. Eran simplemente animales. Esclavos por un Bien Mayor.

—¡Pero si queremos que los animales nos ayuden, primero debemos indicarles qué es lo que deseamos! —prosiguió Uma, mientras se arrodillaba junto al brillante lago azul—. Así que el desafío de hoy es… —Agitó su dedo en el agua y miles de pececitos salieron a la superficie, blancos como la nieve—.

¡Los peces de los deseos! —exclamó Uma, exultante—. ¡Ellos escudriñan el alma y descubren el deseo más ferviente! (Viene muy bien si se quedaron mudas y deben decirles a sus príncipes que las besen). Lo único que deben hacer es poner el dedo en el agua, y los peces les leerán el alma. ¡La alumna que tenga el deseo más fuerte y claro ganará!

Agatha se preguntó qué podrían desear las almas de estas chicas.

Ser más inteligentes, sin duda.

Millicent fue la primera. Puso el dedo en el agua y cerró los ojos… Cuando los abrió, todos los peces se habían vuelto de diferentes colores y la miraban, confundidos.

—¿Qué sucedió? —preguntó Millicent.

—Una mente confundida —suspiró Uma.

Luego Kiko, la adorable alumna que le había regalado el lápiz labial a Agatha, metió el dedo en el agua. Los peces se volvieron rojos, anaranjados y color durazno y empezaron a formar una especie de imagen.

¿Qué desearán las almas buenas?, se preguntó Agatha, mientras observaba cómo los peces formaban la figura. *¿Paz para sus reinos? ¿Salud para sus familias? ¿Derrotar al mal?*

En cambio, los peces dibujaron el rostro de un chico.

—¡Tristan! —exclamó Kiko al reconocer el pelo rojizo del muchacho—. Atrapé su rosa en la ceremonia de bienvenida.

Agatha gruñó. Debió habérselo imaginado.

Luego fue el turno de Reena; cuando hundió el dedo, los peces cambiaron de colores y formaron un mosaico de un chico corpulento de ojos grises poniendo una flecha en su arco.

—¡Es Chaddick! —indicó Reena, sonrojándose—. Torre Honor, habitación diez.

Los peces de Giselle dibujaron al moreno Nicholas, el deseo de Flavia fue Oliver, los de Sahara pintaron al compañero de cuarto de Oliver, Bastian… Al principio a Agatha le pareció una tontería, pero ahora le daba miedo. ¿Era esto lo que anhelaban las almas buenas? ¿Chicos a los que ni siquiera conocían? ¿Con qué fundamento?

—Amor a primera vista —exclamó Uma—. ¡Es la cosa más hermosa del

mundo!

Agatha sintió arcadas. ¿Quién podía amar a esos chicos? Bestias inútiles y engreídas que pensaban que el mundo les pertenecía. Pensó en Tedros y se encendió de ira. Más bien odio a primera vista. Eso sí era más verosímil.

Los peces estaban agotados de dibujar tantas mandíbulas cinceladas, pero Beatrix ofreció el espectáculo mayor cuando hizo dibujar a los peces de los deseos su casamiento de cuento de hadas con Tedros en un espectacular arcoíris, con castillo, coronas y fuegos artificiales. Todas las alumnas tenían los ojos inundados de lágrimas, ya sea porque la escena era hermosa o porque sabían que nunca podrían competir con Beatrix.

—¡Ahora debes conquistarlo, Beatrix! —apuntó Uma—. ¡Debes convertir a Tedros en tu misión! ¡Tu obsesión! Porque cuando una verdadera princesa desea algo lo suficiente… —dijo la profesora introduciendo sus dedos en el lago — tus amigos se reúnen para ayudarte… —Los peces se volvieron de un color rosa brillante.

»Pelean por ti… —Los peces se apiñaron.

»Y hacen que tu deseo se vuelva realidad… —Uma metió el brazo en el agua y lo sacó rápidamente. Los peces se transformaron en el mayor deseo de su alma.

—¿Qué es? —preguntó Reena, confundida.

—Una maleta —susurró la princesa Uma, y la apretó contra su pecho.

La profesora levantó la mirada y vio a veinte alumnas confundidas.

—Uh. ¿Debo darles sus calificaciones?

—Pero ella todavía no lo hizo —indicó Beatrix, señalando a Agatha. Agatha le habría dado una paliza, pero la voz de Beatrix no revelaba ninguna amenaza. A esta chica no le preocupaba que todos esos peces acabaran de convertirse en equipaje. En cambio, le alarmaba que Agatha aún no hubiese participado. Quizá no era tan mala después de todo—. Así Reena podrá tener su cuarto cuando ella repruebe. —Sonrió Beatrix.

Agatha retiró lo pensado.

—¡Ah! ¿Queda una? —preguntó Uma, mirando a Agatha. Observó el lago, vacío de peces de los deseos, y luego a su preciada maleta rosa—. Siempre me pasa lo mismo —se lamentó. Con un suspiro, soltó la maleta en el lago, observó

cómo se hundía y volvía a flotar bajo la forma de mil peces blancos.

Agatha se inclinó sobre el agua y vio a los peces que la observaban alicaídos. Por un momento habían hallado el cielo en una maleta. Pero aquí estaban otra vez, como genios fuera de su lámpara. Poco les importaba que su vida estuviera en juego. Solo deseaban que los dejaran tranquilos. Agatha sintió compasión.

Mi deseo es fácil, pensó. *Deseo no aplazar. Eso es. No aplazar.*

Metió el dedo en el agua.

Los peces empezaron a temblar como tulipanes al viento. Agatha pudo escuchar sus deseos debatirse en su mente…

No aplazar… En casa en la cama… No aplazar… Sophie a salvo… No aplazar… Tedros muerto…

Los peces se volvieron azules, luego amarillos, luego rojos. Los deseos se convirtieron en un ciclón…

Cara nueva… Misma cara… Pelo rubio… ¡Detesto el pelo rubio!… Más amigas… Nada de amigas…

—No solo confundida —murmuró la princesa Uma—. ¡Completamente confusa!

Los peces, rojos como sangre, comenzaron a temblar, como si estuviesen a punto de explotar. Asustada, Agatha intentó sacar el dedo, pero el agua lo apretó como un puño.

—¡Qué diabl…!

Los peces se volvieron negros como la noche y volaron hacia Agatha como imanes al metal, cubriendo su mano en una masa estremecedora. Las chicas huyeron de la orilla, horrorizadas; Uma quedó inmóvil en su lugar. Desesperada, Agatha intentó arrancar el brazo del agua, pero su cabeza explotó de dolor…

Hogar Escuela Mamá Papá Bueno Malo Chicos Chicas Siempre Nunca…

Sujetos con fuerza a la mano de Agatha, los peces temblaron cada vez más, cada vez más rápido, hasta que no pudo distinguirse uno de otro. Los ojos saltaron como botones, las aletas se destrozaron, los vientres se hincharon de venas y vasos, hasta que los peces soltaron miles de gritos atormentados. Agatha sintió que la cabeza se le partía en dos…

Aplazar Ganar Verdad Mentiras Perdido Encontrado Fuerte Débil Amigo

Enemigo

Los peces se hincharon como un globo en una masa negra y subieron por su mano. Agatha se sacudió para liberar su dedo hasta que oyó el hueso quebrarse y aulló desesperada, mientras los peces, que chillaban, engulleron todo su brazo en su capullo color ébano.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

El capullo se infló hasta su cara y sofocó sus gritos. Con un horrible grito, el vientre mortal la tragó. Agatha se sacudió para poder respirar, intentó dar patadas para salir, pero el dolor perforó su cabeza y la obligó a agacharse en posición fetal.

Odio Amor Castigar Recompensar Cazador Cazado Vivir Morir Matar Besar Tomar

Aullando vengativo, el capullo negro la absorbió aún más como una tumba gelatinosa, ahogando su último aliento, chupándole la última gota de vida hasta que no le quedó nada para…

Dar.

Los gritos cesaron. El capullo se deshizo. Agatha cayó, atónita.

En sus brazos había una niña, de no más de doce o trece años, con piel morena y una maraña de rizos oscuros. Se despertó, abrió los ojos y le sonrió a Agatha como si fuera una vieja amiga.

—Cien años pasaron, y fuiste la primera que deseó liberarme. —Respiró entrecortadamente, como pez fuera del agua, y apoyó la mano en la mejilla de Agatha.

»Gracias.

Cerró los ojos y su cuerpo se relajó en los brazos de Agatha. Centímetro a centímetro, la niña comenzó a resplandecer de un color dorado brillante, y con una explosión de luz blanca se deshizo en rayos de sol y desapareció.

Agatha miró boquiabierta el lago, vacío de peces, y oyó los débiles latidos de su corazón. Sintió que habían golpeado y arrancado sus entrañas. Levantó el dedo, curado como nuevo.

—Ehh… ¿todo eso fue… NORMAL?—Respiró profundamente y se dio vuelta.

La clase entera estaba dispersa detrás de los árboles, incluida la princesa

Uma, cuya expresión respondía la pregunta.

Desde el cielo se oyeron fuertes graznidos. Agatha alzó la mirada a la amable paloma a la que la profesora había saludado antes. Solo que los chillidos de la paloma ya no eran amables, sino salvajes, desesperados. Desde el Bosque Infinito se oyó el gruñido de un zorro, gutural y agitado. Luego se oyeron más aullidos y gemidos alrededor, que nada tenían que ver con la bienvenida anterior. Ahora los animales estaban frenéticos. Sus chillidos fueron cada vez más fuertes, hasta febriles…

—¿Qué está pasando? —gritó Agatha, tapándose las orejas con las manos. Pero lo supo apenas vio el rostro de la princesa Uma.

Ellos también quieren ser liberados.

Antes de que Agatha pudiera moverse, llegó la estampida desde todas las direcciones. Ardillas, ratas, perros, topos, ciervos, pájaros, gatos, conejos, la nutria inepta… todos los animales en el terreno de la escuela, todos los animales que podían deslizarse entre las puertas corrieron hacia su salvadora…

¡Haznos humanos!, exigieron.

Agatha palideció. ¿Desde cuándo podía ella entender a los animales?

¡Sálvanos, princesa!, gritaron.

¿Desde cuándo podía ella entender a animales delirantes?

—¿Qué hago? —vociferó Agatha.

Uma miró a los animales, sus fieles marionetas, sus amigos íntimos…

—¡HUYE!

Por primera vez alguien en esta escuela le daba a Agatha un consejo práctico. Huyó hacia las torres mientras unas urracas le picoteaban las manos, ratones se colgaban de sus botas, ranas saltaban a su vestido. Abriéndose paso a golpes entre la multitud, corrió colina arriba, protegiéndose la cabeza y esquivando cerdos, halcones y liebres. Pero justo cuando tenía las puertas con cisnes blancos a la vista, un alce salió de los árboles y saltó: Agatha se agachó y el alce se estrelló contra las puertas, ensartando a los cisnes. Agatha echó a correr hacia el salón con escaleras de cristal y pasó junto a Pollux que, sobre sus patas de cabra, observaba la persecución.

—¡Qué diablos…!

—¡Un poco de ayuda! —vociferó Agatha.

—¡NO TE MUEVAS! —chilló Pollux.

Pero Agatha ya se dirigía a la escalera de la torre Honor. Cuando miró hacia atrás, vio que Pollux desviaba animales a diestra y siniestra, pero miles de mariposas atravesaron la azotea y arrancaron la cabeza de Pollux de las patas de cabra, dejando que la manada continuara la cacería escaleras arriba.

—¡A LAS TORRES NO! —chilló la cabeza de Pollux antes de salir rodando a través de la puerta.

Pero Agatha corrió por los pasillos y entró en las aulas del Remanso de Hansel. Mientras chicos y profesores pateaban puercoespines (mala idea) y las chicas, gritando, saltaban a los escritorios con sus tacones altos (muy mala idea), Agatha intentó escapar del alboroto, pero los animales solo tomaron algunas golosinas y continuaron la persecución. Aun así, consiguió adelantarse lo suficiente para correr escaleras arriba, pasar por la puerta esmerilada y cerrarla de una patada antes de que apareciera la primera comadreja.

Agatha se dobló en dos, bajo la sombra de los altos setos del rey Arturo. Sintió la brisa glacial que corría en el techo sobre los brazos desnudos. No iba a durar mucho aquí fuera. Mientras intentaba ver por la puerta esmerilada si había algún profesor o ninfa que la rescatara, notó algo reflejado en la puerta.

Agatha se dio vuelta y se enfrentó a una enorme y musculosa silueta, ubicada a contraluz del sol. Agatha languideció de alivio. Por una vez sintió gratitud hacia los chicos, y corrió hacia su príncipe sin rostro…

Pero frenó de golpe. La gárgola con cuernos atravesó la niebla y lanzó una llamarada a la puerta. Agatha se agachó para esquivar un segundo ataque, que prendió fuego al seto en el que Arturo se casaba con Ginebra. Intentó gatear hacia el siguiente seto, pero la gárgola siguió incendiándolos uno a uno hasta que la historia del rey quedó reducida a cenizas. Aislada en medio de las llamas, Agatha levantó la mirada al demonio humeante, que la inmovilizó con una fría pata de piedra sobre su pecho. Esta vez no había escapatoria. Se relajó y cerró los ojos.

Nada ocurrió.

Abrió los ojos y encontró a la gárgola arrodillada frente a ella, tan cerca que pudo ver los reflejos en sus brillantes ojos rojos. Eran los reflejos de un niñito asustado.

—¿Quieres que te ayude? —murmuró ella.

La gárgola derramó lágrimas de esperanza.

—Pero… pero… no sé cómo lo hice —tartamudeó—. Fue… un accidente.

La gárgola la miró a los ojos y pudo ver que Agatha decía la verdad. Se desplomó al piso, desparramando cenizas alrededor.

Mirando al monstruo, sabiendo que era solo otro niño perdido, Agatha pensó en todas las criaturas de este mundo. Ellas no cumplían órdenes porque fueran leales. No ayudaban a las princesas porque eran cariñosas. Lo hacían con la esperanza de que algún día, la lealtad y el amor brindados tuvieran su recompensa en la forma de una segunda oportunidad como seres humanos. Solo por medio de un cuento de hadas podrían encontrar el camino de regreso. A sus personalidades imperfectas, a sus vidas sin historias. Ahora ella era también uno de estos animales que buscaba la salida.

Agatha se inclinó y tomó la mano de la gárgola entre las suyas.

—Desearía poder ayudarte —murmuró—. Desearía poder ayudarnos a todos a volver a casa.

La gárgola apoyó la cabeza en su falda. Mientras los setos en llamas los encerraban, el monstruo y la joven lloraron abrazados.

Agatha sintió que la piedra se suavizaba.

La gárgola se sacudió hacia atrás, atónita. Mientras se ponía de pie tambaleando, su coraza de piedra se resquebrajó… sus garras se convirtieron en manos… sus ojos se encendieron, inocentes. Sin poder creerlo, Agatha corrió hacia él, esquivando las llamas, justo cuando la cara del monstruo comenzaba a convertirse en el rostro de un niño. Con un grito de alegría, Agatha extendió su mano…

Y una espada atravesó el corazón del niño. La gárgola volvió a convertirse en piedra y soltó un grito lastimoso.

Agatha se dio vuelta, horrorizada.

Tedros atravesó una pared de fuego, dirigiendo su impulso hacia el cráneo con cuernos de la gárgola, Excalibur en mano.

—¡Espera! —gritó.

Pero el príncipe contemplaba cómo la conmemoración de su padre era consumida por las llamas.

—¡Bestia asquerosa y maligna! —exclamó, asfixiándose.

—¡No!

Tedros asestó un golpe de su espada sobre el cuello de la gárgola y cortó su cabeza.

—¡Era un niño! ¡Un niño pequeño! —gritó Agatha—. ¡Él era bueno!

Tedros se plantó frente a ella.

—Ahora sé que eres una bruja.

Ella le dio un puñetazo en el ojo. Antes de poder golpearlo en el otro ojo, irrumpieron en el jardín ornamental hadas, lobos y profesores de las dos escuelas, justo a tiempo para ver cómo una vertiginosa ola se estrellaba sobre el techo en llamas y separaba a los enemigos.

9

Muestra de Talentos al 100%

Sophie estaba segura de que Beatrix había provocado el incendio para atraer la atención de Tedros. Seguramente la había rescatado de la torre en llamas, la había besado mientras la Escuela del Bien se incendiaba y ya habían fijado fecha para la boda. Llegó a esta teoría porque era lo mismo que ella misma había planeado hacer durante el almuerzo. Sin embargo, las clases se cancelaron también al día siguiente, y quedó abandonada en una habitación a merced de tres asesinas.

Sophie miró el plato de metal sobre su cama, lleno de gachas demasiado

líquidas y patas de cerdo. Después de tres días de pasar hambre, sabía que debía comer las sustancias horrendas que enviaba la escuela, pero esto era mucho peor que horrendo: era comida de campesinos. Arrojó su plato por la ventana.

—¿No saben dónde puedo encontrar pepinos por aquí? —preguntó Sophie, dándose vuelta.

Hester la miró con odio desde la otra punta de la habitación.

—¿Cómo hiciste lo de la oca?

—Por última vez, Hester, ¡no sé! —respondió Sophie, mientras le sonaban las tripas—. Prometió ayudarme a cambiar de escuela, pero me mintió. Quizá se volvió chiflada después de poner tantos huevos. ¿Sabes de algún huerto por aquí donde haya un poco de alfalfa o pastura, o…?

—¿Hablaste con ella? —la interrumpió Hester, con la boca repleta de pata de cerdo.

—Bueno, no exactamente —dijo Sophie, asqueada—. Pero pude oír sus pensamientos. A diferencia de ustedes, las princesas podemos hablar con los animales.

—Pero no pueden oír sus pensamientos —aseveró Dot, mientras sorbía las gachas que parecían tener gusto a chocolate—. Para eso tu alma debe ser pura ciento por ciento.

—¡Ahí tienen! Eso prueba que soy ciento por ciento buena —señaló Sophie, aliviada.

—O ciento por ciento maligna —replicó Hester—. Depende de que te creamos a ti o de que demos crédito a los estínfalos, las túnicas, la oca y a esa ola monstruosa.

Sophie la miró con ojos desorbitados y prorrumpió en carcajadas.

—¿Ciento por ciento maligna? ¿Yo? ¡Eso sí que es absurdo! ¡Una locura! Es…

—Admirable —musitó Anadil—. Incluso Hester les perdonó la vida a una o dos ratas.

—Y pensar que creíamos que eras incompetente —dijo Hester con tono despectivo, mirando a Sophie—. Y que solo eras un lobo con piel de cordero.

Sophie intentó dejar de reír, pero no pudo.

—Apuesto a que tiene algún talento especial que empequeñece los nuestros

—intervino Dot, masticando algo que parecía un piecito de chocolate.

—No entiendo —declaró Sophie, riendo—. ¿De dónde viene tanto chocolate?

—¿Cuál es? —dijo entre dientes Anadil—. ¿Cuál es tu talento? ¿Visión nocturna? ¿Invisibilidad? ¿Telepatía? ¿Colmillos llenos de veneno?

—No me importa cuál es —gruñó Hester—. No puede superar mi talento, no importa lo villana que sea.

Sophie rio tanto que se le cayeron las lágrimas.

—Escúchame bien —explotó Hester, apretando las manos alrededor de su plato—. ¡Esta es mi escuela!

—¡Pues quédate con tu horrible escuela! —respondió Sophie, muerta de risa.

—¡Soy Capitana de Clase! —gritó Hester.

—¡No tengo ninguna duda!

—¡Y ninguna Lectora va a interponerse en mi camino!

—¿Todas las villanas son tan graciosas?

Hester soltó un chillido de furia y arrojó su plato a Sophie, que lo esquivó justo a tiempo para ver cómo se clavaba en el póster de *Buscado* que colgaba en la pared y cortaba la cabeza de Robin. Sophie dejó de reírse. Miró por encima de la cama chamuscada a Hester, cuya silueta formaba una sombra en la puerta abierta, negra como la muerte. Por un segundo a Sophie le pareció que su tatuaje se había movido.

—Ten cuidado, *bruja* —advirtió Hester, y dio un portazo.

Sophie miró sus dedos, que le temblaban.

—¡Y pensar que creíamos que iba a errar! —exclamó Dot, a sus espaldas.



Agatha supo que tenía que ser algo grave si un lobo venía a buscarla.

Después del incendio la encerraron en su habitación durante dos días; solo le permitieron usar el baño y recibir alimentos, vegetales crudos y jugo de ciruelas que le llevaban las hadas, mirándola con antipatía. Por fin, después del almuerzo del tercer día, el lobo blanco vino a llevársela. El guardia hundió sus zarpas en las chamuscadas mangas rosas y pasaron por los murales de la sala de escaleras, junto a Siempres que la miraban enfadados y profesores que ni

siquiera podían mirarla a los ojos.

Agatha reprimió las lágrimas. Ya tenía dos aplazos. Incitar a una estampida de animales e incendiar la escuela le había ganado un tercero. Lo único que tenía que hacer era fingir ser buena durante algunos días, pero ni siquiera eso le salía bien. ¿Cómo había creído que podría durar aquí? Hermosa. Pura. Virtuosa. Si todo eso era lo bueno, entonces ella era ciento por ciento maligna. Ahora iba a sufrir el castigo. Y Agatha conocía suficientes castigos de los cuentos de hadas —desmembrar, destripar, hervir en aceite, despellejar— para saber que su final traería sangre y dolor.

El lobo la arrastró por la torre Caridad y pasaron junto a un pájaro carpintero con gafas que picoteaba las nuevas calificaciones sobre la puerta del Salón de Belleza.

—¿Vamos a ver al Director? —preguntó Agatha con voz áspera.

El lobo bufó. La arrastró a la habitación situada al final del pasillo y golpeó una vez.

—Entre —respondió una voz suave desde el interior.

Agatha miró a los ojos al lobo.

—No quiero morir. —Por primera vez la expresión del lobo se suavizó.

—Yo tampoco quería.

Abrió la puerta y la empujó adentro.



Aparentemente el incendio había sido controlado, ya que las clases se reanudaron después del almuerzo del tercer día. Sophie acudió a Talentos Especiales en un aula húmeda y cubierta de moho. Apenas podía concentrarse con el estómago vacío, porque Hester le lanzaba miradas asesinas y Dot murmuraba a los alumnos que su compañera de cuarto era ciento por ciento maligna. Todo le había salido mal. Había empezado la semana intentando probar que ella era una princesa. Ahora todo el mundo estaba convencido de que era la Capitana del Mal.

La profesora de Talentos Especiales era Sheeba Sheeks, una mujer voluminosa con forúnculos en sus mejillas color ébano.

—¡Todos los villanos tienen un talento! —gritó con voz gruesa y cantarina, mientras se paseaba por el aula con un vestido de terciopelo rojo y hombreras puntiagudas—. ¡Pero debemos convertir el arbusto en un árbol!

Para el desafío de ese día, cada Nunca debía mostrar un talento único frente a la clase. Cuanto más potente el talento, más alta sería la calificación para el alumno. Sin embargo, ninguno de los primeros cinco alumnos logró producir nada, y Vex se quejó de que ni siquiera sabía cuál era el suyo.

—¿Es eso lo que le dirán al Director en el Circo de Talentos? —bramó la profesora Sheeks—. ¿«¡No sé cuál es mi talento!», «¡No tengo un talento!», «¡No me gusta mi talento!» o «¡Quiero intercambiar mi talento con la reina de Saba!»?

—Me tiene hasta la coronilla —murmuró Dot.

—¡Todos los años el Mal pierde en el Circo de Talentos! —vociferó Sheeba —. El Bien canta una canción, agita una espada o se limpia el trasero, ¿y ustedes no tienen nada mejor? ¡No tienen orgullo! ¡No tienen vergüenza! ¡Ya es suficiente! ¡No me importa si convierten a un hombre en piedra o en basura! ¡Presten atención a Sheeba y serán los número uno!

Veinte pares de ojos se clavaron en la profesora.

—¿Qué simio es el que sigue? —vociferó.

Y las lamentables exhibiciones continuaron. Mona, la de piel verde, hizo que sus labios brillaran de rojo. («Porque cualquier príncipe le tiene miedo a un árbol de Navidad», gimió Sheeba). Anadil hizo crecer sus ratas un centímetro, Hort hizo brotar un pelo en su pecho, Arachne hizo saltar su único ojo, Ravan eructó humo, y justo cuando la profesora parecía completamente harta, Dot tocó su escritorio y lo convirtió en chocolate.

—Misterio resuelto —confirmó Sophie, maravillada.

—Jamás en la vida he visto un desfile de cosas tan inútiles —se lamentó Sheeba, indignada.

Pero Hester era la siguiente. Con la mirada clavada en Sophie, agarró el escritorio con ambas manos y apretó con fuerza, mucha fuerza, hasta que todas sus venas pudieron verse a través de la piel enrojecida.

—Se convierte en sandía —dijo Sophie con un bostezo—. Gran cosa.

Luego algo se movió en el cuello de Hester, y la clase se paralizó. Su tatuaje se

agitó nuevamente, como un cuadro que adquiere vida. El demonio de cráneo rojo desplegó un ala, luego la otra, sacudió la cabeza con cuernos hacia Sophie y entreabrió los ojos inyectados en sangre. El corazón de Sophie dejó de latir.

—¡Te dije que tuvieras cuidado! —Hester esbozó una sonrisa burlona.

El demonio se despegó de su piel y adquirió vida propia; avanzó hacia Sophie, lanzando llamas rojas hacia su cabeza.

Pasmada, Sophie se dejó caer hacia atrás para evitarlas, derribando una biblioteca. La bestia, del tamaño de un zapato, lanzó un rayo que encendió su ropa, y Sophie rodó por el suelo para apagar las llamas.

—¡SOCORROOO!

—¡Usa tu talento, niña rubia e incompetente! —vociferó Sheeba, meneando la cadera.

—Debería ponerse a cantar —bromeó Dot—. Así nos mataría a todos.

Hester hizo girar a su demonio para un segundo ataque y este se enredó en el puntiagudo candelabro con telarañas. Sophie se arrastró debajo de la última fila, vio un libro caído, *Enciclopedia de villanos*, y se puso a buscar entre las páginas. Banshee, Beanighe, Berserker…

—¡Sophie, date prisa! —gritó Hort.

Sophie se dio vuelta y vio que la bestia alada rompía la telaraña mientras los ojos de Hester destellaban del otro lado de la habitación. Sophie continuó, desesperada. Cripta, Cíclope… ¡Demonio!

Eran diez páginas con letra pequeña. *Los demonios son seres sobrenaturales que adoptan una infinita variedad de formas; todos poseen diferentes fortalezas y debilidades…*

Sophie giró; el demonio estaba a menos de dos metros de distancia.

—¡Tu talento! —rugió Sheeba.

Sophie arrojó el libro al demonio y falló. Con una sonrisa letal, sostuvo un rayo en alto como si fuera un puñal. Sheeba se precipitó para intervenir y Anadil le hizo una zancadilla. Dando chillidos, el demonio apuntó a la cara de Sophie. Pero cuando el demonio estaba a punto de lanzar el rayo, Sophie recordó de repente el único talento con que contaban las chicas buenas…

Amigos.

Giró hacia la ventana y emitió un magnífico silbido para que algún animal

bueno y noble salvara su vida…

Ante la señal, un enjambre de avispas negras entró por la ventana y se abalanzó sobre el demonio.

Hester saltó hacia atrás, como si la hubiesen apuñalado.

Sophie miró, horrorizada. Volvió a silbar, pero esta vez irrumpieron murciélagos, que hundieron los colmillos en el demonio mientras las avispas lo seguían picando. El demonio se desplomó al piso como una polilla chamuscada. En su asiento, la piel de Hester se tornó blanca y húmeda, sin sangre.

Asustada, Sophie silbó más fuerte, más alto, llamando así a un enjambre de abejas, avispones y langostas, que asaltaron a la criatura mientras Hester se retorcía violentamente.

En un rincón, Sophie se quedó paralizada mientras los villanos, gritando, espantaban al enjambre para alejarlo del demonio con libros y sillas, pero este, sin piedad, siguió atacando salvajemente hasta que Hester dio su último estertor.

Sophie se arrojó sobre el demonio, metió las manos en el enjambre…

—¡ALTO!

El enjambre se quedó quieto. Como niños regañados, gimotearon obedientes y huyeron por la ventana en una nube negra. Con un resuello sibilante, el demonio herido se arrastró hasta Hester y se desmoronó en su cuello. Hester se atragantó y tosió, vuelta a la vida. Miró boquiabierta a Sophie, muerta de temor.

Sophie se acercó a ella para ayudarla.

—No fue mi intención… yo quería que viniera un pájaro o un… —Hester rechazó su contacto.

—¡Todas las princesas llaman a los animales! —exclamó Sophie en medio del silencio—. ¡Yo soy buena! ¡Ciento por ciento buena!

—¡Gracias, *Belcebú*!

Sophie se dio vuelta.

—¡Parece una princesa! ¡Se comporta como princesa! ¡Pero es una bruja! —exclamó Sheeba mientras se levantaba con esfuerzo—. ¡Ya verán, mis inútiles! ¡Ella ganará la Corona del Circo!

Por segunda vez en dos desafíos, Sophie vio la calificación más alta sobre su cabeza, en medio de un humo rojo.

Presa del pánico, corrió hacia sus compañeras para rogarles, pero estas ya no la miraban con desprecio o para ridiculizarla. La miraban con otra actitud: respeto.

Con cada minuto que pasaba, el puesto número uno entre los villanos era cada vez más seguro.



De cerca, la profesora Clarissa Dovey se parecía todavía más a una dulce abuelita, con su rodete canoso y el rostro sonrosado. Agatha no pudo haber deseado un mejor verdugo.

—Preferiría que el Director se ocupara de estos temas —apuntó la profesora Dovey, mientras revolvía entre unos pergaminos debajo de un pisapapeles de cristal en forma de calabaza—. Pero ya sabemos que él es celoso de su privacidad.

Finalmente miró a Agatha. La ancianita ya no le pareció tan dulce.

—Tengo una escuela llena de alumnos aterrorizados, debo compensar dos días de clase, hay quinientos animales cuyos recuerdos deben eliminarse, un ala del edificio ha sido devorada, una valiosa colección se ha visto reducida a cenizas y una gárgola sin cabeza está enterrada debajo de todo esto. ¿Sabes por qué?

Agatha no logró articular palabra.

—Porque desobedeciste una simple orden de Pollux —respondió la profesora Dovey—. Y casi tuvimos que lamentar muertes. —Miró a Agatha de una manera que la hizo avergonzar, y luego volvió a sus pergaminos.

Agatha miró la orilla del lago por la ventana, donde los Siempres terminaban de almorzar pollo asado, servido con mostaza, espinaca y crepes de *gruyère*, acompañados con copas de jugo de manzana. Pudo ver a Tedros que representaba la escena del jardín ornamental ante un público embelesado, luciendo su ojo negro como una insignia de honor.

—Al menos, ¿puedo despedirme de mi amiga? —pidió Agatha, con los ojos inundados de lágrimas. Se volvió a la profesora Dovey—. ¿Antes de que… me mate?

—No será necesario.

—¡Pero debo verla!

La profesora Dovey levantó la mirada.

—Agatha, recibiste la calificación más alta por tu desempeño en Comunicación con Animales, y con toda justicia. Se necesita un talento único para que un deseo cobre vida. Y aunque hay diferentes versiones sobre lo que sucedió exactamente en el techo, mi opinión es que cualquier alumno de esta escuela que arriesga su vida para ayudar a una gárgola… —Sus ojos se humedecieron un instante, al igual que el cisne plateado de su vestido—. Bueno, semejante acción sugiere una bondad más allá de todo.

Agatha le clavó la mirada, sin poder hablar.

—Pero si vuelves a desobedecer una orden directa de cualquier profesor, Agatha, te garantizo que aplazarás. ¿Entendido?

Agatha asintió, aliviada.

Oyó risas fuera; se dio vuelta y vio que los compañeros de Tedros pateaban un muñeco hecho con almohadas como piernas, ojos de botones negros y pelo de espinas negras. De repente una flecha le atravesó la cabeza, y se desparramaron plumas por doquier. Una segunda flecha le dio en el corazón.

Los chicos dejaron de reír y le dieron la espalda. Del otro lado del césped, Tedros tiró su arco y se alejó.

—En cuanto a tu amiga, le está yendo muy bien donde está —le informó la profesora Dovey, revisando más pergaminos—. Pero puedes preguntárselo tú misma. Estará en tu próxima clase.

Pero Agatha no la escuchaba. Tenía la mirada clavada en la muñeca de ojos muertos, que sangraba plumas al viento.

La muñeca se parecía a ella.

10

Grupo Malo

—¿Quién más está en nuestro grupo? —Agatha le preguntó a Sophie para aliviar la tensión.

Sophie no respondió. De hecho, actuó como si Agatha no existiera.

La última clase del día, Cómo sobrevivir a los Cuentos de Hadas, era la única donde los alumnos del Bien y del Mal estaban juntos. Una vez que la profesora Dovey hubo ordenado a los chicos del Bien ir a entregar sus armas personales a

la armería —fue la única manera de apaciguar a lady Lesso, furiosa porque Tedros había matado a una gárgola con su espada— las dos escuelas se reunieron en la puerta del Bosque Azul, donde las hadas los separaron en grupos, cada uno formado por ocho Siempres y ocho Nuncas. Mientras otros chicos buscaban a sus líderes (un ogro para el grupo 2, un centauro para el grupo 8, una ninfa de agua para el 12), Agatha y Sophie fueron las primeras en llegar a la bandera con un «3» color rojo sangre.

Agatha tenía mucho que contarle a Sophie sobre sonrisas, peces e incendios, y sobre todo acerca del vil hijo de Arturo, pero Sophie ni siquiera la miraba.

—¿No podemos irnos a casa? —rogó Agatha.

—¿Por qué no te vas tú antes de que aplaces o termines como una rata topo? —dijo Sophie, echando chispas—. Estás en mi escuela.

—¿Entonces por qué no nos dejan cambiarnos?

Sophie miró a Agatha.

—Porque tú… porque nosotras…

—Tenemos que volver a casa —apuntó Agatha, fulminándola con la mirada.

—Tarde o temprano verán qué es lo correcto. — Sophie esbozó su sonrisa más amable.

—Yo diría que más temprano —resonó una voz.

Se dieron vuelta y vieron a Tedros, con la camisa chamuscada y el ojo hinchado, rosa y azul.

—Si buscas algo para matar, ¿por qué no te matas tú? —gruñó Agatha.

—Con un *gracias* es suficiente —replicó Tedros—. Arriesgué mi vida para matar a esa gárgola.

—¡Mataste a un niño inocente! —vociferó Agatha.

—¡Te salvé de una muerte segura contra todo instinto y razón! —protestó Tedros.

—¿Ustedes dos se conocen? —Sophie se quedó boquiabierta.

Agatha se volvió hacia ella.

—¿Y tú crees que él es tu príncipe? ¡Es solo un charlatán engreído que no encuentra otra cosa mejor que andar por ahí medio desnudo, metiendo la espada donde no debe!

—Está enfadada porque me debe la vida —indicó Tedros con un bostezo

mientras se rascaba el pecho. Luego sonrió a Sophie. —¿Así que crees que soy tu príncipe?

Sophie se ruborizó delicadamente, tal como había practicado antes de la clase.

—En la ceremonia de bienvenida supe que habían cometido un error —señaló el príncipe mientras la contemplaba con sus alegres ojos azules—. Una chica como tú no debería estar cerca del Mal. —Se dio vuelta y miró a Agatha con severidad—. Y una bruja como tú no debería estar cerca de alguien como ella.

Agatha avanzó un paso hacia él.

—En primer lugar, resulta que esta bruja es su amiga. Y, en segundo lugar, ¿por qué no vas a jugar con tus amigos antes de que te empareje los ojos?

Tedros dio una carcajada tan fuerte que tuvo que sostenerse de la verja.

—¡Una princesa, amiga de una bruja! Ese sí que es un cuento de hadas.

Agatha miró a Sophie frunciendo el entrecejo, esperando que interviniera.

Sophie tragó saliva y se volvió a Tedros.

—Bueno, es gracioso que digas eso, porque no hay duda de que una princesa no puede ser amiga de una bruja, por supuesto, pero ¿no depende de qué tipo de bruja? Es decir, ¿cuál es la definición exacta de bruja…?

Ahora era Tedros el que fruncía el entrecejo.

—Entonces, ehh… lo que intento decir es… —Sophie miró a Tedros y a Agatha, a Agatha y a Tedros… Pasó frente a su amiga y tomó la mano del chico.

»Me llamo Sophie, y me gusta tu ojo morado.

Agatha cruzó los brazos.

—Vaya, vaya —dijo Tedros, mirando los seductores ojos verdes de Sophie—. ¿Cómo sobrevives en ese lugar?

—Porque sabía que tú me rescatarías —musitó Sophie. Agatha tosió para recordarles que ella todavía seguía allí.

—¡Díganme que es broma! —dijo una voz de chica detrás de ellos.

Se dieron vuelta y vieron a Beatrix, parada debajo del «3» color sangre, junto a Dot, Hort, Ravan, Millicent y el resto del grupo del bosque. Si alguien hubiese trazado todas las miradas asesinas que se lanzaron en ese momento, el resultado se habría parecido bastante a un plato de espaguetis.

—Mmm —dijo una voz debajo de ellos.

Al mirar hacia el suelo vieron un gnomo de un metro veinte de estatura que los miraba desde un agujero con cara de pocos amigos. Tenía la piel arrugada y marrón, vestía un abrigo verde con cinturón y llevaba un sombrero puntiagudo color naranja.

—Mal grupo —murmuró.

Rezongando en voz alta, Yuba, el gnomo, salió de su madriguera, abrió la verja con un pequeño bastón blanco y condujo a sus alumnos al Bosque Azul.



Por un momento, todo el mundo olvidó los rencores y observó maravillado el paraíso azul que los rodeaba. Cada árbol, cada flor, cada brizna de césped brillaba con un tono diferente. Los finos rayos del sol se colaban entre las cerúleas copas de los árboles, pintando los troncos de color turquesa y las flores de azul marino. Los ciervos pastaban en lilas azules, cuervos y colibríes farfullaban entre ortigas color zafiro, ardillas y conejos corrían entre brezos azul cobalto para reunirse con las cigüeñas que abrevaban en un estanque ultramarino. Ninguno de los animales pareció asustarse o molestarse en lo más mínimo ante la presencia de los alumnos. Sophie y Agatha siempre habían asociado el bosque con peligro y oscuridad, pero este las atraía por su belleza y vida. Eso fue hasta que vieron una bandada de estínfalos óseos que dormían en un nido azul.

—¿Pueden estar cerca de los alumnos? —Quiso saber Sophie.

—Duermen de día. Son perfectamente inofensivos —murmuró Dot en respuesta—. A menos que un villano los despierte.

Mientras los alumnos lo seguían, Yuba narró la historia del Bosque Azul con voz entrecortada y soporífera. Hace mucho tiempo, no había clases compartidas entre los alumnos de la Escuela del Bien y los de la Escuela del Mal. Por el contrario, los alumnos se graduaban directamente de su escuela e iban al Bosque Infinito. Pero antes de poder entablar batalla, el Bien y el Mal inevitablemente caían presos de jabalíes hambrientos, diablillos ladrones, arañas exóticas y, a veces, tulipanes antropófagos.

—Habíamos olvidado algo evidente —observó Yuba—. No es posible sobrevivir en un cuento de hadas si no se puede sobrevivir en el bosque.

Así, la escuela creó el Bosque Azul como terreno de entrenamiento. El follaje azul característico nació de hechizos protectores que impedían el paso de intrusos, y al mismo tiempo recordaba a los alumnos que era solo una imitación de otros bosques traicioneros.

Los alumnos percibieron en carne propia lo traicionero que podía ser el bosque real cuando Yuba los llevó del otro lado del pórtico norte. Aunque el sol aún brillaba en la tarde de otoño, el bosque oscuro y denso lo repelía como un escudo. Era un bosque de noche eterna; las sombras oscurecían cada centímetro de follaje verde.

Mientras sus ojos se acostumbraban a la profunda oscuridad, los alumnos pudieron ver un pequeñísimo sendero que se abría entre los árboles, como la línea de la vida en la palma de un anciano. A ambos costados del sendero, las enredaderas estrangulaban a los árboles hasta transformarlos en una masa compacta, y apenas crecía sotobosque entre la vegetación. Lo que prevalecía del suelo había quedado enterrado bajo espinas destrozadas, ramitas filosas y una manopla de telarañas. Pero nada de esto asustó a los alumnos tanto como los sonidos provenientes de la oscuridad más allá del sendero. Gemidos y bufidos hacían eco en las entrañas del bosque, mientras ruidos ásperos y gruñidos agregaban una armonía macabra.

Entonces los alumnos comenzaron a ver qué causaba esos ruidos. Desde las profundidades de ónice, ojos en pares los observaban: diabólicos ojos rojos y amarillos, parpadeantes, desaparecían y volvían a aparecer más cerca que antes. Los ruidos terribles se tornaron más fuertes, los ojos demoníacos se multiplicaron, el bosque crujió con vida, y justo cuando los alumnos vieron unas siluetas acechantes que avanzaban desde la niebla…

—Por aquí —les indicó Yuba.

Los alumnos salieron corriendo por la verja y siguieron al gnomo hacia el Claro Azul sin mirar atrás.

Cómo sobrevivir a los Cuentos de Hadas era como las demás clases, les explicó Yuba, parado en un tocón turquesa, y para cada desafío los alumnos se clasificaban de 1 a 16. Solo que ahora había algo más en juego: dos veces por

año, cada uno de los quince grupos enviarían a su mejor Siempre y a su mejor Nunca para competir en la Gran Prueba de la escuela. Yuba no dio más explicaciones sobre esta misteriosa competencia, excepto que los ganadores recibían cinco calificaciones de primer lugar. Los estudiantes de su grupo se miraron entre sí; todos pensaban lo mismo: el que ganara la Gran Prueba sin duda sería Capitán de Clase.

—Ahora bien, existen cinco reglas que separan al Bien del Mal —prosiguió el gnomo, y las escribió en el aire con su bastón humeante.

1. El Mal ataca. El Bien defiende.
2. El Mal castiga. El Bien perdona.
3. El Mal lastima. El Bien ayuda.
4. El Mal quita. El Bien ofrece.
5. El Mal odia. El Bien ama.

—En la medida en que obedezcan las reglas que les corresponden, tendrán la mejor posibilidad de sobrevivir a su cuento de hadas —Yuba explicó al grupo reunido sobre el césped azul marino—. Debería serles fácil cumplir con estas reglas, claro está. ¡Han sido elegidos para sus escuelas precisamente porque las representan en su nivel más alto!

Sophie quiso gritar. ¿Ayuda? ¿Ofrece? ¿Ama? ¡Esa era su vida, su alma!

—Pero primero deben aprender a reconocer el Bien y el Mal —manifestó Yuba—. En el bosque, las apariencias, a veces, engañan. Blancanieves estuvo a punto de morir porque pensó que una anciana era amable. Caperucita Roja se encontró en el estómago de un lobo porque no reconoció la diferencia entre familia y demonio. Hasta a Bella le costó distinguir entre una horrible bestia y un noble príncipe. Tuvieron un sufrimiento innecesario. No importa cuánto se disfracen el Bien y el Mal, siempre pueden diferenciarse. Deben prestar mucha atención, y deben recordar las reglas.

Para el desafío de la clase, anunció el profesor, cada alumno debía distinguir entre un Siempre y un Nunca disfrazados, por medio de la observación de su comportamiento. Aquel que identificara correctamente al alumno del Bien y al

alumno del Mal más rápido, recibiría el primer lugar.

—Yo nunca cumplí ninguna de esas reglas del Mal —se lamentó Sophie, parada junto a Tedros—. ¡Si solo conocieran todas mis buenas acciones!

Beatrix se dio vuelta.

—Los Nuncas no deberían hablar con los Siempres.

—Y los Siempres no deberían llamar Nuncas a los Siempres —replicó Sophie. Beatrix pareció confundida, mientras Tedros reprimió una sonrisa.

—Tienes que probar que tú y la bruja están cambiadas —murmuró a Sophie una vez que Beatrix se dio vuelta—. Gana el desafío e iré yo mismo a hablar con la profesora Dovey. Si la gárgola no fue suficiente para convencerla, esto lo hará.

—¿Harías eso… por mí? —musitó Sophie, abriendo los ojos.

Tedros tocó su túnica negra.

—No puedo coquetear contigo si estás vestida con esto, ¿verdad?

De haber podido, Sophie habría incendiado su túnica en ese mismo instante.

Hort se ofreció para empezar. Apenas ató la andrajosa venda sobre sus ojos, Yuba señaló con su bastón a Millicent y a Ravan, quienes, por arte de magia, se marchitaron en sus atuendos rosa y negro y se hicieron cada vez más pequeñas, hasta que salieron deslizándose de los vestidos en forma de cobras idénticas.

Hort se quitó la venda.

—¿Y bien? —inquirió Yuba.

—Para mí son iguales —respondió Hort.

—¡Ponlas a prueba! —lo regañó Yuba—. ¡Usa las reglas!

—Ni siquiera las recuerdo—repuso Hort.

—¡Siguiente! —refunfuñó el gnomo.

Para Dot, transformó a Beatrix y a Hort en unicornios. Pero uno de los unicornios comenzó a imitar al otro y viceversa, hasta que ambos brincaron de un lado a otro como mimos haciendo mímica. Dot se rascó la cabeza.

—¡Regla uno! ¡El Mal ataca! ¡El Bien defiende! —vociferó Yuba—. ¿Quién comenzó, Dot?

—¡Ay! ¿Podemos empezar otra vez?

—No solo malo —farfulló Yuba—. ¡Pésimo!

Entrecerró los ojos para leer su pergamino con nombres.

—¿Quién quiere disfrazarse para Tedros?

Todas las chicas Siempres alzaron la mano.

—Tú todavía no fuiste —indicó Yuba, señalando a Sophie—. Y tú tampoco —dijo a Agatha.

—Hasta mi abuela lo descubriría —murmuró Tedros, ajustándose la venda.

Agatha pasó al frente de la clase y se paró junto a Sophie, que estaba ruborizada como una novia.

—Aggie, a él no le importa a qué escuela voy ni el color de mi túnica —ponderó Sophie—. Él me ve por lo que soy.

—¡Ni siquiera lo conoces!

Sophie enrojeció.

—¿No estás… feliz por mí?

—¡Él no sabe nada de ti! —replicó Agatha—. ¡Lo único que ve es tu aspecto!

—Por primera vez en mi vida siento que alguien me comprende —dijo Sophie, suspirando.

Agatha sintió una punzada de pena.

—Pero… quiero decir, tú dijiste…

—Has sido una muy buena amiga, Aggie. Pero estaremos en escuelas diferentes, ¿no es así? —Sophie la miró a los ojos.

Agatha se dio vuelta.

—¡Preparado, Tedros! ¡Ya! —Yuba sacudió su bastón y ambas muchachas saltaron de sus atuendos y se convirtieron en duendes pringosos y apestosos.

Tedros se quitó la venda y saltó hacia atrás, apretándose la nariz con la mano. Sophie entrelazó las zarpas verdes y le hizo ojitos de pestañas agusanadas. Con las palabras de Sophie resonándole en la cabeza, Agatha se desplomó hoscamente y se dio por vencida.

—Parece demasiado evidente —dijo Tedros, mirando al duende seductor.

Sophie dejó de hacerle ojitos, confundida.

—Y esa bruja es más astuta de lo que uno se imagina —afirmó Tedros, mientras miraba a uno y otro duende.

Agatha puso los ojos en blanco. Este chico tenía cerebro de mosquito.

—¡Siente con el corazón, no con la mente! —le gritó Yuba al príncipe.

Con una mueca, Tedros cerró los ojos. Por un momento el príncipe vaciló. Entonces, sin ninguna duda, poderosamente, se sintió atraído hacia uno de los

duendes.

Sophie dio un grito ahogado: no era ella.

Tedros extendió la mano y tocó la mejilla de Agatha, húmeda y verrugosa.

—Esta es Sophie. —Abrió los ojos—. Esta es la princesa.

Agatha miró boquiabierta a Sophie, estupefacta.

—Un momento. Tengo razón —dijo Tedros—. ¿No? —Por un instante todo permaneció en silencio.

Luego Sophie saltó sobre Agatha.

—¡ARRUINAS TODO!

Para todos los demás, sonó como *¡BABBIBBA FODDO!*, pero Agatha lo comprendió perfectamente.

—¡No ves qué estúpido es! ¡Ni siquiera sabe diferenciarnos! —gritó Agatha.

—¡Tú lo engañaste! —vociferó Sophie—. Lo mismo que hiciste con el pájaro, y la ola, y…

Tedros le dio un puñetazo en el ojo.

—¡Deja tranquila a Sophie! —gritó.

Sophie lo miró boquiabierta. Su príncipe acababa de golpearla. Su príncipe acababa de confundirla con Agatha. ¿Cómo podía demostrar quién era?

—¡Usa las reglas! —vociferó Yuba desde arriba de un tronco.

De repente entendió. Sophie se estiró, de manera que su cuerpo manchado y encorvado fue más alto que el de Tedros, y acarició el pecho de este con su mano verde y grasienta.

—Mi querido Tedros, te perdono por no conocerme mejor, y no voy a defenderme, aunque me hayas atacado. Solo quiero ayudarte, mi príncipe, y tener una historia que nos lleve de la mano al amor, la felicidad y a Para Siempre.

Pero Tedros solo oyó un torrente de gruñidos de duende, así que le dio un pisotón y corrió hacia el duende de Agatha con los brazos extendidos.

—No puedo creer que hayas sido amiga de…

Agatha le dio un rodillazo en la entrepierna.

—Ahora estoy confundido —dijo Tedros, sin aliento, y cayó.

Gimiendo de dolor, se estiró para ver cómo Sophie empujaba a Agatha a un arbusto de arándanos, Agatha golpeaba a Sophie con una ardilla chillona, y los

dos duendes verdes iban de un lado a otro, golpeándose como niños excitados.

—¡Jamás volveré a casa contigo! —gritó Sophie.

—¡Uuh! ¡Uuh! ¡Cásate conmigo, Tedros! —siseó Agatha.

—¡Por lo menos yo estaré casada!

La pelea alcanzó un clímax absurdo: Sophie aporreó a Agatha con una calabaza azul, Agatha se sentó sobre la cabeza de Sophie, y la clase, llena de alegría, apostaba quién era quién…

—¡Vete a pudrir sola a Gavaldon! —gritó Sophie.

—¡Mejor sola que con una falsa como tú! —vociferó Agatha.

—¡Vete de mi vida!

—¡Fuiste tú la que entró en la mía!

Renqueando, Tedros se interpuso entre ellas…

—¡Suficiente!

El momento no fue oportuno. Los dos duendes se volvieron al príncipe con rugidos babosos y ensordecedores, y lo patearon con tanta fuerza que salió empujando a los grupos 2, 6 y 10 y aterrizó en una pila de estiércol de jabalí.

La piel verde de las chicas se arrugó, las escamas se convirtieron en piel y los cuerpos se fundieron en sus atuendos humanos… Lentamente, Sophie y Agatha se dieron vuelta y vieron que todo el grupo las miraba con ojos desorbitados.

—Buen final —anunció Hort.

—Guárdate tu veredicto —dijo Yuba—. Porque cuando el Bien actúa como Mal y el Mal parece incompetente, y se rompen reglas a diestra y siniestra hasta que ya no sé diferenciar qué es qué… bueno, existe un solo final.

Dos pares de zapatos de hierro crecieron mágicamente en los pies de las chicas.

—*¡Puf!* ¡Son horribles! —comentó Sophie con el entrecejo fruncido.

Luego los zapatos se calentaron hasta echar llamas.

—¡Fuego! ¡Fuego en los pies! —aulló Agatha, saltando de un lado a otro.

—¡Hagan que se detenga! —gritó Sophie, bailando de dolor.

A lo lejos se oyó el aullido de los lobos, que marcaba el final de la clase.

—Pueden retirarse —anunció Yuba, y se marchó meneándose como un pato.

—¡Y nosotras! —chilló Agatha, tirando de sus suelas ardientes.

—Lamentablemente, los castigos de los cuentos de hadas tienen decisión

propia —respondió el gnomo—. Terminarán cuando hayan aprendido la lección.

La clase siguió al gnomo rumbo a la verja de la escuela, dejando a Sophie y Agatha bailando en los zapatos malditos. Tedros pasó cojeando junto a las alumnas castigadas, cubierto de lodo y estiércol. Él también las miró disgustado.

—Ahora veo por qué son amigas.

Mientras el príncipe se internaba en un matorral azul, las chicas vieron que Beatrix corría hacia él.

—Yo sabía que las dos eran malas —señaló mientras ambos desaparecían detrás de unos robles.

—¡Todo es tu culpa! —Sophie gritó a Agatha, sin aliento, bailando en agonía.

—¡Por favor… que se detenga! —balbuceó Agatha.

Pero los zapatos no mostraron piedad. Minuto a minuto, cada vez se ponían más calientes, tanto que las chicas ni siquiera pudieron gritar. Tampoco los animales podían contemplar semejante sufrimiento, y se alejaron.

La tarde se transformó en crepúsculo y luego en noche, y ellas siguieron bailando como locas, girando y sudando de dolor y desesperación. Las quemaduras les llegaron hasta los huesos, el fuego se convirtió en su sangre, y pronto desearon que ese sufrimiento terminara, a cualquier costo. La muerte sabía cuándo la llamaban. Pero justo cuando las dos amigas se rendían a sus manos crueles, unos rayos de sol rasgaron la oscuridad, atravesaron sus pies… y los zapatos se enfriaron.

Las chicas se desplomaron, atormentadas.

—¿Lista para volver a casa? —jadeó Agatha. Sophie levantó la mirada, blanca como un fantasma.

—Pensé que nunca lo preguntarías.

11

El Acertijo del Director

Mientras todos en las escuelas dormían, dos cabezas se asomaron fuera, en la negrura. Sophie y Agatha levantaron la mirada a la fina torre plateada que dividía el lago del lodo. Estaba demasiado lejos para ir nadando, y demasiado alta para treparla. Una legión de hadas montaba guardia en la cima, mientras un ejército de lobos armados con ballestas recorría las plataformas de madera en su base.

—¿Estás segura de que está ahí arriba? —preguntó Sophie.

—Lo vi con mis propios ojos.

—¡Tiene que ayudarnos! ¡No puedo volver a ese sitio!

—Mira, se lo pediremos de rodillas hasta que nos envíe de regreso a casa.

—Claro, porque eso dará resultado —resopló Sophie—. Déjamelo a mí.

Hacía dos horas que las dos amigas pensaban en todas las maneras posibles de escapatoria. Agatha creía que debían huir al bosque y buscar el camino de regreso a Gavaldon. Pero Sophie señaló que, aunque lograran transponer la verja y pasar junto a víboras y otras trampas, terminarían perdidas («Por algo lo llaman Bosque Infinito»). En cambio, propuso buscar palos de escoba encantados o alfombras mágicas, o bien alguna cosa que proveniente de los armarios de la escuela que las ayudara a volar por encima del bosque.

—¿Y en qué dirección volaríamos? —inquirió Agatha.

Las dos amigas descartaron otras opciones: dejar un rastro de migas de pan (eso nunca resultaba); buscar algún cazador o enano bueno (Agatha no confiaba en los desconocidos); desear un hada madrina (Sophie no confiaba en las mujeres gordas)…, hasta que solo quedó una posibilidad.

Pero ahora, mientras miraban la fortaleza del Director perdieron toda esperanza.

—Nunca lograremos llegar —suspiró Sophie. Agatha oyó un graznido en la distancia.

—Un momento.

Poco tiempo después estaban de vuelta en el Bosque Azul, cubiertas de lodo, y miraban un nido con grandes huevos negros detrás de un arbusto de hierba doncella. Frente al nido dormían cinco estínfalos esqueléticos sobre el césped color índigo, manchado con la sangre y las extremidades de una cabra a medio devorar.

Sophie frunció el entrecejo.

—Estoy como al comienzo, cubierta de lodo nauseabundo y quién sabe cuántos gusanos carnívoros y… ¿qué haces?

—Apenas se dispongan a atacar, saltamos sobre ellos.

—¿Apenas hagan *qué*?

Pero Agatha ya estaba avanzando hacia los huevos en puntas de pie.

—¡Esos zapatos te quemaron el cerebro! —siseó Sophie.

Mientras Agatha se acercaba al nido pudo ver de cerca los dientes recortados

de los estínfalos durmientes, las garras nudosas y las colas con puntas que desgarraban la carne hasta el hueso. De repente dudó de su plan y retrocedió, pero tropezó con una rama y cayó sobre una pata de cabra con un gran estrépito. Los estínfalos abrieron los ojos. El corazón le dio un vuelco.

A menos que un villano los despierte.

El vestido rosa no los engañaría.

Agatha miró a los demonios soñolientos. ¡No podía darse por vencida! ¡No en ese momento, cuando Sophie estaba dispuesta a volver a casa! Arremetió contra el nido, robó un huevo y se preparó para el ataque.

—¡No puedo mirar, no puedo mirar! —lloriqueó Sophie, espiando entre sus dedos y esperando ver sangre y extremidades por doquier.

Pero los feroces pájaros acariciaron a Agatha con el hocico, como cachorritos buscando leche.

—¡Ay, me dan cosquillas! —chilló. Sophie cruzó los brazos. Retrocediendo, Agatha le entregó el huevo.

—Ahora es tu turno.

—Ay, por favor, si tú les gustas, conmigo intentarán aparearse. Los animales adoran a las princesas —indicó Sophie, mientras avanzaba, altanera, hacia los pájaros.

Los estínfalos soltaron un grito de guerra y atacaron.

—¡Socooorro! —Sophie arrojó el huevo a Agatha, pero los animales siguieron persiguiendo a Sophie, que corría en círculos como una loca. Los cinco estínfalos la persiguieron en una ronda demencial, hasta que todos olvidaron quién perseguía a quién y los pájaros se tropezaron vertiginosamente.

—¿Lo ves? Los burlé —dijo Sophie, llena de alegría.

En eso, un estínfalo la mordió en el trasero.

—¡Aaaaayyyyy! —Sophie corrió al árbol más cercano. Pero no sabía trepar a los árboles, así que empezó a arrojar grosellas aplastadas a los ojos del pájaro pero, como este no tenía ojos, las bayas atravesaron la cuenca huesuda y cayeron al piso.

Agatha observó la escena, impertérrita.

—¡Aggie, ya viene!

El estínfalo fue tras Sophie, pero se detuvo en seco y encontró a Agatha

montada sobre su espalda.

—¡Súbete, tonta! —le gritó a Sophie.

—¿Sin montura? —dijo Sophie, vacilando—. ¡Me quedarán marcas!

El estínfalo embistió contra ella; Agatha le pegó en la cabeza, agarró a Sophie de la cintura y la subió al lomo del ave.

—¡Sujétate fuerte! —vociferó Agatha mientras el pájaro se sacudía y levantaba vuelo, haciendo volteretas sobre la bahía para quitarse a las chicas de su espalda. Otros cuatro estínfalos salieron de entre los árboles azules para perseguirlas con intención asesina; Agatha pateó al pájaro en los fémures y Sophie se aferró a ella, sin soltarla por nada del mundo.

—¡Este es el peor plan del mundo! —Al oír graznidos y gritos, los guardias hadas y lobos miraron al cielo, pero solo vieron que las intrusas desaparecían en medio de la niebla.

—¡Allí está la torre! —gritó Agatha al ver el chapitel plateado a través de la neblina. Una flecha lanzada por un lobo silbó entre las costillas del estínfalo y estuvo a punto de cortar a Sophie por la mitad. Las hadas atravesaron la niebla, disparando redes doradas de su boca, y el estínfalo viró para esquivarlas, girando nuevamente para eludir una nueva ráfaga de flechas de los lobos. Esta vez ninguna de las amigas pudo sostenerse, y cayeron del pájaro.

—¡Noooo! —gritó Agatha.

Sophie se aferró al último hueso de la cola del estínfalo. Agatha se agarró al taco del zapato de cristal de Sophie.

—¡Vamos a morir! —berreó Sophie.

—¡Solo aguanta! —gritó Agatha.

—¡Me transpiran las manos!

—¡Vamos a morir!

El estínfalo voló hacia la pared de la torre. Pero justo cuando se preparaba para sacudir la cola y aplastarlas contra la pared, Agatha vio el brillo de una ventana a través de la niebla.

—¡Ahora! —gritó Agatha. Esta vez Sophie escuchó.

Redes doradas se dispararon desde todas las direcciones y el estínfalo soltó un chillido de impotencia. Mientras las hadas observaban cómo caía hacia su muerte, se miraron con curiosidad.

No había jinetes en su lomo.



Debido al aterrizaje forzoso a través de la ventana, Sophie se magulló el costado derecho del cuerpo y Agatha se hizo un tajo en la muñeca. Pero si sentían dolor, significaba que aún estaban vivas, significaba que todavía tenían esperanza de volver a casa. Con un coro de gemidos, se pusieron de pie con esfuerzo. Entonces, Sophie vio lo peor del daño sufrido.

—¡Mi zapato! —gritó, mientras levantaba el tacón de su zapato, destrozado —. ¡Eran exclusivos! —se lamentó. Agatha la ignoró y, renqueando, entró en la cámara gris y tenebrosa, apenas iluminada por el brillo del amanecer desde la ventana.

—¿Hola? —llamó Agatha. El eco murió sin respuesta.

Las chicas se adentraron aún más en la habitación en sombras. Las paredes de ladrillo gris estaban tapizadas de bibliotecas de piedra, repletas de arriba abajo de cubiertas coloridas. Sophie desempolvó un estante y leyó la elegante letra plateada en los lomos de madera: *Rapunzel, El hueso cantor, Pulgarcita, El Rey Rana, Capa de juncos, Los seis cisnes*… Todos los cuentos que los niños de Gavaldon solían leer. Miró a Agatha, que había hecho el mismo descubrimiento del otro lado de la habitación. Estaban paradas en una biblioteca con todos los cuentos de hadas habidos y por haber.

Agatha abrió *La bella y la bestia* y lo encontró escrito con la misma letra elegante del lomo, ilustrado con dibujos vívidos como los que había en los vestíbulos de las dos escuelas. Luego abrió *Las zapatillas rojas, Piel de asno y La reina de las nieves*, y descubrió que también estaban escritos con la misma letra majestuosa.

—¿Aggie?

Agatha siguió la mirada de Sophie hasta la parte más oscura de la habitación. A través de las sombras pudo vislumbrar una mesa de piedra blanca contra la pared. Había algo suspendido sobre la mesa: un puñal largo y delgado que colgaba mágicamente en el aire.

Pasó los dedos por la superficie fría y suave de la mesa y pensó en las lápidas

vacías que había detrás de su casa, esperando llenarse. Los ojos de Sophie se fijaron en el puñal que se mantenía en el aire, de manera inquietante, pero a cierta distancia de la tabla blanca.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que no era un puñal.

—Es una pluma —murmuró.

Estaba hecha de acero puro, con forma de aguja de tejer, letalmente filosa en ambos extremos. Uno de los costados de la pluma tenía grabada una inscripción con letra fluida de punta a punta.

De repente, la pluma captó un rayo de sol y emitió deslumbrantes reflejos dorados en todas direcciones. Agatha giró para protegerse del brillo. Cuando volvió a mirar, Sophie se estaba trepando a la mesa.

—¡Sophie, no!

Sophie caminaba hacia la pluma con los ojos muy abiertos y el cuerpo rígido. El mundo se disipó en una nube gris a su alrededor. Lo único que veía era la pluma aguda como un hueso, resplandeciente, y las extrañas palabras se reflejaban en sus ojos vidriosos. En algún lugar de su interior, ella sabía qué significaban esas palabras. Extendió la mano para tocar la punta.

—¡No! —gritó Agatha.

La piel de Sophie rozó el acero, frío como hielo, a punto de atravesarla.

Agatha la derribó y ambas chicas cayeron sobre la mesa. Sophie salió de su trance y miró a Agatha con recelo.

—Estoy sobre una mesa. Contigo.

—¡Estabas a punto de tocarla! —exclamó Agatha.

—¿Eh? ¿Por qué iba yo a tocar una…?

Sus ojos miraron la pluma, que no estaba quieta. Oscilaba a tres centímetros de sus caras, señalándolas con su punta filosa y mortal, como si estuviera decidiendo a quién matar primero.

—No te muevas —dijo Agatha entre dientes.

La pluma adquirió un color rojo candente.

—¡Muévete! —ordenó.

La pluma cayó y las amigas rodaron de la mesa, y vieron que la pluma, afilada como una navaja, se detenía a milímetros de la piedra. Hubo una ráfaga de humo negro y de repente apareció un libro sobre la mesa, encuadernado de madera color rojo cereza. La pluma abrió la tapa hasta la primera página en blanco y comenzó a escribir:

«Érase una vez dos niñas».

La misma letra elegante de todos los demás libros. Un cuento de hadas nuevo.

Sophie y Agatha miraron boquiabiertas desde el suelo, aterrorizadas.

—¡Qué cosa peculiar! —dijo una voz suave.

Las chicas volvieron a darse vuelta. No había nadie.

—Los alumnos de mi escuela se entrenan y se esfuerzan durante cuatro años, se aventuran en el bosque, buscan a sus archienemigos, libran batallas feroces… solo con la esperanza de que el Cuentista narre su historia.

Las amigas giraron en redondo. No había nadie en la habitación. Pero luego vieron que las sombras de ambas se fundían sobre la pared y se convertían en la sombra jorobada que las había secuestrado. Agatha y Sophie se dieron vuelta.

—Y aquí comienza la historia de dos torpes intrusas de primer año, sin habilidades, sin entrenamiento —expresó el Director.

Vestía una túnica plateada que se inflaba sobre su cuerpo jorobado y delgado y ocultaba sus manos y sus pies. En mitad de su cabeza había una corona oxidada sobre una cabellera gruesa y de un blanco fantasmal. Una máscara de plata brillante cubría hasta el último milímetro de su rostro, y solo dejaba ver unos ojos azules centelleantes y labios anchos y gruesos curvados en una sonrisa maliciosa.

—Habrá de sospechar un final feliz. —El Cuentista continuó escribiendo:

«Una era hermosa y querida, la otra era una bruja solitaria».

—Me gusta nuestro cuento —observó Sophie.

—Todavía no llegó a la parte donde tu príncipe te pega un puñetazo —indicó Agatha.

—Mejor volvamos a casa —se lamentó Sophie.

Levantaron la mirada y vieron que el Director las observaba.

—Claro que los Lectores son impredecibles. Algunos han sido nuestros mejores alumnos. Pero la mayoría fueron fracasos lamentables. —Miró las torres distantes, volviendo la espalda a las chicas. —Pero eso solo demuestra lo confundidos que pueden llegar a estar.

El corazón de Agatha latió con fuerza. ¡Esta era su oportunidad! Le dio un empujón a Sophie.

—¡Ve!

—¡No puedo! —murmuró Sophie.

—¡Dijiste que te lo dejara a ti!

—¡Es demasiado viejo!

Agatha le dio un codazo en las costillas y Sophie le devolvió el golpe.

—Muchos de los profesores aseguran que yo los secuestro, que los robo, que los llevo contra su voluntad —refirió el Director.

Agatha continuó pateando a Sophie.

—Pero lo cierto es que yo los libero.

Sophie tragó saliva y se quitó el zapato roto.

—Merecen tener vidas extraordinarias.

Sophie se acercó al Director y lo amenazó con el zapato de vidrio roto.

—Se merecen la oportunidad de saber quiénes son.

Se volvió hacia Sophie, que había apoyado el zapato sobre el corazón del Director.

—¡Exigimos que nos liberen! —gritó Agatha. Se produjo un silencio.

Sophie cayó de rodillas.

—¡Ay, por favor, señor, le rogamos piedad!

Agatha gruñó.

—Usted me llevó por buena —sollozó Sophie—, pero ellos me pusieron en la Escuela del Mal, y ahora mi vestido es negro, tengo el pelo sucio, mi príncipe me odia, mis compañeras de cuarto son asesinas y para los Nuncas no hay Salones de Belleza, así que ahora —dijo mientras soltaba un gemido de soprano— huelo terrible. —Y estalló en sollozos, tapándose el rostro con las manos.

—¿Así que quieren cambiar de escuela? —preguntó el Director.

—Queremos volver a casa —dijo Agatha.

Sophie levantó la mirada, ilusionada.

—¿Podemos cambiar de escuela?

—No. — El Director sonrió.

—Entonces queremos volver a casa —indicó Sophie.

«Perdidas en tierras extrañas, las muchachas quisieron volver a casa», apuntó el Cuentista.

—En el pasado hemos enviado a casa a algunos alumnos —dijo el Director, mientras su máscara plateada destellaba—. Por enfermedad, incapacidad mental, por petición de una familia influyente…

—¡Así que puede enviarnos a casa! —exclamó Agatha.

—¡Claro que sí! —aseguró el Director—. Si no estuvieran en mitad de un cuento de hadas. —Y miró la pluma del otro lado de la habitación—. Verán, una vez que el Cuentista comienza su cuento, me temo que deben seguirlo dondequiera que las lleve. Ahora, la pregunta es, ¿su cuento las llevará a casa?

El Cuentista saltó a la página: «¡Niñas estúpidas! ¡Quedaron atrapadas por la eternidad!».

—Lo sospechaba —sentenció el Director.

—Entonces, ¿no hay forma de volver a casa? —quiso saber Agatha, con los ojos inundados de lágrimas.

—No, a menos que ese sea el final —dijo el Director—. Y volver a casa es un final un poco tirado de los pelos para dos chicas que pelean en bandos contrarios, ¿no creen?

—¡Pero no queremos pelear! —dijo Sophie.

—¡Estamos del mismo lado! —aseguró Agatha.

—¡Somos amigas! —insistió Sophie, tomando a Agatha de la mano.

—*¡Amigas!* —exclamó el Director, maravillado.

Agatha pareció igualmente sorprendida al sentir la mano de Sophie.

—Bueno, eso sin duda cambia las cosas. —El Director comenzó a pasearse como un pato tambaleante—. Verán, en nuestro mundo, una princesa y una bruja jamás pueden ser amigas. No es natural. Es impensable. Es imposible. Lo cual significa que, si realmente son amigas… Agatha no debe ser princesa y Sophie no debe ser bruja.

—¡Exacto! —exclamó Sophie—. Porque yo soy la princesa y ella es la bru… —Agatha le dio una patada.

—Y si Agatha no es princesa y Sophie no es bruja, es evidente que entendí mal y ustedes no pertenecen en absoluto a nuestro mundo —prosiguió, disminuyendo el paso—. Quizá, después de todo, lo que dicen de mí es cierto.

—¿Que usted es bueno? —aventuró Sophie.

—Que estoy viejo —dijo el Director, suspirando mientras miraba por la ventana.

Agatha no pudo contener su entusiasmo.

—Entonces, ¿ahora podemos ir a casa?

—Bueno, el problema es que hay que probar que se cometió un error.

—¡Pero yo lo intenté! —protestó Sophie—. ¡He intentado probar que no soy una villana!

—¡Y yo he intentado probar que no soy una princesa! —aseguró Agatha.

—Ah, pero existe una sola manera en este mundo de probar quiénes son.

El Cuentista detuvo su atareada escritura, presintiendo que se acercaba un momento crucial. Lentamente, el Director se dio vuelta. Por primera vez, en sus ojos azules se vislumbró un brillo de peligro.

—¿Qué es la única cosa que el Mal no puede tener nunca… y qué es la única cosa de la que el Bien no puede prescindir? —Las chicas se miraron entre sí.

—Entonces, si resolvemos el acertijo, usted… ¿nos envía a casa? —preguntó Agatha, esperanzada.

El Director se dio vuelta.

—Confío en que no las veré más a ninguna de las dos. A menos que quieran que el final de su cuento sea algo deprimente.

De repente la habitación comenzó a desaparecer en una ráfaga blanca, como si la escena se borrara ante sus ojos.

—¡Espere! —gritó Agatha—. ¿Qué está haciendo?

Primero desaparecieron los estantes, luego las paredes.

—¡No! ¡Queremos irnos a casa ahora! —vociferó Agatha.

Luego desapareció el cielorraso, la mesa, el suelo bajo sus pies…, las dos amigas se acurrucaron en un rincón para evitar ser borradas.

—¿Cómo hacemos para encontrarlo? ¿Cómo responde…? —Agatha se agachó para evitar un haz blanco. —¡Está haciendo trampa!

Del otro lado de la habitación, Sophie vio que el Cuentista seguía escribiendo

furiosamente su cuento de hadas. La pluma percibió su mirada, pues de repente las palabras en el acero brillaron en rojo, y el corazón de Sophie volvió a arder y a comprender secretamente. Asustada, se aferró a Agatha.

—¡Es un ladrón! ¡Un bravucón! ¡Un viejo enmascarado y asqueroso! —gritó Agatha—. ¡Estamos muy bien sin usted! ¡Los Lectores estamos bien sin usted! ¡Quédese en su torre con sus máscaras y sus plumas, y salga de nuestra vida! ¿Me escucha? ¡Váyase a robar niños a otras aldeas y déjenos en paz!

Lo último que vieron fue que el Director se dio vuelta junto a la ventana, sonriendo en medio de un mar blanco.

—¿Qué otras aldeas?

El suelo desapareció de debajo de los pies de las dos amigas, y cayeron al vacío. Las últimas palabras del Director resonaron y se mezclaron con la llamada de los lobos a las clases de la mañana.

Despertaron, cegadas por la luz del sol e inundadas de sudor. Agatha buscó a Sophie. Sophie buscó a Agatha. Pero estaban cada una en su cama, cada una en su torre.

12

Callejones sin Salida

La mañana tuvo un muy mal comienzo para las dos amigas. No solo no habían podido dormir, sino que ahora habían vuelto a sus escuelas para otro día de clases infames. Aún peor, ninguna de las dos conocía la respuesta al acertijo del Director, ni tampoco podían resolverlo juntas hasta la hora del almuerzo. Y para colmo de males, el triste episodio de los duendes se había convertido en la comidilla de ambas escuelas.

En Afeamiento, Sophie intentó ignorar las risas y concentrarse en la

conferencia de Manley sobre el uso apropiado de las capas. Necesitó mucha concentración, dadas las miradas vengativas de Hester, y al hecho de que las capas pudieran usarse para protegerse, volverse invisible, disfrazarse o volar, según la tela y textura. Además, cada tipo de capa requería diferentes conjuros. Para el desafío de la clase, Manley les vendó los ojos, y debían identificar la tela de la capa recibida y utilizarla con éxito.

—No sabía que la magia fuera tan complicada —murmuró Hort, mientras tocaba su capa para ver si era de seda o de satén.

—Y estas son solo capas —indicó Dot, oliendo la que le había tocado—. ¡Espera a que hagamos hechizos!

Pero si había algo en lo que Sophie era experta, era en la ropa. Reconoció la piel de serpiente entre sus dedos, dijo mentalmente el conjuro y se volvió invisible debajo de su ajustada capa oscura. La proeza le valió otra calificación alta y una mirada de Hester tan letal que Sophie pensó que estallaría en llamas. Del otro lado del foso, Agatha no podía dar dos pasos sin ver a Tedros y a sus amigos imitando sus saltos de duendes, berreando sandeces y golpeándose unos a otros con calabazas. Dondequiera que iba, Tedros y compañía la seguían, rebuznando y gruñendo a grito pelado, hasta que, por fin, Agatha tomó una calabaza y se la lanzó en el pecho a Tedros.

—¡Todo esto sucedió porque me elegiste! ¡ME ELEGISTE A MÍ, bestia palurda y sin cerebro!

Tedros se quedó boquiabierto mientras ella se alejaba, furiosa.

—¿Elegiste a la bruja? —preguntó Chaddick.

Tedros se dio vuelta y vio que sus amigos lo miraban fijamente.

—No, yo… ella me engañó… yo no sabía… —Desenvainó la espada y dijo —: ¿Quién quiere pelear?

Como el Remanso de Hansel aún estaba en ruinas, las clases se trasladaron a las salas de estudio de las torres. Agatha siguió a un grupo de Siempres por los pasadizos exteriores que conectaban las torres del Bien en un colorido zigzag de pasillos de cristal en lo alto, por encima del lago. Mientras cruzaba un pasadizo púrpura hacia la torre Caridad, dejó de prestar atención a los chismorreos de sus compañeras y pensó una y otra vez en el acertijo del Director, hasta que levantó la mirada y vio que estaba completamente sola. Después de buscar en el

lavadero repleto de burbujas donde las ninfas fregaban vestidos, de esquivar ollas encantadas que preparaban el almuerzo en el Salón Comedor y de quedar atrapada en un baño de profesores, Agatha por fin encontró la sala de estudios de la torre. Los bancos rosados estaban completos y ninguna de sus compañeras le hizo lugar para que ella se sentara. Cuando se disponía a sentarse en el suelo…

—¡Siéntate aquí!

Kiko, la dulce chica de pelo corto, se movió a un costado. Mientras las demás se reían con disimulo, Agatha se apretujó junto a ella.

—Ahora todas van a odiarte —murmuró.

»No entiendo cómo pueden pensar que son buenas y ser tan maleducadas —susurró Kiko.

—Será porque estuve a punto de incendiar la escuela.

—Solo están celosas. Tú puedes convertir los deseos en realidad, y ninguna de nosotras puede hacerlo todavía.

—Fue una casualidad. Si yo pudiera convertir los deseos en realidad, ya estaría en mi casa con mi amiga y mi gato. —Al pensar en Muerte, Agatha cambió de tema—. Ehh, ¿qué tal ese chico que deseaste?

—¿Tristan? —Kiko puso cara larga—. A él le gusta Beatrix. A todos los chicos les gusta Beatrix.

—Pero él te dio su rosa —dijo Agatha, recordando su deseo en el lago.

—Fue por accidente. Salté frente a Beatrix para atraparla. —Kiko miró con odio a Beatrix—. ¿Crees que me llevará al Baile? Esa mesalina no puede llevarse a todos los chicos.

Agatha sonrió con aire cómplice, pero luego frunció el entrecejo.

—¿Qué baile?

—¡El Baile de Nieve de los Siempres! ¡Es justo antes de Navidad, y todas tenemos que encontrar un chico que nos lleve, pues de lo contrario aplazamos! Nos califican como parejas según nuestra presentación, conducta y baile. ¿Por qué crees que todas deseamos chicos diferentes en el lago? Las chicas somos prácticas. Los chicos simplemente quieren a la más bonita. —Kiko sonrió burlonamente. —Y a ti, ¿quién te gusta? —Agatha sintió ganas de vomitar, pero en ese momento se abrieron las puertas y entró una mujer pechugona con

un turbante y pañuelo haciendo juego con su vestido rojo, cargada de maquillaje y kohl alrededor de los ojos, enormes pendientes de aro y brazaletes de monedas.

—Ehh… ¿profesora Anémona? —preguntó Kiko, boquiabierta.

—Soy Scherezade —bramó la profesora Anémona, con un acento ridículo—. Reina de Persia. La sultana de los Siete Mares. Contemplad mi oscura belleza del desierto.

Se quitó el pañuelo y bailó una pésima danza del vientre.

—¡Observen cómo los seduzco con mis caderas! —Se cubrió la cara con el pañuelo y pestañeó como un búho—. ¡Miren cómo os tiento con mis ojos! —Sacudió el pecho y agitó ruidosamente los brazaletes—. ¡Miren cómo me convierto en una diosa de la medianoche!

—Más bien parece un kebab ahumado —murmuró Agatha. Kiko se rio tontamente.

La sonrisa de la profesora Anémona se esfumó, como también su acento.

—Quise enseñarles a sobrevivir a las Mil y una noches: maquillaje a prueba de arena, moda de la hégira, incluso una danza de los siete velos como corresponde, pero quizá debería empezar con algo menos divertido. —La profesora se ajustó el turbante.

»Las hadas me advirtieron que han estado desapareciendo golosinas del Remanso de Hansel, aun mientras está en reparación. Como saben, las aulas de nuestra escuela están hechas de golosinas para que piensen en todas las tentaciones a las que se enfrentarán más allá de nuestros pórticos —dijo, entrecerrando los ojos—. Pero ya sabemos lo que les ocurre a las chicas que comen golosinas: una vez que empiezan no pueden parar. Se desvían del camino, caen abatidas por las brujas. Se atiborran de golosinas hasta que se mueren obesas, solteras y repletas de verrugas.

Las chicas se horrorizaron ante la posibilidad de que alguien hubiera destrozado la torre, y mucho más ante la idea de arruinar su silueta con golosinas. Agatha intentó parecer igualmente escandalizada. En ese momento cayeron de su bolsillo los malvaviscos, y luego una piruleta azul, un trozo de pan de jengibre y dos caramelos de chocolate. Se oyeron veinte gritos al unísono.

—¡No tuve tiempo de desayunar! —se justificó Agatha—. ¡No comí nada en

toda la noche!

Pero nadie se compadeció, ni siquiera Kiko, que parecía arrepentida por haber sido buena con ella. Agatha tocó su cisne con aire de culpabilidad.

—Irás a lavar los platos después de la cena durante las próximas dos semanas —sentenció su profesora—. Un útil recordatorio de la única cosa que las princesas tienen y que los villanos no.

Agatha prestó atención. ¡La respuesta!

—Una dieta adecuada —refunfuñó la profesora Anémona.

Mientras la profesora de turbante divulgaba más secretos de belleza de las Mil y una noches, Agatha se desplomó en el banco. Una sola clase y sus problemas ya se habían multiplicado. Entre el espantoso Baile obligatorio, una semana lavando platos y un futuro sin duda lleno de verrugas, se dio cuenta de que necesitaba resolver el acertijo del Director cuanto antes.



—¿Y si envenenamos su comida? —propuso Hester.

—Ella no come —objetó Anadil, mientras caminaba con su amiga por la torre Maldad.

—¿Y un lápiz labial envenenado?

—¡Nos encerrarán en el Salón de Torturas durante semanas! —se preocupó Dot, tratando de mantenerse a la par.

—No me importa cómo lo hagamos ni en cuántos líos nos metamos —siseó Hester—. Quiero que esa víbora desaparezca.

Abrió la puerta de la habitación 66 y se encontró a Sophie, que sollozaba sobre su cama.

—Ehh, la víbora está llorando —indicó Anadil.

—¿Estás bien, encanto? —preguntó Dot, que sintió lástima por la chica a la que debían matar.

Lloriqueando, Sophie se desahogó de todo lo que había sucedido en la torre del Director.

—…¡y ahora tengo que resolver un acertijo, y no sé cuál es la respuesta, Tedros cree que soy una bruja porque sigo ganando desafíos y nadie entiende

que la razón por la que siempre gano es que soy buena en todo!

Hester estaba lista para estrangularla en ese mismo instante. Luego la expresión le cambió.

—Este acertijo… si lo respondes… ¿te vuelves a tu casa? —Sophie asintió.

—¿Y nunca más te volvemos a ver? —inquirió Anadil. Sophie volvió a asentir.

—Nosotras lo resolveremos —dijeron al unísono sus compañeras de cuarto.

—¿De verdad? —Sophie pestañeó.

—¿Sabes cuántas ganas tienes de volver a tu casa? —dijo Hester.

—Bueno, nosotras tenemos aun más ganas de que te vayas —añadió Anadil.

—Por lo menos ustedes me creen —se consoló Sophie, secándose las lágrimas.

—Culpable hasta que se pruebe la inocencia —sentenció Hester—. Es el estilo de los Nuncas.

—Pero yo no le contaría nada de esto a un Siempre. Pensará que estás más loca que una cabra —dijo Anadil.

—Eso pensé yo, pero ¿quién miente acerca de quebrar tantas reglas? —indicó Dot, que intentaba en vano convertir su emblema del cisne en chocolate —. ¡Este pájaro no tiene remedio!

—¿Cómo es el Director? —quiso saber Hester.

—Es viejo. Muy, muy viejo.

—¿Y de verdad viste al Cuentista? —inquirió Anadil.

—¿Esa extraña pluma? Estuvo todo el tiempo escribiendo sobre nosotras.

—¿Que hizo qué? —dijeron las tres chicas al unísono.

—¡Pero todavía están en la escuela! —exclamó Hester.

—¿Qué puede ocurrir en la escuela que sea digno de un cuento de hadas? —inquirió Anadil.

—Estoy segura de que es un error, como todo lo demás —gimoteó Sophie—. Solo necesito resolver el acertijo, decírselo al Director y *¡paf!*, me voy de este maldito lugar. Así de sencillo.

Vio que las chicas intercambiaban miradas.

—¿No es así?

—En esto hay dos enigmas —dijo Anadil, mirando a Hester—. El acertijo del Director.

Hester se volvió a Sophie.
—Y cuál es la razón por la que quiere que lo resuelvas.



Si había palabra a la que Agatha le tenía terror, aparte de *baile*, esa era *danzar*.

—Todas las chicas del Bien deben danzar en el Baile —indicó Pollux, tambaleando sobre patas de mula en la sala de estudios de la torre Valor.

Agatha intentó contener la respiración. El salón apestaba a cuero y colonia, con sillones marrón oscuro, una alfombra con cabeza de oso, libros encuadernados en cuero sobre caza e hípica, y una cabeza de alce disecada con unas astas escandalosamente grandes. Echó de menos la Escuela del Mal y el hedor a cementerio.

Pollux enseñó a las chicas los pasos para el Baile de los Siempres, pero Agatha no pudo seguirlos, ya que el perro no dejaba de caerse y de murmurar que «se entendería mejor cuando recuperara su cuerpo». Después de tropezar con una pezuña en la alfombra, precipitarse sobre las astas del alce y caerse de nalgas en la chimenea, Pollux les gritó que «ya habían entendido» y se dirigió a un grupo de hadas con violines de madera de sauce.

—¡Toquen una volta!

Y así lo hicieron, con la velocidad del rayo, y Agatha pasó de una pareja a otra, cintura con cintura, girando cada vez más rápido hasta que todo se tornó borroso. Parecía que sus pies estaban en llamas. Todas las chicas en el salón eran Sophie. ¡Los zapatos! ¡Otra vez los zapatos!

—¡Sophie! ¡Ya voy! —gritó.

Cuando volvió en sí, estaba en el suelo.

—Hay momentos apropiados para desmayarse —dijo Pollux frunciendo el ceño—. Este no es uno de ellos.

—Me tropecé —replicó Agatha.

—¡Imagina que te desmayas durante el Baile! ¡Un caos! ¡Una carnicería!

—¡No me desmayé!

—¡Olvídense del baile! ¡Sería una masacre de medianoche!

Agatha lo miró fijamente.

—¡Yo. No. Me desmayo!

Cuando las chicas se presentaron en la orilla de la Bahía Intermedia para Comunicación con Animales las estaba esperando la profesora Dovey.

—La princesa Uma está enferma.

Las chicas miraron con antipatía a Agatha, ya que, seguramente, la debacle de los peces de los deseos era la responsable. Sin nadie que las supervisara con tan poco aviso, la profesora Dovey dio por concluida la clase.

—Las alumnas de la mitad superior pueden usar los Salones de Belleza. ¡Las alumnas de la mitad inferior deberán usar el tiempo para reflexionar sobre su mediocridad!

Mientras Beatrix y sus siete seguidoras se pavoneaban hasta el Salón de Belleza para hacerse la manicura, las chicas de la mitad inferior corrieron a espiar la clase de esgrima, ya que los chicos entrenaban con el torso desnudo. Mientras tanto, Agatha se apresuró a llegar a la Galería del Bien, con la esperanza de inspirarse y encontrar la respuesta al acertijo.

Mientras observaba las esculturas, vitrinas y criaturas disecadas iluminadas por antorchas de llama rosada, Agatha recordó el decreto del Director: que una bruja y una princesa nunca podían ser amigas. Pero ¿por qué? Algo debía interponerse entre ellas. Seguramente era eso tan misterioso que una princesa podía tener y una villana no. Pensó en qué podía ser hasta que el cuello comenzó a picarle y a ponerse rojo. Pero no encontró respuesta.

Se encontró una vez más en el rincón donde estaban los desvaídos dibujos de los lectores de Gavaldon. Agatha recordó la conversación de la profesora Dovey con esa mujer de expresión tensa. Habían llamado al artista «profesor Sader». ¿Sería el mismo Sader que dictaba Historia de Héroes? ¿No era la siguiente clase?

Esta vez, Agatha avanzó lentamente entre las pinturas. Al hacerlo, advirtió que el paisaje se desarrollaba entre un cuadro y otro: aparecían más tiendas en la plaza, la iglesia cambiaba de blanca a roja, surgían dos molinos detrás del lago, hasta que la aldea comenzaba a parecerse a la que acababa de dejar. Todavía más confundida, paseó entre las pinturas hasta que una de ellas la hizo detenerse.

Mientras los niños leían libros de cuentos en los escalones de la iglesia, el sol

iluminaba a una chica vestida con un abrigo púrpura y sombrero amarillo con girasoles. Agatha se acercó a la chica. ¿Era Alice? Tenía que ser. La hija del panadero usaba siempre la misma vestimenta ridícula, hasta que la secuestraron hacía ocho años. En el otro extremo de la pintura, un rayo de sol iluminaba a un chico demacrado vestido de negro, que golpeaba a un gato con un palo. Rune. Agatha recordó que había intentado arrancarle un ojo a Muerte, antes de que su madre lo echara a escobazos. Rune también había sido secuestrado ese año.

Se apresuró a mirar la otra pintura, donde muchos niños hacían cola frente a la librería del Sr. Deauville, pero el sol iluminaba solo a dos: al calvo Bane, mordiendo a la niña que tenía enfrente, y al callado y atractivo Garrick. Los dos chicos habían sido secuestrados cuatro años atrás.

Transpirando, Agatha pasó a la siguiente pintura. Mientras los niños leían en lo alto de una colina color esmeralda, había dos chicas sentadas bajo el sol a la orilla de un lago. Una chica de negro que encendía fósforos y los arrojaba al agua. Una chica vestida de rosa que guardaba bolsas de pepinos.

Sin aliento, Agatha se apresuró a mirar el resto de las pinturas. En todas ellas, la luz elegía a dos chicos: uno alegre y bello; el otro, raro y lúgubre. Agatha se alejó del rincón y se trepó a las ancas de una vaca disecada para poder ver todas las pinturas al mismo tiempo, que le revelaron tres cosas sobre el tal profesor Sader.

Podía moverse entre el mundo real y el de los cuentos de hadas. Sabía por qué llevaban allí a los niños de Gavaldon.

Y podía ayudarlas a volver a casa.

Mientras las hadas anunciaban el comienzo de la próxima clase, Agatha entró al Teatro de Cuentos y se apretujó al lado de Kiko, mientras Tedros y sus amigos jugaban handball contra el fénix tallado al frente del escenario de piedra.

—Tristan ni siquiera me saludó —refunfuñó Kiko—. Quizá cree que tengo verrugas ahora que hablé conti…

—¿Dónde está Sader? —preguntó Agatha.

—*Profesor* Sader —corrigió una voz.

Agatha levantó la mirada y vio que un atractivo profesor de cabello canoso

esbozaba una sonrisa enigmática mientras subía al escenario vestido con un traje verde trébol. Era el hombre que le había sonreído en el pasillo y en el puente.

Profesor Chiflado.

Agatha resopló. Seguramente la ayudaría si ella le caía tan bien.

—Como ya saben, enseño la cuarta asignatura tanto aquí como en la Escuela del Mal, y lamentablemente no puedo estar en dos lugares al mismo tiempo. Por eso, estaré una semana en cada escuela —explicó, mientras se aferraba al atril—. Las semanas que no esté aquí vendrán ex alumnos a contar sus aventuras en el Bosque Infinito. Ellos serán responsables de los desafíos semanales, así que les pido que los traten con el mismo respeto que me brindan a mí. Por último, como tengo a mi cargo a una gran cantidad de alumnos y mucha historia, no tendré horas de consulta ni tampoco responderé a sus preguntas, ni dentro ni fuera de clase.

Agatha tosió. ¿Cómo iba a obtener respuestas si no podía hacer preguntas?

—Si tienen preguntas —prosiguió Sader con los ojos de color avellana fijos— seguramente encontrarán las respuestas en el libro de texto, *Historia del bosque para alumnos*, o en las otras obras de mi autoría, que encontrarán en la biblioteca de la torre Virtud. Ahora pasaré lista. ¿Beatrix?

—Sí.

—Otra vez, Beatrix.

—Aquí estoy —dijo Beatrix bruscamente.

—Gracias, Beatrix. ¡Kiko!

—¡Presente!

—Nuevamente, Kiko.

—¡Aquí estoy, profesor Sader!

—Excelente. ¡Reena!

—Sí.

—¿Una vez más?

Agatha gruñó. A este ritmo, seguirían aquí hasta la luna nueva.

—¡Tedros!

—Presente.

—Más alto, Tedros.

—Por todos los cielos, ¿acaso es sordo? —refunfuñó Agatha.

—No, tonta —respondió Kiko—. Es ciego.

Agatha dio un resoplido.

—No seas ridí…

Entonces comprendió: los ojos vidriosos. Relacionar los nombres con las voces. Su manera de aferrarse al atril.

—¡Pero sus pinturas! —exclamó Agatha—. ¡Ha visto Gavaldon! ¡Nos ha visto a nosotras!

En ese momento, el profesor Sader pareció mirarla a los ojos y sonrió, como para recordarle que jamás había visto nada.



—A ver si entendí bien —dijo Sophie—. Al principio había dos Directores. Eran hermanos.

—Mellizos —añadió Hester.

—Uno bueno, el otro malo —indicó Anadil.

Sophie miraba una serie de murales de mármol desportillados en el Salón del Mal. Con las paredes cubiertas de algas color esmeralda y óxido azul e iluminado con antorchas de llama verdemar, el salón parecía una catedral que había estado la mayor parte del tiempo bajo el agua.

Se detuvo frente a un mural que representaba a dos hombres jóvenes en el salón de un castillo, vigilando la pluma encantada que había visto en la torre del Director. Uno de los hermanos vestía una túnica negra y larga, mientras el otro llevaba una túnica blanca. En el mosaico resquebrajado descifró las caras idénticas y atractivas, de cabello blanco fantasmal y ojos de un azul intenso. Pero mientras que el hermano de túnica blanca tenía una expresión cálida y amable, la del hermano de túnica negra era fría y severa. Sin embargo, había algo en las expresiones de los rostros que le resultaba familiar.

—Y estos hermanos administraban las dos escuelas y protegían la pluma mágica —dijo Sophie.

—El Cuentista —la corrigió Hester.

—¿Y el Bien ganaba la mitad de las veces, y el Mal la otra mitad de las veces?

—Más o menos —respondió Anadil mientras alimentaba a las ratas en su bolsillo con un caracol—. Mi madre decía que si el Bien tenía una buena racha, el Mal encontraba nuevas trampas y obligaba al Bien a mejorar su defensa para volver a vencer al Mal.

—El equilibrio de la naturaleza —señaló Dot, mientras masticaba un libro de texto que había convertido en chocolate.

Sophie miró el siguiente mural, donde el hermano malvado había pasado de gobernar pacíficamente junto a su hermano, a atacarlo con un aluvión de hechizos.

—Pero el hermano malvado pensó que podía controlar la pluma… digo, al Cuentista, y hacer que el Mal fuera invencible. Así que reunió un ejército para destruir a su hermano y le declaró la guerra.

—La Gran Guerra —añadió Hester—. Donde todo el mundo tomó partido por el hermano bueno o por el hermano malvado.

—Y en la batalla final, uno de los dos ganó —dijo Sophie, parada frente al último mural, en el que había una multitud de Siempres y Nuncas inclinados frente a un Director enmascarado vestido con una túnica plateada, el Cuentista resplandeciente flotando encima de sus manos—. Pero nadie sabe quién.

—Eres rápida para aprender —dijo Anadil con una sonrisa burlona.

—Pero ¿la gente sabe si es el hermano bueno o el malvado? —preguntó Sophie.

—Todo el mundo finge que es un misterio —respondió Hester—, pero desde la Gran Guerra, el Mal no ha ganado ni un solo cuento.

—Pero ¿la pluma no se limita a escribir lo que pasa en el bosque? —inquirió Sophie mientras estudiaba los extraños símbolos grabados en el acero del Cuentista—. ¿No somos nosotros los que controlamos los cuentos?

—¿Y resulta que un día todos los villanos morimos? —gruñó Hester—. Esa pluma decide nuestro destino. Esa pluma mata a todos los villanos. Esa pluma está controlada por el Bien.

—Cuentista, encanto —señaló Dot, sin dejar de masticar—. No es una pluma. — Hester le arrebató el libro de la boca.

—Pero si van a morir todas las veces, ¿qué sentido tiene formar villanos? —preguntó Sophie—. ¿Para qué tener una Escuela del Mal?

—Intenta hacerle esa pregunta a un profesor —replicó Dot, mientras buscaba un libro más grande en su bolso.

—Bien, entonces ustedes los villanos ya no pueden ganar —dijo Sophie, bostezando y limándose las uñas con un trozo de mármol—. ¿Eso qué tiene que ver conmigo?

—El Cuentista empezó tu cuento de hadas —dijo Hester, frunciendo el ceño.

—¿Y qué?

—Y dada la escuela en la que estás, el Cuentista cree que eres la villana del cuento.

—¿Y por qué tendría que importarme la opinión de una pluma? —argumentó Sophie mientras se limaba las uñas de la otra mano.

—Retiro lo dicho de que es rápida para aprender —indicó Anadil.

—¡Si eres la villana, te mueres, imbécil! —vociferó Hester.

Sophie se rompió una uña.

—¡Pero el Director dijo que podía volver a casa!

—O quizá lo del acertijo es una trampa.

—¡Pero él es bueno! ¡Tú misma lo dijiste!

—Y tú eres mala —dijo Hester—. Él no está de tu lado.

Sophie la miró. Anadil y Dot tenían la misma expresión sombría.

—¿Voy a morir aquí? —chilló Sophie, con los ojos inundados de lágrimas—¡Tiene que haber algo que yo pueda hacer!

—Resuelve el acertijo —indicó Hester, encogiéndose de hombros—. Es la única manera de saber qué se trae entre manos. Además, tu final debe suceder pronto. Si ganas un desafío más, yo misma te mataré.

—¡Entonces dime cuál es la respuesta! —vociferó Sophie.

—¿Qué cosa no puede tener nunca un villano de lo que una princesa no puede prescindir? —reflexionó Hester mientras se rascaba el tatuaje.

—¿Animales, tal vez? —sugirió Dot.

—Los villanos también pueden tener animales secuaces. Solo hay que corromperlos —señaló Anadil—. ¿Honor?

—El Mal tiene su propia versión del honor, del valor y de todo lo demás que el Bien cree haber inventado —respondió Hester—. Solo que tenemos mejores nombres.

—¡Ya sé!

Todas se volvieron a Sophie.

—¡Una fiesta de cumpleaños! —dijo—. ¿Quién querría ir a una fiesta de villanos?

Anadil y Hester la miraron fijamente.

—Es porque no se alimenta —explicó Dot—. El cerebro necesita alimento.

—¡Entonces tú debes ser la chica más inteligente del mundo! —exclamó Sophie.

Dot la miró con odio.

—Recuerda que los villanos más crueles también mueren de formas más crueles.

Sophie, nerviosa, le preguntó a Hester:

—¿Lady Lesso me dirá la respuesta?

—Si cree que con eso contribuirá a que gane el Mal.

—Tendrías que ser hábil —dijo Anadil.

—Y sutil —añadió Hester.

—¿Habilidad? ¿Sutileza? A mi juego me llamaron, queridas —dijo Sophie, aliviada—. El acertijo puede darse por resuelto.

—O no, ya que llegaremos quince minutos tarde —recordó Dot.

De hecho, lo único más frío que la clase helada de lady Lesso fue la mirada que les dirigió a las cuatro chicas cuando atravesaron la puerta y fueron a sus asientos.

—Las enviaría al Salón de Torturas, pero está ocupado con alumnos de mi última clase.

Se oyó el eco de los gritos de los alumnos bajo sus pies. Toda la clase tembló ante la idea de lo que estaría pasando allí.

—Veamos si las alumnas que llegaron tarde pueden redimirse —dijo lady Lesso con un taconeo inquietante.

—¿Qué estamos viendo? —Sophie preguntó a Hort en un murmullo.

—Nos está preguntando por archienemigos famosos —susurró Hort—. Si respondes bien a una pregunta, recibes una de estas. —Hort alardeó de una enorme verruga autoadhesiva pegada en su mejilla.

Sophie retrocedió.

—¿Eso es una recompensa?

—Hester, ¿puedes nombrar a la villana que destruyó a su archienemigo maldiciendo sus sueños?

—Finola, la Comedora de Hadas. La bruja Finola se metió en los sueños de las hadas y las convenció de que debían cortarse las alas. Como las hadas ya no podían volar, Finola las atrapó y se las comió una a una.

Sophie leía de todo, pero nunca había oído hablar de Finola, la Comedora de Hadas, así que seguramente Hester se había equivocado.

—¡Correcto! ¡Finola! ¡Uno de los cuentos más famosos que existen! —dijo lady Lesso, y puso una verruga gigante en la mano de Hester.

¿Famoso? Sophie arrugó la nariz. ¿Famoso dónde?

—¡Anadil, nombra al villano que mató a su archienemigo usando un disfraz! —indicó lady Lesso.

—El oso rabioso Rex. Se disfrazó con la piel de un oso porque a la princesa Anatolia le encantaban los osos. Cuando ella intentó acariciarlo, él la degolló.

—¡Un excelente modelo a seguir, el oso rabioso Rex! —exclamó lady Lesso, y puso una verruga en el cuello de Anadil—. ¡Si estuviera vivo, les quitaría la sonrisa a todos esos gallitos engreídos de Clarissa!

Sophie se mordió el labio. ¿Lo estaban inventando?

—Dot. ¡Nombra a la villana que asesinó a su archienemigo transformándolo!

—¡La Reina del Hielo! ¡Convirtió a la princesa en hielo y la puso al sol!

—¡Mi cuento favorito! —vociferó lady Lesso—. Un cuento que permanecerá vivo en los corazones de…

Sophie dio un resoplido.

—¿Dije algo gracioso? —preguntó lady Lesso.

—Jamás oí hablar de ninguno de ellos —respondió Sophie. Hester y Anadil se hundieron en sus asientos.

—¿Nunca oíste hablar de ellos? —repitió lady Lesso con tono despectivo—. ¡Son los mayores triunfos del Mal! ¡La gloria que inspira a futuros villanos! ¡*Cuatro niñas en un pozo*! ¡*Doce princesas ahogadas! Úrsula la Usurpadora*, *La Bruja de*…

—Tampoco oí hablar de ellas —suspiró Sophie, echándose el cabello hacia atrás—. En el lugar del que vengo, nadie leería un cuento donde el Mal triunfe.

Todos quieren que el Bien gane, porque tiene mejor aspecto, ropa más bella, y más amigos.

Lady Lesso se quedó muda.

Sophie se dirigió a sus compañeros de clase.

—Lamento que nadie los quiera, que nunca ganen y que tengan que ir a la escuela sin motivo, pero es la verdad.

Hester se tapó el rostro con su túnica.

Dot se inclinó hacia adelante y murmuró al oído de Sophie.

—El acertijo, encanto.

—Ah, sí, me olvidaba —dijo Sophie, decidida—. Ya que tengo la palabra, les tengo un rompecabezas. Es muy importante que lo resuelva, así que les agradecería muchísimo cualquier ayuda. ¿Qué cosa no puede tener nunca un villano de lo que una princesa no puede prescindir? ¿Alguna idea? Digan todo lo que se les ocurra. *Merci*.

—Tengo una idea —dijo lady Lesso.

—Sabía que así sería. —Sophie esbozó una sonrisa—. ¿Cuál es? ¿Qué tengo yo que no tengan ustedes?

Lady Lesso acercó su cara a la de ella.

—Nada. Eso mismo te dirá el resto de la clase.

Sophie quiso responder, pero no pudo abrir la boca.

Tenía los labios sellados.

—Así está mucho mejor —señaló lady Lesso, y premió a Sophie con una verruga entre los ojos.

Mientras Sophie intentaba separar los labios, lady Lesso se arregló el vestido púrpura con calma, ignorando a los alumnos petrificados que la rodeaban.

—Ahora, Hort, nombra al villano que usó una trampa mortal con cuervos.

Respirando por la nariz, Sophie intentó abrirse la boca con una pluma, una horquilla y un pedazo de hielo que le perforó los labios. Jadeó, gimió, gritó, lo intentó todo, pero lo único que logró fue silencio, pánico, sangre…

Hester la miró con odio desde la primera fila.

—Puede darse por resuelto, ¿eh?

13

El Salón de Torturas

Agatha no tenía idea de por qué el almuerzo era una actividad de las dos escuelas, ya que los Siempres se sentaban con Siempres, y los Nuncas con Nuncas, y ambos grupos fingían que el otro no existía.

Los alumnos almorzaban en un claro del bosque, un prado íntimo fuera de los límites del Bosque Azul. Para llegar, los alumnos debían atravesar retorcidos túneles de árboles que se hacían cada vez más estrechos, hasta que, uno a uno, los chicos emergían de un tronco hueco al césped color esmeralda. Tan pronto como salió del túnel que correspondía al Bien, Agatha siguió a la fila de Siempres que recibían las canastas de comida de ninfas con caperuzas rojas, mientras que los Nuncas del túnel del Mal recibían cubos oxidados de unos lobos con traje rojo.

Agatha encontró un sector de césped bajo la sombra y examinó la canasta de mimbre, que contenía emparedados de trucha ahumada, ensalada de alcachofas, *soufflé* de fresa y un frasco de limonada con gas. Dejó de pensar en acertijos y callejones sin salida mientras abría la boca para comer el exquisito emparedado…

Pero Sophie se lo arrebató.

—¡No sabes por lo que pasé! —exclamó entre sollozos, mientras se zampaba el emparedado de un solo bocado—. Aquí está el tuyo —dijo, entregándole un cubo con gachas.

Agatha la miró fijamente.

—Mira, ya he preguntado —farfulló Sophie entre un bocado y otro—. Aparentemente los Nuncas deben saber qué son las privaciones. Es parte del entrenamiento. Por cierto, esto está muy bueno.

Agatha la seguía mirando.

—¿Qué pasa? —preguntó Sophie—. ¿Tengo sangre en los dientes? Porque creí que la había quitado to…

Por encima del hombro de Agatha vio a Tedros y sus amigos señalándola y riéndose burlonamente.

—Ay, no —gruñó Sophie—. ¿Qué hiciste ahora? —Agatha la seguía mirando, boquiabierta.

»Si vas a portarte como una criatura, puedes tomar el *soufflé*. —Sophie frunció el entrecejo. —¿Por qué me hace señas esa chica extraña? —Agatha se dio vuelta y vio a Kiko del otro lado del claro, que agitaba la mano y lucía una cabellera rojiza. Era exactamente del mismo color que el de Tristan. Agatha palideció.

—Ah, ¿la conoces? —preguntó Sophie, mientras veía que Kiko, atolondrada, se acercaba a Tristan.

—Somos amigas —dijo Agatha, haciéndole señas a Kiko para que se alejara de él.

—¿Tienes una amiga? —soltó Sophie.

Agatha se volvió para mirarla.

—¿¡Por qué sigues mirándome de ese modo!? —vociferó Sophie.

—No habrás estado comiendo golosinas, ¿no?

—¿Qué? —chilló Sophie, y al darse cuenta; se llevó la mano a la cara y se arrancó la verruga de lady Lesso—. ¿¡Por qué no me dijiste!? —gritó, mientras Tedros y sus compañeros estallaban en risotadas.

»Ay, es lo peor que me podía pasar —se lamentó Sophie.

Hort tomó la verruga desechada y se fue corriendo con ella. Sophie miró a Agatha. La chica sonrió.

—¡No es gracioso! —gimió Sophie.

Pero Agatha se echó a reír y Sophie también.

—¿Qué crees que hará con la verruga? —preguntó Agatha, riéndose. Sophie dejó de reírse.

—Tenemos que ir a casa. Ahora.

Agatha le contó a Sophie todas sus frustraciones para resolver el acertijo, y también su callejón sin salida con el profesor Sader. Antes de que ella hubiera podido siquiera preguntarle sobre sus pinturas, Sader se había marchado para reunirse con sus alumnos del Mal y los dejó con tres cerdos vejestorios que hablaron sobre la importancia de fortificar nuestras casas.

—Él es el único que puede ayudarnos —dijo Agatha.

—Mejor apresúrate. Mis días están contados —respondió Sophie, desanimada, y le contó todo lo que le había sucedido con sus compañeras de cuarto, incluida la predicción sobre su destino de muerte.

—¿Te mueres? No tiene ningún sentido. No puedes ser la villana de nuestra historia si somos amigas.

—Es por eso que el Director dijo que no podemos ser amigas —respondió Sophie—. Algo debe interponerse entre nosotras. Algo que es la respuesta al acertijo.

—¿Y qué podría interponerse entre nosotras? —se preguntó Agatha, aún desorientada—. Quizá esté todo conectado. Esto que el Bien tiene y el Mal no tiene. ¿Crees que será por eso que el Bien siempre gana?

—El Mal antes ganaba, según lady Lesso. Pero ahora el Bien tiene algo que los vence a todos.

—Pero el Director nos prohibió volver a su torre. Así que la respuesta al acertijo no es una palabra, una cosa o una idea…

—¡Tenemos que hacer algo!

—Ahora sí estamos avanzando. Primero, es algo que puede volvernos en contra. Segundo, es algo que vence al Mal en cada oportunidad. Y tercero, es algo que podemos hacer físicamente…

Las chicas se miraron.

—¡Ya sé! —dijo Agatha.

—¡Yo también! —exclamó Sophie.

—¡Es tan evidente!

—¡Muy evidente!

—Es… es…

—Sí, es…

—No tengo idea —dijo Agatha.

—Yo tampoco —suspiró Sophie.

Del otro lado del campo, los chicos del Bien pasaron al territorio de las chicas. Ellas aguardaban como flores a la espera de ser recogidas, pero Beatrix acaparaba la mayor parte de las atenciones. Mientras Beatrix coqueteaba con sus pretendientes, Tedros jugueteaba sobre un tocón. Finalmente se levantó, se metió frente a los demás chicos e invitó a Beatrix a dar una caminata.

—Se suponía que él iba a rescatarme a mí —gimoteó Sophie mientras los miraba alejarse.

—Sophie, tenemos la oportunidad de salvar a nuestra aldea de una maldición de doscientos años de antigüedad, de rescatar a los niños de palizas y fracasos, de escapar de lobos, olas, gárgolas y todo lo que hay en esta horrible escuela, y de poner fin a un cuento en el que terminarás muerta. ¿Y estás pensando en un chico?

—Yo quería mi final feliz, Aggie —suspiró Sophie, con los ojos llenos de lágrimas.

—Volver a casa vivas es nuestro final feliz, Sophie.

Sophie asintió, pero no despegó la mirada de Tedros.



—Bienvenidos a Buenas Acciones —dijo la profesora Dovey a las alumnas reunidas en la sala de estudio de la torre Pureza—. Como estamos atrasados con

respecto al resto de las asignaturas, dejaremos los preámbulos de lado. Comenzaré por decirles que, a lo largo de los años, he visto una alarmante disminución del aprecio por esta clase.

—Porque es después del almuerzo —Tedros murmuró al oído de Agatha.

—Y tú, ¿por qué me hablas?

—De verdad, ¿qué hechizo de bruja me lanzaste que me hizo elegir a tu duende?

Agatha no se dio vuelta.

—Hiciste algo —Tedros se enfadó—. Dime qué hiciste.

—No puedo divulgar un secreto de bruja —respondió Agatha, mirando hacia adelante.

—¡Lo sabía! —Tedros vio que la profesora Dovey lo miraba con severidad, así que esbozó una sonrisa petulante. La profesora puso los ojos en blanco y continuó.

Tedros volvió a inclinarse hacia Agatha.

—Cuéntame, y mis amigos te dejarán tranquila.

—¿Eso te incluye a ti?

—Solo dime qué hiciste.

Agatha resopló.

—Usé el hechizo de Hopsocotl, un potente maleficio de las Brujas Gavaldónicas de Gatomuerte. Forman un pequeño aquelarre en las costas del río Callis, y no solo son expertas en lanzar hechizos, sino también son grandes cosechadoras de…

—Al grano.

—Bien —respondió Agatha, volviéndose al chico—. El hechizo de Hopsocotl se mete en tu cerebro en forma de gusanos, como una nube de sanguijuelas, que se introducen en cada ranura y se engendran, se multiplican y degeneran hasta que llega el momento justo. Y justo cuando se introducen en cada rincón y grieta… ¡pfffffff! Chupan todo pensamiento inteligente y te deja tan tonto como un asno.

Tedros enrojeció.

—Una cosa más: es permanente —añadió Agatha, y volvió a darse vuelta.

Mientras Tedros murmuraba algo sobre horcas, lapidaciones y otras maneras

en que su padre castigaba a las mujeres malvadas, Agatha escuchó a la profesora Dovey justificar la importancia de las buenas acciones.

—Cada vez que hacen una buena acción con intención verdadera, su alma se vuelve más pura. ¡Aunque últimamente, mis alumnos del Bien han hecho buenas acciones como si fueran tareas, y prefieren cultivar el ego, la arrogancia y el tamaño de su cintura! ¡Les aseguro que nuestra racha ganadora puede terminar en cualquier momento!

—No si el Director controla al Cuentista —señaló Agatha.

—Agatha, el Director no tiene absolutamente ninguna influencia en cómo se desarrollan los cuentos —dijo la profesora Dovey con impaciencia—. No puede controlar al Cuentista.

—A mí me pareció bastante bueno haciendo magia —respondió Agatha.

—¿Cómo dices?

—Él se puede transformar en una sombra. Puede hacer desaparecer una habitación. Puede hacer que todo parezca un sueño, así que seguramente podrá controlar una pluma…

—¿Y cómo sabes todo esto? —suspiró la profesora Dovey.

Agatha vio que Tedros sonreía con suficiencia.

—Porque me lo mostró —respondió.

A Tedros se le borró la sonrisa. La profesora Dovey parecía una tetera a punto de hervir. Los alumnos, nerviosos, miraron a la profesora y a Agatha.

La profesora esbozó una sonrisa tensa.

—Ay, Agatha, qué imaginación que tienes. Te vendrá bien cuando estés esperando a que alguien venga a rescatarte de un dragón hambriento. Esperemos que el príncipe llegue a tiempo. Ahora bien, las tres claves de las buenas acciones son: creatividad, factibilidad y espontaneidad…

Agatha abrió la boca para hablar, pero la profesora Dovey la silenció con una mirada. Consciente de que pisaba terreno peligroso, Agatha sacó su pergamino y tomó notas junto a sus compañeros.

Antes de Cómo sobrevivir a los Cuentos de Hadas, los alumnos de ambas escuelas fueron convocados a una asamblea en el claro.

Tan pronto como Agatha salió del túnel de árboles la abordó Kiko:

—¡Tristan se cambió el color del pelo!

Agatha miró a Tristan, que estaba apoyado contra un árbol. Ahora su pelo era rubio y le caía sobre un ojo. A Agatha le recordaba a alguien.

—¡Dice que lo hizo por Beatrix! —lloriqueó Kiko, cuyo pelo seguía siendo espantosamente rojizo.

Agatha siguió la mirada de Tristan a Beatrix, que charlaba animadamente con Tedros. Tedros no podía parecer menos entusiasmado, y soplaba el flequillo rubio que le caía sobre el…

Agatha tosió. Volvió a mirar a Tristan, que también soplaba su flequillo rubio. Luego miró a Tedros, con dos botones de la camisa desabrochados y la corbata suelta son su *T* dorada. Luego miró a Tristan, que se había desabrochado dos botones de la camisa y soltado la corbata con su *T* dorada.

—¿Y si me tiño de rubia como Beatrix? —insistió Kiko—. ¿Le gustaré a Tristan?

Agatha se dio vuelta.

—Debes buscarte un nuevo enamorado de inmediato.

—¡ATENCIÓN!

Levantó la mirada y vio a todos los profesores desplegados entre los dos túneles, incluidos Castor y Pollux, cuyas cabezas se habían vuelto a reunir en su cuerpo canino.

La profesora Dovey se adelantó.

—Ha habido algunos…

—¡MUÉVANSE, VACAS PEREZOSAS! —vociferó Castor.

Los últimos Nuncas se apresuraron a salir del túnel; Sophie fue la última. Miró a Agatha con preocupación desde el otro extremo del claro. Su amiga se encogió de hombros.

La profesora Dovey abrió la boca para proseguir…

—LES HABLA CLARISSA DOVEY, DECANA DE LA ESCUELA DEL BIEN Y PROFESORA EMÉRITA DE LA ASIGNATURA DE BUENAS ACCIONES —gritó Castor.

—Gracias, Castor —dijo la profesora Dovey.

—CUALQUIER INTERRUPCIÓN O MAL COMPORTAMIENTO SE CASTIGARÁ DE INMEDIATO…

—¡GRACIAS, CASTOR! —chilló la profesora Dovey. Castor agachó la

cabeza.

La profesora Dovey se aclaró la garganta.

—Alumnos, los hemos convocado porque han corrido unos rumores desafortunados…

—Yo los llamo mentiras —interrumpió lady Lesso. Agatha reconoció a la profesora que había quitado la pintura de Sader en la Galería del Bien.

—Entonces, que quede claro —prosiguió la profesora Dovey—. En primer lugar, no existe ninguna maldición en la Escuela del Mal. El Mal aún tiene poder para derrotar al Bien.

—¡Siempre y cuando el Mal haga su tarea! —masculló el profesor Manley. Los Nuncas murmuraron, como si no lo creyeran ni por un segundo.

—En segundo lugar, el Director no toma partido por nadie —manifestó la profesora Dovey.

—¿Cómo lo sabe? —gritó Ravan.

—¿Por qué habríamos de creerle? —vociferó Hester entre los abucheos de los Nuncas.

—Porque tenemos pruebas. —El profesor Sader dio un paso adelante.

Los Nuncas se callaron. Agatha agrandó los ojos. *¿Pruebas? ¿Qué pruebas?*

Luego vio que lady Lesso parecía especialmente disgustada, lo cual confirmaba que las pruebas realmente existían. ¿Esas pruebas serían la respuesta al acertijo?

—Y, por último, pero no por eso menos importante —dijo la profesora Dovey —, la principal responsabilidad del Director es proteger al Cuentista. Por ese motivo permanece encerrado en su torre bien fortificada. Entonces, no importan los rumores que circulan, les aseguro que ningún alumno ha visto jamás al Director, ni tampoco lo hará.

Todas las miradas se fijaron en Agatha.

—Ah, ¿es esa la que dice mentiras? —observó lady Lesso.

—¡No es mentira! —replicó Agatha. Vio que Sophie sacudía la cabeza, como diciéndole que esta era una batalla que no le convenía librar.

Lady Lesso sonrió.

—Te daré otra oportunidad para redimirte. ¿Conociste al Director?

Agatha miró a la profesora del Mal, cuyos ojos color púrpura resaltaban como

canicas. Luego al profesor Sader, que sonreía con curiosidad. Luego a Sophie, del otro lado del claro, que le hacía señas para que se callara la boca…

—Sí.

—¡Le has mentido a una profesora! —advirtió lady Lesso.

—¡No es mentira! —gritó una voz.

Todo el mundo se volvió a Sophie.

—¡Las dos estuvimos allí! ¡Estuvimos en su torre!

—¿Y supongo que también habrán visto al Cuentista? —soltó Beatrix con tono despectivo.

—¡Casualmente, sí! —contestó Sophie.

—¿Y también comenzó tu cuento de hadas?

—¡Así fue! ¡Comenzó nuestro cuento de hadas!

—¡Salve, reina de las Tontas! —proclamó Beatrix, ante las carcajadas de todos.

—¡Entonces tú debes ser la Gran Emperatriz!

Beatrix se volvió hacia Agatha con los brazos en jarras.

—¡Puaj! El «Error» —rezongó Beatrix—. El Bien jamás se había equivocado tanto.

—¡Tú no reconocerías el Bien ni aunque se trepara por tu vestido! —gritó Agatha.

Beatrix jadeó con tanta fuerza que Tedros sonrió.

—¡No le hables así a Beatrix! —ordenó una voz.

Agatha se dio vuelta y vio al rubio Tristan.

—¿Beatrix? —refutó Agatha—. ¿Estás seguro de que no prefieres a Tedros? ¡A él le encantaría casarse consigo mismo!

Tedros dejó de sonreír. Estupefacto, miró a Agatha, a Tristan, a Beatrix… Pero perdió la paciencia y le dio un puñetazo en la boca a Tristan. Tristan desenvainó su espada de entrenamiento embotada, al tiempo que Tedros extrajo la suya y se batieron en un duelo público. Pero Tristan había estado observando a Tedros en Esgrima, así que ambos usaron exactamente las mismas estocadas, las mismas fintas, incluso los mismos gritos, hasta que nadie supo quién era quién.

En lugar de intervenir, el profesor Espada, que era quien les daba clases de

esgrima, se retorció el largo bigote.

—Mañana, en clase, lo analizaremos en profundidad.

Los Nuncas tuvieron una respuesta más inmediata.

—¡PELEAAAAA! —vociferó Ravan.

Los Nuncas corrieron hacia los Siempres, pasaron por encima a los aturdidos lobos y arremetieron contra los espadachines en duelo. Los chicos del Bien se sumaron a la pelea e instigaron a una riña de dimensiones épicas que salpicó de lodo a las niñas. Agatha no pudo evitar reírse de las chicas, hincadas de rodillas por haberse manchado de lodo, hasta que Beatrix, mugrienta, la señaló.

—¡Ella empezó todo!

En medio de gritos, las chicas del Bien persiguieron a Agatha, que se trepó a un árbol. Cerca de allí, Tedros consiguió sacar la cabeza de debajo de una montaña de chicos y vio pasar corriendo a Sophie.

—¡Socorro! —gritó.

Sophie le pisó la cabeza mientras corría para ayudar a Agatha, a quien Beatrix estaba acribillando a guijarros. Luego vio a Hort con el rabillo del ojo.

—¡Eh, tú! ¡Devuélveme mi verruga!

Hort corrió alrededor de la multitud en guerra y Sophie lo persiguió, hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para alzar una rama caída y arrojársela a la cabeza; Hort se agachó y la rama golpeó en la cara a lady Lesso.

Los alumnos quedaron petrificados.

Lady Lesso se tocó la mejilla fría y lastimada. Al ver sangre en su mano, se volvió extrañamente tranquila.

Levantó una larga uña roja y señaló a Agatha.

—¡Enciérrenla en la torre!

Un enjambre de hadas atrapó a Agatha y se la llevó a las rastras hacia el túnel de los Siempres. Tedros sonrió.

—¡No! ¡Es mi culpa! —gritó Sophie.

—Y a ella —ordenó lady Lesso, señalando a Sophie con el dedo manchado de sangre— llévenla al Salón de Torturas.

Antes de que Sophie pudiera gritar, una zarpa le tapó la boca y la arrastró frente a sus paralizados compañeros de clase hasta la oscuridad de los árboles.



¡Sophie no podía sobrevivir a la tortura! ¡No podía sobrevivir al verdadero Mal!

Mientras las hadas se la llevaban escaleras arriba, Agatha derramó lágrimas de pánico y vio, abajo, a los profesores que ingresaban en el vestíbulo.

—¡Profesor Sader! —exclamó, aferrándose al pasamanos—. ¡Tiene que creernos! ¡El Cuentista cree que Sophie es una villana! ¡Va a matarla!

Sader y veinte profesores miraron hacia arriba, alarmados.

—¿Cómo puede ver nuestra aldea? —vociferó Agatha mientras las hadas la arrancaban de la barandilla—. ¿Cómo volvemos a casa? ¿Qué tiene una princesa que un villano no tiene?

Sader sonrió.

—Preguntas. Siempre en grupos de tres.

Los profesores se rieron y se dispersaron. («¿Vio al Cuentista?», musitó el profesor Espada. «Ella es la que come golosinas», explicó la profesora Anémona).

—¡No! ¡Tiene que salvarla! —rogó Agatha, pero las hadas la arrastraron hasta su habitación y la encerraron.

Desesperada, trepó al dosel de su cama, junto a pinturas de héroes de expresión adusta, y buscó el mosaico roto en el cielorraso… Pero ya no estaba roto. Alguien lo había reparado.

Agatha palideció. Sader era su única esperanza, y él se negaba a responder preguntas. Ahora su única amiga moriría en ese calabozo, todo por culpa de una pluma mágica que había confundido una princesa con una bruja.

Entonces se le ocurrió una idea. Fue algo que Sader había dicho en clase.

Si tienen preguntas…

Sin aliento, Agatha vació su canasta de libros de texto.



Un lobo gris, estoico y eficiente, tironeó de la larga cadena sujeta a un estrecho collar de hierro alrededor del cuello de Sophie. Al borde de las frías y húmedas paredes de la alcantarilla, no podía luchar contra la correa de metal; si daba un paso en falso, resbalaría del estrecho sendero y caería en una cloaca repleta de

lodo. Del otro lado del río negro y putrefacto vio que dos lobos arrastraban al gimiente Vex desde la dirección a la que ella se dirigía. Vex cruzó la mirada con Sophie; los párpados enrojecidos, llenos de odio. Después de su padecimiento en el Salón de Torturas, salía de allí más villano que antes.

Agatha, Sophie se dijo a sí misma. *Agatha nos llevará a casa*.

Contuvo las lágrimas. Debía permanecer viva por ella.

Cuando se acercó al límite de la cloaca, donde el lodo se convertía en el agua cristalina del lago, tocó una rejilla oxidada en la sólida pared de piedra. El lobo abrió la puerta de una patada y la empujó dentro. Cuando Sophie levantó la cabeza vio un oscuro calabozo iluminado por una única antorcha. Mirara donde mirase había instrumentos de tortura: rueda, potro, cepo, sogas, ganchos, garrote, dama de hierro, empulgueras, y una colección aterradora de lanzas, palos, varas, látigos y cuchillos. El corazón se le detuvo. Se dio vuelta, y vio dos ojos rojos que brillaban en un rincón.

Lentamente surgió desde las sombras un enorme lobo negro, del doble de tamaño que los demás. Sin embargo, este tenía cuerpo humano, con pecho robusto y velludo, brazos nervudos, pantorrillas prominentes y pies enormes. La Bestia abrió un rollo de pergamino y leyó con un gruñido profundo.

—Sophie del Bosque Lejano, ha sido citada al Salón de Torturas por los siguientes delitos: conspiración para cometer actos de falsedad, alteración del orden durante una asamblea, intento de asesinato de un miembro del profesorado…

—*¡Asesinato!* —Sophie dio un grito ahogado.

—Incitación a disturbios públicos, cruce de límites asamblearios, destrucción de bienes de la escuela, acoso a otros alumnos, y crímenes contra la humanidad.

—Me declaro inocente de todas las acusaciones —replicó Sophie—. Especialmente de la última.

La Bestia tomó su cara entre sus zarpas.

—¡Culpable hasta que se pruebe su inocencia!

—¡Suélteme! —gritó Sophie.

El lobo la olisqueó en el cuello.

—¡Eres como un durazno apetitoso!

—¡Me dejará marcas!

Para su sorpresa, la Bestia la soltó.

—Para encontrar el punto débil en general se necesita una paliza.

Sophie miró a la Bestia, confundida. Esta se lamió el hocico y sonrió.

Gritando, Sophie corrió hacia la puerta; la Bestia la aplastó contra la pared y encadenó sus brazos a unos ganchos sobre su cabeza.

—¡Suélteme!

La Bestia caminó junto a la pared, buscando un castigo adecuado.

—¡Por favor, no sé lo que habré hecho, pero lo lamento! —gimió Sophie.

—Los villanos no aprenden pidiendo perdón —respondió la Bestia. Se quedó mirando una porra y luego siguió caminando. —Los villanos aprenden sufriendo.

—¡Por favor! ¡Que alguien me ayude!

—El dolor los hace más fuertes —dijo la Bestia mientras acariciaba la punta de una lanza oxidada, y después volvió a colgarla.

—¡Socorro! —chilló Sophie.

—El dolor los hace crecer.

La Bestia eligió un hacha. Sophie palideció como un fantasma. La Bestia avanzó hacia Sophie, con el mango del hacha en la zarpa carnosa.

—El dolor los hace malvados.

Tomó en sus manos el cabello de Sophie.

—¡No! —exclamó Sophie, ahogándose.

La Bestia alzó el hacha.

—¡Por favor!

El filo del hacha cortó su cabello.

Sophie se quedó mirando los largos rizos, dorados y hermosos, tirados en el piso negro del calabozo. Abrió la boca, inmóvil, sin poder emitir sonido. Lentamente levantó su cara aterrorizada y miró los grandes ojos rojos de la Bestia. Luego sus labios temblaron, su cuerpo quedó colgado de las cadenas, y estalló en llanto. Hundió la cabeza trasquilada en su pecho y lloró. Lloró hasta que se le tapó la nariz y ya no pudo respirar, con la túnica negra manchada de saliva y las muñecas sangrantes, lastimadas por las argollas.

En eso oyó el chasquido de una cerradura. Sophie levantó los ojos, enrojecidos de tanto llorar, y vio que la Bestia la descolgaba de la pared.

—Vete —gruñó, y volvió a colgar el hacha. Cuando la Bestia se dio vuelta, Sophie ya no estaba.

La Bestia salió de la celda y se arrodilló en el punto límite, entre las aguas turbias y claras. Hundió las cadenas ensangrentadas entre las corrientes de ambas direcciones para limpiarlas. Mientras quitaba las últimas manchas de sangre, vio su reflejo en el fango…

Pero no era su imagen. La Bestia giró en redondo… Y Sophie la empujó.

La Bestia pataleó entre el agua y el lodo, gruñendo y sacudiéndose para llegar a la pared. Las corrientes eran demasiado fuertes. Ella lo vio ahogarse y hundirse como una piedra.

Sophie se alisó el pelo y se encaminó hacia la luz, tratando de no vomitar.

El Bien perdona, decían las reglas.

Pero las reglas estaban mal. Tenían que estarlo. Porque ella no había perdonado.

En absoluto.

14

La Solución del Guardián de la Cripta

La cubierta era de seda plateada, con una imagen del resplandeciente Cuentista entre los cisnes blanco y negro.

Historia del bosque, libro de texto

Augusto A. Sader

Agatha abrió la primera página.

«Este libro refleja SOLO la visión de su autor. La interpretación que hace el profesor Sader de la historia es personal, y el profesorado no la comparte.

Atentamente, Clarissa Dovey y Lady Lesso, decanas de la Escuela del Bien y del Mal».

Agatha se alegró al ver que el profesorado desaprobaba el libro que tenía entre las manos. Le dio más esperanzas de que en algún lugar de estas páginas estuviera la respuesta al acertijo. La diferencia entre una princesa y una bruja… la prueba de que el Bien y el Mal estaban equilibrados… ¿Podían ser iguales?

Dio vuelta la página para empezar a leer, pero no vio ninguna palabra. En el papel podían verse unos dibujos hechos con puntos repujados en un arcoíris de colores, pequeños como puntas de alfiler. Agatha dio vuelta la página. Más puntos. Pasó página tras página. Ni una sola palabra. Apoyó la cara en el libro, frustrada. La voz del profesor Sader retumbó:

«Capítulo catorce: la Gran Guerra».

Agatha dio un salto, sobresaltada. Delante de sus ojos se materializó una fantasmal escena tridimensional sobre la página del libro: un diorama viviente, de colores desvaídos como las pinturas de Sader en la galería. Se puso en cuclillas para observar cómo se desplegaba una visión silenciosa de tres ancianos arrugados, de barbas hasta el piso, tomados de la mano en la torre del Director. Cuando los ancianos abrieron las manos, el resplandeciente Cuentista salió levitando hasta una conocida mesa de piedra blanca. La voz incorpórea de Sader continuó:

«Recuerden que en el capítulo uno, los tres videntes del Bosque Infinito llevaron al Cuentista a la Escuela del Bien y del Mal, pues juzgaban que era el único lugar donde estaría protegido de la corrupción…».

Agatha observó boquiabierta. Sader, que era ciego, no podía escribir historia, pero podía verla y deseaba que sus alumnos pudieran hacer lo mismo. Cada vez que Agatha daba vuelta una página y tocaba los puntos, la historia adquiría vida en su narración. La mayor parte del capítulo catorce narraba lo que Sophie le había contado en el almuerzo: que la Escuela era administrada por dos hermanos hechiceros, uno bueno, el otro malvado, y el amor que se tenían era más fuerte que la lealtad que profesaban a cada bando. Pero con el tiempo, el hermano malvado se dejó llevar por la tentación, hasta que vio un solo obstáculo que se interponía entre él y el poder infinito de la pluma… su propio hermano.

Las manos de Agatha siguieron deslizándose sobre los puntos para observar

escenas completas de batallas de la Gran Guerra, las alianzas, las traiciones, y cómo terminaba todo. Se detuvo al ver una figura familiar vestida de túnica plateada y máscara alzándose entre la terrible masacre de la batalla, con el Cuentista en la mano:

«De la lucha final entre el hermano malvado y el hermano bondadoso surgió un vencedor que no era leal a ninguno de los bandos. En la Gran Tregua, el Director victorioso juró sobreponerse al Bien y al Mal y proteger el equilibrio durante el tiempo que tuviera de vida. Por supuesto, ninguno de los bandos confió en el vencedor. Pero no les hizo falta».

Con un destello, la escena pasó al hermano moribundo, a punto de perecer quemado, que desesperadamente alzaba su mano al cielo y desencadenaba una explosión de luz plateada.

«El hermano vencido utilizó sus últimos restos de magia para crear un último hechizo contra su hermano gemelo: una manera de probar que el Bien y el Mal seguían siendo iguales. Mientras esta prueba permaneciera intacta, el Cuentista no se corrompería y el bosque se mantendría en perfecto equilibrio. En cuanto a cuál es esa prueba…».

El corazón de Agatha latió con fuerza.

«Permanece en la Escuela del Bien y del Mal hasta el día de hoy».

La escena se apagó.

Agatha dio vuelta la página rápidamente y tocó los puntos. La voz del profesor Sader retumbó:

«Capítulo quince: la Plaga de Cucarachas del Bosque».

Agatha arrojó el libro contra la pared, seguido de otros tantos, dejando grietas en los rostros de las parejas pintadas sobre las paredes. Cuando se quedó sin libros para arrojar, enterró la cara en la cama.

¡Por favor, ayúdanos!

Entonces, en el silencio que siguió a las oraciones y al llanto, sintió algo. Ni siquiera fue un pensamiento, sino un impulso.

Agatha levantó la cabeza.

Se le había revelado la respuesta al acertijo.



Es solo un corte de pelo, Sophie se dijo a sí misma mientras atravesaba un matorral de acianos. *Nadie se dará cuenta siquiera*. Pasó entre dos árboles hacia el Claro Oeste y se acercó a su grupo desde atrás,

Solo debía encontrar a Agatha y…

Todo el grupo se dio vuelta al mismo tiempo. Nadie se rio. Ni Dot. Ni Tedros. Ni siquiera Beatrix. Todos la miraron boquiabiertos, tan horrorizados que a Sophie se le cortó la respiración.

—Disculpen, tengo algo en el ojo… —Y se agachó detrás de un rosal azul y respiró agitadamente. No podía soportar ni un segundo más de humillación.

—Al menos ahora te pareces a una Nunca —observó Tedros, apareciendo detrás del arbusto—. Nadie se equivocará como me pasó a mí.

Sophie se puso roja de vergüenza.

—Eso te pasa por ser amiga de una bruja —dijo el príncipe muy serio.

Ahora Sophie se puso del color de una granada.

—Mira, no está tan mal. Al menos, no tanto como tu amiga.

—Si me disculpas… —musitó Sophie, púrpura a estas alturas—. Tengo algo en el otro ojo…

Salió corriendo y se aferró a Dot como a una balsa salvavidas.

—¡Dime dónde está Agatha!

Pero Dot seguía mirando su pelo. Sophie se aclaró la garganta.

—Ah, ehh, todavía no la dejan salir de su habitación —respondió Dot—. Lástima que se pierda el Metro Floral. Si es que Yuba encuentra al conductor —dijo, señalando al gnomo, que, malhumorado, tocaba con el bastón una parcela de calabazas. La mirada de Dot volvió a posarse en el cabello de Sophie.

—Es… bonito.

—Por favor, no sigas —dijo Sophie amablemente.

Los ojos de Dot se inundaron de lágrimas.

—¡Eras tan bonita!

—Ya crecerá otra vez —afirmó Sophie, intentando no llorar.

—No te preocupes —gimoteó Dot—. Algún día, alguien lo suficientemente malvado matará a ese monstruo.

Sophie se puso tensa.

—¡Todos a bordo! —anunció Yuba.

Sophie se dio vuelta y vio que Tedros abría una calabaza azul como si fuera una tetera y desaparecía en su interior.

Sophie entrecerró los ojos.

—Qué diablos…

En eso sintió que algo la tocaba en la cadera y miró hacia abajo. Yuba le entregó un pase para el Metro Floral y abrió la tapa de la calabaza. En su interior, Sophie vio a una oruga vestida con esmoquin de terciopelo violeta y un sombrero de copa haciendo juego, flotando en un remolino de colores pastel.

—Está prohibido escupir, estornudar, cantar, moquear, balancearse, maldecir, golpear, dormir u orinar en el Metro Floral —ordenó la oruga, con la actitud más hosca que se pueda imaginar—. Si no obedecen, les quitaremos la ropa. ¡Todos a bordo!

Sophie se volvió hacia Yuba.

—¡Espere! ¡Tengo que encontrar a mi amig… —Antes de que terminara de hablar, apareció una enredadera y la metió en la calabaza.

Demasiado aturdida para gritar, se hundió en un deslumbrante torbellino de colores rosa, azul y amarillo, mientras otros tallos se le enroscaban alrededor del cuerpo como si fueran cinturones de seguridad. Sophie oyó un silbido y, cuando se dio vuelta, vio un atrapamoscas verde gigantesco que se la tragó. Gritó mientras unas enredaderas la sacaron de su encierro y la metieron en un túnel de niebla caliente y cegadora enganchándola a algo que la mantenía en movimiento mientras sus brazos y piernas colgaban en el arnés de hiedra. Luego la niebla se disipó, y Sophie fue testigo de un espectáculo mágico único.

Era un sistema de transporte subterráneo, grande como toda una aldea y hecho íntegramente de plantas luminiscentes. Los pasajeros iban colgados de correas de enredaderas enganchadas a troncos brillantes de colores diferentes, cubiertos de flores a tono. Estos troncos se entrecruzaban en un colosal laberinto de vías. Algunos tenían recorridos paralelos, mientras que otros tenían recorridos perpendiculares y se bifurcaban en distintas direcciones, pero todos ellos transportaban pasajeros a destinos específicos en el Bosque Infinito. Sophie observó atónita a una hilera de enanos adustos que, con picos mineros en los cinturones, viajaban aferrados a las correas de un tronco rojo fluorescente con el nombre LÍNEA ROSALINDA. En dirección opuesta transitaba la LÍNEA ARBÓREA,

donde iba una familia de osos vestidos con trajes y tapados almidonados, colgados de enredaderas color verde trébol. Estupefacta, Sophie miró hacia abajo el nombre de la LÍNEA HIBISCO donde ella viajaba, y vio al resto de su grupo balanceándose en un tronco azul eléctrico. Pero solo los Nuncas estaban sujetos con arneses.

—El Metro Floral es solo para los Siempres —gritó Dot—. Tienen que permitirnos entrar porque somos de la misma escuela. Pero no confían en nosotros.

A Sophie no le importó. De haber podido, hubiese andado en el Metro Floral durante el resto de su vida. Aparte del ritmo vertiginoso y tranquilizador y de los aromas deliciosos, había una orquesta de lagartos para cada línea: los lagartos de la LÍNEA MANDARINA tocaban alegres banjos, los de la LÍNEA VIOLETA, sensuales sitares, y los de la línea de Sophie tocaban melodías rápidas con flautines, acompañados por ranas azules que cantaban alegremente. Para que los pasajeros no pasaran hambre, cada línea servía sus propios refrigerios; en la LÍNEA HIBISCO pasaban azulejos ofreciendo magdalenas de maíz azul y jugo de arándanos. Por una vez en su vida, Sophie tenía todo lo que necesitaba. Se aflojó y se olvidó de chicos y bestias, mientras las enredaderas la levantaban cada vez más arriba en un remolino de luz azulada. Sintió en el cuerpo viento, aire y luego tierra, y con los brazos desplegados hacia arriba, brotó del suelo como un jacinto color cielo…

Y de repente se encontró en un cementerio.

En las colinas yermas había lápidas del color del cielo gris. De un agujero en el suelo junto a Sophie brotaron otros compañeros de clase, tiritando de frío.

—¿Dddddóndde essstammmos? —preguntó, castañeteando los dientes.

—En el Jardín… del… Bien y del Mal —se estremeció Dot, mientras mordisqueaba un lagarto de chocolate.

—A mmí no mme ppparece ninggggún jjjardín —respondió Sophie.

Luego Yuba encendió unas pequeñas hogueras alrededor del grupo con su bastón mágico y entró en calor. Sophie y sus compañeros respiraron aliviados.

—Dentro de algunas semanas cada uno de ustedes podrá realizar hechizos —manifestó el gnomo entre risitas de entusiasmo—. Sin embargo, los hechizos no sustituyen a las técnicas de supervivencia. Los gusanos mortuorios viven cerca

de las tumbas y pueden salvarles la vida cuando escasea el alimento. ¡Hoy deberán encontrarlos y comerlos!

Sophie se apretó la barriga, asqueada.

—¡Andando! ¡En grupos de dos! —ordenó el gnomo—. ¡El equipo que coma más gusanos mortuorios ganará el desafío! —exclamó, fijando la mirada en Sophie—. Quizá nuestra oveja negra pueda redimirse.

—La oveja negra no hace nada sin su novia —murmuró Tedros.

Sophie se deprimió al ver que su príncipe hacía pareja con Beatrix.

—Vamos —dijo Dot, devolviéndola a la realidad—. Podemos ganarles.

Entusiasmada, Sophie comenzó a buscar en el suelo junto a Dot, atenta a permanecer cerca del fuego.

—¿Qué aspecto tienen los gusanos mortuorios?

—Son gusanos —respondió Dot.

Sophie pensaba qué contestarle cuando vio una silueta en la distancia que se recortaba sobre una colina. Era un gigante monumental, con barba larga y negra, gruesas rastas y piel de color negro azulado. Cavaba una hilera de tumbas, y su único atuendo era un pequeño taparrabo marrón.

—Él se ocupa de todo, el Guardián de la Cripta —le dijo Dot a Sophie—. Por eso hay tanto trabajo atrasado.

Sophie siguió la mirada de Dot y, detrás del gigante, vio una hilera de más de tres kilómetros formada por cadáveres y ataúdes a la espera de ser enterrados. De inmediato pudo ver la diferencia entre los ataúdes de piedra negra de los Nuncas y los de los Siempres, hechos de cristal y oro. Pero también había algunos cadáveres sin ataúd, que yacían al descubierto sobre la colina, debajo de un círculo de buitres que sobrevolaban.

—¿Por qué no tiene ayuda? —preguntó Sophie, sintiendo náuseas.

—Porque nadie puede interferir con el sistema del Guardián de la Cripta —murmuró Hort—. Mi papá esperó dos años —dijo con voz quebrada—. A mi papá lo mató el mismísimo Peter Pan. Se merece una tumba como la gente.

Ahora todo el grupo observaba cómo el Guardián de la Cripta cavaba las tumbas. Entonces sacó un gran libro de su pelambre y escudriñó una de sus páginas. Luego levantó un ataúd de oro que contenía a un hermoso príncipe y lo arrojó al foso vacío. Caminó entre la fila de cadáveres, tomó un ataúd de cristal

que contenía a una hermosa princesa y lo puso en la misma tumba, junto al ataúd del príncipe.

—Anastasia y Jacob. Murieron de hambre durante su luna de miel. Pudieron haberlo evitado si hubiesen prestado atención en clase —soltó Yuba.

Refunfuñando, los alumnos reanudaron la caza de gusanos mortuorios, pero Sophie siguió observando al Guardián, que otra vez consultó su libro antes de elegir a un ogro sin ataúd y arrojarlo en el siguiente foso. Volvió a mirar el libro y luego apoyó la tumba plateada de una reina majestuosa junto a la de un rey.

Sophie paseó la mirada por el cementerio y observó el mismo patrón en cada colina y valle. Las tumbas de los Siempres tenían dos lápidas: chico y chica, marido y mujer, príncipe y princesa, unidos en la vida y en la muerte. Los Nuncas eran enterrados solos.

Para Siempre. El paraíso juntos. Nunca Más. El paraíso solos.

Sophie se quedó petrificada. Sabía la respuesta al acertijo del Director.

—Quizá deberíamos buscar en la Sierra Necro —suspiró Yuba—. Andando, alumnos.

—Cúbreme —Sophie pidió a Dot en un murmullo.

Dot giró en redondo.

—¿Adónde…? ¡espera! Somos un…

Pero Sophie ya corría entre las lápidas lejanas hacia la entrada al Metro Floral.

—…equipo —se lamentó Dot.

Poco después, en el Bosque Azul, cinco estínfalos levantaron la mirada del macho cabrío que devoraban y vieron a Sophie con un huevo en su mano.

—Volvamos a intentarlo, ¿qué les parece?



Había estado allí siempre, pensó Agatha mientras contemplaba las paredes. El arma que hacía que el Bien fuera invencible contra el Mal. Aquello que un villano no puede tener jamás, pero de lo que una princesa no puede prescindir. La tarea que las enviaría a ella y a Sophie a casa.

Si es que Sophie seguía con vida.

Agatha volvió a sentir terror e impotencia. No podía quedarse aquí sentada mientras a Sophie la estaban torturando…

En ese momento oyó gritos afuera. Giró en redondo y vio que Sophie era lanzada a través de su ventana por un estínfalo dando corcovos.

—¡El amor! —dijo Sophie, jadeando.

—¡Estás viva! Tu pelo —dijo Agatha en un grito ahogado.

—El amor es lo que una villana jamás puede tener y sin lo que una heroína no puede vivir.

—Pero ¿qué te hicieron?… Estás…

—¿Tengo razón o no?

Agatha se dio cuenta de que Sophie no tenía intención de hablar sobre lo ocurrido en el Salón de Torturas.

—Casi. —Y señaló las pinturas de la pared, con imágenes de héroes y heroínas abrazados y los labios fundidos en un beso.

—El beso del amor verdadero —musitó Sophie.

—Si tu amor verdadero te besa, no puedes ser una villana —indicó Agatha.

—Y si no encuentras el amor, entonces no puedes ser una princesa —dijo Sophie.

—Y volvemos a casa. —Agatha tragó saliva—. Yo cumplí con mi mitad. La tuya no es tan simple.

—Ay, ¡por favor! Puedo hacer que cualquiera de esos asquerosos Nuncas se enamore de mí. Solo dame cinco minutos, un armario de escobas vacío y…

—Solo hay uno, Sophie —explicó Agatha con la voz quebrada—. Por cada Siempre solo hay un amor verdadero.

Sophie la miró a los ojos. Se dejó caer en la cama.

—Tedros.

Agatha asintió con pena. El camino a casa conducía a la única persona que podía arruinarlo todo.

—¿Tedros tiene que… besarme? —preguntó Sophie, con la mirada vacía.

—Y nadie puede engañarlo, embaucarlo u obligarlo a que lo haga. Tiene que sentirlo.

—Pero ¿cómo? ¡Él cree que soy una villana! ¡Me odia! Aggie, es el hijo de un rey. Es hermoso, es perfecto, y yo… ¡mírame!

Tocó su cabello recortado y su enorme túnica.

—Soy…, soy…

—Todavía una princesa.

Sophie la miró.

—Y es la única manera en que volveremos a casa —señaló Agatha con una sonrisa forzada—. Así que tenemos que hacer que ese beso se haga realidad.

—¿Tenemos? —dijo Sophie.

—Sí, las dos juntas —respondió Agatha con voz ronca. Sophie la abrazó con fuerza.

—Iremos a casa, Aggie.

Pero en sus brazos, Agatha sintió otra cosa. Algo que le sugirió que el Salón de Torturas le había quitado a su amiga mucho más que la cabellera. Agatha sofocó sus dudas y abrazó con fuerza a Sophie.

—Un beso y todo habrá terminado —murmuró.

Mientras las amigas se abrazaban en una torre, en otra torre el Director observaba cómo el Cuentista terminaba una magnífica ilustración de las dos chicas abrazadas. La pluma agregó unas últimas palabras floridas debajo, como cierre del capítulo.

«Pero un beso siempre tiene un precio».

15

Elige tu Ataúd

Cada vez que Tedros se sentía estresado, hacía ejercicio. Así que, si lo veían transpirando a las seis de la mañana en el Salón de Belleza, lanzando martillos, haciendo pesas y nadando, significaba que tenía muchas cosas en qué pensar. Era comprensible. Durante la noche habían dejado las invitaciones al Baile de Nieve por debajo de las puertas.

Mientras escalaba cuerdas hechas de cabello rubio trenzado, maldijo tener que pasar la Navidad en un Baile. ¿Por qué todo lo que hacían los Siempres giraba alrededor de sofocantes Bailes formales? El problema con los Bailes era que los chicos debían hacer todo el trabajo. Las chicas podían coquetear y tramar y desear todo lo que quisieran, pero finalmente era el chico el que debía elegir y esperar que lo aceptaran. A Tedros no le preocupaba que lo aceptaran, sino que no había ninguna chica a la que quisiera invitar.

No recordaba la última vez que realmente le había gustado alguna chica. Y, sin embargo, siempre había una que lo seguía a todas partes y decía ser su novia. Siempre le pasaba lo mismo. Juraba olvidarse de las chicas, luego veía que una llamaba la atención, se proponía conseguirla, lo hacía, y descubría que ella era solo una engreída cazadora de príncipes que le había echado el ojo desde el principio. La Maldición de Beatrix. No. Había un título mejor.

La Maldición de Ginebra.

Tedros solo tenía nueve años cuando su madre, Ginebra, huyó con el caballero Lancelot y los abandonó a él y a su padre. Él oyó los rumores. «Ella encontró el amor». Pero ¿y todas esas veces que le había dicho a su padre que lo amaba? ¿Y todas las veces que se lo dijo a él? ¿Cuál de los amores era real?

Una noche tras otra Tedros vio cómo su padre se derrumbaba por la pena y la bebida. Un año más tarde falleció. Con sus últimos estertores, el rey Arturo tomó la mano de su hijo.

—El pueblo necesitará una reina, Tedros. No cometas mis errores. Busca una chica que sea realmente buena.

Tedros subió más alto por las trenzas doradas y las venas se marcaron en sus músculos.

No cometas mis errores.

Resbaló de la cuerda y se desplomó sobre un colchón blando. Con las mejillas rojas, miró enfadado las provocadoras cascadas de cabello.

Todas las chicas aquí eran errores. Todas eran Ginebra, que confundían el amor con los besos.



El sol de la mañana acarició la almohada de Agatha. Despertó y vio a Sophie acurrucada en la antigua cama de Reena.

—¿Por qué sigues aquí? ¡Si los lobos te descubren, volverás al Salón de Torturas! Además, deberías estar en tu escuela escribiendo ese poema de amor anónimo a Tedr…

—No me contaste que había un Baile.

Sophie levantó una invitación con forma de copo de nieve brillante y el

nombre de Agatha escrito con perlas.

—Bah, ¿a quién le importa un estúpido Baile? —gruñó Agatha—. Ya nos habremos ido. Ahora, asegúrate de que ese poema hable sobre quién es él como persona, su honor, su valor, su coraj…

Sophie estaba oliendo la invitación.

—¡Sophie, escúchame! ¡Cuanto más se aproxime la fecha del Baile, Tedros más buscará una pareja! ¡Cuanto más busque una pareja, más se enamorará de otra chica! ¡Y cuanto más se enamore de otra chica, más terminaremos muriéndonos aquí! ¿Entiendes?

—¡Pero yo quiero ser su pareja!

—¡Y TÚ NO ESTÁS INVITADA!

Sophie frunció los labios.

—Sophie, ¡Tedros tiene que besarte ahora; de lo contrario, no volveremos nunca a casa!

—De verdad, ¿controlan las invitaciones en el Baile?

Agatha le arrancó la invitación de las manos.

—¡Estúpida de mí! ¡Y yo que pensé que querías seguir viva!

—¡Pero no puedo perderme el Baile!

Agatha la empujó hacia la puerta.

—Ve por el túnel de árboles…

—Vestíbulo de mármol, vestidos con brillantes, bailar el vals bajo las estrellas…

—Si te descubre un lobo, solo di que estás perdida…

—¡Un Baile, Aggie! ¡Un Baile de verdad!

Agatha la sacó a empujones. Sophie la miró, frunciendo el entrecejo.

—Mis compañeras de cuarto me ayudarán. Esas sí que son amigas. —Y dio un portazo ante el asombro de Agatha.

Diez minutos más tarde, Hester dio un pisotón y casi mató a la rata de Anadil.

—¿AYUDA? ¡QUE AYUDE A UNA NUNCA A BESAR A UN SIEMPRE! ¡PREFIERO METER LA CABEZA EN EL TRASE…!

—Sophie, ningún villano jamás encuentra el amor —indicó Anadil, con la esperanza de que el sentido común salvara a sus ratas—. El solo hecho de

buscarlo es una traición a tu propia alma…

—¿Quieres que vuelva a mi casa? —repuso Sophie, mientras se quitaba las hojas del túnel—. Entonces ponle un maleficio a Tedros para que me invite al Baile.

—¡AL BAILE! —chilló Hester—. ¿CÓMO SABES SIQUIERA QUE HAY UN BAILE?

—¿Una villana en un Baile? —receló Dot.

—¡Una villana bailando el vals! —desaprobó Anadil.

—¡Una villana haciendo reverencias! —exclamó Hester, y las tres estallaron en carcajadas.

—¡Iré a ese Baile! —dijo Sophie, furiosa.

—¡Les presento a la Bruja del Bosque Lejano! —exclamó Hester, llorando de risa.

Para la hora del almuerzo ya había dejado de reírse.

En primer lugar, Sophie llegó veinte minutos tarde a clase después de intentar encontrar una solución a su cabello disparejo. Lo ocultó con boinas, lazos y peinetas antes de decidirse por una corona de margaritas.

«No está tan horrible», suspiró. Luego entró a la clase de Afeamiento y vio que el cabello de sus compañeros se había vuelto gris después de beber pociones de ala de murciélago. De repente un «1» explotó sobre su cabeza.

—¡Espantosa! —exclamó el profesor Manley mirando el pelo de Sophie—. Perdiste tu mayor atributo de belleza, ¡perfecto!

Sophie sollozó mientras salía de la clase, pero se detuvo al oír los gritos de Hester. En el pasillo, Albemarle, un aplicado pájaro carpintero con gafas, tallaba el nombre de Sophie justo debajo del de ella en la tabla de calificaciones del Mal.

—Un pequeño conjuro de amor, Hester —Sophie le recordó con dulzura—. Y me habré ido para siempre.

Hester se alejó, ofuscada, diciéndose que, bajo ninguna circunstancia, por más extrema que esta fuera, podía alentar que una Nunca besara a un Siempre.

Al comienzo de la clase de Maldiciones, lady Lesso entró en el aula de hielo, más intolerante que de costumbre.

—Hoy en día es imposible encontrar buenos torturadores —murmuró.

—¿De qué habla? —susurró Sophie a Dot.

—¡La Bestia desapareció! —respondió Dot.

A sus espaldas, Sophie sintió náuseas.

En la prueba sobre soñar con el archienemigo, lady Lesso se puso furiosa y respondió con crueldad a todas las respuestas erróneas.

—Yo creía que soñar con el archienemigo significaba que un villano se convertía en líder —dijo Hester.

—¡No, imbécil! ¡Solo si tiene síntomas! ¡Soñar con el archienemigo no significa nada sin síntomas! —replicó lady Lesso—. Dot, ¿qué gusto sientes en la boca durante tu primer sueño con el archienemigo?

—¿Lo que comí antes de ir a dormir?

—¡Sangre, idiota! —Lady Lesso pasó las uñas por la pared de hielo—. ¡Lo que daría por ver a un verdadero villano en esta escuela! Un villano de verdad que hiciera llorar al Bien en lugar de estas pulgas asquerosas. —Cuando fue su turno, Sophie esperaba el peor maltrato, pero lady Lesso le entregó una verruga por una respuesta sin duda equivocada, y acarició su pelo rapado mientras pasaba.

—¿Por qué es amable contigo? —siseó Hester detrás de Sophie.

Sophie se hizo la misma pregunta, pero le respondió con una sonrisa.

—Porque soy la futura Capitana de Clase. Quiero decir, mientras siga en esta escuela.

Hester parecía querer romperle el cuello.

—Los conjuros de amor son villanía basura. No surten efecto.

—Estoy segura de que encontrarás uno que funcione —indicó Sophie.

—Te lo advierto, Sophie. Esto terminará mal.

—Mmm… ¿Qué te parece poner petunias en todas las habitaciones? —propuso Sophie—. Creo que esa será mi primera propuesta como Capitana de Clase.

Esa misma noche Hester escribió a sus parientes para pedirles que le enviaran conjuros de amor.



—Es algo contagioso —se lamentó Agatha, mientras miraba a las Siempres caminar por el claro, mostrándose unas a otras las invitaciones recibidas: cada copo de nieve tenía una forma diferente. Cerca de ellas, Tedros jugaba a las canicas y las ignoraba por completo. —Todos los desafíos tienen que ver con belleza para el Baile, etiqueta para el Baile, cómo entrar al Baile, historia del Baile…

Pero Sophie no la oía. Con un cubo con patas de cerdo en la mano, miraba con nostalgia a las Siempres.

—No —dijo Agatha.

—¿Y si él me lo pide?

—Sophie, ¡él debe besarte ahora, no llevarte a un estúpido Baile!

—Ay, Agatha, ¿no has leído cuentos de hadas? ¡Si me lleva al Baile, entonces me besará! ¡Como Cenicienta, a medianoche! ¡En el Baile siempre hay besos! Para entonces mi cabello habrá vuelto a crecer, tendré mis zapatos arreglados y… ¡ay, no, el vestido! ¿Puedes robarle un poco de satén a alguna de las chicas? Y también crespón de China. ¡Y tul! ¡Muchísimo tul! Prefiero que sea rosa, pero siempre está la opción de teñirlo, aunque el tul nunca queda bien si se lo tiñe. Quizá debería optar por un chifón, entonces. Es mucho más manejable…

Agatha pestañeó, estupefacta.

—Tienes razón, debería pedírselo primero —concedió Sophie mientras se levantaba de un salto—. No te enfades, querida. Será más fácil que la tabla del uno. ¡Ya verás! ¡La Princesa Sophie va al Baile!

—¡Qué haces… ARRUINARÁS TO…!

Pero Sophie ya se había alejado hacia el lado de los Siempres. Se acercó a Tedros y extendió el cubo.

—Hola, guapo. ¿Quieres un poco de… patas?

Tedros lanzó mal su canica, que fue a parar al ojo de Chaddick. Se hizo silencio en todo el claro.

Tedros se volvió a ella.

—Tu novia te está llamando. —Sophie siguió su mirada hasta Agatha, que le hacía señas para que se alejara.

—Solo está enfadada —suspiró Sophie—. Tenías razón, Tedros. Ella y yo estamos demasiado tiempo juntas. Fue por eso que ayer me fui en medio de la

clase. Para decirle que ahora debo hacer amigas nuevas.

—Dot dijo que te habías ido porque te sentías mal.

Sophie tosió.

—Ejem, bueno, estaba un poco resfriada…

—Ella dijo que tenías diarrea.

—Diarr… —Sophie tragó saliva—. Ya sabes cómo es Dot. Siempre está inventando cosas.

—No me pareció que estuviera mintiendo.

—Siempre miente. Para llamar la atención. Como ella es, ya sabes…

Tedros enarcó las cejas.

—Como ella es… gorda.

—Ya veo. —Tedros acomodó su canica—. Qué curioso. Entró a tumbas vacías para comer suficientes gusanos por las dos, solo para que tú no tuvieras un aplazo. Dijo que tú eras su mejor amiga.

—¿Eso dijo? — Sophie vio que Dot le hacía señas—. ¡Qué deprimente! —Se volvió a Tedros, que se preparaba a disparar—. ¿Recuerdas cuando nos vimos por primera vez, Tedros? Fue en el Bosque Azul. Nada de lo que sucedió después importa, ni que me pegaras, ni que me llamaras una Nunca ni que tú cayeras en la caca. Lo que importa es lo que sentiste en ese primer momento. Querías rescatarme, Tedros. Y aquí estoy. — Sophie juntó las manos.

»Cuando estés preparado. —Tedros levantó la vista.

—¿Qué?

—Para que me invites al Baile —respondió Sophie, sonriendo. El príncipe no se inmutó.

—Sé que es un poco prematuro, pero las chicas tenemos muchas cosas que organizar —insistió Sophie.

Beatrix la interrumpió.

—Aquí no hay lugar para Nuncas.

—¿Qué? Hay lugar de sobra —refunfuñó Sophie.

Pero Reena la empujó y luego otras seis chicas la hicieron salir del círculo. Sophie llamó a Tedros para que la defendiera.

—¿Puedes irte? —dijo él, con la mirada puesta en la canica—. Me estás tapando.

Agatha sonrió con suficiencia cuando Sophie regresó.
—Más fácil que la tabla del uno, ¿eh?
Sophie pasó junto a ella.
—¡Te equivocaste! —le gritó Agatha.



—¡Es por mi cabello! —dijo Sophie, sollozando.
—¡No es tu cabello! —apuntó Agatha mientras atravesaban la puerta del Bosque Azul—. Primero tienes que hacer que él guste de ti; de lo contrario, ¡nunca volveremos a casa!
—Se supone que debe ser amor a primera vista. ¡Así es en los cuentos de hadas!
—Es hora de usar un plan alternativo.
—Pero bueno, tampoco dijo que no —afirmó Sophie, esperanzada—. Quizá no fue tan mal después de todo.
Dot llegó corriendo.
—¡Todo el mundo está diciendo que llamaste mentiroso a Tedros, que le arrojaste caca en la cara y que le lamiste los pies!
Sophie se volvió hacia Agatha.
—¿Cuál es el plan alternativo?
Llegaron junto al resto del grupo del bosque y encontraron ocho ataúdes de cristal sobre el césped turquesa.
—Todas las semanas repetiremos este desafío para discernir el Bien del Mal, ya que es la técnica más importante que se llevarán al bosque —anunció Yuba—. Hoy los Siempres harán la prueba. Dada la fascinación que provocaron los entierros de ayer, pensé que sería mejor que lo probaran.
Hizo entrar a un grupo de chicas Siempres y Nuncas en los ataúdes abiertos, y con un golpe de su bastón, convirtió a las ocho en princesas idénticas de cabello oscuro y caderas anchas, traseros abultados y labios gruesos.
—Soy obesa —dijo Sophie con un grito ahogado.
—Mira, es tu oportunidad —señaló Agatha, recordando las palabras de la princesa Uma—. Si Tedros es tu mayor deseo, él se sentirá atraído hacia ti. ¡Él

sabrá que eres su amor verdadero!

—¡Pero Beatrix deseará lo mismo!

—¡Tienes que desearlo con más fuerza! ¡Concéntrate en lo que hace que lo ames! ¡Concéntrate en lo que lo hace tuyo!

Yuba cerró las tapas de cristal de las chicas y mezcló los ocho ataúdes.

—Ahora, observen atentamente a las doncellas y busquen señales del Bien —indicó a los chicos—. Una vez que estén seguros de haber encontrado a una Siempre, besen su mano y se revelará su verdadera naturaleza.

Los Siempres, reacios, se acercaron a los ataúdes.

—Nosotros también queremos participar.

Yuba miró a Hort y a los Nuncas.

—Mmm, supongo que nuestras chicas tendrán otro incentivo para portarse bien —dijo el gnomo.

Dentro de los ataúdes, las ocho princesas rollizas se pusieron tensas cuando los Siempres y los Nuncas empezaron a pasear entre los ataúdes. Hort corrió hacia un arbusto azul de menta, pisó una mofeta y arrancó algunas hojas. Vio que Ravan lo miraba.

—¿Y qué? Me gusta sentir frescura —dijo Hort mientras masticaba las hojas de menta.

—¡Apresúrense y elijan a su princesa! —vociferó Yuba.

En su ataúd, Agatha deseó que Tedros mirara en lo profundo del corazón de Sophie y se diera cuenta de quién era ella en realidad…

En su ataúd, Sophie cerró los ojos y pensó en todo lo que amaba de su príncipe…

Mientras tanto, Tedros no quería a ninguna de estas chicas. Pero justo cuando estaba a punto de descartar el desafío, se sintió atraído hacia el tercer ataúd. Algo en él lo empujaba a esa doncella, aunque tuviera el mismo aspecto que las demás. Una calidez, un brillo, una chispa de energía que los unía. Sí, había algo allí. Algo que nunca antes había notado. Una de estas chicas era más de lo que parecía…

—¡Se acabó el tiempo! —dijo Yuba.

Agatha oyó un grito desgarrador y miró a Sophie, que había recuperado su cuerpo y tenía los labios incrustados en los de Hort.

Hort la soltó.

—Ah, no, era en la mano. —Y se metió otra hoja de menta en la boca. —¿Empezamos otra vez?

—¡BESTIA! —Sophie le dio una patada y el chico cayó sobre el arbusto de menta y la mofeta, que levantó la cola y lo roció en los ojos. Hort se levantó dando saltos, chocándose contra los ataúdes.

—¡Estoy ciego! ¡Estoy ciego! —hasta que volvió a caer en el ataúd de Sophie, que se cerró de golpe, y Hort, con olor a mofeta, quedó encerrado con ella. Horrorizada, Sophie golpeó el cristal, pero este no se movió.

—Regla número cinco. Los Nuncas no juegan con el amor —rezongó Yuba —. Un castigo justo. Sigamos, alumnos, veamos a quién eligieron.

Agatha oyó que se abría la tapa de su ataúd. Miró y vio que Tedros levantaba su mano gruesa hacia sus labios suaves. Aturdida, Agatha le dio un rodillazo en el pecho. Tedros cayó de espaldas, se golpeó la cabeza con la tapa del ataúd y cayó al suelo. Los Siempres se arremolinaron alrededor de él, y las princesas idénticas saltaron de sus ataúdes para ayudar, mientras Yuba conjuraba un cubo de hielo para la cabeza del príncipe. En medio del caos, Agatha aprovechó para salir de su ataúd y meterse en el de al lado.

Tedros se tambaleó, sin intención de dejar escapar a su princesa.

Yuba hizo una mueca.

—Quizá deberías sentar…

—Quiero terminar.

Con un suspiro, Yuba hizo una señal a los clones, que volvieron a sus ataúdes y cerraron los ojos.

Tedros recordaba que era el tercer ataúd. Levantó el cristal con joyas que tapaba a la doncella y besó su mano con confianza. La princesa se convirtió en Beatrix, que sonreía de oreja a oreja; Tedros soltó su mano como si fuera una piedra caliente. En el siguiente ataúd, Agatha suspiró, aliviada.

Los lobos aullaron en la distancia. Mientras la clase iba detrás de Yuba de regreso a la escuela, Agatha se quedó atrás con Sophie.

—Vamos, Agatha —la llamó Yuba—. Es una lección que Sophie tiene que aprender.

Agatha miró a Sophie que, encerrada con Hort, se apretaba la nariz mientras

gritaba y pateaba el cristal. Quizá el gnomo tenía razón. Mañana su amiga estaría dispuesta a escuchar.

—Sobrevivirá —murmuró, y siguió a los demás—. Hort es inofensivo.

Pero el problema no era Hort.

El problema era que Sophie había visto a Agatha cambiarse de ataúd.

16

Cupido Indómito

Mientras se protegía de una tormenta matinal, Agatha abordó a Hester en la fila del almuerzo de los Nuncas.

—¿Dónde está Sophie?

—No quiere salir de la habitación. Faltó a todas nuestras clases —respondió Hester, mientras un lobo metía un pedazo de carne de aspecto dudoso en su cubo—. Parece que compartir un ataúd con Hort te quita la voluntad de vivir.

Cuando Agatha logró llegar al lluvioso Puente Intermedio, su reflejo la estaba esperando, más cabizbaja y demacrada que la última vez.

—Necesito ver a Sophie —dijo Agatha, evitando mirarse a los ojos.

—Es la segunda vez que él te mira de esa manera.

—¿Eh? ¿La segunda vez que me mira quién?

—Tedros.

—Bueno, Sophie no quiere oírme.

—Entonces, quizá Sophie no sea el amor verdadero de Tedros.

—Tiene que serlo —insistió Agatha, repentinamente preocupada—. No puede ser otra persona. ¡Solo así volveremos a casa! ¿Quién más podría ser? ¿Beatrix? ¿Reena? ¿Milli…?

—Tú.

Agatha levantó la mirada. Su reflejo esbozó una sonrisa horrorosa.

Sus ojos se clavaron en sus botas mojadas.

—Es la cosa más estúpida que escuché jamás. En primer lugar, el amor es algo inventado por los libros de cuentos para mantener ocupadas a las chicas. En segundo lugar, odio a Tedros. En tercer lugar, él cree que soy una bruja malvada, lo cual, teniendo en cuenta mi comportamiento reciente, podría ser cierto. Ahora déjame pasar.

Su reflejo dejó de sonreír.

—¿Crees que eres una bruja?

Agatha se fulminó a sí misma con la mirada.

—Vamos a hacer que nuestra amiga gane a su amor verdadero para poder alejarla de él.

Inmediatamente el reflejo se tornó más horrible.

—Definitivamente malvada —sentenció, y desapareció.

La puerta de la habitación 66 estaba sin llave. Agatha encontró a Sophie acurrucada debajo de las mantas chamuscadas y harapientas.

—¡Lo vi! —siseó Sophie—. ¡Vi que él te eligió a ti! ¡Yo estoy preocupada por Beatrix, cuando eres tú la mequetrefa traicionera y desleal!

—Mira, no sé por qué Tedros me eligió —observó Agatha mientras se exprimía agua del cabello.

Sophie la fulminó con la mirada.

—¡Quiero que él te elija a ti, tonta! —gritó Agatha—. ¡Quiero que volvamos a casa!

Sophie contempló el rostro de su amiga un largo rato. Luego, con un suspiro, miró por la ventana.

—No sabes lo horrible que fue. Todavía tengo su olor, en todas partes. En mi nariz, Agatha. Le dieron su propio cuarto hasta que se le quite el hedor. ¡Pero no

hay modo de saber dónde termina el olor de la mofeta y dónde empieza el de Hort!

Temblando, Sophie se dio vuelta.

—Hice todo lo que me dijiste, Aggie. Me concentré en todas las cosas que me gustan de Tedros: su piel, sus ojos, sus pómulos…

—¡Sophie, ese es su aspecto! Tedros no sentirá una conexión si solo te gusta porque es guapo. ¡Es lo mismo que hacen las otras chicas!

Sophie frunció el entrecejo.

—No quise pensar en su corona ni en su fortuna. Me pareció superficial.

—¡Piensa en quién es él! ¡En su personalidad! ¡Sus valores! ¡Cómo es en el fondo!

—Discúlpame, pero yo sé cómo hacer que un chico se enamore de mí —rezongó Sophie mientras la hacía salir de la habitación—. Deja de arruinarlo todo y permíteme hacer las cosas a mi manera.



Parecía que el estilo de Sophie consistía en humillarse lo máximo posible.

Al día siguiente, durante el almuerzo, se acercó a Tedros en la fila de los Siempres y lo único que logró fue que sus amigos se arremolinaran alrededor de ella masticando hojas azules de menta. Luego intentó encontrarse a solas con el príncipe en Cómo sobrevivir a los Cuentos de Hadas, pero Beatrix se pegó a él como una garrapata y aprovechó cualquier oportunidad para recordarle que él había elegido su ataúd.

—Tedros, ¿puedo hablar contigo? —soltó Sophie finalmente.

—¿Y por qué va a querer hablar contigo? —señaló Beatrix.

—¡Porque somos amigos, mosquito molesto!

—¡Amigos! —reaccionó Tedros—. Ya he visto cómo tratas a tus amigos. Los usas, los traicionas, dices que son gordos, los llamas mentirosos. Te agradezco la oferta, pero no, gracias.

—Atacar. Traicionar. Mentir. ¡Parece que una de Nuestras Nuncas está usando las reglas! —exclamó Yuba, sonriendo.

Sophie estaba tan abatida que comió un trozo del chocolate de Dot.

—De alguna manera encontraremos un conjuro de amor —dijo su amiga.

—Gracias, Dot —sollozó Sophie con la boca llena—. Esto está muy bueno.

—Son excrementos de rata. Son excelentes para hacer caramelos de chocolate.

Sophie hizo arcadas.

—¿A quién le dijiste gordo? —Quiso saber Dot.

Todo empeoró. En un desafío de una semana de duración para Entrenamiento de Secuaces y Comunicación con Animales, los alumnos de las dos escuelas debieron llevar a todas partes a las criaturas que les asignaron como compañeros. Al principio, en las dos escuelas se desató el caos: hubo trolls que arrojaron a los Nuncas por las ventanas, sátiros que robaron las canastas del almuerzo, dragones bebés que incendiaron los escritorios y animales que bautizaron los pasillos del Bien con montañas de desechos.

—Es una tradición. Un intento de unidad entre las escuelas —explicó la profesora Dovey a los Siempres, con una pinza en la nariz—. Pero es insensato y está mal organizado.

Castor miró enfadado a los Nuncas que pasaban por el campanario, sitiado por sus secuaces.

—¡CUANDO SAQUEN LAS CABEZAS DE SUS TRASEROS, SE DARÁN CUENTA DE QUIÉN ES EL QUE MANDA!

Eso fue lo que pasó: tres días más tarde, el ogro bebé de Hester ya sabía usar el baño y escupir a los Siempres en el almuerzo; el perro lobo de Tedros lo seguía a todos lados; la serpiente pitón de Anadil se había hecho amiga de sus ratas; y el conejito blanco y suave de Beatrix inspiraba tanto amor que le puso Teddy de nombre. (Tedros lo pateaba cada vez que lo veía). Incluso Agatha logró enseñarle a su osado avestruz a robar golosinas sin que los profesores lo notaran.

Pero a Sophie le tocó un cupido rollizo llamado Grimm, de pelo negro y abundante, nariz chata, alas rosadas y ojos que cambiaban de color según su estado de ánimo. Sophie sabía que se llamaba Grimm porque este lo había escrito el primer día sobre las paredes de la habitación 66 con su lápiz labial favorito. El segundo día Grimm conoció a Agatha en el almuerzo y sus ojos verdes se transformaron en rojos. Luego, el tercer día, mientras Yuba enseñaba sobre los diferentes «Usos de los pozos», empezó a arrojarle flechas a Agatha, que saltó detrás del pozo del bosque justo a tiempo.

—¡LLÉVATE A ESA COSA! —chilló Tedros mientras desviaba las flechas de Grimm hacia el pozo con su espada de entrenamiento.

—¡Grimm! ¡Es mi amiga! —gritó Sophie.

Grimm guardó sus flechas con aire culpable.

El cuarto día se pasó todas las clases de Sophie rechinando los dientes en un rincón y arañando las paredes.

Lady Lesso lo miró con curiosidad.

—Cuando lo miro me parece que… —miró a Sophie y luego desechó el pensamiento—. No importa, solo dale un poco de leche y será más dócil.

La leche surtió efecto al quinto día. Pero al sexto, Grimm comenzó a disparar nuevamente contra Agatha. Sophie intentó de todo para calmarlo: le cantó canciones de cuna, le dio el mejor caramelo de chocolate de Dot, incluso le cedió su cama y ella durmió en el piso, pero esta vez nada lo detuvo.

—¿Qué hago? —imploró Sophie a lady Lesso después de clase.

—Algunos secuaces son indómitos —suspiró lady Lesso—. Es uno de los riesgos de ser villana. Pero en general se debe a que…

—¿A qué se debe?

—Eh… estoy segura de que se calmará. Siempre se calman.

Al séptimo día, Grimm empezó a volar tras Agatha durante el almuerzo, eludiendo a los alumnos y lobos que querían atraparlo, hasta que, finalmente, el demonio de Hester lo controló. Agatha miró con hostilidad a Sophie desde detrás de un árbol.

—¿Quizá le recuerdas a alguien? —gimoteó Sophie. Pero ni siquiera el demonio de Hester logró controlar a Grimm durante mucho tiempo, y al día siguiente las puntas de sus flechas tenían fuego. Agatha tuvo suficiente cuando una de las flechas le quemó la oreja. Recordando la última lección de Yuba, atrajo al cupido indómito al Bosque Azul durante el almuerzo y se escondió en el profundo pozo de piedra. Cuando Grimm se metió torpemente en el profundo hueco para encontrarla, Agatha lo golpeó con su bota y lo dejó inconsciente.

—Creí que iba a matarte —gimió Sophie cuando entre las dos taparon el pozo con una piedra.

—Puedo cuidarme sola —señaló Agatha—. Mira, faltan menos de dos meses para el Baile, y tu situación con Tedros está cada vez peor. Debemos intentar

una nueva…

—Él es mi príncipe —la interrumpió Sophie, tensa—. Yo me ocuparé de él.

Agatha ni se molestó en discutir. Cuando Sophie estuviera lista, la escucharía.



Mientras las dos escuelas se dirigían al Bosque Azul con Castor y Uma para liberar a sus secuaces, Sophie se escapó a la biblioteca de la torre Vicio.

Tuvo que reunir todas sus fuerzas para no salir corriendo apenas entró. Situada en el último piso de la torre, la biblioteca parecía un sitio normal, solo que después de haber sufrido inundaciones, incendios y tornados. Los estantes de hierro oxidado estaban torcidos en las esquinas y había miles de libros caídos al piso. Las paredes estaban cubiertas de moho verde afelpado, la alfombra marrón era húmeda y pegajosa, y el salón olía a una mezcla de humo y leche agria.

En una esquina, detrás de un escritorio, había un sapo gelatinoso fumando un cigarro y sellando un libro tras otro antes de arrojarlos al suelo.

—Tema de interés. —Eructó.

—Conjuros de amor —respondió Sophie, intentando contener la respiración.

El sapo movió la cabeza señalando un estante frío y húmedo en el rincón. Solo quedaban tres libros:

Espinas, no rosas: por qué el amor es una maldición, por el Barón Drácula
Guía de Nuncas para poner fin al amor verdadero, por el Dr. Walter Bartoli
Conjuros y pociones de amor infalibles, por Glinda Gooch

Sophie abrió este último y leyó la lista de conjuros hasta que encontró un apartado que rezaba «Conjuro 53: maleficio para el corazón del amor verdadero».

Arrancó la página y huyó antes de desmayarse por el hedor.

Dot, Hester y Anadil estudiaron el conjuro durante el almuerzo.

—Una vez que un chico esté bajo este conjuro, instantáneamente se enamorará de ti y hará lo que le pidas —leyó Anadil—. Es especialmente eficaz para sonsacar propuestas de matrimonio e invitaciones a bailes.

—¡Solo hay que mezclar la poción recetada, introducirla en una bala y dispararla al corazón del amor verdadero! —leyó Sophie, entusiasmada.

—No servirá —rezongó Hester.

—Solo estás molesta porque yo lo encontré.

Hester sacó una pila de cartas de su bolso.

—«Querida Hester, no conozco ningún conjuro de amor que funcione»; «Querida Hester, los conjuros de amor son muy peliagudos»; «Querida Hester, los conjuros de amor son peligrosos. Si usas un mal conjuro puedes deformar a una persona permanentemente».

—¡Dice que es infalible! —dijo Dot.

—¿Quién lo dice? ¿Glinda Gooch?

—Yo digo que vale la pena intentarlo, y así podremos dejar de hablar de Bailes y besos —señaló Anadil mientras leía la receta con ojos enrojecidos—. Corazón de murciélago, magnetita, hueso de gato… Son todos ingredientes comunes. Ah. Necesitamos una gota de «perfume» de Tedros.

—¿Y cómo vamos a conseguir eso? —señaló Dot—. Si un Nunca se acerca a un siempre, los lobos le caen encima. Necesitamos que lo haga un Siempre.

Agatha se sentó junto a ellas.

—¿Qué me perdí?

Sophie solo logró decir cinco palabras.

—¡No! Nada de conjuros. Nada de maleficios. ¡Nada de trampas! —la regañó Agatha—. ¡Tiene que ser amor verdadero!

—¡Pero mira! —Sophie levantó la página, con un dibujo de un príncipe y una princesa besándose en un Baile. Y el título: «¡ÚNICO SUSTITUTO AUTÉNTICO DEL VERDADERO AMOR!»

Agatha estrujó la página y la arrojó al cubo de Sophie.

—No quiero volver a oír nada al respecto.

Sophie pasó el resto del almuerzo jugueteando con su barra de queso. Dos días después, Hester sintió un codazo en mitad de la noche.

Se levantó y vio a Sophie parada sobre su cama, olfateando una corbata azul con una T dorada.

—Es un olor celestial. Estoy segura de que tenemos suficiente.

Por un momento Hester pareció confundida. Luego sus mejillas enrojecieron,

listas para explotar.

—¿Qué te parece un coro de villanos? —propuso Sophie—. Creo que será mi segunda propuesta como Capitana.

Hester se quedó toda la noche despierta, mezclando los ingredientes. Con la loza antigua de su madre, mezcló todo y preparó una poción rosada y espumosa, la cual destiló en un gas brillante que vertió en una bala con forma de corazón, arriba de la chimenea.

—Solo espero que no lo mate —gruñó Hester al entregarle la bala a Sophie.

Sophie practicó su puntería durante dos días para estar preparada. Esperó hasta Cómo sobrevivir a los Cuentos de Hadas, cuando Yuba y el grupo trepaba a los árboles para estudiar la «flora del bosque».

Cuando Tedros se estiró para alcanzar una rama de carpe azul, Sophie vio su oportunidad y puso la bala en la honda.

—Eres mío —murmuró Sophie.

La bala rosa con forma de corazón salió disparada de la honda, directo al cisne plateado sobre el corazón de Tedros, pero se volvió carmesí, rebotó como si fuera de goma y volvió a Sophie, que lanzó un grito violento y extraño. Todo el grupo miró sin poder creerlo.

La túnica negra de Sophie estaba salpicada con una letra F gigante color sangre.

—Por no respetar las reglas. —Yuba la fulminó con la mirada desde un árbol —. Nada de conjuros hasta después del Desbloqueo.

Beatrix levantó la bala rota del piso.

—¿Un conjuro de amor? ¿Intentaste un conjuro de amor sobre Tedros?

La clase estalló en carcajadas. Sophie miró a Tedros, que no podía estar más furioso. Al lado de él, Agatha la miraba de igual manera. Sophie se tapó la cara y huyó, y sus sollozos hicieron eco por todo el bosque.

—Todos los años hay un granuja que intenta algo. Pero hasta el granuja más patético sabe que no hay atajos para el amor —dijo Yuba—. Les aseguro que la semana próxima comenzaremos con los conjuros. ¡Ahora sigamos con los helechos! ¿Cómo reconocemos si un helecho no es en realidad un Nunca disfrazado? —Agatha no siguió al grupo al campo de helechos. Sentada contra un roble, contempló los pedazos de corazón rotos sobre el césped, tan

destrozados como sus sueños de volver a casa.



Hester volvió de la cena y encontró a Sophie tirada sobre su cama en un mar de lágrimas.

Sophie levantó la mirada, y la F roja de su túnica ahora parecía más brillante.

—¡No sale! ¡Intenté de todo!

Hester dejó su cartera sobre el piso.

—Estamos practicando nuestros talentos en la sala de estudio. Ven si quieres. —Abrió la puerta y se detuvo. —Te lo advertí.

Sophie dio un salto al oír el portazo.

No pudo dormir en casi toda la noche, con temor de llevar la F en el almuerzo al día siguiente. Por fin logró dormirse. Despertó cuando ya había salido el sol y todas sus compañeras habían partido a desayunar.

Agatha estaba sentada en el borde de su cama, quitándose las hojas muertas de su vestido rosa.

—Esta vez me vio un lobo. Pero lo perdí en el túnel. —Levantó la mirada a un espejo con marco dorado sobre la pared—. Se ve bien aquí.

—Gracias por traerlo —dijo Sophie con voz ronca.

—Mi cuarto está mejor sin él.

Se produjo un silencio tenso.

—Lo lamento, Agatha.

—Sophie, estoy de tu lado. Tenemos que trabajar juntas si queremos salir de aquí vivas.

—El conjuro era nuestra única esperanza —señaló Sophie con voz suave.

—¡Sophie, no podemos darnos por vencidas! ¡Tenemos que volver a casa!

Sophie se miró al espejo con los ojos inundados de lágrimas.

—¿Qué me sucedió, Agatha?

—Quieres ir al Baile sin conquistar a tu príncipe. Quieres tu beso sin hacer la tarea. Mira, yo tuve que limpiar platos después de la cena toda la semana, así que mientras lo hacía estuve leyendo. —Agatha extrajo un libro de su vestido: *Cómo conquistar a tu príncipe*, por Emma Anémona, y buscó las páginas que

había marcado.

—Según este libro, ganar el amor verdadero es el desafío fundamental. En todos los cuentos de hadas parecería amor a primera vista, pero siempre hay una técnica detrás.

—Pero yo ya…

—Cállate y escucha. Todo se reduce a tres cosas. Tres cosas que una chica debe hacer para ganar a su príncipe. Primero debes «mostrar tus fortalezas». Segundo, debes «hablar a través de las acciones, no de las palabras». Y tercero, debes «hacer alarde de otros pretendientes». Si haces estas tres tareas y las haces bien, tendremos una…

Sophie levantó la mano.

—¿Qué?

—¡No puedo mostrar nada en esta bolsa de papas, no puedo actuar con esa diabla al lado mío, y no tengo pretendientes salvo un chico que parece y huele como una rata! ¡Mírame, Agatha! ¡Tengo una F en el pecho, mi cabello parece el de un chico, tengo bolsas debajo de los ojos, mis labios están resecos, y ayer encontré una espinilla en mi nariz!

—¿Y cómo cambiarás todo eso? —replicó Agatha.

Sophie agachó la cabeza. La fea letra hacía sombra sobre sus manos.

—Dime qué debo hacer, Aggie. Soy toda oídos.

—Muéstrale quién eres —dijo Agatha, ablandándose. Miró fijamente los ojos de su amiga.

—Muéstrale a la verdadera Sophie.

Sophie vio la sonrisa esperanzada de Agatha. Luego se miró en el espejo y logró esbozar una sonrisa traviesa… una sonrisa parecida a la de un cupido pequeño y adusto, atrapado en la profundidad de un pozo oscuro, esperando pacientemente a que lo liberaran.

17

El Vestido Nuevo de la Emperatriz

La noticia sobre el fallido conjuro de amor de Sophie corrió como reguero de pólvora entre las dos escuelas, y durante la mañana todos esperaban con ansiedad poder ver la *F* escarlata. Pero cuando Sophie faltó a todas sus clases matutinas fue evidente que sentía demasiada vergüenza incluso para mostrar la cara.

—Deberían haber oído todas las cosas que le dijo Tedros —comentó Beatrix a las Siempres durante el almuerzo.

Sentada sobre una parva de hojas otoñales, Agatha la ignoró y miró cómo Tedros y sus amigos Siempres jugaban al rugby; los cisnes plateados brillaban en los suéteres de tejido azul. Del otro lado del claro, los Nuncas evitaron las actividades grupales y en su mayoría se sentaron solos. Hester levantó la mirada de su libro, *Hechizos de sufrimiento*, y respondió a la mirada inquisitiva de Agatha encogiéndose de hombros, como si el paradero de Sophie fuera la menor

de sus preocupaciones.

—Pero Teddy, no es tu culpa —Beatrix parloteaba en voz muy alta—. La pobre chica cree que es una de nosotras. Deberíamos sentir lástima por alguien tan patét…

Los ojos parecieron salírsele de las órbitas. Agatha entendió por qué.

Sophie entró pavoneándose en el claro. Había convertido la enorme túnica negra en un ceñido vestido sin tirantes; la F brillaba sobre su pecho con lentejuelas de un rojo furioso. Se había cortado aún más el pelo rubio y estaba peinado en una melena lustrosa. Su cara estaba pintada de blanco como una *geisha*, los párpados, rosas, los labios color bermellón, y sus zapatos no solo estaban reparados, sino que los tacones eran todavía más altos, los cuales, junto con el vestido cortísimo, destacaban sus piernas largas y suaves. Salió de las sombras y fue hacia el sol; la luz pareció explotar en su piel espolvoreada de brillos, bañándola de un resplandor celestial. Sophie pasó junto a Hester, que dejó caer el libro, junto a los chicos Siempres, que soltaron la pelota, y se acercó a Hort.

—Vamos a almorzar —le dijo, y se lo llevó como a un rehén. Del otro lado del campo, a Tedros se le cayó la espada de su vaina.

Vio que Beatrix lo mirada, enfadada, y la volvió a guardar.



Durante Cómo sobrevivir a los Cuentos de Hadas, Sophie ignoró la clase de Yuba sobre «Cómo dejar rastros útiles» y se pasó la clase entera intentando quedar bien con Hort y llenando su cubo de almuerzo con raíces y hierbas recogidas en el Bosque Azul.

—¡Qué haces! —exclamó Agatha, enfadada.

—¡No vas a creerlo, Aggie, querida! ¡Aquí hay remolacha, corteza de sauce, limones y todo lo que necesito para hacer mis antiguas pociones y cremas! ¡Pronto volveré a ser la que era!

—Esta no era la «verdadera Sophie» que tenía en mente.

—¿Cómo dices? Solo sigo tus reglas. Mostrar mis virtudes, que como podrás ver, son muchas. Hablar a través de las acciones; ¿acaso hablé una sola palabra

con Tedros? No. No lo hice. Y no nos olvidemos de hacer alarde de otros pretendientes. ¿Sabes lo difícil que es sobrevivir a un almuerzo con Hort? ¿Acurrucarme contra ese roedor cada vez que Tedros me mira? La clave es el eucalipto, Agatha. Me froto la nariz con eucalipto. Pero, al final, tenías razón.

—Escucha, me entendiste mal… ¿ah, sí?

—Me recordaste lo que es importante. —Sophie saludó con la cabeza a Tedros y sus amigos, que se la comían con los ojos detrás de un matorral—. No importa si eres una Nunca, una Siempre o lo que sea. Finalmente gana la más hermosa —dijo, mientras se pintaba los labios y les daba un chasquido—. ¡Ya verás! Antes de que termine la semana, me pedirá que lo acompañe al Baile y tendrás tu precioso beso. Así que, basta de negatividad, querida, me da dolor de cabeza. Ahora, ¿dónde está ese inútil de Hort? ¡Le dije que no debía despegarse de mí! —Y se fue, dejando muda a su amiga.

En la Escuela del Mal, los Nuncas se mostraron enfurruñados durante la cena, sabiendo que debían estudiar toda la noche. Las clases de lanzamiento de maleficios estaban a punto de comenzar, y las pruebas ahora requerían no tanto talento como sí recordar detalles tediosos. Solo para el día siguiente, debían memorizar ochenta planes de asesinato para el primer desafío de lady Lesso, órdenes de gigantes para la clase de Secuaces, y el mapa del Metro Floral para el examen de geografía de Sader.

—¿Y cómo va a corregir los exámenes si es ciego? —rezongó Hester.

Cuando sonó el toque de queda, Hester, Dot y Anadil volvieron de la sala de estudio con una enorme pila de libros. Encontraron su habitación convertida en un laboratorio. Docenas de pociones de colores brillantes burbujeaban sobre llamas abiertas; había frascos de cremas, jabones y tinturas desperdigados por los estantes, un manto de hojas secas, hierbas y flores cubrían las tres camas… y en el centro de todo estaba sentada Sophie en medio de lentejuelas, cintas y telas, probando nuevos mejunjes sobre diferentes partes de su piel.

—¡Dios mío, sí que es una bruja! —exclamó Anadil, boquiabierta.

Sophie alzó el *Libro de recetas de belleza*.

—Se lo robé a una Siempre durante el almuerzo.

—¿No deberías estar estudiando para los desafíos? —inquirió Dot.

—La belleza es un trabajo de tiempo completo —suspiró Sophie mientras se

untaba un bálsamo verde brillante.

—¡Y preguntas por qué las Siempres son lentas! —observó Hester.

—Sophie está de regreso, mis queridas. Y esto recién empieza —musitó Sophie, soñadora—. Mi desafío ahora es el amor.

Y efectivamente, aunque Sophie salió última en los desafíos del día siguiente, ocupó el primer lugar en cuanto a llamar la atención, ya que llegó al almuerzo con su uniforme negro transformado en una deslumbrante toga que dejaba al descubierto la espalda, adornada con orquídeas azules. Sus tacones eran dos centímetros y medio más altos, su cara de un color bronce reluciente, la sombra de ojos color lavanda, los labios de un exquisito color carmesí, y la F brillante de su vestido ahora estaba adornada con lentejuelas en la espalda que rezaban: «… significa Fabulosa».

—¡Eso no está permitido! —chilló Beatrix frente a los chicos, que se babeaban.

Pero Sophie le insistía a los profesores que ella estaba usando el uniforme, mientras que los lobos, normalmente feroces, la miraban tan turbados como los chicos. Dot juró que uno de los lobos incluso le guiñó un ojo a Sophie cuando llenó su cubo en el almuerzo.

—¡Ella se burla de la villanía! —se quejó Hester, fulminando con sus ojos negros a Sophie del otro lado del claro—. Deberían encerrarla en el Salón de Torturas para siempre.

—La Bestia todavía está desaparecida —indicó Anadil con un bostezo—. Debe de haberse asustado con algo terrible.

Al día siguiente, Sophie volvió a aplazar todos sus desafíos, y sin embargo evitaba quedar expulsada de la escuela. Aunque evidentemente era la peor, en cada oportunidad veía saltar un «19» en lugar de un «20» («Soy demasiado adorable para reprobar», alardeó frente a sus desconcertados compañeros de clase).

Durante los grupos del bosque, Sophie ignoró la clase de Yuba sobre «Cómo sobrevivir a los espantapájaros» y se dedicó a garabatear en su cuaderno, mientras Agatha desaprobaba su vestido negro diminuto, piruleta rosada y lentejuelas que anunciaban «F… significa Fiesta».

—Dime alguna otra palabra que empiece con F —murmuró Sophie.

—Estoy intentando escuchar y deberías hacer lo mismo, ya que estás facilitando nuestra estadía permanente aquí.

—«F significa Facilitar». Mmm, un poco presuntuoso. ¿Qué te parece *Facinerosa*? ¿O *Figura*?

—¡O *Fútil*! ¡Él todavía no te dirigió la palabra!

—F significa *Fe* —respondió Sophie—. Pensé que me la tenías.

Agatha rezongó consigo misma durante el resto de la clase.

Pero Sophie estuvo a punto de convertirla en creyente cuando, al día siguiente, apareció con un vestido negro sin espalda y la panza al descubierto, minifalda abullonada, peinado corto con puntas y zapatos teñidos de rosa rabioso. Los Nuncas pasaron el almuerzo mirándola con ojos desorbitados entre mordiscos babosos de carne. Sin embargo, aunque Sophie veía que Tedros miraba disimuladamente sus piernas, apretaba los dientes cada vez que ella pasaba y sudaba cuando se acercaba demasiado…, seguía sin hablarle.

—No es suficiente —le dijo Agatha, abordándola después de la clase de Yuba—. Necesitas otros atractivos.

Sophie se miró a sí misma.

—Creo que mis atractivos son suficientes.

—¡Atractivos de mayor profundidad, idiota! ¡En tu interior! ¡Como compasión, caridad o amabilidad!

Sophie pestañeó.

—A veces dices cosas muy sensatas, Aggie. Él debe ver lo buena que soy realmente.

—Entró en razones —dijo Agatha con un suspiro—. Ahora apresúrate. ¡Si le pide a otra que lo acompañe al Baile, no volveremos nunca a casa!

Agatha le propuso a Sophie que escribiera poemas de amor con rimas inteligentes para Tedros, o que le dejara regalos secretos que revelaran profundidad y criterio, dos estrategias indiscutibles sacadas de *Cómo conquistar a tu príncipe*. Sophie la escuchó y asintió, así que, al día siguiente, cuando fue a almorzar, esperaba leer el primer borrador de un poema o examinar un obsequio artesanal. En cambio, se encontró con un grupo de veinte Nuncas arremolinadas en un rincón del claro.

—¿Qué ocurre aquí? —Agatha preguntó a Hester y Anadil, que estudiaban

a la sombra de un árbol.

—Dijo que fue idea tuya —respondió Hester con una mueca y los ojos fijos en el libro.

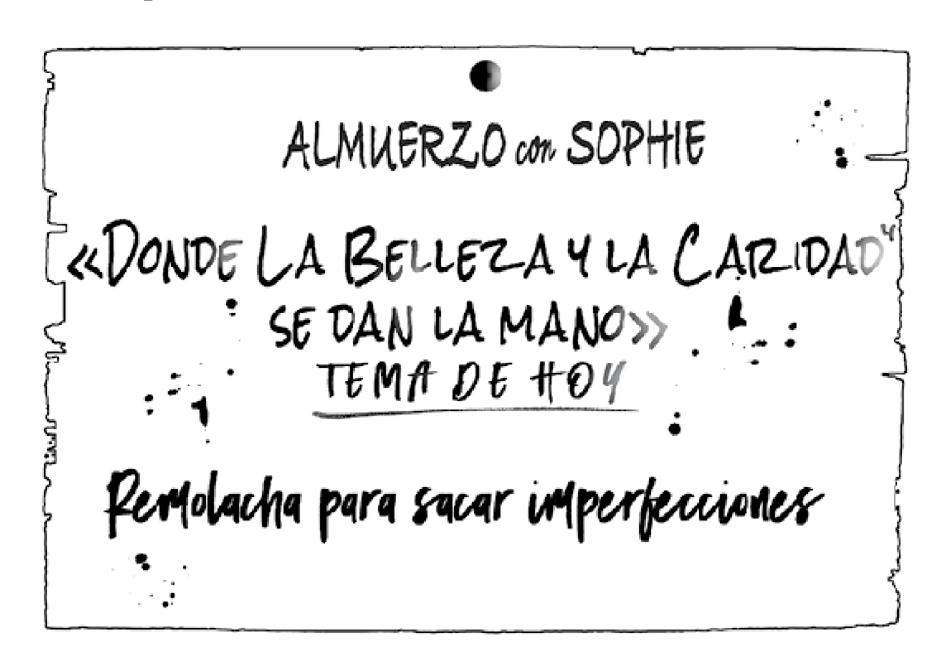
—Una mala idea —añadió Anadil—. Tan mala que no queremos hablar contigo.

Confundida, Agatha fue hacia la reunión. Oyó una voz familiar en el centro.

—¡Fabuloso, queridas! ¡Solo un poquito menos de crema!

Agatha sintió una opresión en el pecho. Se abrió paso entre el grupo de Nuncas hasta llegar al centro, y casi murió del espanto.

Sophie estaba sentada sobre un tocón, y arriba colgaba, de una rama, un letrero de madera pintado:



Alrededor de Sophie, las Nuncas se untaban crema de remolacha roja sobre las espinillas y verrugas.

—Ahora recuerden chicas. El hecho de que sean feas no significa que no puedan estar presentables —proclamó Sophie.

—Mañana traeré a mis compañeras de cuarto —murmuró Arachne a Mona, la chica de piel verde.

Agatha miró estupefacta. Entonces vio que alguien se retiraba a hurtadillas.

—¿Dot?

Dot se dio vuelta mansamente, colmada de crema roja.

—¡Ah, hola! Yo solo estaba… es decir, pensé venir a ver… ya sabes, para averiguar si… en caso de que… —Y agachó la cabeza—. No le cuentes a Hester.

Agatha no tenía idea de qué tenía que ver todo esto con ganarse el amor de Tedros. Pero cuando intentó arrinconar a Sophie, tres Nuncas la empujaron para preguntarle a Sophie cómo recoger las mejores remolachas. Agatha tampoco tuvo oportunidad en los grupos del bosque, porque Yuba separó a los Siempres de los Nuncas.

—¡Deben acostumbrarse a verse unos a otros como enemigos! ¡La primera Gran Prueba es dentro de tres semanas! —exclamó el gnomo—. En cuanto a la Prueba, necesitarán algunos hechizos básicos. Por supuesto, no existe una sola manera de hacer magia. ¡Algunos hechizos requieren visualización, otros, conjuros, otros, un movimiento de la mano, pisadas, varitas mágicas, códigos numéricos, o incluso socios! Sin embargo, existe una regla común a todos los hechizos.

De su bolsillo extrajo una llave de plata brillante con la punta en forma de cisne.

—Siempres, extiendan la mano derecha, por favor.

Los Siempres, desconcertados, se miraron entre sí y extendieron la mano.

—Mmm. Tú primero.

Agatha frunció el entrecejo cuando el gnomo tomó su mano, y luego el dedo índice.

—Espere, ¿qué va a…?

Mágicamente, Yuba hundió la llave de cisne en la punta del dedo de Agatha; la piel se hizo traslúcida y el cisne atravesó tejidos, venas y sangre, hasta llegar al hueso. El gnomo giró la llave y el hueso giró completamente y sin dolor. La punta del dedo brilló de un color naranja brillante solo un momento y luego se apagó cuando Yuba retiró la llave. Perpleja, Agatha miró su dedo mientras Yuba desbloqueaba al resto de los Siempres y luego a los Nuncas, incluida Sophie, que levantó la mirada y siguió garabateando en su cuaderno.

—La magia sigue al sentimiento. Es nuestra única regla —dijo el gnomo cuando terminó—. Cuando su dedo brilla, significa que reunieron suficiente emoción, suficiente intención para realizar un hechizo. ¡Solo pueden hacer

magia cuando tienen una necesidad y un deseo profundo!

Los alumnos miraron sus dedos y se esforzaron por sentir con todas sus fuerzas, y pronto las puntas comenzaron a titilar, cada una de un color diferente.

—¡Pero al igual que una varita mágica, el brillo del dedo es solo una ayuda de entrenamiento! —les advirtió Yuba—. En el bosque parecerán estúpidos si se encienden cada vez que lanzan un hechizo. Una vez que demuestren que pueden controlarlo, volveremos a trabarlos. —Hizo una mueca a Hort, que inútilmente agitaba el dedo frente a unas piedras para que algo sucediera—. Si es que alguna vez lo logran…

El gnomo volvió a dirigirse al grupo.

—Durante el primer año solo aprenderán tres tipos de hechizos: control del agua, manipulación del clima y mogrificación de plantas y animales. Hoy comenzaremos con esta última —anunció, entre risitas entusiasmadas—. Un simple hechizo de visualización, pero altamente efectivo para escapar de los enemigos. Ahora bien, como la ropa no les servirá después de mogrificarse, es más fácil si no usan nada.

Los alumnos dejaron de reírse.

—Pero supongo que sí usaremos ropa —observó Yuba—. ¿Quién quiere ser el primero? —Todos levantaron la mano, excepto dos alumnas. Agatha, que rezaba ahora más que nunca para que Sophie tuviera un plan para volver a casa, y Sophie, demasiado ocupada escribiendo su próxima conferencia (*Baño* no es una palabrota) para que todo esto le importara.



Al tercer día de impartir lecciones sobre el tocón, Sophie había logrado que treinta chicas Nuncas asistieran a Dile no al Gris.

—El profesor Manley dice que un Nunca debe ser feo. ¡Que la fealdad significa singularidad, poder, libertad! Pero quisiera hacerle una pregunta al profesor Manley: ¿cómo piensa que seremos singulares, poderosas o libres… en esto? —chilló, agitando una enorme túnica negra como si fuera una bandera enemiga. Los gritos fueron tan fuertes que, del otro lado del claro, a Beatrix se le cayó el bolígrafo y arruinó el bosquejo de su vestido para el baile.

—Es esa enferma de Sophie —soltó Beatrix.

—Sigue buscando pareja para el Baile, ¿no? —murmuró Tedros, ajustando la puntería para lanzar una herradura.

—Peor. Ahora intenta convencer a las Nuncas de que no son unas fracasadas.

Tedros erró la puntería, sorprendido.

Agatha ni siquiera intentó ver a Sophie después de almorzar, ya que las Nuncas se arremolinaban para pedirle consejos sobre estilo. Tampoco al día siguiente, cuando hubo una quema de zapatos después de la charla de Sophie sobre «¡Abajo las botas!», y los lobos obligaron a las alumnas a volver a la torre en medio de azotes. Tampoco lo intentó el día después, cuando todas las Nuncas se presentaron a la charla de Sophie sobre «Buen estado físico para ineptos», excepto Hester y Anadil, que arrinconaron a Agatha después del almuerzo.

—Esta idea está cada vez más podrida —observó Anadil—. Tan podrida que ya no seremos tus amigas.

—Chicos, bailes, besos… todo es problema tuyo —gruñó Hester, y el demonio de su cuello tembló—. Mientras no se interponga con mi postulación a Capitana, me importa un pepino lo que hagan ustedes dos. ¿Entiendes?

Al día siguiente, Agatha se escondió en el túnel de árboles, esperó a oír el sonido de tacones altos sobre las hojas muertas y saltó a su paso para abordar a Sophie.

—¿Qué toca hoy? ¡Cremas para las cutículas! ¡Blanqueadores de dientes! ¡Más ejercicios abdominales!

—¡Si quieres hablar conmigo, puedes esperar en la fila como todos los demás! —gritó Sophie.

—¡«Cambios malévolos», «Negro es el nuevo negro», «Yoga para villanos»! ¿Quieres morir aquí?

—Dijiste que le demostrara profundidad. ¿Acaso esto no es compasión? ¿No es amabilidad y sabiduría? ¡Estoy ayudando a los que no pueden ayudarse a sí mismos!

—¡Discúlpame, Santa Teresa, pero el objetivo aquí es Tedros! ¿De qué manera estás logrando algo?

—Logro. Una palabra tan vaga…Sin embargo, yo lo consideraría un logro, ¿tú no?

Agatha siguió a Sophie fuera del túnel. La multitud frente al tocón sumaba cien Nuncas. Pero hoy había un espectador atrás que no se parecía al resto.

Un chico de pelo dorado con un suéter de rugby azul. Agatha soltó a Sophie, asombrada.

—Deberías venir —le dijo Sophie mientras salía del túnel—. Hoy hablaré del pelo seco y dañado.

Frente al tocón, Arachne fulminó con su único ojo a Tedros.

—¿Qué hace aquí el príncipe bonito?

—Eso, vuelve a tu bando, Siempre —soltó Mona, mientras le arrojaba moho del tronco de un árbol.

Otras Nuncas comenzaron a atacarlo y Tedros se encogió, preocupado. No estaba acostumbrado a ser impopular. Pero cuando se disponía a retirarse frente a los abucheos…

—Aquí recibimos a todos —las reprendió Sophie mientras subía a su tocón.

Tedros regresó todos los días esa semana. A sus amigos les dijo que solo quería ver qué tenía puesto Sophie, pero no era solo eso. Todos los días observó cómo ella enseñaba a villanos deformes a enderezar sus jorobas, sostener contacto visual o articular las palabras. Miró cómo, al principio, los chicos Nuncas miraban desde un costado, pero pronto empezaron a pedir a Sophie consejos para dormir mejor, ocultar el olor corporal y controlar el temperamento. Al comienzo, los lobos bostezaban de aburrimiento en estas asambleas, pero Tedros después vio que comenzaban a escuchar atentos, mientrascada vez más Nuncas aparecían en las conferencias de Sophie. Pronto los villanos iniciaron debates sobre las recetas de Sophie durante la cena y frente a tazas de té en las salas de estudio. Comenzaron a sentarse juntos durante el almuerzo, a defenderse en clase y a dejar de hacer bromas sobre su racha perdedora. Por primera vez en doscientos años, el Mal tenía esperanzas de ganar. Y todo gracias a una chica.

Hacia el final de la semana, Tedros estaba sentado en primera fila.

—¡Está funcionando! ¡No lo puedo creer! —exclamó Agatha mientras acompañaba a Sophie al túnel de árboles—. ¡Podría decirte que te ama! ¡Esta semana podría darte un beso! ¡Nos iremos a casa! ¿Cuál es el tema de mañana?

—«Cómo tragarse las palabras» —dijo Sophie, alejándose.

Al día siguiente, en el almuerzo, mientras Agatha hacía la fila para su canasta con tartaletas de alcachofas y aceitunas, pensó en la bienvenida de heroínas que tendrían ella y Sophie cuando regresaran a casa.

Gavaldon erigiría estatuas de ellas en la plaza, las agasajaría en los sermones, prepararía un musical sobre sus vidas y enseñaría a los niños sobre las dos chicas que los salvaron de la maldición. Su madre tendría miles de pacientes nuevos, Muerte comería trucha fresca todos los días, habría fotos de ella en el periódico del pueblo, y todos los que alguna vez se habían atrevido a burlarse, ahora la adorarían.

—Dime que es broma.

Agatha se volvió a Beatrix, que observaba a los Nuncas apiñarse alrededor de Sophie, vestida con un seductor sari negro y botines de piel con tacones finísimos para su conferencia sobre «Cómo ser el mejor en todo (¡como yo!)».

—¡Como si ella fuera la mejor! —bufó Beatrix.

—Creo que es la mejor Nunca que he visto jamás —opinó una voz detrás de ella.

Beatrix miró a Tedros.

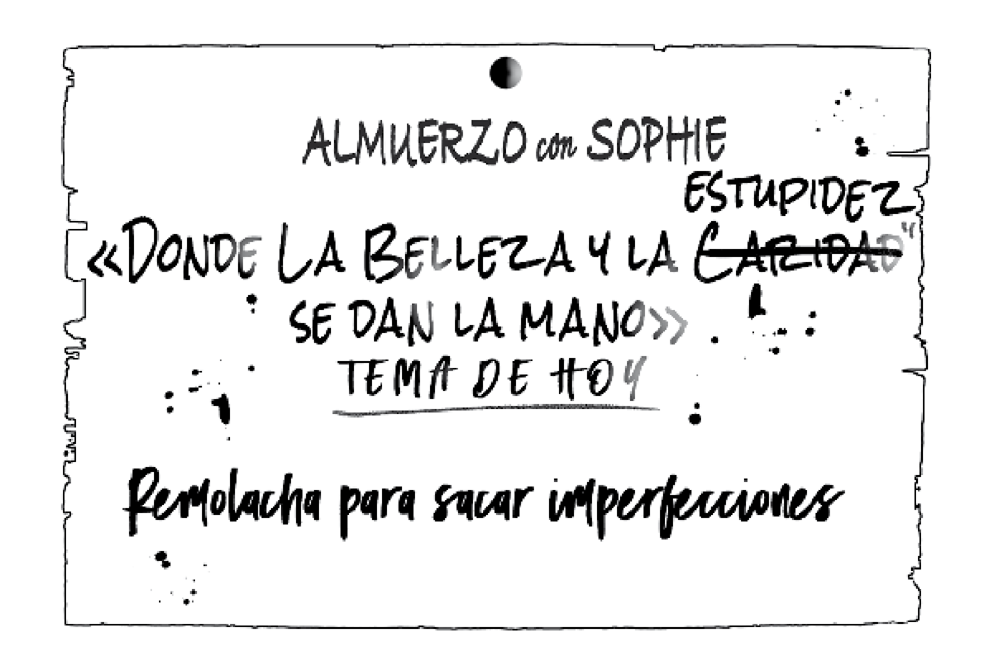
—¿De verdad, Teddy? Y yo creo que todo esto es un gran cuento de hadas.

Tedros siguió la mirada de Beatrix hacia la tabla de calificaciones bajo los suaves rayos del sol en las puertas del Bosque Azul. En la tabla de los Nuncas, el nombre de Sophie aparecía en último lugar, tallado por petirrojos. Número 120 de 120.

—El vestido nuevo de la emperatriz, para ser más precisa —señaló Beatrix, y se alejó.

Ese día, Tedros no fue a ver a Sophie. Se corrió el rumor de que le parecía triste ver cómo los Nuncas cifraban sus esperanzas en la «peor chica de la escuela».

Al día siguiente Sophie vio que su tocón estaba vacío. El cartel de madera había sido pintarrajeado.



—¡Te dije que prestaras atención! —gritó Agatha después de la clase de Yuba, mientras esperaban bajo la lluvia torrencial a que los lobos abrieran las puertas.

—¡Entre coser nuevos vestidos, cocinar nuevos maquillajes y preparar nuevas conferencias, estoy muy ocupada para preocuparme por las clases! —sollozó Sophie debajo de una sombrilla negra—. ¡Tengo que pensar en mis admiradores!

—¡No tienes ninguno! —chilló Agatha. Pudo ver que Hester sonreía irónicamente desde el Grupo 6—. ¡Tres calificaciones pésimas y aplazas, Sophie! ¡No sé cómo lograste sobrevivir tanto tiempo!

—¡No me permiten aplazar! ¡No importa lo mala que sea! ¿Por qué crees que dejé de estudiar?

Agatha intentó encontrarle sentido a lo que decía, pero no pudo concentrarse porque su dedo no dejaba de titilar. Desde que Yuba lo había desbloqueado brillaba cada vez que se enfadaba, como si se preparara para lanzar un hechizo.

—Pero ¿cómo conseguiste todas esas calificaciones altas? —preguntó, escondiendo la mano en el bolsillo.

—Eso fue antes de que nos hicieran leer. Quiero decir, ¿tengo aspecto de querer saber cómo se envenena un peine, cómo se le arrancan los ojos a un sapo o cómo se dice «¿Puedo cruzar tu puente?» en trol? Intento mejorar a estos

villanos, ¿y tú quieres que memorice la receta de sopa de fideos de niños? Agatha, ¿sabías que para hervir a un niño primero hay que envolverlo en pergamino? De lo contrario no se cocina bien y podría despertarse en medio de la cocción. ¿Es eso lo que quieres que aprenda? ¿Que aprenda a lastimar y a matar? ¿A ser una bruja?

—Escucha, tienes que recuperar el respet…

—¿Haciendo daño intencionalmente? No. No lo haré.

—Entonces estamos condenadas —replicó Agatha. Sophie dio un resoplido y se alejó.

De repente su expresión cambió.

—Qué diablos…

Quedó boquiabierta mirando la tabla de clasificaciones de los Siempres que estaba pegada a las puertas.

1.	**TEDROS DE CAMELOT**	**71 PUNTOS**
2.	**BEATRIX DE JAUNT JOLIE**	**84 PUNTOS**
3.	**REENA DE PASHA DUNES**	**88 PUNTOS**
4.	**AGATHA DEL BOSQUE LEJANO**	**96 PUNTOS**

—Pero… pero… ¡tú eres… tú! —exclamó Sophie.

—¡Yo hago mi tarea! —chilló Agatha—. ¡No me interesa saber cómo se llama a las palomas, practicar cómo desmayarme o coser pañuelos, pero haré todo lo posible por hacer que volvamos a casa!

Pero Sophie no la escuchaba. Una sonrisa de picardía atravesó su rostro.

Agatha cruzó los brazos.

—De ninguna manera. En primer lugar, los profesores nos descubrirán.

—Te encantará mi tarea de maldiciones, se trata de engañar a los príncipes… ¡y tú odias a los chicos!

—En segundo lugar, tus compañeras de cuarto te delatarán…

—¡Y te encantará mi tarea de Afeamiento! Estamos aprendiendo a asustar a los niños… ¡y tú odias a los niños!

—Si Tedros te descubre, estamos fritas.

—¡Y mira tu dedo! ¡Brilla cuando estás enfadada! ¡Yo no puedo hacer eso!

—¡Es casualidad!

—¡Mira, ahora brilla más! Naciste para ser vill…

Agatha dio un pisotón.

—¡NO HAREMOS TRAMPA!

Sophie se quedó en silencio. Los lobos abrieron las puertas del Bosque Azul y los alumnos entraron en los túneles.

Ni Sophie ni Agatha se movieron.

—Mis compañeras de cuarto dicen que soy ciento por ciento maligna —dijo Sophie con voz suave—. Pero tú sabes la verdad. No sé ser mala. Ni siquiera un uno por ciento. Así que, por favor, no me pidas que vaya en contra de mi naturaleza, Agatha. No puedo. —La voz se le quebró—. Simplemente no puedo.

Dejó a Agatha debajo del paraguas. Mientras Sophie se sumaba a la manada, la tormenta limpió el lustre de su cabello y los brillos de su piel, hasta que Agatha no pudo diferenciarla de los demás villanos. La culpa la inundó y su dedo refulgió como el sol. No le había dicho la verdad a Sophie. Ella había tenido la misma idea, hacer el trabajo maligno de Sophie, pero la había desechado. No porque temiera que la descubrieran.

Temía que le gustara. Al ciento por ciento.



Esa noche Sophie tuvo pesadillas. Tedros besaba a un duende. Agatha salía de un pozo con alas de cupido. El demonio de Hester la perseguía por las cloacas, hasta que la Bestia emergía de las aguas oscuras, las manos sangrientas querían atraparla, y Sophie huía y se encerraba en el Salón de Torturas. Solo que ahora había un nuevo torturador. Era su padre con una máscara de lobo.

Sophie despertó sobresaltada.

Sus compañeras de cuarto estaban profundamente dormidas. Suspiró, se acurrucó en su almohada... y se levantó de golpe.

Había una cucaracha sobre su nariz. Empezó a gritar…

—¡Soy yo! —siseó la cucaracha.

Sophie cerró los ojos. *Despierta, despierta, despierta*.

Y volvió a abrirlos. La cucaracha seguía ahí.

—¿Cuál es mi magdalena preferida? —preguntó, resollando.

—La de salvado de arándano sin harina —replicó la cucaracha—. ¿Alguna otra pregunta estúpida?

Sophie sacó el insecto de su nariz. Tenía los mismos ojos saltones y mejillas hundidas.

—¿Cómo diablos…?

—Mogrificación. Hace dos semanas que lo venimos aprendiendo. Reúnete conmigo en la sala de estudio.

Agatha, la cucaracha, miró a Sophie mientras se deslizaba hacia la puerta.

—Y trae tus libros.

18

La Cucaracha y el Zorro

—¿Y si mi dedo brillara de color verde, marrón o algo parecido? —preguntó Sophie mientras bostezaba y se rascaba las piernas. Todo en la sala de estudio de la torre Maldad estaba hecho de arpillera: los pisos, los muebles, las cortinas, como si fuera una cruel cámara de picazón. —No lo haré si queda mal con mi ropa.

—¡Focalízate en una emoción! —espetó la cucaracha sobre su hombro—. Como el enfado. Prueba con enfadarte.

Sophie cerró los ojos.

—¿Ya se encendió?

—No. ¿En qué pensaste?

—En la comida de aquí.

—¡Un verdadero enfado, idiota! ¡La magia se logra con sentimientos reales! —El rostro de Sophie se arrugó con el esfuerzo.

»¡Algo más profundo! ¡No pasa nada!

La cara de Sophie se ensombreció y la punta de su dedo se encendió de color rosa intenso.

—¡Muy bien! ¡Lo lograste! —Agatha se puso a saltar, entusiasmada—. ¿En qué pensaste?

—En lo exasperante que es tu voz —respondió Sophie, abriendo los ojos—. ¿Debo pensar en ti siempre?

Durante la siguiente semana, la sala de estudio de la torre Maldad se convirtió en una escuela nocturna a cargo de una cucaracha. El hechizo de mogrifo duraba solo tres horas, así que Agatha hizo trabajar a Sophie como una esclava para que el brillo de su dedo fuera más intenso, para nublar una habitación e inundar un piso, para distinguir entre un sauce durmiente y un sauce llorón, e incluso para decir algunas palabras en idioma gigante. Las calificaciones de Sophie mejoraron de inmediato, pero al cuarto días las largas noches la afectaron.

—Tengo la piel opaca —se lamentó Sophie.

—¡Y todavía estás en el puesto 68, así que presta atención! —la amonestó la cucaracha montada sobre el libro, con el emblema del cisne brillando en su abdomen. —La Plaga del Bosque se desató cuando el enano saltarín pisó con tanta fuerza que el suelo se agrietó…

—¿Qué te hizo cambiar de opinión sobre ayudarme?

—… y del piso brotaron millones de insectos venenosos que infestaron el bosque y enfermaron a muchísimos Nuncas y Siempres —continuó Agatha, ignorándola—. También debieron cerrar esta escuela, porque los insectos eran altamente contagiosos.

Sophie se desplomó en el sofá.

—¿Cómo sabes todas estas cosas?

—¡Porque mientras tú te miras al espejo, yo leo *Venenos y pestes*!

Sophie suspiró.

—Así que cerraron la escuela por los insectos. ¿Entonces qué pas…?

—¿Aquí es donde te escondes?

Sophie giró en redondo y vio a Hester en la puerta, de pijama negro, escoltada por Anadil y Dot.

—Tengo que hacer tarea —respondió Sophie, con un bostezo y levantando el libro—. Necesito luz.

—¿Y desde cuándo te importa la tarea? —dijo Hester, más grasienta que nunca.

—Creí que la belleza era un «trabajo de tiempo completo» —la imitó Anadil.

—Ustedes, como compañeras de cuarto, son una inspiración —replicó Sophie, sonriendo—. Me hacen desear ser la mejor villana posible.

Hester la miró un largo rato. Con un gruñido, dio media vuelta y se fue, seguida de las demás.

Sophie exhaló y Agatha salió volando del sofá.

—Esta se trae algo entre manos. —Oyeron que gruñía Hester.

—¡O puede que haya cambiado! —exclamó Dot, esforzándose por seguirlas—. ¡Tenía una cucaracha sobre el libro y ni siquiera se dio cuenta!

Para la sexta noche de enseñanza, Sophie había subido al puesto 55. Pero cada nuevo día se parecía más a una zombi: su piel tenía un color blanco enfermizo, los ojos vidriosos y morados. En lugar de un nuevo traje o sombrero ingenioso, ahora andaba con el cabello sucio y el vestido arrugado, perdiendo notas de estudio por toda la torre como si fueran migas de pan.

—Deberías dormir un poco —murmuró Tedros durante la clase de Yuba sobre «Cocina con insectos».

—Estoy demasiado ocupada intentando no ser la «peor chica de la escuela» —dijo Sophie mientras tomaba notas.

—A veces pueden recurrir a los insectos cuando no encuentren gusanos mortuorios —explicó Yuba, sosteniendo una cucaracha viva.

—Mira, no puedes pretender que alguien te escuche si tienes peores calificaciones que Hort —susurró Tedros.

—Cuando sea la número uno me pedirás perdón.

—Si llegas a número uno te pediré lo que quieras —resopló.

Sophie lo miró.

—Te tomo la palabra.

—Si todavía estás despierta.

—Primero deben retirar las partes no comestibles —dijo Yuba, y arrancó la cabeza de la cucaracha.

Agatha se estremeció y se escondió detrás de un pino el resto de la lección. Pero esa noche saltó de felicidad cuando Sophie le contó lo sucedido con Tedros.

—¡Los chicos buenos siempre cumplen sus promesas! —dijo, saltando sobre sus patas de cucaracha—. Es el Código de Caballerosidad de los príncipes. Ahora solo tienes que llegar al primer puesto y él te pedirá que seas… ¿Sophie?

Sophie respondió con un ronquido.

Al décimo día de escuela con la cucaracha, Sophie estaba en el puesto 40, y sus ojeras eran tan negras que parecía un mapache. Al día siguiente volvió al puesto 65 cuando tomó una siesta durante la prueba de Lesso en Sueños de Archienemigos, se durmió durante Entrenamiento de Secuaces, casi arrojó a Beezle del campanario, y perdió la voz en Talentos Especiales, con otra calificación baja.

—Tu talento está progresando —dijo Sheeba a Anadil, quien logró hacer que sus ratas crecieran casi trece centímetros. Luego habló con Sophie—. Y yo que tenía la esperanza de que fueras la Gran Bruja…

Hacia el final de la semana, Sophie había vuelto a ser la peor villana de la escuela.



—Estoy enferma —dijo Agatha, tosiendo en su mano.

La profesora Dovey no levantó la mirada de su escritorio repleto de pergaminos.

—Toma té de jengibre con dos rebanadas de pomelo. Repítelo cada dos horas.

—Ya lo intenté —respondió Agatha, aumentando el volumen de la tos.

—Ahora no es momento de perder clases, Agatha —le recomendó la profesora Dovey, apilando documentos debajo de unos pisapapeles brillantes de calabaza—. ¡Falta menos de un mes para el Baile, y quiero asegurarme de que nuestra cuarta mejor alumna esté preparada para la noche más importante de su joven vida! ¿Tienes algún Siempre en mente?

Agatha tuvo un ataque de tos muy violento. La profesora Dovey la miró, alarmada.

—Parece que estoy apestada —dijo Agatha, sin aliento.

La profesora Dovey palideció.

De cuarentena en su habitación, ahora Agatha, la cucaracha, acompañó a Sophie en todas sus clases. Escondida detrás de la oreja de Sophie le sopló el primer síntoma de un sueño con un archienemigo (respuesta: sentir gusto a sangre), dirigió las negociaciones del Gigante de Nieve durante Entrenamiento de Secuaces e indicó a Sophie qué espantapájaros eran buenos o malos en el desafío del bosque de Yuba. El segundo día ayudó a Sophie a perder un diente en Afeamiento, a emparejar monstruos con sus descripciones durante el examen de Sader (sirenas: engatusadoras; arpías: devoran niños) y a decidir qué tallo de habichuelas entre los que mostraba Yuba era venenoso, cuál era comestible y cuál era Dot disfrazada. Por supuesto que también hubo momentos espeluznantes. Casi terminó aplastada por la bota de Hester, apenas sobrevivió a un murciélago que sobrevolaba y por poco volvió a transformarse en sí misma en Talentos Especiales antes de encontrar, justo a tiempo, un armario de escobas.

Al tercer día, Agatha apenas miraba su tarea del Bien y pasaba todo su tiempo libre aprendiendo hechizos del Mal. Mientras sus compañeros de clase se esforzaban por hacer titilar sus dedos, ella podía encender el suyo pensando en cosas que la enfadaran: la escuela, los espejos, los chicos… Luego era cuestión de seguir la receta exacta de un hechizo y, de manera sencilla, podía hacer magia. Cosas simples, como jugar con el agua y el clima, pero aun así magia verdadera.

Se habría paralizado por lo increíble, lo imposible de la magia, ¡pero era tan natural! Cuando otros alumnos no podían evocar ni siquiera una garúa, Agatha hacía aparecer nubarrones en su habitación, salpicaba los odiosos murales y los arrancaba de la pared con una tormenta de relámpagos y lluvia. Entre una y otra clase se metía en los baños para probar nuevos hechizos de sufrimiento: el maleficio del apagón para oscurecer el cielo, la maldición del mar agitado para evocar una ola gigante… El tiempo se le pasaba volando cuando estudiaba para el Mal, tan lleno de poder y posibilidades que nunca se aburría.

Una noche, mientras esperaba que Pollux le entregara sus tareas del Bien, Agatha se puso a silbar mientras garabateaba en su cuaderno.

—Dime, ¿qué es eso?

Se dio vuelta y vio a Pollux en el marco de su puerta, con su cabeza sobre el cuerpo de una liebre, que miraba su dibujo.

—Ehh… soy yo en mi casamiento. Mire, este es mi príncipe. —Arrugó la página y tosió—. ¿Tengo tarea?

Después de regañarla por haber descendido en la tabla de posiciones de los Siempres, explicarle tres veces cada tarea y amonestarla por no taparse la boca al toser, Pollux por fin se retiró entre saltos y caídas. Agatha resopló. Luego miró el garabato arrugado de sí misma volando en medio del fuego, y se dio cuenta de lo que había estado dibujando.

Nunca Más. El paraíso del Mal.

—Tenemos que volver a casa pronto —murmuró.

Para el final de la semana Agatha había logrado que Sophie tuviera una magnífica racha ganadora en todas sus clases, incluso en los ensayos de Yuba para la Gran Prueba. En estos duelos cara a cara de preparación para el evento, Sophie venció a todos los alumnos de su grupo utilizando hechizos aprobados, ya sea aturdiendo a Ravan con un rayo, congelando los labios de Beatrix antes de que pudiera pedir ayuda a un animal, o licuando la espada de entrenamiento de Tedros.

—Una que yo sé estuvo haciendo su tarea —comentó Tedros, emocionadísimo.

Escondida en el cuello de Sophie, Agatha se ruborizó de orgullo.

—Antes era pura suerte. Pero esto es diferente —renegó Hester mientras compartía con Anadil un almuerzo de lenguas de vaca carbonizadas—. ¿Cómo lo hace?

—Con algo que se llama esfuerzo —respondió Sophie, que pasó junto a ella con un maquillaje impecable, cabello color rubí y un quimono negro, adornado por brillantes gemas que formaban las palabras *F significa Focalizada*.

Hester y Anadil se atragantaron con la comida.

Hacia el final de la tercera semana Sophie ocupó el quinto puesto y reanudó las conferencias a la hora del almuerzo por pedido popular.

También volvió a sus modernos vestidos negros, cada vez más atrevidos y extravagantes, en un desfile de festones con plumas, blusas de malla de red, falsa piel de mono, burkas con lentejuelas, trajes de cuero, pelucas empolvadas e incluso un *bustier* de cota de malla.

—Hace trampa —murmuró Beatrix a quienquiera que quisiera oírla—. Algún hada madrina corrupta o alguna manipulación temporal. ¡Nadie tiene tiempo para hacer todo eso!

Pero Sophie se hizo tiempo para diseñar un mono de satén con griñón de monja haciendo juego, un vestido con brillos, y zapatos a tono para cada atuendo nuevo. Tuvo tiempo para vencer a Hester en el desafío «Cómo afear un salón de baile», escribir un ensayo sobre «Lobos vs. Hombres lobo» y preparar conferencias durante el almuerzo sobre «Éxito malvado», «Fea es la nueva hermosa», «Prepara tu cuerpo para el pecado». Tuvo tiempo para ser modelo exclusiva, agitadora, sacerdotisa rebelde, y también para pelearle el segundo puesto a Anadil.

Esta vez Beatrix no pudo evitar que Tedros volviera a enamorarse de Sophie. Pero Tedros intentaba contenerse con valentía.

¡Ella es una Nunca! ¿Qué importa que sea hermosa? ¿O inteligente? ¿O creativa? ¿Y generosa, y…?

Tedros respiró profundamente.

A los Siempres no les pueden gustar las Nuncas. Solo estás confundido.

Sintió alivio cuando Yuba anunció otro desafío de «El Bien o el Mal». Esta vez, el gnomo convirtió a todas las chicas en calabazas azules y las escondió en la extensa parcela del bosque.

Solo encuentra una Siempre, se dijo Tedros a sí mismo. *Encuentra una Siempre y olvídate de ella.*

—¡Esta es buena! —gritó Hort, y tocó una calabaza azul. Pero no sucedió nada. Los otros chicos tampoco podían diferenciar cuál era cuál, y comenzaron a debatir los méritos de cada una.

—¡No es una tarea grupal! —chilló Yuba.

Aferrada a la enredadera azul de Sophie, la cucaracha de Agatha vio cómo los chicos se dividían. Tedros fue hacia el oeste, rumbo al Matorral Turquesa, y se detuvo. Lentamente se dirigió a la calabaza de Sophie.

—Está viniendo —dijo Agatha.

—¿Cómo sabes? —susurró Sophie.

—Porque así me miraba a mí.

Tedros se acercó a una calabaza.

—Esta. Esta calabaza es una Siempre.

Yuba frunció el entrecejo.

—Observa bien…

Tedros lo ignoró, tomó la cáscara azul, y en medio de una explosión de purpurina la calabaza se convirtió en Sophie. Sobre la cabeza del príncipe apareció un «16» en medio de humo verde, y un «1» negro sobre la cabeza de Sophie.

—Solo el mejor Mal puede disfrazarse de Bien —la elogió Yuba, y con un movimiento de su bastón borró la F roja del vestido de una vez y para siempre.

—En cuanto a ti, hijo de Arturo, te sugiero que estudies las reglas. Esperemos que no cometas un error tan terrible cuando sea importante.

Tedros intentó parecer avergonzado.

—¡No encontramos ninguna! —exclamó una voz.

Yuba vio que todos los chicos tenían calificaciones bajas humeantes sobre sus cabezas.

—Debería haberlas marcado —suspiró, y se internó en la parcela, tocando calabazas para ver si gritaban. Cuando el gnomo se alejó Tedros pudo sonreír. ¿Cómo iba a decirle a un profesor que no le importaban las reglas? ¿Reglas que lo habían conducido dos veces a esa horripilante Agatha? Por primera vez había encontrado a una chica que tenía todo lo que él deseaba. Una chica que no era un error.

—Creo que me debes una pregunta, hijo de Arturo.

Tedros miró a Sophie y vio que también sonreía. Siguió su mirada hasta la tabla de calificaciones de los Nuncas sobre el bosque, donde Albemarle terminaba de tallar su nombre en la parte superior.

Al día siguiente, Sophie encontró una nota en su cubo de almuerzo.

A los lobos no les gustan los zorros. Arroyo Azul,

a medianoche. T.

—¿Qué significa? —preguntó en un murmullo a la cucaracha posada sobre la palma de su mano.

—¡Significa que esta noche volveremos a casa! —vociferó Agatha, y batió tanto sus antenas que Sophie la dejó caer.



La cucaracha caminó por la arpillera enmohecida del suelo de la sala de estudios de la torre Maldad, pendiente del reloj mientras se hacía medianoche. Por fin oyó que se abría la puerta, y entró Sophie con un seductor vestido tubo negro, acentuado con guantes largos del mismo tono, peinado colmena, collar de delicadas perlas y gafas negras. Agatha casi explotó de su caparazón.

—En primer lugar, te dije que fueras puntual. En segundo lugar, te dije que no te pusieras elegante…

—Mira estas gafas, ¿no son *chic*? Te protegen del sol. Sabes, las Siempres me hacen llegar cosas como esta, perlas, joyas, maquillaje para agregar a mis conjuntos. Al principio creí que eran buenas acciones, pero después me di cuenta de que no, solo les gusta ver que alguien más glamurosa y carismática utiliza sus cosas. Pero todo es muy barato. Me da sarpullido.

Agatha torció las antenas.

—¡Solo… solo cierra la puerta con llave!

Sophie echó el cerrojo. Oyó un estrépito y vio a Agatha roja de vergüenza y el cuerpo pálido envuelto en una cortina de arpillera.

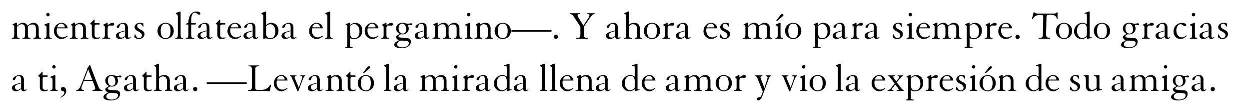
—Mmm… debo de haber calculado mal el tiempo… —tartamudeó Agatha.

Sophie la miró de arriba abajo.

—Te prefiero como una cucaracha.

—Tiene que haber una manera de conseguirte ropa nueva cuando regreses —rezongó Agatha, apretándose más en la arpillera. Entonces vio a Sophie acariciando la nota de Tedros. —Ahora escucha, no cometas ninguna estupidez cuando lo veas esta noche. Solo consigue el beso y…

—Mi príncipe vino a buscarme —murmuró Sophie con voz ensoñadora



mientras olfateaba el pergamino—. Y ahora es mío para siempre. Todo gracias a ti, Agatha. —Levantó la mirada llena de amor y vio la expresión de su amiga.

—¿Qué?

—Dijiste «para siempre».

—Quise decir esta noche. Es mío esta noche. —Ambas se quedaron en silencio.

—Seremos heroínas cuando regresemos a Gavaldon, Sophie —dijo Agatha con voz dulce—. Tendrás fama y riquezas y cualquier chico que quieras. Leerás sobre Tedros en los libros de cuentos por el resto de tu vida. Tendrás los recuerdos de que alguna vez él fue tuyo.

Sophie sonrió con una expresión de pena.

—Y yo tendré mi cementerio y a mi gato —murmuró Agatha.

—Algún día encontrarás el amor, Agatha.

Agatha sacudió la cabeza.

—Ya oíste lo que dijo el Director, Sophie. Una villana como yo nunca podrá encontrar amor.

—También dijo que no podíamos ser amigas. —Agatha miró los ojos hermosos y luminosos de su amiga.

Luego miró el reloj y se puso de pie de un salto.

—¡Quítate la ropa!

—¿Que me quite qué?

—¡Apresúrate! ¡Se pasará la hora!

—Discúlpame, pero este vestido me queda apretadísim…

—¡AHORA!

Pocos minutos más tarde, Agatha se sentó con la cabeza entre las manos junto a la ropa de Sophie.

—¡Tienes que hacerlo con convicción!

—Estoy desnuda atrás de un sofá horrible. No puedo hacer nada con convicción, y mucho menos hacer brillar mi dedo y convertirme en un roedor. ¿No podemos elegir un animal más atractivo?

—¡Estás a cinco minutos de perder ese beso! ¡Solo imagínate en su cuerpo!

—¿Y si me convierto en una paloma? Es más parecida a mí.

Agatha tomó las gafas de Sophie, las aplastó con su bota y las arrojó sobre el

sofá.

—¿Quieres que haga lo mismo con las perlas?

¡*PUM*!

—¿Funcionó? —Se oyó la voz de Sophie.

—No te veo… —dijo Agatha, dándose vuelta—. ¡Por lo que a mí respecta puedes haberte convertido en un tritón!

—¡Estoy aquí!

Agatha giró y contuvo el aliento.

—Pero… pero… eres…

—Algo más parecido a mí —musitó Sophie, un magnífico y suave zorro rosa con pelaje brillante, cautivadores ojos verdes, labios rojos y carnosos y animada cola color magenta. Tomó el collar de perlas alrededor de su cuello y se contempló con admiración en un fragmento de cristal roto. —¿Me besará, querida?

Agatha la miró fijamente, fascinada.

Sophie la observó en el espejo.

—Me estás poniendo nerviosa.

—Los lobos no te molestarán —balbuceó Agatha mientras destrababa la puerta—. Están convencidos de que los zorros acarrean enfermedades, y además son daltónicos. Solo mantén el pecho pegado al suelo para que no vean el cisne…

—Agatha.

—¿Qué? ¡Ya es tarde!

—¿Vienes conmigo?

Agatha se dio vuelta.

Suavemente, Sophie enrolló su cola alrededor de la mano de su amiga.

—Somos un equipo —dijo.

Agatha tuvo que convencerse de que no tenía tiempo para ponerse a llorar.



Sophie atravesó lentamente el Bosque Azul, pasando por sauces llenos de hadas que dormían y lobos guardianes que se apartaban de ella como si fuera una

serpiente. Bordeó los helechos color zafiro y los robles retorcidos del Matorral Turquesa antes de llegar al puente que daba a un arroyo bañado por la luna.

—No lo veo —murmuró Sophie a la cucaracha acurrucada en el pelaje rosa de su cuello.

—¡En su nota dijo que estaría aquí!

—Si Hester y Anadil nos tendieron una tram…

—¿Con quién hablas?

Dos ojos azules brillaron en la oscuridad del otro lado del puente. Sophie se quedó helada.

—¡Di algo! —murmuró Agatha en su oído. Sophie no pudo emitir sonido.

»Hablo conmigo misma cuando estoy nerviosa —susurró Agatha.

—Hablo conmigo misma cuando estoy nerviosa —repitió Sophie rápidamente.

Un zorro azul marino salió de entre las sombras; su cisne titilaba en el pecho abombado.

—Creí que solo las princesas se ponían nerviosas, no la mejor villana de la escuela.

Sophie miró boquiabierta al zorro. Tenía los músculos tensos y la sonrisa pícara de Tedros.

—Solo el mejor Mal puede disfrazarse de Bien —intervino Agatha—. Especialmente cuando debe luchar por amor.

—Solo el mejor Mal puede disfrazarse de Bien —repitió Sophie—. Especialmente cuando debe luchar por amor.

—Entonces, ¿de verdad fue un error desde el principio? —preguntó Tedros, rodéandola lentamente.

Sophie no encontró palabras.

—Tuve que estar en ambos bandos para sobrevivir. —Agatha vino al rescate.

—Tuve que estar en ambos bandos para sobrevivir —repitió Sophie. Oyó que los pasos de Tedros se detenían.

—Ahora, según el Código de Caballerosidad, debo cumplir con una promesa. —Su pelaje rozó el de ella—. ¿Qué quieres que te pregunte?

Sophie sintió un nudo en la garganta.

—¿Ahora ves quién soy? —sopló Agatha.

—¿Ahora ves quién soy? —musitó Sophie.

Tedros no respondió.

Alzó la barbilla de Sophie con su cálida pata.

—¿Te das cuenta de que esto causará un revuelo en las dos escuelas?

Sophie clavó la mirada en sus ojos, hipnotizada.

—Sí —susurró la cucaracha.

—Sí —respondió la zorra.

—¿Sabes que nadie te aceptará como mi princesa? —preguntó Tedros.

—Sí.

—Sí.

—¿Te das cuenta de que pasarás el resto de tu vida intentando probar que eres buena?

—Sí —dijo Agatha.

—Sí —dijo Sophie.

Tedros se acercó aún más y sus pechos se tocaron.

—¿Y sabes que voy a besarte ahora?

Las dos amigas suspiraron al mismo tiempo.

El agua iridiscente del arroyo iluminó las caras azul y rosada de los zorros. Agatha cerró los ojos y dijo adiós a este mundo de pesadillas. Sophie cerró los ojos también, y sintió el aliento cálido y dulce de Tedros cuando su tierna boca rozó sus labios…

—Pero deberíamos esperar —dijo Sophie, apartándose. Los ojos saltones de Agatha se abrieron de golpe.

—Sí… claro… por supuesto. Obviamente —farfulló Tedros—. Yo… ehh… te acompaño a tu túnel.

Mientras caminaban en silencio, la cola rosada de Sophie se entrelazó con la de él. Tedros la miró y esbozó una sonrisa. Agatha observó toda la escena, roja de furia. Y cuando el príncipe por fin desapareció en su túnel, saltó encima de la nariz de Sophie.

—¿¡Qué estás haciendo!?

Sophie no respondió.

—¿¡Por qué no lo besaste!?

Sophie no dijo nada.

Agatha hundió sus pinzas en la nariz de Sophie.

—¡Debes ir tras él! ¡Ve ahora! ¡No podemos volver a casa a menos que lo bes…

Sophie se quitó a Agatha de la cara y desapareció en el túnel sombrío.

Retorciéndose entre las hojas secas, Agatha por fin comprendió. No hubo beso porque nunca lo habría. Sophie no tenía intención de volver a casa.

Jamás.

19

Tengo un Príncipe

Los profesores de la Escuela del Bien y del Mal habían visto muchas cosas a lo largo de los años.

Habían sido testigos de alumnos patéticos en primer año graduarse más ricos que reyes. Habían visto Capitanes de Clase apagarse hacia tercer año y terminar siendo palomas o avispas. Habían presenciado travesuras, protestas y ataques, besos, promesas y canciones de amor improvisadas.

Pero nunca, jamás habían visto a un Siempre y a una Nunca de la mano haciendo la fila del almuerzo.

—¿Estás seguro de que no me meteré en problemas? —murmuró Sophie al ver que los miraban con odio desde los balcones.

—Si eres suficientemente buena para mí, tienes derecho a una canasta —respondió Tedros, tirando de ella.

—Supongo que deberán acostumbrarse —suspiró Sophie—. No querría tener problemas en el Baile.

La mano de Tedros se tensó sobre la de ella. La cara de Sophie se encendió al rojo vivo.

—Uh… después de anoche di por sentado…

—Los Siempres hicimos un juramento: que no invitaríamos a las chicas antes del Circo de Talentos —explicó Tedros, tironeándose del cuello—. El profesor Espada dice que es tradición esperar hasta la Coronación del Circo, la noche anterior al Baile.

—¡La noche anterior! —farfulló Sophie—. ¿Cómo haremos para coincidir en los colores, y planear la entrada, y…

—Por esa razón hacemos el juramento. —Tedros tomó la canasta de mimbre con emparedados de cordero, cuscús al azafrán y *mousse* de almendras que le entregaba una ninfa de cabello verde—. Y una también para la dama.

La ninfa ignoró a Sophie y extendió una canasta a la Siempre que seguía en la fila. Tedros tomó el asa.

—Dije que una para la dama.

La ninfa se aferró al asa de la canasta.

—Igualmente el cordero es difícil de digerir —observó Sophie, inquieta.

Pero el príncipe insistió hasta que la ninfa cedió la canasta a regañadientes. Tedros se la entregó a Sophie.

—Como dices, es mejor que se acostumbren.

Sophie abrió muy grandes los ojos.

—¿Me… llevarás?

—Eres muy hermosa cuando te propones algo.

Sophie lo tocó.

—Prométemelo —pidió ella, sin aliento—. Prométeme que me llevarás al Baile.

Tedros miró sus manos suaves, apoyadas sobre la puntilla de su camisa.

—Está bien —exhaló él por fin—. Lo prometo. Pero no le cuentes a nadie; si lo haces, te meteré una serpiente en la ropa.

Sophie chilló y se arrojó a sus brazos. Después de todo, podría planificar su vestido.

Así, el Siempre número uno y la Nunca número uno, enemigos ancestrales en cuerpo y alma, se sentaron de la mano bajo un roble altísimo. De repente Tedros advirtió que todos los Siempres lo miraban fijamente, asombrados por su deslealtad. Sophie vio que los Nuncas, a los que durante semanas les había hablado sobre orgullo de villanos, la miraban con odio, traicionados.

Nerviosos, Tedros y Sophie mordieron sus emparedados al mismo tiempo.

—¿La bruja sigue siendo contagiosa? Es su primer día de clase después de la cuarentena.

Sophie vio que Agatha, acurrucada contra un árbol, la miraba fijamente.

—Ehh… no hablamos mucho.

—Es una sanguijuela, ¿verdad? Cree que su cerebro vale más que tu belleza. Lo que no sabe es que tú lo tienes todo.

Sophie tragó saliva.

—Es verdad.

—Una cosa es cierta: no volveré a elegir a esa bruja en ningún otro desafío.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ahora que encontré a mi princesa, no la soltaré —respondió su príncipe, mirándola a los ojos.

Sophie de repente sintió lástima.

—¿Aunque eso signifique esperar un beso toda la vida? —preguntó en voz muy baja.

—Aunque eso signifique esperar un beso toda la vida —respondió Tedros, tomándola de la mano. Luego inclinó la cabeza—. Supongo que será una pregunta hipotética.

Sophie se echó a reír y enterró la cabeza en su hombro, a tiempo para ocultar las lágrimas. Algún día le explicaría. Cuando el amor fuera lo suficientemente sólido.

Desde los balcones de las dos escuelas, los profesores observaron a los tortolitos acurrucarse al sol. Los profesores del Bien y del Mal se miraron con desaprobación y volvieron a sus despachos.

Sentada bajo la fría sombra, Agatha tampoco actuó precipitadamente. Al igual que los profesores, ella sabía que este romance tenía poca vida. Había algo que se interponía entre ellos. Algo que Sophie había olvidado.

Algo llamado la Gran Prueba.



—Ganar la Gran Prueba es uno de los honores más grandes en la Escuela del Bien y del Mal —declaró Pollux, con su cabeza junto a la de Castor en el enorme cuerpo de perro. Pollux, escoltado por los quince líderes de los grupos del bosque, miró a los alumnos reunidos después del desayuno en el Teatro de Cuentos.

—Una vez por año enviamos a nuestros mejores Siempres o Nuncas al Bosque Azul durante una noche, para ver quién resiste hasta la mañana. Para ganar, un alumno debe sobrevivir a las trampas mortales del Director y a los ataques del otro bando. El último Siempre o Nunca que quede vivo al amanecer será declarado ganador, y recibirá cinco calificaciones adicionales de primer lugar. —Pollux levantó la nariz con desprecio—. Como ya saben, el Bien ha ganado las últimas doscientas pruebas…

El Bien rompió en cánticos de «¡VIVAN LOS SIEMPRES! ¡VIVAN LOS SIEMPRES! ¡VIVA LOS…»

—¡LOS SIEMPRES SON ESTÚPIDOS, IDIOTAS Y ARROGANTES! —bramó Castor, y los Siempres se callaron.

—Dentro de una semana, cada grupo del bosque enviará a su mejor Siempre y a su mejor Nunca a la Prueba —informó Pollux con tono despreciativo—. Pero antes de anunciar a los competidores, repasaremos rápidamente las reglas.

—Me enteré de que ayer Beatrix salió primera en Buenas Acciones —murmuró Chaddick a Tedros—. ¿Esa Nunca te está ablandando?

—Intenta curar un ala de paloma con la fuerza que tengo —replicó Tedros. Luego su rostro se suavizó. —¿Los chicos realmente me odian?

—No puedes meterte con una Nunca, amigo —dijo Chaddick, mirándolo seriamente con sus ojos grises—. Aunque sea la chica más hermosa, inteligente y talentosa de la escuela.

Tedros se hundió en su asiento, vacilante… Y luego se incorporó.

—¡Puedo demostrar que ella pertenece al Bien! ¡Puedo probarlo en la Gran Prueba!

—Beatrix o Agatha podrían ocupar el lugar en tu grupo —observó Chaddick.

Tedros sintió una opresión en el pecho. Vio a Sophie que le sonreía desde los bancos del Mal. Su futuro juntos dependía de que él ganara la Gran Prueba. ¿Acaso podía decepcionarla?

—Según las reglas, puede haber más de un ganador de la Gran Prueba —manifestó Pollux—. Sin embargo, quienes resistan hasta el amanecer deberán repartirse las calificaciones del primer lugar. Por eso, les conviene eliminar a la competencia. Naturalmente, el Director prefiere un solo ganador, y pondrá la mayor cantidad de obstáculos para garantizarlo.

»Durante el resto de la semana, todas las clases estarán dedicadas a preparar a estos 15 Siempres y 15 Nuncas para la noche en el Bosque Azul —continuó el perro, mientras los alumnos parloteaban quiénes podrían ser—. Los desafíos internos se limitarán solo a estos competidores. Los que tengan las peores calificaciones de la semana entrarán primero a la Prueba, y los que tengan las mejores ingresarán mucho después. Por supuesto, es una enorme ventaja. Cuanto menos tiempo pasen en una Gran Prueba, mayores posibilidades tendrán de salir vivos.

Los alumnos callaron.

Pollux se dio cuenta de lo que acababa de decir y forzó una sonrisa.

—Es una metáfora. Ningún alumno muere en una Prueba. ¡Qué gracioso!

Castor tosió.

—Pero ¿qué dices de…?

—La competencia es absolutamente segura —señaló Pollux mientras sonreía a los alumnos—. Cada uno tendrá una bandera de rendición. Si están en peligro mortal, arrójenla al piso y serán rescatados del Bosque Azul sin sufrir lesiones. Aprenderán más detalles sobre las reglas en sus clases, pero ahora le cedo la palabra a los líderes de los grupos del bosque, que anunciarán a los competidores de la Prueba de esta temporada.

Se adelantó una diminuta ninfa de agua con un vestido de enredaderas color esmeralda.

—¡En el grupo 9, Reena representará al Bien y Vex representará al Mal!

Reena hizo una reverencia ante las ovaciones de los Siempres, mientras que los Nuncas murmuraron que Vex con sus orejas puntiagudas tenía suerte de

estar en un grupo débil.

Un ogro anunció a Tristan y a Arachne, la chica de un solo ojo, para el grupo 7, seguido de otros líderes que nombraron a Nicholas, el chico de piel oscura, y a Anadil para el grupo 4, a Kiko y a Mona, la chica de piel verde, para el 12, y a Giselle y Hester para el 6…

Sophie miró a Tedros durante todo el proceso, mientras soñaba despierta con su vida como reina. (¿Camelot tendría suficientes armarios? ¿Y espejos? ¿Y pepinos?) Luego se adelantó Yuba. Sophie observó a Tedros y a Beatrix, ambos pendientes de las palabras del gnomo. *Por favor, que derrote a esa tonta avinagrada*, rezó.

—En el grupo 3, Tedros representará al Bien —anunció Yuba.

Sophie respiró aliviada.

—Y Sophie representará al Mal.

Sophie se frotó las orejas. Seguramente había oído mal. Entonces vio las sonrisas irónicas.

—Supongo que es el problema de salir con una villana —observó Chaddick—. Todo es amor y besos hasta que tienes que matarla.

Tedros lo ignoró y se concentró en su plan para probar que Sophie pertenecía al Bien. Gracias a Dios que su padre estaba muerto, pensó, transpirando debajo de su camisa. Lo que estaba a punto de hacer lo habría matado.

Mientras los Siempres salían por el pórtico del oeste y los Nuncas por el del este para regresar a la Escuela del Mal, Sophie permaneció aturdida sobre un banco ennegrecido. Una sombra se acercó a ella.

—Solo te pedí que no te interpusieras en mi camino…

El aliento de Hester le dio un escalofrío en la espalda.

—Y aquí estás, la villana número uno, poniéndonos en ridículo a todos. Olvidaste que la historia de una villana no tiene un final feliz, querida. Así que déjame recordarte cómo termina. Primero, tú. Y luego, tu príncipe. Muertos.

Los fríos labios rozaron la oreja de Sophie.

—Y no es ninguna metáfora.

Sophie giró en redondo. No había nadie. Se puso de pie de un salto y se tropezó con Tedros, dio un grito y se desplomó en sus brazos.

—Ella va a matarnos, a ti y después a mí, o a mí y después a ti, no recuerdo el

orden, y tú eres un Siempre y yo soy una Nunca, y ahora debemos pelearnos…

—O podemos pelear juntos.

Sophie pestañeó.

—¿Sí?

—Todos sabrán que eres buena si yo te protejo —aseguró Tedros, todavía un poco transpirado—. Solo una verdadera princesa puede ganar el escudo de un príncipe.

—Pero… ¡te atacarán! ¡Todos creen que soy mala!

—No si ganamos —respondió Tedros con una sonrisa—. Tendrán que convertirte en una Siempre.

Sophie agitó la cabeza y lo abrazó con fuerza.

—Eres mi príncipe. De verdad lo eres.

—Ahora, ve a ganar tus desafíos para que podamos entrar en la Prueba al mismo tiempo. No puedes estar ahí si yo no estoy a tu lado.

Sophie palideció.

—Pero… pero…

—Pero ¿qué? Eres la mejor Nunca, con mucho.

—Lo sé, pero…

Tedros la tomó de la barbilla, obligándola a mirar sus ojos azul cristalino.

—El primer lugar en cada desafío. ¿De acuerdo?

Sophie asintió sin mucho convencimiento.

—Somos un equipo —aseguró Tedros, sonriendo, y con una última caricia en su mejilla, partió hacia el pórtico de los Siempres.

Sophie atravesó el escenario con cansancio hasta la salida de los Nuncas y se detuvo. Se dio vuelta lentamente.

Agatha estaba sentada en los bancos rosados, sola.

—Te dije que yo pertenezco aquí, querida —suspiró Sophie—. Pero no quisiste escucharme.

Agatha calló.

—Quizá el Director te permita volver a casa a ti sola —sugirió Sophie.

Su amiga ni se inmutó.

—Tienes que hacer nuevas amigas, Agatha. —Sophie sonrió con dulzura—. Ahora tengo un príncipe.

Agatha se limitó a mirarla fijamente.
Sophie dejó de sonreír.
—Tengo un príncipe.
Y se fue dando un portazo.



En Afeamiento, Manley pidió a los 15 Nuncas competidores que hicieran aparecer un disfraz que asustara a un Siempre «a primera vista». La poción de Hester hizo que su cuerpo se llenara de púas. El brebaje de Anadil volvió su piel tan fina que podían verse todos sus vasos sanguíneos. Mientras tanto, Sophie golpeó sapos para volver a tener herpes, pero se equivocó y le salió un cuerno en espiral y una cola de caballo reluciente.

—¡Claro que no hay nada más temible para una princesa que un unicornio! —exclamó Manley con un gruñido.

En Entrenamiento de Secuaces, los Nuncas de la Prueba debían domesticar a un gigante de fuego, un coloso de casi tres metros de altura con piel color naranja intenso y cabellera llameante. Sophie intentó leer sus pensamientos, pero todos estaban en idioma gigante. Afortunadamente recordó algunas de las palabras de gigante que Agatha le había enseñado.

GIGANTE DE FUEGO:	¿Y por qué no debo matarte?
SOPHIE:	Yo conozco este caballo.
GIGANTE DE FUEGO:	¡No veo ningún caballo!
SOPHIE:	Es tan enorme como tu calzoncillo.

Castor intervino antes de que el gigante la devorara.

Luego, lady Lesso pidió a los Nuncas participantes que nombraran un «hechizo que solo la persona que lo lanzó puede deshacer».

—¿Respuestas?

Temblando, las Nuncas levantaron tabletas de hielo talladas:

HESTER:	Petrificación

ANADIL:	Petrificación
ARACHNE:	Petrificación
SOPHIE:	Hechizo especial

—¡Si el amor fuera la respuesta para todo! —exclamó lady Lesso, dándole a Sophie otro «15» entre 15.

—¿Qué pasó? —le dijo Tedros, mientras la empujaba por la fila de los Siempres.

—Solo me cuesta arrancar…

—¡Sophie, no puedes estar en ese bosque sin mí!

Siguió su mirada hasta los Siempres, que los miraban con enfado. Cuando llegara la Prueba, se vengarían.

—¡Solo haz lo que hacías antes! —le rogó Tedros.

Sophie apretó los dientes camino a su habitación. ¡Si a Agatha le iba bien en la Escuela del Bien, a ella también podría irle bien aquí! ¡Sí, herviría ojos de rana, aprendería el idioma gigante, cocinaría a un niño si era necesario! (o lo supervisaría, por lo menos). ¡Nada impediría que ella tuviera su «Para Siempre»! Sacó pecho, abrió la puerta de su habitación y se quedó helada.

Su cama había desaparecido. El espejo estaba destrozado.

Y del techo colgaban todos sus viejos atuendos, mutilados, como cadáveres sin cabeza.

Sobre su cama, Anadil dejó de leer *Cómo asesinar a chicas bonitas* y la miró.

Hester levantó la mirada de *Cómo asesinar a chicas aún más bonitas*.

Sophie entró como bólido en la oficina del piso superior.

—¡Mis compañeras de cuarto quieren asesinarme!

Lady Lesso sonrió desde su escritorio.

—Ese es el espíritu.

La puerta se cerró mágicamente frente a Sophie.

Sophie se encogió de miedo en el oscuro pasillo. ¡La semana pasada había sido la chica más popular de la escuela! ¿Y ahora ni siquiera podía volver a su habitación?

Se secó los ojos. No importaba, ¿verdad? Pronto cambiaría de escuela y

podría olvidarse de todo. Tenía al chico que cualquier princesa deseaba. ¡Tenía a su príncipe! ¡Dos brujas estúpidas no se comparaban con el amor verdadero!

En ese momento oyó un eco de voces y se agachó en un rincón oscuro.

—Hester dice que la que mate a Sophie durante la Prueba será su secuaz el año que viene, cuando ella sea Capitana —aseguró Arachne mientras descendía la escalera—. Pero tiene que parecer un accidente, o nos expulsarán.

—¡Tenemos que adelantarnos a Anadil! —dijo Mona, con su piel verde arrebatada—. ¡Supón que la mata antes de la Prueba!

—Hester dijo que tenía que ser durante la Prueba. Hasta Vex y Brone lo saben. ¿Te enteraste cuál es su plan para matarla? Fueron a buscar en el lago del Bien esos huevos que quedaban. Esa chica puede darse por muerta.

—No puedo creer que hayamos escuchado las charlas de esa traidora —dijo Mona, furiosa—. ¡Hasta nos habría hecho vestir de rosa y besar a Siempres!

—Nos humilló a todos y ahora deberá pagar —afirmó Arachne, entrecerrando el ojo. Somos catorce y ella está sola. Los números no la favorecen.

Las risas socarronas hicieron eco en el hueco de la húmeda escalera.

Sophie se quedó quieta en la oscuridad. No eran solo sus compañeras de cuarto. Toda la escuela la quería ver muerta. Ahora no tenía un lugar seguro adonde ir.

Ningún lugar, excepto…

Al final de un pasillo oscuro y viciado se abrió una rendija de la puerta de la habitación 34, después de que Sophie golpeara por tercera vez. Se asomaron dos pupilas negras saltonas.

—Hola, guapo —susurró Sophie con voz seductora.

—Ni siquiera lo intentes. Te gustan los príncipes, eres una traidora, una…

Sophie se apretó la nariz, pasó junto a Hort y lo sacó de la habitación, que ahora era suya.



Hort golpeó la puerta y lloró durante veinte minutos antes de que Sophie finalmente lo dejara volver a entrar.

—Puedes ayudarme a estudiar hasta el toque de queda —le ofreció, mientras rociaba la habitación con perfume de lavanda—. Pero nada de dormir aquí.

—¡Esta es mi habitación! —protestó Hort mientras se sentaba en el suelo, con su pijama negro adornado de ranas verdes enfadadas.

—Bueno, pero yo estoy aquí, ¿no es cierto? Y los chicos y las chicas no pueden ser compañeros de cuarto, de modo que, sin duda, no puede ser tu habitación —razonó Sophie mientras se arrebujaba en la cama de Hort.

—Pero ¿dónde dormiré?

—Me dijeron que la sala de estudios de la torre Maldad es bastante cómoda.

Ignorando las protestas de Hort, Sophie se hundió en las almohadas y leyó sus notas de clase a la luz de una vela. Tenía que ganar todos los desafíos mañana. Su única esperanza de sobrevivir a la Prueba era entrar con Tedros y esconderse detrás de su escudo en todo momento.

—Para humillar a un enemigo, conviértelo en pollo: ¿*Banta pareo dirosti*? —Sophie entrecerró los ojos—. ¿Está bien eso?

—Sophie, ¿cómo sabes que no eres una villana? —preguntó Hort con un bostezo, acurrucado en el suelo quemado.

—Porque me miro al espejo. Hort, tienes una letra pésima.

—Cuando me miro al espejo, parezco un villano.

—Probablemente porque eres un villano.

—Mi papá me decía que los villanos no pueden amar nunca, pase lo que pase. Que es antinatural y asqueroso.

Sophie intentó leer las palabras garabateadas.

«Para congelar a un Siempre en hielo, enfríe su alma…»

—Así que no cabe duda de que no puedo amar —concluyó Hort.

«Tanto como sea posible… luego diga estas palabras…»

—Pero si pudiera amar, te amaría a ti.

Sophie se dio vuelta. Hort roncaba suavemente en el suelo, con la solapa iluminada de ranas verdes enfadadas.

—Hort, no puedes dormir aquí —le advirtió.

Hort se hizo un ovillo.

Sophie se quitó las mantas, le dio una patada…

—Toma esto, Pan —farfulló Hort en voz baja.

Sophie lo observó, temblando y transpirando en el suelo, y volvió a meterse entre las mantas con olor a humedad. Con la vela junto a las notas, intentó estudiar, pero los resoplidos de Hort la arrullaron y se durmió. Cuando despertó, ya era de mañana.

El segundo día le fue tan mal como el primero, y Sophie ganó otros tres últimos lugares. El tercero lo ganó en Secuaces, cuando no pudo encender su dedo a tiempo para desarmar a un trol apestoso.

Vio que a Tedros le resaltaban las venas del cuello cuando la arrastró por la fila del almuerzo y se tapó la nariz.

—¿Tendré que perder a propósito? ¿O quieres entrar a la Prueba tres horas antes?

—Estoy haciendo mi mejor esfuerzo…

—La Sophie que conozco no hace un esfuerzo. Ella gana.

Comieron en silencio.

—¿Dónde está su hada madrina ahora? —Sophie oyó que se jactaba Beatrix.

Del otro lado del jardín, Agatha hacía su tarea con Kiko, completamente de espaldas.



Al día siguiente, los contendientes pasaron las dos primeras sesiones probándose los uniformes para la Prueba: túnicas color azul oscuro hechas de sedosa malla de hierro, con capas de lana y capuchas forradas de brocado rojo haciendo juego. Con treinta alumnos vestidos con las mismas capas, sería imposible distinguir a los Siempres de los Nuncas, aunque las capas azules fueran visibles en medio del Bosque Azul. Cuando se trataba de ropa, normalmente Sophie prestaba toda su atención. Pero hoy tenía la cabeza enterrada en las notas de Hort. La próxima clase era la de lady Lesso y necesitaba un primer lugar.

—Un villano mata con un solo propósito: destruir a su archienemigo. Aquel que se fortalece mientras ustedes se debilitan. Solo cuando su archienemigo esté muerto podrán sentirse satisfechos —dijo la profesora con la cara tensa, taconeando por el pasillo—. Claro que, como solo los mejores Nuncas sueñan con sus archienemigos, la mayoría de ustedes se pasará la vida sin matar a

nadie. Considérense afortunados. Para matar se requiere el Mal más puro. Ninguno de ustedes tiene todavía pureza suficiente para matar.

Sophie escuchó murmullos dirigidos a ella.

—Sin embargo, como la Gran Prueba es un ejercicio inofensivo —continuó lady Lesso, sonriéndole—, por qué no nos preparamos con mi desafío favorito…

Hizo aparecer una princesa fantasma con rizos castaños, hoyuelos sonrosados y sonrisa dulce como la de un bebé.

—Práctica de asesinato. El que la mate de la manera más cruel gana.

—¡Por fin algo útil! —exclamó Hester, mirando a Sophie.

Aunque el aula estaba más fría que nunca, a Sophie se le perló la frente de transpiración.

La princesa estaba encerrada detrás de una puerta y no confiaba en los desconocidos, así que los Nuncas tuvieron que ser creativos para matarla. Mona se afeó y se transformó en una vendedora ambulante, y le ofreció a la princesa un lápiz labial envenenado. Cuando lady Lesso hizo aparecer otra princesa, Anadil golpeó la puerta y dejó un ramillete de flores carnívoras afuera. Hester se encogió y se convirtió en una linda ardilla, y le ofreció un globo brillante.

—¡Oh, gracias! —dijo la princesa, sonriente, y el globo la elevó hacia arriba, hasta los trozos de hielo afiladísimos del techo.

Sophie cerró los ojos durante gran parte del tiempo.

—¿Quién sigue? —preguntó lady Lesso, mientras encerraba a otra princesa detrás de la puerta—. Ah, sí. Tú. —Golpeteó con sus largas uñas rojas sobre el pupitre de Sophie y chasqueó la lengua con desaprobación.

Sophie se sintió enferma. ¿Asesinar? Aunque fuera un fantasma, no podía asesin…

Se le apareció el rostro moribundo de la Bestia y palideció. ¡Eso había sido diferente! ¡La Bestia era maligna! ¡Cualquier princesa habría hecho lo mismo!

—Otro aplazo, según parece —murmuró lady Lesso.

Sophie la miró y pensó que Tedros perdería su fe en ella. Pensó en los catorce villanos convencidos de ser lo suficientemente puros para matar. Pensó en su final feliz que se le escapaba…

La Sophie que amo no hace un esfuerzo.

Apretando los dientes, pasó junto a su sorprendida profesora hacia la puerta,

su dedo encendido de rosa…

Para congelar a un Siempre en hielo…

Llamó a la puerta.

Enfríe su alma…

La puerta se abrió y el brillo del dedo de Sophie se debilitó.

Era su propia cara la que veía, con los largos rizos rubios que tenía antes de su encuentro con la Bestia. Para ganar este desafío, debía matarse… a sí misma.

Sophie vio que lady Lesso sonreía con suficiencia en el rincón.

—¿Qué desea? —preguntó la princesa Sophie.

Es solo un fantasma. Sophie apretó los dientes y sintió que su dedo se encendía otra vez.

—Pareces una desconocida —dijo la princesa, ruborizándose.

Tanto como sea posible…

Sophie apuntó su dedo encendido hacia ella.

—Mamá dice que no debo hablar con desconocidos —dijo la princesa con preocupación.

¡Dilo!

El dedo de Sophie titiló… no recordaba las palabras…

—Debo irme. Mamá me está llamando.

¡Mátala! ¡Mátala ahora!

—Adiós —dijo la princesa, cerrando la puerta.

—¡BANTA PAREO DIROSTI!

¡Puf! La princesa se convirtió en un pollo. Sophie la agarró en sus brazos, tomó una silla y la arrojó contra la ventana congelada, destrozándola, y arrojó al pájaro al vacío.

—¡Vuela, Sophie! ¡Eres libre!

El pollo intentó volar, luego se dio cuenta de que no podía, y cayó hacia una muerte segura.

—Por primera vez siento lástima por un animal —observó lady Lesso.

Otro «15» apareció frente a Sophie.



Quizá lo único que le gustaba a Sophie sobre la Escuela del Mal era que tenía muchos lugares para esconderse a llorar. Se acurrucó detrás de un arco derruido y sollozó. ¿Cómo iba a enfrentar a Tedros?

—Insistimos en que debes sacar a Sophie de la Prueba.

Sophie reconoció la voz ronca del profesor Manley. Salió del arco y espió su hedionda clase a través del ojo de la cerradura. En los asientos oxidados, que normalmente estaban ocupados por villanos, ahora estaban sentados los profesores de ambas escuelas. La profesora Dovey presidía en el atril con forma de cráneo de dragón, que ella había alegrado con un pisapapeles de calabaza.

—Los Nuncas planean matarla, Clarissa —concluyó el calvo y granoso Manley.

—Bilioso, tenemos medidas de seguridad para evitar la muerte de un alumno.

—Esperemos que sean más seguras que hace cuatro años —replicó él.

—¡Creo que todos estamos de acuerdo en que la muerte de Garrick fue un accidente! —reaccionó la profesora Dovey.

Se produjo un silencio incómodo. En el pasillo, Sophie pudo escuchar su propia respiración.

Garrick de Gavaldon. Secuestrado con Bane.

Bane había fracasado. Garrick había muerto.

Sintió su corazón golpear contra sus costillas.

Volver a casa con vida es nuestro final feliz.

Agatha tenía razón desde el principio.

—Existe otra razón por la cual Sophie debe salir de la Prueba —advirtió Castor con seriedad—. Las hadas dicen que ella y el chico Siempre planean actuar como un equipo.

—¿Como un equipo? —preguntó la profesora Dovey, boquiabierta—. ¿Un Siempre y una Nunca?

—¡Imaginen si ganaran! —chilló la profesora Sheeks—. ¡Imaginen si se enteraran en el Bosque!

—Entonces, o ella muere o destruye esta escuela —gruñó Manley, y escupió en el suelo.

—Clarissa, no es una decisión difícil —dijo lady Lesso.

—¡Pero nunca antes se había sacado a una alumna calificada de una Prueba!

—protestó la profesora Dovey.

—¡Calificada! ¡Reprobó todos los desafíos esta semana! —exclamó Manley—. ¡El chico la tiene convencida de que es buena!

—Quizá solo siente la presión de la Prueba —sugirió la princesa Uma mientras daba de comer a una codorniz sobre su hombro.

—¡O nos engañó a todos, haciéndonos creer que era la gran esperanza del Mal! —exclamó la profesora Sheeks—. ¡Debió haber reprobado antes de la Prueba!

—¿Y por qué no reprobó? —quiso saber la profesora Anénoma.

—Cada vez que intentábamos reprobarla había otro alumno que obtenía el último lugar —dijo Manley—. ¡Alguien estuvo evitando que reprobara!

Los profesores del Mal expresaron su aprobación a los gritos.

—Tiene mucho sentido —dijo la profesora Dovey, haciéndose oír entre los gritos—. Un misterioso entrometido, a quien nadie vio nunca, se mete en su torre y se inmiscuye con sus calificaciones.

—Describes muy bien al Director, Clarissa —indicó lady Lesso.

—¡No seas ridícula, lady Lesso! ¿Por qué el Director iba a querer interferir en las calificaciones de una alumna?

—Porque no hay nada que le gustaría más que ver ganar a la «mejor» alumna del Mal detrás del escudo del Bien —siseó lady Lesso, y sus ojos color violeta centelleaban—. Una alumna que incluso yo, tontamente, pensé que tenía esperanza. Pero si Sophie gana con ese patético príncipe, no voy a mantenerme al margen, Clarissa. No permitiré que el Director, ni tú y tus arrogantes bestias destruyan el trabajo de toda mi vida. Ahora escúchenme. Si permiten que Sophie compita en esa Prueba, no solo pondrán en peligro su vida, se están arriesgando a una guerra.

Se produjo un silencio sepulcral en el salón.

La profesora Dovey se aclaró la garganta.

—Quizá pueda competir al año próximo…

Sophie se desplomó, aliviada.

—¡Apoyas al Mal! —exclamó el profesor Espada.

—Solo para proteger a la chica —respondió Dovey con voz débil.

—¡Pero el chico Siempre la seguirá amando! —advirtió Anémona.

—Una semana en el Salón de Torturas se ocupará de eso —manifestó lady Lesso.

—Pero aún no encuentro a la Bestia —dijo Sheeba.

—¡Entonces consigue otra! —gruñó lady Lesso.

—¿Qué les parece si votamos? —gorjeó Uma.

—¡LAS VOTACIONES SON PARA LOS DÉBILES! —rugió Castor, y se armó un escándalo entre los profesores. La codorniz de Uma bombardeó de caca a los profesores del Mal, Castor intentó comerse al pájaro y Pollux volvió a perder la cabeza, hasta que alguien emitió un silbido de autoridad. Todo el mundo calló para escuchar al hombre parado en un rincón del salón quemado.

—Esta escuela tiene una sola misión —dijo el profesor Sader—. Proteger el equilibrio entre el Bien y el Mal. Si la participación de Sophie en la Prueba perturba este equilibrio, entonces debemos descalificarla de inmediato. Afortunadamente para nosotros, la prueba de este equilibrio la tenemos delante de nuestros ojos.

Todos miraron hacia otro lado. Sophie intentó ver qué miraban, pero luego se dio cuenta de que todos miraban en direcciones diferentes.

—¿Estamos de acuerdo en que el equilibrio está intacto? —inquirió el profesor Sader.

Nadie lo contradijo.

—Entonces, Sophie debe competir en la Gran Prueba y no hay nada más que discutir.

Sophie ahogó un grito.

—Siempre tan sensato, Augusto —dijo lady Lesso, poniéndose de pie—. Menos mal que los aplazos de la chica han asegurado que pasará la mayor parte de la Prueba sin que el chico la proteja. Esperemos que su muerte sea tan brutal que nadie se atreva a repetir sus errores. Solo entonces su historia tendrá el final que merece. Un final, quizá, digno de un mural.

Salió del salón seguida de los profesores del Mal.

Los profesores del Bien salieron del salón en parejas, murmurando entre sí, la profesora Dovey y el profesor Sader en último lugar. Caminaron en silencio, el vestido de cuello alto color verde cartujo rozó contra el traje verde trébol.

—¿Y si ella muere, Augusto? —preguntó Clarissa.

—¿Y si vive? —dijo Sader.

Clarissa se detuvo.

—¿Sigues creyendo que es verdad?

—Sí. Como también creo que es verdad que el Cuentista comenzó su cuento de hadas.

—Pero es imposible… una locura… es… —Clarissa se horrorizó—. ¿Es por eso que interviniste?

—Por el contrario, no intervine —aclaró Sader—. Nuestra obligación es dejar que el cuento siga su curso…

—¡No! ¿Qué has… —La profesora Dovey se tapó la boca con la mano. —¿Es por eso que envías a una niña a arriesgar su vida? ¿Porque crees en tu falsa profecía?

—Aquí hay mucho más en juego que la vida de una niña, Clarissa.

—¡Es solo una niña! ¡Una niña inocente! —exclamó la profesora Dovey, derramando lágrimas de furia—. ¡Si muere será tu culpa!

Mientras la profesora se alejaba, los sollozos hicieron eco escaleras abajo, y por los ojos color avellana del profesor Sader flotó la duda.

No podía ver que Sophie estaba acurrucada junto a él, intentando dejar de temblar.



En medio del claro repleto de hojas secas, Kiko se arrebujó aún más en su mantón y lamió su mazorca de especias.

—¡Así que les pregunté a todas las chicas si le dirían que sí a Tristan, y todas respondieron que no! ¡Eso significa que tiene que pedírmelo a mí! Podría ir solo, claro está, pero si un chico va al Baile sin pareja solo recibe medias calificaciones, y a Tristan le gusta usar el Salón de Belleza, así que no cabe duda de que me lo pedirá a mí. Bueno, Tristan podría pedírtelo a ti, pero tú le dijiste que se casara con Tedros, así que no creo que lo haga. No puedo creer que le hayas dicho eso. Como si los príncipes pudieran casarse entre ellos. ¿Entonces, qué haríamos?

Agatha masticó su mazorca para dejar de escucharla. Del otro lado del claro

vio que Sophie y Tedros discutían acaloradamente en la boca del túnel de árboles. Parecía que Sophie intentaba disculparse y de abrazarlo, de besarlo incluso, pero Tedros la apartaba.

—¿Me estás escuchando?

Agatha se dio vuelta.

—Espera. Entonces, si a una chica no la invitan al Baile, fracasa y sufre un castigo peor que la muerte. ¿Y si un chico no va al Baile solo recibe medias calificaciones? ¡Es injusto!

—Pero es verdad —dijo Kiko—. Un chico puede elegir estar solo si así lo desea. Pero si una chica termina sola… más vale que esté muerta.

Agatha tragó saliva.

—¡Qué ridículo…!

Algo cayó en su canasta.

Agatha levantó la mirada y vio que Sophie la miraba mientras Tedros la arrastraba en la fila de los Siempres.

Mientras Kiko seguía parloteando, Agatha sacó una exquisita flor color rosado de su canasta, y luego notó que estaba hecha de pergamino. Con el mayor cuidado deshizo la flor en la falda de su vestido.

La nota solo tenía dos palabras.

Te necesito.

20

Secretos y Mentiras

La cucaracha se metió debajo de la puerta de la habitación 66 y por poco saltó de su caparazón. Miró boquiabierta el cristal destrozado, los vestidos

colgados y a las tres brujas durmiendo… y salió corriendo antes de que alguna de ellas la viera.

Pero una de las brujas vio a la cucaracha.

Y al cisne sobre su estómago.



Agitando las antenas de izquierda a derecha, Agatha siguió el perfume de Sophie y descendió por la escalera de caracol y por los pasillos fríos y húmedos (y casi sucumbió a una sospechosa cucaracha macho en el camino), hasta que encontró el origen del perfume en la sala de estudios. Lo primero que vio dentro fue a Hort, sin camisa, con la cara roja como un niño haciendo fuerza en el baño. Con un último gruñido de esfuerzo, miró en su pecho dos flamantes vellos que acababan de crecer.

—¡Sí! ¿Qué talento puede vencer el mío?

En el sofá de al lado, Sophie tenía la nariz enterrada en *Lanzamiento de hechizos para idiotas*.

Oyó dos chasquidos de insecto y levantó la mirada de inmediato. Hort infló el pecho y le guiñó un ojo. Sophie se dio vuelta, horrorizada, y luego vio el mensaje escrito con lápiz labial detrás del sofá.

BAÑO. TRAE ROPA.

Sophie aborrecía los baños del Mal, pero por lo menos eran un lugar seguro para reunirse. Los Nuncas parecían tenerles fobia a los baños y los evitaban totalmente (No tenía idea qué era lo que provocaba este temor o dónde hacían sus necesidades, pero prefería no pensar al respecto). La puerta chirrió y Sophie entró en la oscura celda de hierro. Dos antorchas titilaban sobre la pared oxidada, alargando las sombras de los compartimentos. Mientras caminaba hacia el último, entrevió unas franjas de piel pálida a través de las rendijas

—¿Ropa?

Sophie se la pasó por debajo del compartimento.

La puerta se abrió y Agatha salió vestida con el pijama de ranas de Hort, con los brazos cruzados.

—¡No tengo otra cosa! —lloriqueó Sophie—. ¡Mis compañeras de cuarto colgaron toda mi ropa!

—Ya no le caes bien a nadie —replicó Agatha, ocultando su dedo encendido—. ¿Por qué será?

—¡Mira, lo lamento! ¡No podía simplemente volver a casa! ¡No ahora que por fin conseguí a mi príncipe!

—¿Tú? ¿Tú conseguiste a tu príncipe?

—Bueno, la mayor parte fui yo…

—Dijiste que querías volver a casa. ¡Dijiste que éramos un equipo! ¡Por eso te ayudé!

—¡Somos un equipo, Agatha! ¡Toda princesa necesita una compañera!

—¡Una compañera! ¡Una *compañera*! —gritó Agatha—. ¡Bueno, veamos cómo se las arregla sola nuestra heroína!

Y se alejó. Sophie la sostuvo del brazo.

—¡Intenté besarlo! ¡Pero ahora él duda de mí!

—¡Suéltame!

—¡Necesito tu ayuda!

—Pues no te la daré —replicó Agatha, dándole un codazo—. Eres una mentirosa, cobarde y farsante.

—¿Entonces para qué viniste? —preguntó Sophie con los ojos inundados de lágrimas.

—Ten cuidado. Las lágrimas de cocodrilo significan arrugas de cocodrilo.

Agatha sonrió con desdén desde la puerta.

—¡Por favor, haré lo que sea! —farfulló Sophie.

Agatha se dio vuelta.

—Júrame que lo besarás en la primera oportunidad que tengas. Júralo por tu vida.

—¡Lo juro! —exclamó Sophie—. ¡Quiero volver a casa! ¡No quiero que me maten!

Agatha la miró fijamente.

—¿Cómo?

Sophie le contó con lujo de detalles, voces y gestos sobre la reunión de profesores, los desafíos fallidos y su pelea con Tedros.

—Nos estamos acercando demasiado al final, Sophie —dijo Agatha, ahora pálida como un fantasma—. ¡Siempre muere alguien al final de un cuento de hadas!

—¿Qué hacemos ahora? —chilló Sophie.

—Tú gana esa Prueba y besa a Tedros apenas lo hagas.

—¡Pero no podré sobrevivir! ¡Estaré tres horas sola sin que Tedros me proteja!

—No estarás sola —farfulló Agatha.

—¿No?

—Tendrás una cucaracha madrina debajo del cuello, que te sacará de problemas. ¡Solo que esta vez, si no besas a tu príncipe cuando yo te lo diga, te maldeciré con todos los hechizos del Mal que conozco hasta que lo hagas!

Sophie le echó los brazos al cuello.

—Ay, Agatha, soy una pésima amiga. ¡Pero tendré toda la vida para compensártelo!

En eso se oyeron pasos en el pasillo.

—¡Vete! —murmuró Agatha—. ¡Tengo que mogrificarme!

Sophie le dio un último abrazo y, llena de alivio, salió del baño y regresó a la protección de Hort. Un minuto después, una cucaracha salía y corría hacia el hueco de la escalera.

Ninguna de las dos vio el tatuaje rojo que brillaba entre las sombras.



Por tradición, no había clases el día anterior a la Prueba. En cambio, se les daba tiempo a los 15 contendientes Siempres y a los 15 Nuncas para explorar el Bosque Azul. Mientras los alumnos no elegidos trabajaban en talentos para el Circo, Sophie atravesó las puertas junto a Tedros, sumamente consciente de la frialdad entre ellos.

Aunque el resto de los jardines había caído víctima de una lenta muerte otoñal, el Bosque Azul brillaba, exuberante como siempre, bajo el sol del mediodía. Durante toda la semana, los alumnos intentaron sonsacarles a los profesores qué obstáculos tendrían que enfrentar los contendientes, pero estos

alegaron ignorancia. El Director diseñaba la Prueba en el mayor de los secretos, y el único poder que les otorgaba a los profesores era el de asegurar sus fronteras. Los profesores ni siquiera tenían permitido mirar la competencia, pues el Director lanzaba un hechizo de ocultamiento sobre el Bosque Azul durante toda la noche.

—El Director nos tiene prohibido interferir —murmuró la profesora Dovey a su clase, claramente consternada—. Él prefiere que las Pruebas simulen los peligros del Bosque más allá de toda razón o responsabilidad.

Pero mientras los competidores se agolpaban detrás de Sophie y Tedros, ninguno de ellos podía creer que dentro de una noche este hermoso parque fuera a convertirse en un infernal desafío. Todos juntos, los Siempres y los Nuncas, pasaron junto a las brillantes frondas del Campo de Helechos, a las zarigüeyas que comían en la Cañada de Pinos y al Arroyo Azul repleto de truchas, hasta que recordaron que eran enemigos y se dividieron.

Tedros empujó a Sophie.

—Sígueme.

—Iré por mi cuenta —respondió ella con dulzura—. Aún no gané tu protección.

Tedros se dio vuelta.

—Beatrix dijo que hiciste trampa para llegar a ser número uno. ¿Es verdad?

—¡Por supuesto que no!

—¿Entonces por qué fallaste en los desafíos previos a la Prueba?

—Quise probar que podía sobrevivir sin ti. Para que estuvieras orgulloso de mí. —Los ojos de Sophie se perlaron de lágrimas.

Tedros la miró fijamente.

—¿Perdiste… a propósito?

Sophie asintió.

—¡Estás loca! —explotó Tedros—. ¡Los Nuncas… te matarán!

—Tú arriesgarías tu vida para probar que soy buena —gimoteó Sophie—. Yo también estoy dispuesta a pelear por ti.

Por un momento, Tedros pareció querer golpearla. Luego se tranquilizó y la tomó entre sus brazos.

—Cuando salga por esas puertas, prométeme que estarás allí.

—Te lo prometo —sollozó Sophie—. Por ti, lo prometo.

Tedros la miró a los ojos. Sophie frunció los labios perfectamente maquillados…

—Tienes razón, deberías explorar tú sola —dijo su príncipe, apartándola—. Debes sentirte confiada aquí dentro sin mí. Especialmente después de haber perdido tantos desafíos.

—Pero… pero…

—Quédate lejos de los Nuncas, ¿de acuerdo?

Tedros le apretó la mano y se fue corriendo para alcanzar a sus compañeros Siempres en la Parcela de Calabazas. Se oyó el eco de la voz severa de Chaddick.

—Sigue siendo una villana, amigo. No le daremos tratamiento especial…

Sophie no oyó la respuesta de Tedros. Se quedó sola en la silenciosa cañada, debajo de un muérdago azul.

—Aquí seguimos —refunfuñó.

—¡Quizá si hubieses repetido mis líneas tal como te las dicté! —replicó la cucaracha debajo de su cuello.

—Tres horas sola no es algo tan malo —suspiró Sophie—. Quiero decir, los Nuncas no pueden usar hechizos no aprobados. Lo único que podemos hacer es desatar una tormenta o convertirnos en un perezoso. ¿Qué podrían hacerme?

Algo le rozó la cabeza. Se dio vuelta y vio una muesca en el tronco del roble, justo donde ella estaba parada. El pícaro Vex estaba encaramado en una rama encima de ella, con un palo filoso en la mano.

—Solo tuve curiosidad de ver cuál era tu altura —dijo Vex.

Brone, el chico pálido y calvo salió de detrás de otro roble y verificó la marca.

—Sí, entrará bien.

Sophie los miró boquiabierta.

—Como te dije —dijo Vex, meneando las orejas puntiagudas— solo tuve curiosidad.

—¡Voy a morir! —gimió Sophie mientras huía del bosque.

—No si yo estoy aquí —dijo Agatha, con las pinzas rizadas—. Los vencí a todos en tus clases y los venceré otra vez mañana. Solo concéntrate en recibir el bes… —Algo le golpeó la cabeza.

—Qué diablos…

Agatha miró hacia abajo y vio una cucaracha muerta en el césped. Otras cuatro cayeron al lado.

Sophie y Agatha vieron que de las torres del Mal salía un vapor rosado y que de los balcones caían insectos muertos al claro.

—¿Qué sucede? —inquirió Sophie.

—Están haciendo exterminación —respondió una voz.

Sophie se dio vuelta y vio a Hester con los brazos cruzados sobre las puertas del bosque.

—Parece que estuvieron rondando en la escuela por la noche. No podíamos arriesgarnos a que hubiera una peste, claro. Después de que tu amiga estuvo enferma.

Hester tomó un insecto moribundo de su hombro.

—Además, es un buen recordatorio para cualquier cosa que intente ir adonde no debe, ¿no crees?

Lamió la cucaracha, se la metió en la boca y regresó al bosque, pisando las hojas secas.

Sophie dio un grito ahogado.

—¿Crees que sabe que eres una cucaracha?

—¡Por supuesto que sabe, idiota!

Desde el bosque se oyeron las voces de los Nuncas.

—¡Vete! —chilló Agatha mientras bajaba por la pierna de Sophie—. ¡No podemos volver a vernos!

—¡Espera! ¿Cómo sobrevivo a la Prue…

Pero Agatha había desaparecido en el túnel del Bien, dejando que Sophie se las arreglara por sí sola.



Como las hadas hacían inspecciones, por el toque de queda, desde el primer piso hasta la cima de la torre, Agatha tuvo tiempo apenas suficiente para cruzar a la torre Valor por los pasadizos exteriores. Como el de todos los profesores, el dormitorio de Sader estaba junto a su oficina. Si rompía la cerradura podría sorprenderlo en su cama. No le importaba que el cretino no quisiera responder

preguntas. Lo ataría a su cama si era necesario.

Agatha sabía que era un plan espantoso, pero ¿qué opciones tenía? Ahora no podía infiltrarse en la Prueba, y Sophie no duraría sola durante tres horas. Sader era su última esperanza para volver a casa.

La escalera llevaba directo a su oficina, la única puerta en el sexto piso de la torre Valor. Había una fila de puntos azules en relieve sobre la puerta de mármol. Agatha pasó el dedo por los puntos.

—No se permite el paso de alumnos en este piso —retumbó la voz de Sader —. Regrese a su habitación de inmediato.

Agatha tomó el pomo de la puerta y apuntó su dedo encendido a la cerradura…

La puerta se abrió con un crujido.

Sader no estaba dentro, pero no hacía mucho tiempo que se había ido. Las sábanas de su cama estaban arrugadas, el té sobre su escritorio todavía estaba tibio… Agatha miró alrededor: los estantes, las sillas, el suelo, todos repletos de libros. El el escritorio estaba sepultado por pilas de libros que llegaban al metro de altura, e incluso sobre él había algunos abiertos, con filas de puntos coloridos resaltados por estrellas blancas espinosas en los márgenes. Agatha pasó su mano por una de estas líneas marcadas. Del libro surgió una escena neblinosa y se oyó la voz severa de una mujer:

«Un fantasma no puede descansar hasta haber logrado su propósito. Para ello, debe usar el cuerpo de un vidente».

Agatha observó a un escuálido fantasma meterse en el cuerpo de un anciano con barba antes de que la niebla volviera de inmediato a la página. Tocó las líneas de la siguiente página:

«En el cuerpo de un vidente, un espíritu puede durar solo algunos segundos antes de que el vidente y el espíritu se destruyan».

Delante de sus ojos se fundieron dos cuerpos flotantes y luego se deshicieron en polvo.

Agatha pasó los dedos por más líneas marcadas.

«Solo los videntes más fuertes pueden albergar un espíritu…».

«La mayoría de los videntes muere antes de que el fantasma se apodere…».

Agatha hizo una mueca. ¿Qué obsesión era esta con los vident…?

El corazón le dio un vuelco.

Profecía, habían dicho los profesores.

¿Sader podía ver el futuro? ¿Podía ver si volvían a casa?

—¡Agatha!

La profesora Dovey la miraba boquiabierta desde la entrada.

—La alarma de Sader… pensé que era una cucaracha… ¡una alumna! ¡Fuera de su habitación después del toque de queda!

Agatha se apresuró a pasar junto a ella rumbo a la escalera.

—¡Dos semanas limpiando baños! —ordenó la profesora.

Agatha miró hacia atrás y vio que la profesora Dovey pasaba las manos por los libros de Sader, frunciendo el entrecejo. Cuando vio que Agatha la observaba, la puerta se cerró por arte de magia.



Esa noche las dos chicas soñaron con su casa.

Sophie soñó que se escapaba de Hester a través de una niebla rosada. Intentaba gritar el nombre de Agatha, pero en cambio una cucaracha salía de su boca. Por fin encontraba un pozo de piedra y nadaba hasta el fondo, solo para encontrarse en Gavaldon. Sentía unos brazos fuertes y veía que su padre la llevaba hasta su casa, que olía a carne y leche. Necesitaba ir al baño, pero él la llevaba a la cocina, donde un cerdo colgaba de un gancho brillante. Una mujer golpeteaba con sus largas uñas sobre la encimera y chasqueaba la lengua.

—¿Mamá? —gritaba Sophie. Antes de que la mujer se diera vuelta, el padre de Sophie le daba un beso de buenas noches, abría el horno y la arrojaba en el interior.

Sophie se despertó tan bruscamente que se golpeó la cabeza contra la pared y perdió el conocimiento.

Agatha soñó que Gavaldon se incendiaba. Un rastro de vestidos negros en llamas la conducían hasta Graves Hill, y cuando llegaba a la cima encontraba una tumba en lugar de su casa. Oía ruidos bajo la tierra y comenzaba a cavar, ahora ya oyendo voces cada vez más cerca, hasta que se despertó con un griterío en la puerta de al lado…

—¡Dijiste que era importante! —gritó Tedros.

—¡Los Nuncas dijeron que hace trampa con Agatha! —exclamó Beatrix.

—¡Sophie no es amiga de Agatha! Agatha es una bruja…

—¡Las dos son brujas! ¡Agatha se convierte en cucaracha para darle respuestas!

—¿Una cucaracha? No solo eres mezquina y celosa, ¡estás completamente loca!

—¡Las dos son villanas, Teddy, te están usando!

—¡Eres tú la que escucha a los Nuncas! ¿Sabes por qué Sophie perdió todos esos desafíos? ¡Porque quiso mantenerme a salvo! Si eso es ser villana, entonces tú qué…

El viento alborotó las cortinas y Agatha no pudo escuchar el resto, pero pronto la puerta se cerró y Tedros se fue. Intentó dormirse otra vez, pero se quedó mirando la flor de papel rosa sobre su mesa de noche de mármol, como una rosa sobre una tumba.

Dio un grito, asaltada por una idea.

Todas las habitaciones del pasillo estaban a oscuras, salvo las de los Siempres que participaban en la Prueba, ya que se quedaban despiertos hasta la madrugada para prepararse para la noche siguiente. Vestida con su camisón de encaje, Agatha subió descalza y de puntillas la escalera de cristal rosa, con la mirada atenta a hadas o profesores.

Cinco pisos abajo, Tedros la observó a través del hueco de la escalera espiral. De repente se preguntó si Beatrix le habría dicho la verdad.

Dejó sus botas en el piso inferior y siguió a Agatha por el pasadizo exterior hasta el cuarto piso de la torre Honor, ocupada íntegramente por la biblioteca de la torre Virtud. Agachado y con medias negras hasta la rodilla, Tedros vio desaparecer a Agatha en el coliseo dorado de libros. Este abarcaba dos pisos, y lo dirigía de manera impecable una curtida tortuga, que se había dormido profundamente sobre un titánico registro de biblioteca, con un bolígrafo de plumas en la mano. Apenas Agatha encontró lo que buscaba, pasó furtivamente junto al reptil y al príncipe, quien no llegó a ver el libro que tenía entre las manos. Los pasos de Agatha se apagaron en el pasadizo azul marino y pronto desapareció.

Tedros apretó los dientes. ¿Qué plan asesino tendría la bruja? ¿Sophie era partícipe y planeaba traicionarlo? ¿Seguían siendo amigas las dos villanas? El príncipe se puso de pie con esfuerzo; el corazón le latía con fuerza. Entonces oyó un extraño rasguido.

Se dio vuelta y vio que el bolígrafo con plumas terminaba de escribir mágicamente en el registro de la tortuga y volvía a depositarse en la mano de la criatura dormida. Entrecerrando los ojos, se acercó para mirar el registro.

<u>El poder de las flores:</u> Hechizos de planta
para un mundo mas feliz (Agatha, Pureza 51)

Tedros resopló. Se reprochó por haber dudado de su princesa y fue a buscar sus botas.



Las reglas de la Gran Prueba eran pocas y precisas. En el momento en que el sol se pusiera ingresarían los dos primeros contendientes al Bosque Azul. Cada quince minutos entrarían otros dos según sus calificaciones previas a la Prueba, hasta que la última pareja ingresara más de tres horas después de la primera. Una vez dentro, los Nuncas podrían atacar a los Siempres con sus talentos y cualquier hechizo aprendido en clase, mientras que los Siempres podrían defenderse con armas aprobadas o contrahechizos. Los conjuros del Director acecharían tanto a Siempres como a Nuncas. No había más reglas.

La obligación del competidor era reconocer un peligro mortal y arrojar su pañuelo encantado; apenas este tocara el suelo se lo retiraría a salvo de la Prueba. Con el primer rayo del amanecer, los lobos darían la señal de finalización, y quienquiera que atravesara las puertas sería nombrado ganador. Nunca había habido más de un ganador. Bastante a menudo, no había ni uno.

El invierno llegó al bosque oportunamente, soplando ráfagas glaciales por el claro en el momento en que ingresaron los contendientes. Cada uno de los Siempres llevaba un escudo azul con forma de cometa, a juego con la capa azul marino y una única arma; la mayoría había elegido arcos y flechas (desafiladas

por el profesor Espada para aturdir más que para lastimar), pero Chaddick y Tedros eligieron sus pesadas espadas de entrenamiento. Cerca de ellos, las Siempres practicaban el llamado a los animales y trataban de parecer indefensas para que los chicos las llevaran bajo su protección.

Del otro lado del claro, los Nuncas que participaban en la Prueba, vestidos con sus capas, se encorvaron sobre los árboles desnudos y observaron cómo los alumnos no elegidos salían en tropel de los túneles. Los Siempres no elegidos venían preparados para una fiesta de pijamas, con almohadas, mantas, canastas con crema de espinacas, cremosos *crêpes* de pollo, pinchos de pimientos, natillas de flor de sauco y jarras de granadina de cereza. Mientras tanto, los Nuncas no elegidos merodeaban cerca de su túnel con chinelas y gorros de dormir, preparados para huir ante la primera señal de humillación de su equipo.

Mientras los lobos repartían los pañuelos de seda encantados —blanco para los Siempres, rojo para los Nuncas—, Castor y Pollux pusieron a los competidores en una fila por orden de entrada. Por tener las peores calificaciones en los desafíos previos a la Prueba, Sophie y Kiko ingresarían exactamente al amanecer. Brone y Tristan entrarían 15 minutos más tarde, luego Vex y Reena 15 minutos después, y las parejas continuarían hasta llegar a Hester y Tedros, que entrarían últimos.

Al fondo de la fila, el príncipe tomó el pañuelo blanco que le entregaba el lobo.

—No lo necesitaré —murmuró, y se lo metió en la bota.

Al frente de la fila, Sophie apretó su pañuelo rojo, lista para soltarlo apenas ingresara. Deseó haber prestado más atención durante la prueba de vestuario. La túnica hacía un defecto en el escote, la capa era muy larga y se arrastraba por el suelo, y la capucha azul le quedaba tan grande que parecía que no tenía cabe…

¡Cómo podía estar pensando en ropa! Desesperada, escudriñó entre la multitud. Aún no había señales de Agatha.

—Hemos oído rumores de que algunos alumnos no calificados intentarán entrar en la Prueba —dijo Pollux junto a Castor, una imponente sombra de dos cabezas bajo la luz pálida—. Este año hemos tomado precauciones adicionales.

Al principio Sophie pensó que se refería a los lobos que montaban guardia en cada centímetro de la puerta. Pero luego Castor encendió una antorcha, y vio

que las puertas ya no estaban hechas de oro, sino de gigantescas arañas negras y rojas que se entrecruzaban mágicamente con los aguijones listos para atacar.

El corazón le dio un vuelco. ¿Cómo iba a hacer Agatha para entrar?

—Si alguien hace trampa, merece morir.

Sophie se dio vuelta.

—Y no me sorprendería de ninguno de esos villanos —observó Tedros, sus blancas mejillas rojas por el frío. Tomó la mano de Sophie, quien todavía se aferraba con fuerza a su pañuelo—. No puedes, Sophie. No puedes dejarlo caer.

Sin Agatha que le soplara qué decir, Sophie se limitó a asentir con impotencia.

—Cuando nos juntemos, harán de todo para eliminar a uno de nosotros: Siempres, Nuncas, el Director también —apuntó el príncipe—. Tenemos que protegernos el uno al otro. Necesito que cuides mi espalda.

Sophie asintió.

—¿No tienes nada que decir?

—¿Un beso de buena suerte?

—¿Frente a toda la escuela? —Tedros ladeó una sonrisa—. Una buena idea.

Sophie se animó y acercó sus labios, aliviada.

—Uno largo —suspiró—. Por las dudas.

—Te daré un largo beso —sonrió—. Cuando ganemos. Justo antes de llevarte al castillo del Bien.

Sophie se atragantó.

—Pero… pero… supón que no…

Tedros tomó el pañuelo rojo suavemente de los dedos temblorosos de Sophie.

—Somos del Bien, Sophie —insistió, mientras guardaba el pañuelo en el bolsillo de la chaqueta de Sophie—. Y el Bien siempre gana.

En los ojos claros de Tedros, Sophie vio reflejada a Hester, con su capucha baja como si fuera la Parca.

De repente, los lobos las empujaron a ella y a Kiko a extremos opuestos del pórtico norte. Unas arañas peludas sisearon frente a su cara, y a Sophie se le cortó la respiración. Aterrorizada, buscó con la mirada la torre del Director en lo alto del bosque. Con el último rayo del sol pudo ver su silueta asomada a la ventana. Sophie se dio vuelta, buscando a Agatha para que la salvara, pero lo único que vio fue que el cielo se oscurecía sobre los árboles. Desde la torre del

Director se oyó la explosión de una lluvia de chispas plateadas que taparon el bosque en una borrosa bruma.

—¡PRIMERA PAREJA LISTA! —vociferó Castor.

—¡No! ¡Espere!

Unas zarpas tomaron a Sophie desde atrás y la arrojaron a las arañas. Cientos de pinzas peludas pincharon su piel mientras Sophie gritaba. Se oyó un clic de aprobación y las arañas se apartaron mágicamente, dejándola sola en el umbral del bosque iluminado por antorchas. Los lobos aullaron. Las arañas se cerraron detrás de ella.

La Prueba había comenzado.

21

La Gran Prueba

Aterrorizada, Sophie siguió a Kiko. Debían permanecer juntas…

Pero Kiko corrió hacia el este, en dirección a los campos de arándanos, y miró hacia atrás para asegurarse de que Sophie no la siguiera.

Sin perder tiempo, Sophie tomó el sendero oeste hacia el Arroyo Azul, donde podría esconderse debajo del puente. Esperaba que el bosque estuviera muy

oscuro, así que durante el desayuno había obligado a Hort a enseñarle un hechizo de fuego. Sin embargo, esta noche los árboles brillaban de un color azul claro fluorescente que lo cubría todo con un resplandor ártico. Aunque el efecto no auguraba nada bueno, Sophie respiró aliviada. La llama de una antorcha la habría convertido en un objetivo fácil.

Al abrirse paso entre el campo de helechos, Sophie sintió que las frondas azul eléctrico le acariciaban el cuello. Su cuerpo se relajó. Había imaginado un asedio interminable de horrores. Pero jamás había visto el bosque tan tranquilo. No había animales al acecho ni aullidos siniestros. Estaba sola en un prado etéreo, y el viento rasgueaba las hojas como las cuerdas de un arpa. Mientras se abría paso entre los altísimos helechos, pensó en Agatha. ¿Algún profesor la habría descubierto tramando un plan? ¿La habría interceptado Hester?

Sophie sintió gotas de sudor.

¿O Agatha tiene miedo de ayudarme?

Porque si ella ganaba con Tedros, nadie podría negarle el cambio de escuela. Sophie podría gobernar el Bien como una Capitana benéfica. Podría tener a su príncipe para siempre y llevar una vida de reina. Sophie apretó los dientes. ¡Si tan solo no hubiera hecho esa promesa de volver a casa! ¡Si pudiera ganar esta Prueba ella sola, no tendría que cumplirla!

Se detuvo de repente. *¡Pero sí puedo! ¡Si hasta ahora todo va muy bie…*

Se oyó el eco de un grito. Unas chispas blancas rociaron el cielo. Kiko se había rendido.

A Sophie le temblaron las piernas. ¿Cuánto tiempo le llevaría al atacante de Kiko encontrarla? ¿En qué pensaba? ¡Ella no podía durar aquí! Arrancó el pañuelo de su bolsillo de color bermellón y…

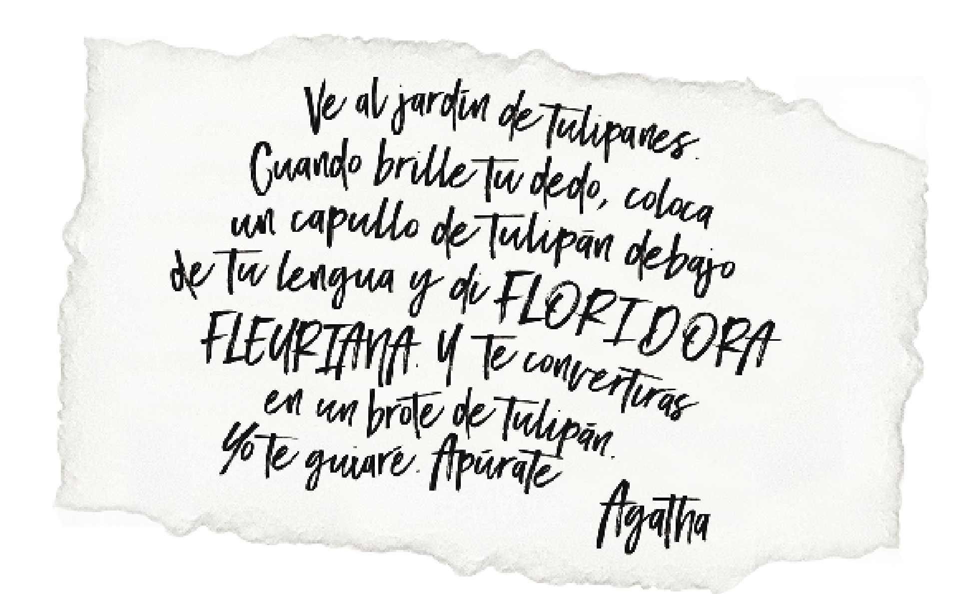
¡*CRAC*! Desde lo alto cayó algo, que aterrizó a sus pies. Sophie miró un rollo de pergamino envuelto en una tira de tela.

Una tela brillante con ranas verdes enfadadas.

Sophie levantó la mirada y vio una paloma blanca en lo alto de los árboles. La paloma intentó descender…

¡*CRAC*! Si intentaba siquiera acercarse a los árboles, una barrera de llamas explotaba en el cielo. Los profesores no se habían arriesgado.

Sophie se apresuró a abrir el rollo chamuscado.



Sophie se desplomó, aliviada. ¡Un tulipán! ¡Nadie la encontraría! ¿Cómo había podido dudar de Agatha? ¡La dulce y leal Agatha! Sintiéndose culpable, Sophie estrujó el pañuelo rojo, volvió a metérselo en el bolsillo y siguió a la paloma.

Para llegar al Jardín de Tulipanes por el sendero, tenía que cruzar el Matorral Turquesa, luego la Parcela de Calabazas y por último la Arboleda de Sauces Durmientes. Mientras salía del campo de helechos hacia el denso matorral detrás de Agatha, las hojas fosforescentes iluminaban el sendero con una ventosa luz glacial. Sophie pudo ver todas las huellas y marcas en los troncos luminosos, incluido el corte que había hecho Vex arriba de su cabeza.

De repente sopló un viento y las hojas rebotaron en el sendero. No podía ver a Agatha a través de las copas de los árboles. Sophie oyó unos resoplidos ahogados… ¿humanos? ¿animales?, pero no paró para averiguarlo. El grito de Kiko retumbó en su cabeza y siguió corriendo por el sendero, sosteniendo la capa, que se arrastraba. Tropezó con arbustos y tocones, se agachó para evitar ramas mortíferas y se lanzó entre tentáculos de hojas azules hasta que vio las calabazas y una paloma impaciente entre dos troncos brillantes.

Había alguien en el medio. Una niña con capa y caperuza roja.

—Disculpa —dijo Sophie—. Necesito pasar.

La extraña de caperuza roja levantó la mirada. Pero no era ninguna niña.

Tenía turbios ojos azules, rubor rosado en las manchadas mejillas arrugadas y cabello canoso y grueso peinado en dos coletas.

Sophie frunció el entrecejo: odiaba a las mujeres viejas.

—Dije que necesito pasar.

La mujer no se movió.

Sophie avanzó hacia ella.

—¿Eres sorda?

La vieja bruja soltó su capa roja y dejó ver el cuerpo sucio e hinchado de un halcón. Sophie dio un respingo, oyó un graznido ensordecedor y, cuando se dio vuelta, vio a otras dos mujeres pájaros que avanzaban hacia ella.

Eran arpías.

Agatha se lo había enseñado. *¿Eran engatusadoras? ¿Eran zombis?*

Entonces vio las garras nudosas, repiqueteando en el suelo, afiladas como cuchillos.

Devoran niños.

Las arpías se abalanzaron sobre ella dando unos chillidos horribles. Sophie las esquivó poniéndose debajo de un ala, mientras los monstruos volvían al ataque con sus espantosos rostros crispados de furia. Corrió entre los arbustos para esconderse, pero el matorral estaba iluminado de azul hasta el último rincón. Las arpías quisieron morderle el cuello, y Sophie buscó en su bolsillo y tocó la seda roja; la capa se le enganchó en el pie y cayó de boca sobre el mantillo. Las zarpas se hundieron en su espalda, y la joven gritó cuando sintió que se despegaba del suelo, sacudiéndose para buscar el pañuelo. Las arpías abrieron las fauces frente a ella…

El matorral se oscureció.

Se oyeron chillidos de confusión… las zarpas la soltaron y Sophie cayó sobre la tierra. Avanzó con dificultad en medio de la oscuridad, aferrándose a las ramas que sobresalían hasta que sus manos palparon un tronco y se escondió detrás. Podía oír las garras raspando ciegamente la tierra y los gruñidos furiosos que se acercaban cada vez más. Sophie saltó hacia atrás, golpeó contra una roca y gritó. Los monstruos la oyeron y embistieron contra la cabeza de Sophie.

El matorral volvió a encenderse.

Las arpías estiraron los picos y vieron a la paloma Agatha que volaba en lo

alto, con la punta del ala encendida de color naranja. Agatha sacudió el ala y el matorral se oscureció. Volvió a sacudirla y el matorral se encendió. Oscuro, iluminado, oscuro, iluminado, hasta que las arpías entendieron y persiguieron a Agatha, que dio un graznido terrible.

—¡Vuela! —gritó Sophie, pero Agatha se sacudió y retorció, cómo si hubiese olvidado cómo se hacía. Los dos monstruos rechinaron los dientes mientras volaban hacia la indefensa paloma, cada vez más alto, cada vez más rápido, hasta que la tuvieron al alcance de sus zarpas.

La barrera explotó en llamas con un cruel crujido y las bestias cayeron, con las plumas y la piel chamuscadas.

La última arpía miró atónita los cuerpos en llamas de sus compañeras. Lentamente levantó la mirada. Agatha sonrió y agitó su ala encendida. El matorral se encendió. El monstruo se dio vuelta…

Y Sophie aplastó su cabeza con una piedra.

En medio del silencio del bosque, Sophie jadeaba y sangraba sola sobre el terreno. Las piernas le temblaban debajo de la capa.

Sophie miró el cielo.

—¡Quiero cambiar de lugar!

Pero la paloma ya estaba a medio camino hacia la Parcela de Calabazas. Sophie no pudo hacer otra cosa que seguirla, abatida; su mano se aferró al pañuelo dentro del bolsillo.

En la parcela silenciosa, las calabazas brillaban con miles de tonos azules. Sophie pisó el sendero de tierra que serpenteaba entre las esferas iluminadas, diciéndose a sí misma que estas eran calabazas, solo calabazas, y que ni siquiera el Director podía hacer que infundieran miedo. Se apresuró para alcanzar a Agatha.

En eso vio siluetas oscuras en el camino. Había dos personas frente a ella.

—¡Hola! —llamó Sophie.

Pero las personas permanecieron inmóviles.

Con el corazón en la boca, Sophie se acercó todavía más. Eran más de dos: por lo menos diez.

—¿Qué quieren? —gritó.

No hubo respuesta.

Sophie se acercó más todavía. Medían más de dos metros y sus cuerpos eran larguiruchos, las caras como cráneos, y las manos retorcidas hechas de…

Paja.

Eran espantapájaros.

Sophie exhaló.

Los espantapájaros estaban apostados a ambos lados del sendero. Había docenas de ellos sobre cruces de madera, protegiendo las calabazas con los brazos extendidos. Desde atrás, las brillantes calabazas se encendieron, dejando ver las harapientas camisas marrones, las cabezas calvas de arpillera y los negros sombreros de bruja. Mientras caminaba lentamente entre los espantapájaros, Sophie vio sus rostros terribles: los orificios de los ojos arrancados de la arpillera, las narices de cerdo recortadas y las lascivas sonrisas cosidas. Asustada, siguió corriendo, con la mirada fija en el camino.

—¡Ayúdame!

Sophie se detuvo en seco. La voz provenía de un espantapájaros al lado de ella.

Era una voz conocida.

No puede ser, pensó Sophie. Y siguió caminando.

—Ayúdame, Sophie…

Ahora la voz era inequívoca.

Sophie intentó seguir avanzando. *Mi madre está muerta*.

—Estoy aquí dentro… —dijo la voz áspera detrás de ella, débil de agonía.

Los ojos de Sophie se inundaron de lágrimas. *Ella está muerta*.

—Estoy atrapada…

Sophie se dio vuelta.

El espantapájaros ya no lo era.

Un hombre de rostro conocido la miró desde la cruz de madera. Debajo del sombrero negro, sus ojos eran grises y sin pupilas. En lugar de manos tenía dos ganchos carniceros.

Sophie palideció.

—¿Padre?

El hombre hizo crujir su cuello y con mucho cuidado se desprendió de su cruz.

Sophie retrocedió y se chocó con otro espantapájaros. También era su padre, arrancándose de sus soportes. Sophie giró y todos los espantapájaros eran su padre. Salían de sus estacas y caminaban hacia ella; los ganchos carniceros brillaban bajo la fría luz azul.

—Padre, soy yo…

Los espantapájaros siguieron acercándose. Sophie retrocedió contra una cruz.

—Soy yo… Sophie…

Allá en lo alto, la paloma miró hacia atrás y vio que Sophie estaba encogida de miedo y gritaba ante los espantapájaros, que seguían inmóviles a ambos lados del sendero. Agatha gritó.

Sophie tropezó en una calabaza y cayó. Dio vuelta y volvió a ver la cara de su padre, una y otra vez, carente de misericordia.

—¡Padre, por favor!

Los espantapájaros levantaron sus ganchos. El corazón de Sophie se detuvo… inspiró por última vez y cerró los ojos para recibir una herida mortal…

Agua.

Agua fría y transparente.

Pestañeó y, cuando abrió los ojos, se había desatado una tormenta.

La parcela estaba desierta. Solo estaban los espantapájaros en sus cruces, destruidos bajo la lluvia.

Volando sobre la tormenta, Agatha agitó su ala encendida y la lluvia cesó.

Sophie se dejó caer en el camino inundado.

—No puedo… no puedo sobrevivir a esto…

En eso oyó aullidos a lo lejos. Sophie abrió muy grandes los ojos.

La siguiente pareja había ingresado al bosque.

Alarmada, la paloma chilló y voló hacia la arboleda de sauces.

Sophie se puso de pie temblando, con dificultad, y la siguió, sorprendida de que su corazón, después de tantos horrores, siguiera latiendo.

El sendero largo y estrecho que atravesaba la Arboleda de Sauces Durmientes iba cuesta abajo, así que Sophie pudo ver al final el brillo azul fantasmal del Jardín de Tulipanes. Un último esfuerzo y estaría a salvo entre las flores. Por un momento cuestionó por qué Agatha no la había hecho convertirse en un árbol o

en una brizna de césped cerca de las puertas del bosque, pero luego recordó que Yuba les había enseñado a detectar árboles encantados y que el césped estaría pisoteado al final de la noche. No, Agatha había elegido bien. Un tulipán entre miles. Allí estaría segura hasta el amanecer.

Mientras Sophie se arrastraba entre los sauces, miró a uno y otro lado, atenta a la próxima amenaza. Pero los árboles color zafiro se erguían como centinelas a lo largo del sendero, sus largas ramas brillantes como candelabros. Continuó caminando y las hojas cayeron sobre ella a un ritmo lento y hermoso, como abalorios caídos de un brazalete.

Aquí pasa algo. No confíes.

Los lobos volvieron a aullar en las puertas y se le estrujó el estómago.

Ya había por lo menos cuatro participantes más en el bosque: Brone, Tristan… ¿quién más? ¿Por qué no había aprendido el orden de entrada? ¡Tenía que llegar a los tulipanes antes de que la encontraran! Sophie empezó a correr, siguiendo a la paloma en el cielo. No se daba cuenta de que, cuanto más rápido corría, más rápido caían las hojas de los sauces, cubriéndola de sospechosos cometas de luz.

Luego se le cerraron los ojos de sueño y se le aflojaron las piernas…

No…

Atacada por las hojas, disminuyó la velocidad y empezó a andar a los tropezones.

Sauces durmientes…

Volando en lo alto, Agatha miró y dio un graznido.

Sophie siguió avanzando pesadamente, ya olía los tulipanes… *Unos pasos más…*

Entonces cayó, a poco más de tres metros de las flores.

Agatha agitó su ala encendida, desatando una explosión de truenos. Sophie no se movía. Agatha probó con hechizos de lluvia, aguanieve, nieve…pero no hubo respuesta. Desesperada, se puso a graznar la canción favorita de Sophie, una espantosa oda a los príncipes y casamientos…

Sophie abrió los ojos.

Eufórica, la paloma siguió cantando, cada vez más desafinada…

Agatha se atragantó.

Capuchas azules.

Dos en el matorral, dos en la Parcela de Calabazas y dos más cerca de las puertas. No distinguía quiénes eran, pero todas estaban al acecho, intentando localizar la ubicación precisa de la canción que acababan de escuchar.

Luego empezaron a correr hacia los tulipanes.

Agatha miró a Sophie, despatarrada sobre el lodo, y luego a las capuchas azules que venían a matarla…

En el suelo, Sophie clavó las uñas en la tierra y siguió algunos centímetros más.

Al percibir que quería escaparse, los sauces soltaron más hojas y paralizaron sus músculos. Agatha revoloteó con impotencia, mirando alternativamente a Sophie y a sus perseguidores.

Jadeando, gruñendo, Sophie se arrastró hacia el último tramo de sauces, hasta que la tierra se convirtió en pétalos debajo de su cuerpo. Exultante, se dejó caer entre las grandes flores azules y, al inhalar su aroma, revivió de inmediato. Puso un capullo de tulipán en su boca, tomó la nota de Agatha de su bolsillo, con el dedo encendido de rosa…

—FLORADORA FLEUR…

Sophie se quedó helada.

Del otro lado del Jardín de Tulipanes, Brone y Vex le sonrieron; dos diminutos peces blancos se sacudían en sus manos.

—¿Así me van a matar? —soltó Sophie—. ¿Con peces?

—Peces de los deseos —la corrigió Brone, mientras los peces se volvían negros en sus manos.

—Y queremos ser secuaces del Capitán —añadió Vex con una sonrisa siniestra.

Los chicos lanzaron los peces al aire e inmediatamente estos se inflaron hasta alcanzar el tamaño del cuerpo de Sophie. Comenzaron a perseguirla, apretando los dientes de piraña…

Aterrorizada, Sophie cerró los ojos y sintió que su dedo se encendía.

¡Puf! Su zorro rosa esquivó a los peces hinchados, que rebotaron en el suelo como pelotas. Sophie pasó entre los peces y huyó; sus patas resbalaron en los tulipanes.

¡Más rápido! ¡Necesito ir más rápido! Su dedo brilló, listo para ayudar. *¡Guepardo! ¡León! ¡Tigre!*

¡Puf! Se convirtió en un lento y rosado jabalí verrugoso, que corría tirándose pedos. Sophie gruñó, horrorizada. Los peces rebotaron contra un árbol y arremetieron contra su trasero. Sophie levantó la pezuña encendida, se concentró con más fuerza y…

¡Puf! Pasó rápidamente entre ellos transformada en una gacela rosa y oyó cómo los peces chocaban entre sí.

Sophie entró a un claro, renqueando y sin poder respirar. Los tenues aullidos de lobo en las puertas le causaron escalofríos a través del pelaje. Más enemigos que enfrentar.

Sus grandes ojos verdes buscaron a Agatha en el cielo oscuro. No vio otra cosa que estrellas titilantes.

Sophie miró hacia atrás y dio un salto. Del otro lado del claro vio a Tristan y a Chaddick bajo la luz de la luna. Con el rostro helado de frío, Tristan puso una flecha en el arco. Chaddick desenvainó su espada.

Sophie se dio vuelta para huir.

Pero Reena le bloqueó la salida. La princesa árabe silbó y dos perros lobos dorados saltaron al claro con ella, mostrando sus colmillos afilados como cuchillos.

Sophie vio salir a Arachne de entre los árboles, apuntándola con el dedo encendido. Otros dos Siempres pusieron flechas en los arcos.

Con las patas temblando, la gacela rosa de Sophie quedó rodeada, a la espera de que su paloma blanca la rescatara.

—¡Ahora! —gritó Chaddick.

Los chicos dispararon las flechas, Arachne apuntó su dedo, dos perros se dispusieron a atacar mientras Sophie levantaba su temblorosa pata rosa y cerraba los ojos…

Las flechas y las maldiciones resbalaron contra su escamosa cabeza de serpiente cascabel. Sophie siseó aliviada, arrastrándose hacia la seguridad de los árboles… hasta que una sombra se cernió sobre ella.

El perro lobo de Reena saltó y la agarró entre sus dientes.

Furiosa, Sophie sintió que su cascabel se encendía de rosa…

Y unas nalgas de elefante aplastaron la cabeza del perro cuando Sophie huyó del claro en estampida, barritando de terror. Las flechas de los Siempres se clavaron en sus enormes ancas rosas y Sophie cayó al césped, dolorida. Miró hacia atrás y vio a diez asesinos encapuchados y dos peces piraña que se disponían a atacarla. Acorralada y sin ayuda, levantó su trompa de elefante encendida…

Las maldiciones, flechas, espadas y peces rozaron sus plumas cuando Sophie, transformada en paloma rosa, alzó vuelo.

Chillando triunfante, voló cada vez más alto, fuera del alcance de las flechas, y luego vio el resplandor de las llamas en la barrera. Sophie retrocedió asustada, pero sintió algo que retenía su ala. Lentamente, un látigo de agua la atrajo hacia una figura encapuchada en el Arroyo Azul.

Sophie gritó pidiendo ayuda, pero otros látigos la atraparon, acercándola a través de las ramas hacia su captor en el río, que lanzaba el agua con un dedo encendido de verde. Lentamente las aguas depositaron a Sophie en unas manos cenicientas, y la sombra se quitó la capucha.

—Habrías sido una excelente bruja, Sophie —dijo Anadil, acariciándole el pico—. Incluso mejor que yo.

La paloma la miró con ojos suplicantes.

Los dedos de Anadil aplastaron su diminuto cuello. El pájaro se sacudió para poder respirar, pero Anadil apretó más fuerte, y cuando la mirada de Sophie se oscureció, supo que lo último que vería sería una estrella fugaz que caía desde el cielo, directo hacia la bruja que estaba a punto de romperle el cuello…

En un instante, una paloma en llamas arrebató a Sophie de las manos de Anadil entre sus alas encendidas, y alzó vuelo hacia el cielo glacial.

Cuando los Siempres lanzaron flechas hacia las copas de los árboles, Agatha levantó la punta del ala encendida y las flechas se convirtieron en margaritas al viento. Voló tanto como pudo envuelta en llamas, con Sophie entre sus patas, y luego se metió en una oscura cañada de pinos. Los pájaros cayeron al suelo y rodaron uno arriba del otro, apagando las llamas.

Gimoteando, Agatha se esforzó por encender su ala chamuscada. Esta titiló, y ella y Sophie de inmediato volvieron a su forma humana, ambas paralizadas de dolor. Sophie vio que los brazos desnudos de Agatha estaban ampollados de

quemaduras. Antes de que Sophie pudiera gritar, Agatha abrió grandes los ojos y trazó un círculo alrededor de ambas con el dedo encendido de naranja:

—¡*Floradora pinscoria*!

Ambas se transformaron en escuálidos arbustos azules.

Anadil irrumpió en la cañada junto a Arachne. Ambas buscaron en la parcela desierta.

—Te dije que aterrizaron en las calabazas —dijo Arachne.

—Entonces muéstrame el camino —respondió Anadil.

—¿Quién de nosotras la mata? —preguntó Arachne, dándose vuelta…

Anadil golpeó a Arachne con un rayo. Luego le quitó el pañuelo rojo del bolsillo y lo arrojó al suelo. El aire explotó de chispas rojas y Arachne desapareció en el aire.

—Seré yo —respondió Anadil.

Entrecerrando los ojos rojos, revisó una vez más a su alrededor.

—¡Nick, la vi por aquí! —gritó Chaddick allí cerca. Anadil sonrió con malicia y fue en dirección a él.

En la cañada oscura y silenciosa, dos arbustos temblaron uno junto a otro. La noche acababa de empezar.



Del otro lado de las puertas doradas, los Siempres y los Nuncas no elegidos esperaban que el nombre de Sophie desapareciera de la tabla de calificaciones, como los de Kiko y Arachne. Pero avanzaba la noche y más nombres desaparecieron: Nicholas, Mona, Tristan, Vex, Tarquin, Reena, Giselle, Brone, Chaddick, Anadil. El nombre de Sophie perduraba.

¿Sophie y Tedros se habrían reunido? ¿Qué significaría su victoria? ¿Un príncipe y una bruja… juntos?

A medida que pasaban las horas, los alumnos del Bien y del Mal cruzaron miradas a través del claro; primero se sintieron amenazados, después tuvieron curiosidad, luego esperanza… y antes de lo esperado, se cambiaron de bando y compartieron mantas, *crêpes* y granadina de cereza. Los alumnos del Mal creyeron que habían corrompido a los alumnos del Bien y los alumnos del Bien

pensaron que habían iluminado a los del Mal, pero no tuvo importancia.

Los dos bandos se unieron en uno, aclamando la revolución del príncipe y la bruja.



En la fría cañada, dos arbustos aguardaban.

Esperaban en silencio, solo interrumpido por gritos. Seguían esperando mientras sus compañeros de clase peleaban con sus enemigos y traicionaban a sus amigos. Esperaban mientras una fuerza misteriosa atrapaba a un competidor tras otro en el arroyo entre chapoteos violentos. Esperaban cuando pasaron unos trolls babeantes empuñando martillos ensangrentados. Esperaban cuando unas chispas rojas y blancas pintarrajearon el cielo, hasta que solo quedaron cuatro competidores.

Luego el Bosque Azul se sumió en el silencio durante un largo tiempo.

El hambre les carcomía el estómago. El frío cubría sus hojas de escarcha. El sueño asaltó sus sentidos. Pero las dos plantas siguieron en su sitio hasta que el cielo se tiñó de azul. Sophie contuvo el aliento, deseando que saliera el sol…

Tedros entró en la cañada, renqueando.

No tenía capa ni espada, solo un escudo brutalmente abollado. Su túnica estaba hecha harapos, el cisne plateado en su pecho desnudo brillaba en medio de verdugones y sangre. El príncipe contempló el cielo que poco a poco aclaraba. Luego se desplomó contra un pino esquelético, sollozando suavemente.

—*Corpadora volvera* —murmuró Agatha—. Ese es el contrahechizo. ¡Ve con él!

—Cuando salga el sol —respondió Sophie en un murmullo.

—¡Él necesita saber que estás bien!

—Lo sabrá dentro de unos minutos.

Tedros se incorporó.

—¿Quién está ahí?

Sus ojos se posaron en los arbustos de Agatha y Sophie. En ese momento alguien salió de las sombras.

Tedros retrocedió contra un árbol.

—¿Dónde está tu bruja? —siseó Hester, sin un rasguño y con su capa entera y limpia.

—A salvo —respondió Tedros con voz ronca.

—Ah, ya veo —Hester sonrió con suficiencia—. Lindo equipo.

El príncipe se puso tenso.

—Ella sabe que yo también estoy a salvo. De lo contrario, estaría aquí para pelear conmigo.

—¿Estás seguro? —inquirió Hester, y sus ojos negros relampaguearon.

—Eso es lo que nos hace buenos, Hester. Nosotros confiamos. Protegemos. Amamos. ¿Tú qué tienes?

Hester sonrió.

—Una carnada.

Levantó la punta del dedo encendido de rojo y el tatuaje se despegó de su cuello, completamente ensangrentado. Tedros retrocedió horrorizado cuando el demonio se hinchó de sangre, cada vez más, hasta que estuvo a punto de explotar. Hester musitó un conjuro; sus ojos se volvieron grises y su piel perdió todo color. Cayó al suelo desesperada de dolor y aulló furiosa, como si se estuviera arrancando el alma. Luego las distintas partes del cuerpo del demonio se desprendieron una de otra… la cabeza, dos brazos, dos piernas.

Cinco fragmentos independientes, cada uno con vida propia.

Tedros se puso blanco como la nieve.

Los cinco fragmentos del demonio se abalanzaron contra él, armados de puñales en lugar de rayos de fuego. Tedros aporreó la cabeza y una pierna mortíferas con su escudo, pero un brazo le hundió un puñal en el muslo. Con un grito de dolor asestó un golpe al brazo, arrancó el cuchillo de su pierna y subió con esfuerzo al único árbol de la cañada…

El arbusto de Agatha insistió a Sophie:

—¡Ve a ayudarlo!

—¿Y terminar cortada en cinco pedazos? —replicó Sophie.

—¡Él te necesita!

—¡Él necesita que yo esté a salvo!

Una pierna del demonio arrojó un cuchillo a la cabeza del príncipe, y este

saltó justo a tiempo a una rama más alta. Las otras cuatro extremidades arremetieron contra él con los puñales levantados.

Arrinconado, Tedros miró a Hester, debilitada y arrodillada, dirigiendo a los fragmentos del demonio con un dedo encendido. Tedros abrió los ojos al ver algo entre las hojas.

Seda roja. En la bota de Hester.

Los fragmentos lanzaron cinco cuchillos a quemarropa, todos dirigidos a sus órganos vitales. Justo cuando los cuchillos estaban a punto de desgarrar su camisa, Tedros saltó del árbol y cayó sobre la muñeca, que se fracturó al instante.

Hester vio que Tedros se arrastraba hacia ella. La bruja despiadada hizo un círculo con el dedo y dio a los cinco fragmentos nuevos cuchillos. Tedros sostuvo su mirada mientras gateaba hacia ella. Con una sonrisa maléfica, Hester levantó el dedo en alto y las extremidades del demonio tomaron ímpetu para matarlo. Esta vez no se equivocarían. Hester rugió y los cuchillos volaron hacia el príncipe, mientras este se abalanzaba sobre la bota de la bruja.

Hester abrió la boca horrorizada cuando Tedros tomó su pañuelo rojo y lo arrojó al suelo. Los cuchillos cayeron sin fuerza a la tierra y los fragmentos del demonio desaparecieron. Luego Hester también desapareció, con los ojos desorbitados de indignación.

Tedros se desplomó sobre su espalda. Intentando recuperar el aliento, miró hacia el cielo rosado. Estaba saliendo el sol.

—Sophie —dijo con voz ronca.

Respiró profundamente.

—¡SOPHIE!

Las hojas de Agatha se inclinaron aliviadas. Luego vio que el arbusto de Sophie acomodaba sus hojas.

—Pero ¿qué estás hacien…? ¡Ve, tonta!

—Agatha, no tengo ropa.

—Por lo menos llámalo para que sepa… —Agatha dejó de hablar.

En el suelo, un brazo del demonio no había desaparecido totalmente. Flotaba en el aire, como si estuviera empeñado en quedarse.

Luego cayó sobre el césped y tomó un cuchillo del suelo.

—Sophie, Sophie, ve…

—El sol saldrá en cualquier momento…

—¡Sophie, ve ya mismo!

El arbusto de Sophie giró y vio que el cuchillo se levantaba sobre el hombro de Tedros. Sophie dio un grito y se tapó los ojos.

La hoja embistió. Tedros vio demasiado tarde que apuntaba a su corazón.

De repente, un escudo derribó al brazo. Con un chillido, la extremidad del demonio se encogió y desapareció.

Aturdido, Tedros miró la herida superficial en el músculo de su pecho y el cuchillo ensangrentado sobre su esternón. Levantó la mirada y vio a Agatha, que se tapaba el cuerpo con el escudo.

—Todavía no me sale bien la parte de la ropa —murmuró.

Tedros se puso de pie de un salto, impresionado.

—Pero… tú ni siquiera estás en… qué estás…

En eso vio un arbusto que temblaba detrás de Agatha. Tedros apuntó la punta de su dedo encendida de color dorado:

—¡*Corpadora volvera*! —Y Sophie cayó hacia adelante y se escondió detrás de un arbusto.

—¡Agatha, necesito ropa! Teddy, ¿podrías darte vuelta?

Tedros agitó la cabeza.

—Pero la biblioteca… ese libro… ¡Entonces sí hiciste trampa!

—Teddy, teníamos que… ¡Agatha, ayúdame!

Agatha apuntó su dedo chamuscado y encendido hacia Sophie para envolverla con enredaderas, pero Tedros insistió.

—¡Dijiste que pelearías conmigo! —exclamó, los ojos clavados en Sophie detrás del arbusto—. ¡Dijiste que cuidarías mi espalda!

—Sabía que ibas a estar bien… Agatha, por favor…

—¡Me mentiste! —exclamó con voz quebrada—. ¡Todo lo que dijiste fue una mentira! ¡Me estabas usando!

—¡No es verdad, Tedros! ¡Ninguna princesa arriesgaría su propia vida! Ni siquiera tu amor verdadero…

Tedros la miró, enfurecido.

—Entonces, ¿por qué ella sí?

Sophie siguió la mirada del príncipe hasta Agatha, en carne viva por sus quemaduras.

Agatha vio que los ojos de Sophie se agrandaban lentamente, como si hubiera descubierto que le habían clavado un puñal por la espalda. Pero cuando Agatha intentó defenderse, la luz del sol inundó la cañada y bañó su cuerpo de luz dorada.

Los lobos aullaron en las puertas. El bosque se llenó de bullicio de voces y pasos.

—¡Lo lograron!

—¡Ganaron!

—¡Sophie y Tedros ganaron!

Una multitud se dirigió hacia la cañada. Aterrorizada, Agatha encendió su dedo y su paloma se fue volando justo cuando empezaban a verse algunos alumnos.

—¡Siempre y Nunca! —gritó uno.

—¡Bruja y príncipe! —vociferó otro.

—Viva Sophie y Ted…

El bosque se acalló.

Desde un árbol, Agatha vio llegar a los Siempres y Nuncas no elegidos, luego a los competidores vencidos, sanos y limpios por arte de magia, todos quietos, mirando la escena.

Sophie encogida detrás de un arbusto. Tedros fulminándola con la mirada, sus ojos en llamas.

Y supieron que jamás habría paz.

Los Siempres y los Nuncas se separaron, eternos enemigos.

Ninguno de los bandos oyó la risotada en la torre que, ensombrecida a medias, los dominaba a todos.

22

Sueños con el Archienemigo

—¿Has visto mi pijama? —preguntó Hort, lloriqueando del otro lado de la puerta de Sophie—. ¿El de las ranas?

Envuelta en las harapientas sábanas de Hort, Sophie contemplaba la ventana, que había tapado con una manta negra.

—Mi padre me lo hizo —sollozó Hort—. No puedo dormir sin él.

Pero Sophie no dejaba de mirar hacia la ventana negra, como si en la oscuridad hubiera algo que solo ella podía ver.

Hort le llevó gachas de cebada, huevos pasados por agua y vegetales oscuros del Salón Comedor, pero Sophie no respondió a sus llamadas. Durante días,

permaneció quieta como un cadáver, esperando que llegara su príncipe. Pronto sus ojos perdieron brillo. No sabía qué día era. No sabía si era de mañana o de noche. No sabía si estaba dormida o si estaba despierta.

En medio de estas lúgubres tinieblas tuvo el primer sueño.

Soñó con rayas negras y blancas, y luego sintió gusto a sangre. Levantó la mirada y vio una tormenta de roja lluvia hirviente. Intentó esconderse, pero estaba atada a una mesa de piedra blanca con espinas de violetas, y en su cuerpo tenía tatuado un extraño texto que había visto antes, pero no recordaba dónde. Había tres viejas brujas junto a ella, que cantaban y tocaban el texto sobre su piel con dedos torcidos. Las brujas cantaban cada vez más rápido, hasta que apareció un cuchillo de acero, largo y fino como una aguja de tejer y flotó en el aire por encima de su cuerpo. Intentó liberarse, pero era demasiado tarde. El cuchillo cayó, vengativo, y sintió un agudo dolor en el estómago. Allí dentro había nacido algo. Una semilla blanca y pura, luego una masa lechosa, cada vez más grande, hasta que se dio cuenta de qué era… Un rostro… un rostro tan borroso que no pudo distinguir…

—Mátame, ahora —dijo la voz. Sophie se despertó sobresaltada.

Agatha estaba sentada al borde de su cama, envuelta en las sábanas sucias de Hort.

—No quiero enterarme de qué clase de suciedad tienen estas sábanas.

Sophie no la miró.

—¡Vamos! Te presto mis pinzas para la nariz para ir a la clase de Yuba. —Agatha se paró, bajo la luz de una pequeña rotura en la ventana—. Es el tercer día de «¡Cómo leer los desechos de su animal!»

Se hizo un silencio incómodo y prolongado.

Agatha se desplomó sobre la cama.

—¿Qué debí haber hecho, Sophie? No podía dejarlo morir.

—No estamos bien —dijo Sophie, ensimismada—. Tú y yo… no estamos bien.

Agatha se acercó a su amiga.

—Solo quiero lo mejor para ti…

—No —replicó Sophie, tan bruscamente que Agatha se alejó.

—¡Yo solo quería que volviéramos a casa!

—No nos iremos a casa. Te encargaste de que así fuera.

—¿Crees que yo quería esto? —preguntó Agatha, exasperada.

—¿Por qué estás aquí?

—Porque quería ver cómo estabas. ¡Me tenías preocupada!

—No. Digo, por qué estás *aquí* —repitió Sophie, mirando la ventana—. En mi escuela. En mi cuento de hadas.

—¡Porque traté de salvarte, Sophie! ¡Intenté salvarte de la maldición!

—Entonces, ¿por qué insistes en maldecirme a mí y a mi príncipe?

Agatha frunció el entrecejo.

—Eso no fue culpa mía.

—Creo que es porque, en el fondo, no quieres que encuentre el amor, Agatha —dijo Sophie con voz calma.

—¿Qué? Por supues…

—Creo que no quieres compartirme.

Agatha se puso tensa.

—Esa es… —Tragó saliva—. ¡Una estupidez!

—El Director tenía razón —continuó Sophie, todavía sin mirarla—. Una princesa no puede ser amiga de una bruja.

—Pero somos amigas —farfulló Agatha—. ¡Eres la única amiga que tuve jamás!

—¿Sabes por qué una princesa no puede ser amiga de una bruja, Agatha? —Sophie se dio vuelta lentamente para mirarla—. Porque una bruja jamás tiene su propio cuento de hadas. Una bruja debe arruinar uno para ser feliz.

Agatha reprimió las lágrimas.

—Pero yo no soy… no soy una bruja…

—¡ENTONCES CONSÍGUETE UNA VIDA! —gritó Sophie.

Miró cómo la paloma se iba volando por la abertura de la ventana negra, y luego volvió a meterse entre las sábanas hasta que se apagó la luz.



Esa noche, Sophie tuvo su segundo sueño. Corría por el bosque, más hambrienta que nunca, hasta que encontraba un ciervo con cara humana, la misma cara

lechosa y borrosa que había visto la noche anterior. Miró más de cerca para ver a quién pertenecía, pero la cara del ciervo ahora era un espejo, donde algo se reflejaba. Pero no era ella.

Era el reflejo de la Bestia.

Sophie se despertó con un sudor helado; la sangre le quemaba en las venas. Del otro lado de la habitación 34, Hort estaba acurrucado en ropa interior, leyendo *El don de la soledad* a la luz de una vela.

La puerta se entreabrió a sus espaldas.

—¿Qué dicen todos de mí?

Hort se puso tenso, como si hubiese oído a un fantasma. Se dio vuelta con los ojos muy abiertos.

—Quiero saber —dijo Sophie.

Lo siguió por el pasillo oscuro; le crujían las articulaciones. No recordaba la última vez que había estado de pie.

—No veo nada —expresó, buscando el resplandor del cisne sobre el pecho de Hort—. ¿Dónde estás?

—Aquí.

Encendió una antorcha, que cubrió de luz a Hort. Sophie se quedó pasmada.

Cada centímetro de la pared negra detrás de Hort estaba cubierto de pósteres, estandartes, grafitis: ¡FELICITACIONES, CAPITANA! ¡GANADORA DE LA GRAN PRUEBA! ¡LECTORA AL RESCATE!, junto a caricaturas perversas de Siempres sufriendo muertes terribles. Debajo de la pared, desperdigados por el suelo había ramos de flores carnívoras con mensajes escritos a mano entre los dientes filosos de las flores:

¡ME GUSTARÍA TENER TU ESTILO!
RAVAN

¡Eres la Reina de Corazones!
Mona

¡TEDROS SE LO MERECÍA!
TU AMIGA, ARACHNE

Sophie pareció confundida.

—No entiendo…

—¡Tedros dijo que lo usaste para ganar la Prueba! —explicó Hort—. Lady Lesso la bautizó la «Trampa de Sophie», ¡dijo que la engañaste hasta a ella! Los profesores dicen que eres la mejor Capitana que el Mal haya tenido jamás. ¡Mira!

Sophie miró donde Hort le señalaba, una fila de cajas color verde anguila entre los ramos, envueltas con cintas rojas.

Sophie abrió la primera y encontró una tarjeta de pergamino:

Espero que recuerdes cómo usarla. Profesor Manley

Debajo había una capa negra de piel de serpiente.

En las otras cajas encontró una codorniz muerta, regalo de Castor, una flor tallada en hielo de lady Lesso, y Sader le regaló su capa de la Prueba y le pidió permiso para donarla a la Exhibición del Mal.

—¡Qué trampa genial! —la aduló Hort mientras se probaba la capa—. Esconderte como una planta, esperar a que solo quedaran Tedros y Hester, y luego atacar y eliminar a Hester mientras Tedros estaba herido. Pero ¿por qué no lo finiquitaste a Tedros? Todo el mundo se hace esa pregunta, y él no dice nada. Yo digo que fue porque salió el sol.

Hort vio la expresión de Sophie y dejó de sonreír.

—Fue una trampa, ¿verdad?

Los ojos de Sophie se inundaron de lágrimas y dijo que no con la cabeza.

Pero había otra cosa en la pared que tenía enfrente.

Una rosa negra con una nota goteando tinta pinchada en las espinas.

Sophie tomó la nota.

Tramposa. Mentirosa. Víbora.

Estás donde debes estar.

Salve la bruja.

—¿Sophie? ¿De quién es?

Con el corazón en la boca, Sophie olió la amarga rosa negra que tenía el

aroma que tan bien conocía.

Así que esta era la recompensa por su amor.

Aplastó la rosa, manchando las palabras de Tedros con sangre.



—Con esto te sentirás mejor.

En la habitación 66, Anadil vertió un caldo amarillo y turbio de su olla en un tazón, que goteó sobre el suelo. De inmediato se arremolinaron sus ratas, que habían crecido veinte centímetros, mordiéndose, peleándose por lamer el contenido.

—Tu talento sigue creciendo —dijo Hester con voz ronca.

Anadil se sentó en el borde de la cama de Hester con el tazón.

—Toma solo unos sorbos.

Hester logró tragar una cucharada y luego volvió a recostarse.

—No debí haberlo intentado —murmuró—. Ella es demasiado buena. Es dos veces mejor bruja que yo…

—Shhh, no te esfuerces.

—Pero ella lo ama —sostuvo Dot, acurrucada en su cama.

—Ella cree amarlo —replicó Hester—. Como alguna vez nos pasó a todas.

Dot abrió los ojos, incrédula.

—¡Vamos, Dot! ¿Crees que es la única Nunca que se enamoró?

—Hester, ya es suficiente —murmuró Anadil.

—No, hablemos con la verdad —insistió Hester, haciendo un esfuerzo por sentarse—. Todas hemos tenido sentimientos vergonzosos. Todas hemos sentido debilidad.

—Pero esos sentimientos son malos —dijo Anadil—. No importa lo fuertes que sean.

—Por eso este fue especial —indicó Hester con ironía—. Estuvo a punto de convencernos de que era buena.

En la habitación reinó el silencio.

—Entonces, ¿qué ocurrirá con ella ahora? —quiso saber Dot.

Hester suspiró.

—Lo mismo que con todas nosotras.

Esta vez un taconeo distante con un ritmo lento y amenazador rompió el silencio. Las tres chicas miraron la puerta, ya que el taconeo venía en su dirección, cruel y nítido como golpes de látigo. Los pasos se oyeron cada vez más fuertes, más precisos, atravesando el pasillo, y luego se hizo silencio.

Dot se tiró un pedo, aliviada.

La puerta se abrió de golpe y las chicas gritaron; Dot se cayó de la cama.

Una corriente de aire sacudió los vestidos colgados y la antorcha que estaba sobre la puerta, que echó luz sobre un rostro envuelto en sombras.

El pelo lacio y brillante con puntas, negro como el maquillaje de los ojos y los labios. La piel de un blanco fantasmal brillaba en contraste con el esmalte de uñas negro, la capa negra y el vestido negro de cuero.

Sophie entró en la habitación, pinchando el suelo con unas botas negras de taco alto.

Hester sonrió.

—Bienvenida a casa.

Desde el suelo, Dot, nerviosa, miró a sus compañeras.

—Pero ¿dónde encontraremos otra cama?

Tres pares de ojos se clavaron en Dot.

Ni siquiera tuvo tiempo de tomar sus refrigerios. En el pasillo oscuro y húmedo, Dot golpeó la puerta de hierro. Pero de nada sirvió.

Tres brujas hicieron un aquelarre del que ella ya no formaba parte.



Los Siempres no celebraron cuando Tedros recibió su insignia de Capitán. ¿Cómo iban a celebrar, si Sophie lo había hecho quedar como un tonto?

«¡El Mal ha regresado!», se regodeaban los Nuncas, «¡El Mal tiene una Reina!»

Entonces, los Siempres recordaron que tenían algo que los Nuncas no tenían. Algo que demostraba que eran superiores.

Un Baile.

Y la Reina no estaba invitada.

En el claro cayó la primera nevada con quebradizos copos, que se precipitaron ruidosamente en los cubos de los Nuncas. Mientras intentaban tomar el queso mohoso con dedos congelados, miraron con odio a las Siempres, que estaban demasiado ocupadas para preocuparse por el clima. Faltaban dos semanas para el Baile y las chicas tenían que hacer todos los arreglos posibles, ya que los chicos seguían negándose a invitarlas antes del Circo. Por ejemplo, Reena esperaba que Chaddick la invitara, así que tiñó el antiguo vestido que usó su madre en la escuela para que combinara con los ojos grises de él. Pero si Chaddick se lo pedía a Ava (había visto que miraba mucho el retrato de Blancanieves, así que quizá le gustaban las chicas más pálidas), podría pedírselo Nicholas, y en ese caso le cambiaría el vestido a Giselle por el suyo blanco para contrarrestar su piel bronceada. Y si Nicholas no se lo pedía…

—Mamá dice que la bondad hace que la gente se sienta amada, aunque no sea cierto —dijo con un suspiro a Beatrix, que parecía aburrida. Ahora que Sophie había desaparecido del mapa, Beatrix sabía que Tedros sería su pareja. Aunque él no se lo había confirmado. El príncipe ignoraba a todo el mundo desde la Prueba, huraño como un Nunca. Beatrix sintió que se contagiaba de su malhumor, al verlo disparar flechas al árbol debajo del cual él y Sophie solían sentarse.

Por más agujeros que Tedros hizo en el tronco, no sintió ninguna satisfacción. Después de varios días de tomarle el pelo, sus compañeros intentaron levantarle el ánimo. ¡No importaba que tuviera que compartir el primer puesto con una Nunca! ¿A quién le interesaba que ella hubiese jugado con él hasta lograrlo? Aun así, él había ganado una Prueba brutal y había durado más que todos sus compañeros. Pero Tedros solo sentía vergüenza, pues ahora no era mejor que su padre. Era esclavo de los errores de su corazón.

Sin embargo, no había dicho nada a nadie sobre Agatha. Él sabía que eso a ella la sorprendía, porque se estremecía cada vez que él hablaba en clase, como si esperara que la delatara en cualquier momento. Una semana atrás a él le habría encantado castigarla, pero ahora estaba confundido. ¿Por qué ella había arriesgado su vida para salvarlo? ¿Habría dicho la verdad sobre esa gárgola? ¿Esa bruja podría ser realmente… buena?

Pensó en ella recorriendo los pasillos con sus ojos saltones y recelosos.

Una cucaracha. Es lo que había dicho Beatrix.

¿Entonces Agatha había estado presente siempre, ayudando a Sophie a llegar al primer lugar? Debió haberse escondido en el vestido de Sophie o en su cabello para soplarle las respuestas y lanzar los hechizos… Pero ¿cómo había hecho para que él eligiera a Sophie en el desafío de las calabazas?

Tedros sintió náuseas.

Un duende elegido entre dos… Una princesa cuyo ataúd fue golpeado… Una cucaracha escondida en una calabaza…

Él nunca había elegido a Sophie. En cada oportunidad había elegido a Agatha.

Tedros se dio vuelta, horrorizado, buscándola, pero no la vio en el claro. Tenía que alejarse de esa chica. Tenía que decirle que no se acercara a él. Tenía que poner fin a todo esto…

Un fragmento de aguanieve le cayó en la mejilla. Cegado por el agua, Tedros vio sombras que se acercaban a él, se secó los ojos… y soltó su arco.

Sophie, Anadil y Hester se acercaron juntas, todas con el pelo teñido de negro, maquillaje oscuro y miradas siniestras. Ante un silbido de las tres brujas, las Siempres huyeron corriendo, y solo quedaron Tedros y sus asustados compañeros detrás de él. Anadil y Hester se quedaron atrás, y Sophie dio un paso al frente para enfrentar a su príncipe.

Desde el cielo caía sobre ellos hielo en fragmentos irregulares.

—¡Crees que todo fue un engaño! —dijo Sophie, desollándolo con sus ojos verdes—. ¡Crees que nunca te amé!

Tedros intentó aquietar su corazón desbocado. Si eso era posible, estaba más hermosa que nunca.

—No puedes amar con engaños, Sophie —dijo—. Mi corazón nunca te quiso.

—Ah, ya veo a quién elige tu corazón —replicó Sophie irónicamente, imitando los ojos saltones de Agatha y el ceño fruncido que la caracterizaba.

Tedros enrojeció.

—Puedo explicarlo…

—Déjame adivinar. Tu corazón es ciego.

—No, solo dice que elija a cualquiera menos a ti.

Sophie lanzó una carcajada. De repente embistió, y Tedros desenvainó su

espada, al igual que todos sus compañeros.

Sophie sonrió débilmente.

—Mira lo que has logrado, Tedros. Le temes a tu amor verdadero.

—¡Vuelve con los de tu bando! —gritó el príncipe.

—Te estuve esperando —dijo Sophie con voz quebrada—. Pensé que vendrías a buscarme.

—¿Qué? ¿Por qué iba a ir a buscarte?

Sophie lo miró.

—Porque me hiciste una promesa —musitó.

Tedros mostró los dientes, mirándola con odio.

—Yo no te hice ninguna promesa.

Sophie lo miró, aturdida, y bajó la mirada.

—Ya veo.

Lentamente levantó la cabeza.

—Entonces seré lo que quieras que yo sea.

Levantó su dedo encendido y las espadas de los Siempres se transformaron en víboras. Mientras los chicos huían, Tedros pateó polvo sobre las serpientes. Se dio vuelta y vio a Sophie enjugarse las lágrimas. Luego se envolvió en su capa y huyó.

Hester corrió para alcanzarla.

—¿Te sientes mejor?

—Le di una oportunidad —dijo Sophie, caminando más rápido.

—Ahora están a mano. Se terminó —la tranquilizó Hester.

—No. No hasta que él cumpla con su promesa.

—¿Promesa? ¿Qué promesa…?

Pero Sophie ya se había adelantado y había entrado al túnel. Mientras corría entre ramas torcidas, sintió que alguien la observaba. A través de las lágrimas y de los árboles, no pudo ver el rostro en el balcón, solo una mancha blanca y lechosa. Se le hizo un nudo en el estómago; encontró una abertura entre las hojas…

Pero el rostro había desaparecido, como si todo hubiese sido un sueño.



La mañana siguiente, la Escuela del Bien encontró al despertarse todos los pisos cubiertos de grasa resbaladiza. Al segundo día, se oyeron los gritos de los Siempres al ponerse sus chaquetas espolvoreadas con veneno para ratas. A la tercera mañana, los profesores encontraron unos interiores enmarcados en lugar del retrato de la Bella en el obelisco de Leyendas, los lados cambiados en el Teatro de Cuentos, y las aulas de golosinas inundadas de un apestoso líquido verde.

Como las hadas no pudieron atrapar a los vándalos con las manos en la masa, Tedros y sus amigos hicieron una guardia nocturna que patrulló los pasillos desde la tarde hasta el amanecer. Sin embargo, los culpables lograron evadirlos, y al finalizar la semana, los bandidos llenaron las piscinas del Salón de Belleza con rayas venenosas, pusieron verrugas en los espejos de los pasillos para burlarse de los que pasaban, soltaron palomas obesas en el Salón Comedor y hechizaron los retretes del Bien, que explotaban cuando los alumnos se sentaban en ellos.

Enfurecida, la profesora Dovey insistió en que debía castigarse a Sophie, pero lady Lesso objetó que era muy improbable que una sola alumna pudiera inutilizar una escuela entera sin ayuda.

Y tenía razón.

—Ya no me está gustando —gruñó Anadil cuando volvieron a la habitación 66 después de la cena—. Hester y yo queremos acabar con esto.

—Ya tuviste tu venganza —añadió Hester—. Déjalo tranquilo.

—Pensé que ustedes eran villanas —dijo Sophie desde su cama, con la mirada clavada en un libro titulado *Pesadillas, ¡fuera de aquí!*

—Los villanos tienen un objetivo —replicó Hester—. Lo que tú haces es simplemente vandalismo.

—Hoy vamos a poner viruela en los pantalones de los chicos —dijo Sophie, dando vuelta la página—. Busquen un hechizo para eso.

—¿Qué es lo que buscas, Sophie? —suplicó Hester—. ¿Cuál es el objetivo de esta pelea?

Sophie levantó la mirada.

—¿Vas a ayudarme o nos delato a todas?

Pronto Tedros tuvo a sus sesenta compañeros haciendo la guardia nocturna,

pero Sophie incrementó los ataques. La primera noche ordenó a Hester y Anadil que prepararan una poción para convertir el agua limpia del lago del Bien en fango, por lo cual la ola mágica debió retirarse a las cloacas. El brebaje les dejó las manos quemadas, pero Sophie las hizo regresar al amanecer para infestar de piojos las sábanas de los Siempres. Pronto, los ataques fueron tan frecuentes —las chicas pusieron sanguijuelas en el jugo de la cena, soltaron langostas durante la clase de Uma y un toro salvaje en la clase de Esgrima, maldijeron los peldaños de las escaleras de los Siempres para que gritaran y sangraran cuando se los pisaba— que la mitad de los profesores del Bien cancelaron sus clases, Pollux cayó en sus propias trampas con sus patas de oveja y los Siempres solo se sintieron seguros si andaban en grupos.

La profesora Dovey irrumpió en la oficina de lady Lesso.

—¡Debemos aplazar a esa bruja!

—Es imposible que un Nunca ingrese en tu escuela, y mucho más que la ataque día y noche —dijo lady Lesso con un bostezo—. Nosotros pensamos que el vándalo es un Siempre.

—¡Un Siempre! ¡Mis alumnos ganan todas las competencias en esta escuela desde hace doscientos años!

—Hasta ahora —respondió lady Lesso—. Y no pienso abandonar a mi mejor alumna si no hay pruebas.

Mientras la profesora Dovey enviaba misivas al Director sin recibir respuesta, lady Lesso observó que Sophie y sus compañeras se distanciaban cada vez más, que Sophie ya no tiritaba de frío en su aula helada, y que profanaba el nombre de Tedros en las tapas de sus libros.

—¿Te sientes bien, Sophie? —le preguntó lady Lesso mientras cerraba la puerta de hielo después de clase.

—Sí, gracias —respondió Sophie, incómoda—. Tengo que ir…

—Entre tu triunfo como Capitana de Clase, tus nuevos atuendos y tus actividades nocturnas… es mucho lo que haces.

—No sé a qué actividades se refiere —replicó Sophie, pasando junto a ella.

—¿Has tenido sueños extraños, Sophie?

Sophie se detuvo en seco.

—¿Qué tipo de sueños serían extraños?

—Sueños de ira. Sueños que empeoran noche tras noche —respondió lady Lesso detrás de ella—. Sientes como si algo estuviera naciendo en tu alma. Un rostro, quizá.

A Sophie se le hizo un nudo en el estómago. Seguía teniendo sueños terribles, y todos terminaban con un rostro lechoso y borroso. En los últimos días habían aparecido manchas rojas en los bordes del rostro, como si estuviera dibujado en sangre. Pero no podía reconocerlo. Lo único que sabía era que todos los días se levantaba cada vez más enfadada.

Sophie se dio vuelta.

—Ehh, ¿qué significaría un sueño como ese?

—Que eres una chica especial, Sophie —respondió amorosamente lady Lesso —. De quien todos estamos orgullosos.

—Ah. Ehh… quizá haya tenido uno o dos…

—Sueños con el archienemigo —completó lady Lesso, con un destello en sus ojos color violeta—. Estás teniendo sueños con el archienemigo.

Sophie la miró fijamente.

—Pero… pero…

—No tienes de qué preocuparte, querida. No hasta que no haya síntomas.

—¿Síntomas? ¿Qué síntomas? ¿Qué sucede si hay síntomas?

—Entonces verás el rostro de tu archienemigo. Aquel que se fortalece mientras tú te debilitas —respondió lady Lesso con voz calma—. Aquel que debes destruir para poder vivir.

Sophie palideció.

—¡P-p-pero eso es imposible!

—¿Lo es? Creo que es bastante claro quién es tu archienemigo.

—¿Qué? No tengo a nadie a quien…

Sophie se quedó sin aliento.

—¿Tedros? ¡Pero yo lo amo! ¡Por eso lo hice! Tengo que recuperarlo…

Lady Lesso se limitó a sonreír.

—¡Estaba enfadada! —exclamó Sophie—. No quise hacerle ningún… ¡No quiero lastimarlo! ¡No quiero lastimar a nadie! ¡No soy una villana!

—Verás, no importa lo que seamos, Sophie.

Lady Lesso se acercó tanto a ella que solo debió murmurar.

—Lo que importa es lo que hacemos.

Sus pupilas se clavaron en el rostro de Sophie.

—Pero aún no tienes síntomas, me temo —dijo con un suspiro, y regresó a su escritorio—. Cierra la puerta cuando te retires.

Sophie se fue demasiado rápido como para acordarse de cerrarla.



Esa noche, Sophie no atacó a los Siempres.

Déjalo tranquilo, se dijo a sí misma, tapándose la cabeza con la almohada. *Deja tranquilo a Tedros.*

Lo repitió una y otra vez, hasta que borró de sus recuerdos la conversación con lady Lesso. Mientras las palabras la arrullaban, sintió que volvía a ser la de antes. Mañana sería cariñosa. Mañana sería comprensiva. Mañana sería buena.

Pero luego tuvo otro sueño.

Se miraba en un espejo tras otro y veía su rostro sonriente, su largo cabello dorado y su exquisito vestido rosa. En el último espejo había una puerta abierta, y del otro lado de la puerta la esperaba Tedros, con un regio traje azul de Baile, debajo de los chapiteles de Camelot. Corría y corría hacia él, pero nunca se acercaba, hasta que unos brezos hinchados, mortales y filosos de color púrpura comenzaban a acercarse a su amor verdadero. Desesperada, se esforzó por llegar a la última puerta para salvarlo, perdiendo un zapato en el camino. Corrió hacia sus brazos… pero el príncipe se derritió en un manchón lechoso y rojo y la arrojó a las espinas.

Sophie se despertó enfurecida y se olvidó de lo que había prometido.

—¡Es medianoche! ¡Y dijiste que se había terminado! —se quejó Anadil, siguiéndola hacia el túnel.

—No podemos seguir haciendo estas cosas sin un objetivo —rezongó Hester.

—Tengo un objetivo —respondió Sophie, girando en redondo—. ¿Me oyes? Tengo un objetivo.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, los Siempres encontraron que todos los árboles de su lado habían sido talados. Todos, excepto el árbol debajo del cual se sentaban Sophie y Tedros, tallado una y otra vez con una palabra

inconfundible.

MENTIROSO.

Aturdidos, los lobos y las ninfas llamaron a los profesores con aullidos y de inmediato formaron un vallado entre las dos mitades del claro. Tedros se acercó al vallado entre dos lobos.

—Ya basta.

Todos siguieron su mirada hasta Sophie, sentada tranquilamente contra un árbol nevado en el lado de los Nuncas.

—Y si no, ¿qué? —preguntó con una sonrisa—. ¿Me alcanzarás?

—Ahora sí que suenas como una villana —dijo Tedros con desdén.

—Ten cuidado, Teddy. ¿Qué dirá la gente cuando dancemos en el Baile?

—Ahora sí que perdiste la cabez…

—Y yo que pensaba que eras un príncipe —replicó Sophie mientras caminaba hacia él—. Porque me prometiste llevarme al Baile en este mismo lugar. Y un príncipe jamás rompe su promesa.

De ambos lados del claro se oyeron gritos de asombro. Parecía que a Tedros le habían dado una patada en el estómago.

—Después de todo, un príncipe que rompe su promesa —Sophie lo enfrentó entre los dos lobos— es un villano.

Tedros se quedó mudo; tenía las mejillas rojas.

—Pero no eres un villano, como tampoco lo soy yo —continuó Sophie con ojos culpables—. Así que lo único que tienes que hacer es cumplir tu promesa y podremos volver a ser lo que éramos. Tedros y Sophie. Príncipe y princesa.

Con una sonrisa tentativa, Sophie le tendió su mano entre ambos lobos.

—El Bien, Para Siempre.

Se produjo un silencio mortal en el claro.

—Nunca te llevaré al Baile —escupió Tedros—. ¡Jamás!

Sophie retiró su mano.

—Bien, entonces —dijo con voz dulce—. Ahora todo el mundo sabe quién es el responsable de los ataques.

Tedros sintió las miradas críticas de los Siempres que lo atravesaban. Avergonzado, se retiró del claro. Sophie lo observó, con el corazón en la garganta, reprimiendo la necesidad de llamarlo.

—¿Esto es todo por el Baile? —preguntó una voz.

Sophie se dio vuelta y vio a Hester y Anadil, que la miraban furiosas.

—Se trata de lo que corresponde —respondió.

—Esto es tu responsabilidad —gruñó Hester, y se fue, seguida por Anadil.

Sophie quedó rodeada de alumnos, profesores, lobos y hadas asombrados, escuchando su propia respiración. Lentamente levantó la mirada.

Tedros la miraba con odio desde el interior del castillo de cristal. Bajo la luz débil del sol, su rostro lechoso tenía un brillo rojo.

Sophie lo miró a los ojos, reponiéndose. Él volvería a amarla. Así tenía que ser.

Porque ella lo destruiría si él se atrevía a amar a otra.

23

Magia en el Espejo

Enterrada bajo almohadas de encaje, lo único que Agatha escuchaba era el eco de tres terribles palabras.

CONSÍGUETE UNA VIDA.

¿Qué vida? Antes de Sophie ella solo recordaba que su vida era oscura y difícil.

Sophie la había hecho sentir normal. Sophie le había hecho sentir que alguien la necesitaba. Sin Sophie era un bicho raro, no era nada, era una…

A Agatha se le revolvió el estómago.

Una bruja jamás tiene su propio cuento de hadas.

Sin Sophie, ella era una bruja.

Durante seis días, Agatha permaneció encerrada en su torre y escuchó los gritos de los Siempres, aterrorizados ante los nuevos ataques. Todas las actividades compartidas por las dos escuelas se habían cancelado por tiempo indeterminado; incluidos el almuerzo y los grupos del bosque. ¿Todo esto era por su culpa? ¿Las brujas no dejaban los cuentos de hadas en ruinas? Mientras los gritos se volvían más alarmantes, ella se sentía cada vez más culpable.

Luego los ataques cesaron.

Amontonados en las salas de estudio, los Siempres contuvieron el aliento. Para cuando terminó el fin de semana, Agatha supo que la tormenta había pasado. En cualquier momento Sophie vendría a pedirle disculpas. Mientras contemplaba la luna teñida de rosa, Agatha se abrazó a su almohada y rezó. La amistad entre ambas sobreviviría a esta situación.

En eso oyó un tintineo de hadas; Agatha se dio vuelta y vio que deslizaban una nota debajo de la puerta. Con el corazón en la boca, saltó de la cama y se abalanzó sobre la esquela con las manos transpiradas:

Estimados alumnos:

Como faltan solo seis días para el Baile de Nieve, los desafíos de esta semana revelarán si están preparados. A pesar de las interrupciones recientes no habrá más cancelaciones. Nuestras tradiciones son las que separan al Bien del Mal. Aun en las épocas más oscuras, un Baile podría ser la mejor oportunidad para encontrar un final feliz.

Profesora Dovey

Agatha gruñó y volvió a enterrarse debajo de las sábanas rosadas.

Pero mientras se quedaba dormida, oyó el eco de las palabras… *Baile… objetivo… feliz…* que cayeron en la oscuridad, hasta que se plantaron en su alma como semillas mágicas.



Ravan se acercó en puntas de pie a la habitación 66. Los cisnes de seis Nuncas brillaban a sus espaldas, en la oscuridad.

—Si los ataques cesaron, quizá esté muerta —aventuró Vex.

—Puede que los villanos no trabajen los domingos —opinó Brone.

—¡O tal vez Sophie ya superó a ese estúpido príncipe! —replicó Ravan.

—Uno nunca se olvida del amor —gimió Hort, vestido con unos sucios pantalones largos—. Aunque se metan en tu habitación y te roben el pijama.

—¡Sophie ni siquiera debería haberse permitido amar! —acotó Ravan—. La primera vez que le dije a mi padre que me gustaba una chica, me untó con miel y me encerró en el cubil de un oso durante toda la noche. Desde entonces no me gustó ninguna.

—La primera vez que le dije a mi madre que me gustaba alguien, me horneó durante una hora —coincidió Mona, con la piel verde y pálida—. Ahora ni siquiera pienso en chicos.

—La primera vez que me gustó un chico, mi papá lo mató. —El grupo calló y miró a Arachne—. Quizá Sophie tuvo malos padres —añadió.

Asintiendo con solemnidad, los Nuncas se acercaron a la habitación 66, ocultos entre las sombras. Contuvieron el aliento y cada uno encontró un pedazo de puerta para apoyar las orejas.

Pero no oyeron nada.

—A la cuenta de tres —murmuró Ravan. Los Nuncas retrocedieron, preparados para derribar la puerta—. Uno… dos…

—Bebe esto.

Era la voz de Anadil del otro lado de la puerta. Los Nuncas volvieron a apoyar las orejas en la puerta.

—Me… están… matando… —dijo Sophie con voz débil y ronca.

Se oyeron arcadas.

—Tiene mucha fiebre, Hester.

—Lady Lesso dijo… sueños… con archienemi…

—No son nada, Sophie —murmuró la voz de Hester—. Ahora vete a dormir.

—¿Estaré… mejor para… el Baile? Tedros… me… prometió…

—Cierra los ojos, querida.

—Sueños… vendrán… —resolló Sophie.

—Shhh, nosotras estamos aquí —la tranquilizó Hester.

Se produjo un silencio, pero Ravan y los Nuncas no se movieron.

Luego oyeron voces más cerca de la puerta.

—Sueños con rostros, mucha fiebre, obsesión… ¡Lady Lesso tiene razón! —murmuró Anadil—. ¡Tedros es su archienemigo!

—¡Entonces es verdad que conoció al Director! —respondió Hester en un murmullo—. ¡Ella está en un cuento de hadas real!

—Entonces será mejor que toda la escuela se cuide, Hester. ¡Los cuentos de hadas reales significan guerra!

—Ani, tenemos que conseguir que Tedros y Sophie vuelvan a estar juntos! ¡Antes de que aparezcan los síntomas!

—Pero ¿cómo?

—Tu talento —murmuró Hester—. ¡Pero no podemos decírselo a nadie! ¡Si esto se da a conocer, todas nuestras vidas estarán en pelig…

Dejó de hablar.

Ravan giró sobre sus talones…

La puerta se abrió de golpe. Hester miró, entrecerrando los ojos. Pero el pasillo estaba vacío.



El lunes por la mañana, Agatha se despertó con el intenso deseo de asistir a clase.

Dando fuertes pisotones, se puso el delantal arrugado y se quitó la pelusa del cabello grasoso. ¿Cuántos días iba a esperar? ¿Sophie no quería pedir disculpas? ¿Sophie no quería ser su amiga? Aplastó la rosa de papel de Sophie y la arrojó por la ventana.

¡Yo puedo tener mi propia vida!

Buscó algo más para arrojar y vio el pergamino arrugado bajo sus pies.

«Un Baile podría ser la mejor oportunidad…».

Agatha tomó la nota de la profesora Dovey y la volvió a leer con atención.

¡Eso era! ¡El Baile era su oportunidad!

¡Lo único que necesitaba era que uno de esos chicos repugnantes y arrogantes

la llevara! ¡Entonces Sophie iba a tragarse sus palabras!

Metió los pies callosos en sus botas y bajó las escaleras ruidosamente, despertando a toda la torre.

Tenía cinco días para encontrar una pareja para el Baile de Nieve de los Siempres. Cinco días para probar que ella no era una bruja.

La semana del Baile tuvo un comienzo extraño cuando la profesora Anémona llegó a clase con diez minutos de retraso, con un vestido escandalosamente corto hecho con plumas de cisne blancas, medias color púrpura, ligas brillantes y una corona que bien podría ser un candelabro al revés.

—He aquí la verdadera elegancia para el Baile —alardeó, acariciando las plumas de su cola—. ¡Qué bueno que los chicos no puedan invitarme al Baile, pues de lo contrario muchas de ustedes se quedarían sin príncipe!

Disfrutó de las miradas de sus alumnas.

—Así es, ¿no es divino? Me dijo la emperatriz Vaisilla que es la última moda en Putsi.

—¿Putsi? ¿Dónde queda Putsi? —susurró Kiko.

—Un lugar donde hay muchos cisnes enfadados —dijo Beatrix.

Agatha se tapó la boca con un bolígrafo para no reírse.

—Como sus pretendientes han decidido esperar hasta el Circo para invitarlas, les recomiendo que se tomen los desafíos de esta semana con mucha seriedad —advirtió la profesora Anémona—. ¡Un desempeño excepcionalmente bueno o malo muy bien podría hacer cambiar de opinión a cualquier chico!

—¿Y si Tedros le prometió a Sophie que la llevaría al Baile? —murmuró Reena a Beatrix—. ¡Un príncipe no puede quebrar su promesa sin que suceda algo terrible!

—Algunas promesas es mejor romperlas —replicó Beatrix—. Pero si alguien intenta arruinar mi noche con Tedros, te prometo que no sobrevivirá.

—Claro que no las invitarán a todas al Baile de Nieve —advirtió la profesora Anémona—. Todos los años se aplaza a alguna chica desconsolada, porque los chicos prefieren tener medias calificaciones antes que invitarla a ella. Una chica así, que no encuentra a su príncipe, aun en las circunstancias más propicias… bueno, debe de ser una bruja, ¿no es verdad?

Agatha sintió que todas la miraban. ¿Aplazada porque un chico no la

invitaba?

Ahora, encontrar una pareja se había convertido en cuestión de vida o muerte.

—¡En el desafío de hoy, deben intentar ver quién será su pareja para el Baile! —declaró la profesora—. Solo cuando imaginen claramente el rostro de un chico, sabrán que él también las quiere. Ahora hagan pareja con la persona que tengan al lado y túrnense para declararse. Cuando sea su turno de aceptar, cierren los ojos para ver qué rostro aparece…

Agatha se dio vuelta y vio a Millicent del otro lado del escritorio, que parecía a punto de vomitar.

—Querida… eh… Agatha… ¿quieres ser mi princesa en el Baile? —dijo con esfuerzo, y luego hizo arcadas tan fuertes que Agatha dio un salto.

Ay, ¿a quién quería engañar? Miró sus piernas flacas, su piel pálida y las uñas totalmente comidas. ¿Qué chico iba a elegirla para ir al Baile? Mientras la esperanza la abandonaba, observó a sus compañeras, eufóricas y con los ojos cerrados, soñando con las caras de sus príncipes…

—Solo tienes que decir sí o no —protestó Millicent.

Con un suspiro, Agatha cerró los ojos y trató de imaginar la cara de su príncipe. Pero solo podía oír el eco de las voces de chicos que se peleaban por no ser su pareja…

No queda nadie para ti, querida.

Pero creía que todos los chicos tenían que ir, profesora Dovey.

Bueno, el último prefirió suicidarse antes que llevarte a ti.

Una risa fantasmal resonó en sus oídos. Agatha apretó los dientes.

No soy una bruja.

Las voces de los chicos se apagaron.

No soy una bruja.

Las voces se alejaron en la oscuridad…

Pero no quedó nada en su lugar. Nada en qué creer.

¡No soy una bruja! ¡No soy una bruja!

Nada.

Y entonces, algo.

Una silueta lechosa y sin rostro surgió de la oscuridad.

Se inclinó delante de ella sobre una rodilla… tomó su mano…

—¿Te sientes bien?

Agatha abrió los ojos. La profesora Anémona la estaba observando, al igual que el resto de la clase.

—Mmm, creo que sí.

—Pero… ¡sonreíste! ¡Con una sonrisa verdadera!

Agatha tragó saliva.

—¿Ah, sí?

—¿Te han embrujado? —gritó la profesora—. ¿Es uno de los ataques de los Nuncas…?

—¡No! Es decir… fue un accidente…

—¡Pero mi querida! ¡Fue una sonrisa hermosa!

Agatha pensó que saldría flotando de su silla. ¡No era una bruja! ¡No era un bicho raro! Sintió que volvía a sonreír, con una sonrisa más grande y luminosa que antes.

—Si solo el resto de ti fuera hermoso —suspiró la profesora Anémona.

La sonrisa de Agatha se desvaneció para dejar lugar a su habitual ceño fruncido. Desanimada, fracasó estrepitosamente en los dos desafíos siguientes; Pollux tildó su actitud de «nefasta» y Uma dijo con un suspiro que había visto tortugas con más gracia.

Enfurruñada en su pupitre antes de la clase de Historia, Agatha se preguntó si el profesor Sader podría realmente adivinar el futuro. ¿Encontraría pareja para el Baile de Nieve? ¿O era cierto lo que decía Sophie, que ella era una bruja? ¿Desaprobaría y moriría aquí, sola?

El problema era que no se podía hacer preguntas a Sader, aunque él fuera vidente. Además, para abordar el tema, tendría que admitir que había entrado en su estudio. No era la mejor manera de ganarse la confianza de un profesor.

Finalmente, Sader nunca apareció. El profesor había decidido pasar la semana dando clase en la Escuela del Mal, ya que, según dijo, todas estarían distraídas con los preparativos para el Baile y no prestarían atención a la clase de Historia. En cambio, cedió la clase de «Costumbres y tradiciones de los Bailes» a una banda de desaliñadas hermanas maduras con vestidos anticuados. Eran las princesas bailarinas del famoso cuento de hadas, cada una de las cuales había ganado un príncipe en un Baile de la corte. Pero antes de poder revelar

cómo habían hecho para acompañar a estos príncipes, las doce arpías empezaron a pelearse por la versión correcta del cuento, y luego terminaron gritándose unas a otras. Agatha cerró los ojos para no escucharlas. No importaba lo que dijera la profesora Anémona, ella había visto un rostro. Borroso, confuso… pero real. Alguien que quería invitarla al Baile.

Agatha apretó los dientes.

No soy una bruja.

Lentamente la silueta salió de la oscuridad y esta vez se acercó, más clara que antes. Se hincó de rodillas delante de ella, levantó su rostro hacia la luz…

Un chillido la sacó de su ensoñación.

En el escenario, las doce hermanas vociferaban y se aporreaban unas a otras como si fueran gorilas.

—¿Cómo pueden ser princesas? —dijo Beatrix.

—Es lo que ocurre una vez que te casas —opinó Giselle—. Mi madre dejó de afeitarse las piernas.

—A la mía ya no le entran sus antiguos vestidos —observó Millicent.

—La mía ya no usa maquillaje —aseguró Ava.

—La mía come queso —suspiró Reena. Beatrix pareció a punto de desmayarse.

—Bueno, si mi esposa probara algo de todo eso, podría irse a vivir con las brujas —dijo Chaddick mientras mordisqueaba un muslo de pavo—. En todas esas pinturas de «Para Siempre» no se ve nunca una princesa fea.

Vio que Agatha estaba sentada al lado de él.

—Ah. Sin ánimo de ofender.

Para la hora del almuerzo, Agatha ya había descartado por completo la idea de encontrar pareja para el baile y quería hacer las paces con Sophie. Pero ni ella, ni Hester ni Anadil aparecían por ningún lado (tampoco Dot) y los Nuncas parecían más apagados que de costumbre en su costado del claro. Mientras tanto, oyó que las Siempres se reían cuando Chaddick contaba la anécdota a diferentes grupos. El comentario «sin ánimo de ofender» le pareció cada vez más insultante. Peor todavía, Tedros estuvo mirándola de un modo extraño mientras lanzaba herraduras (especialmente cuando se le cayó el guiso de remolacha sobre la falda).

Kiko se sentó junto a ella.
—No te preocupes. No puede ser verdad.
—¿Qué cosa?
—Lo que dicen sobre los dos chicos.
—¿Qué dicen?
—Que todos hicieron un pacto de ir dos chicos juntos antes que pedírtelo a ti.
Agatha la miró fijamente.
—¡Ay, no! —chilló Kiko, y salió corriendo.
En Buenas Acciones, la profesora Dovey les dio una prueba escrita sobre manejo de situaciones difíciles en un Baile. Por ejemplo:

1. Si asistes al Baile con alguien diferente de tu primera opción, pero el chico que habías elegido en primer lugar, del que estás locamente enamorada, te pide bailar con él, tú:

   A. Le informas amablemente que si quería bailar contigo debería haberte pedido ir con él al Baile.
   B. Bailas con él, pero solo un vals.
   C. Abandonas a tu pareja por tu primera opción.
   D. Le preguntas a tu cita qué prefiere.

Agatha respondió «D». Y debajo escribió:
«Excepto si nadie quiere invitarte al Baile, y mucho menos bailar contigo. Entonces esta pregunta no aplica».

1. Al llegar al Baile, te das cuenta de que tu amiga huele espantosamente a ajo y trucha. Sin embargo, tu amiga es la pareja de la persona que tú esperabas que te invitara al Baile. Tú:

   A. Le avisas de inmediato a tu amiga que tiene feo olor.
   B. No dices nada porque es culpa de tu amiga si huele mal.
   C. No dices nada porque disfrutarás viéndola pasar un

mal momento.
D. Le ofreces un caramelo de regaliz sin hacer ningún comentario.

Agatha respondió «A» y agregó: «Porque el mal aliento es pasajero. La fealdad es permanente».

1. Un pichón de paloma con un ala rota entra en el Salón del Bien, cae en la pista de baile durante el último vals y está en grave peligro de morir aplastado. Tú:

   A. Gritas e interrumpes el baile.
   B. Terminas el baile y luego ayudas a la paloma.
   C. Pateas a la paloma de la pista de baile para que esté a salvo, y cuando terminas de bailar vas a ayudarla.
   D. Abandonas el baile y rescatas a la paloma, aunque eso signifique poner en ridículo a tu pareja.

Agatha respondió «D». «Mi pareja es imaginaria. Estoy segura de que no le importará».

Y respondió las 27 preguntas restantes con el mismo estilo.

Sentada en su escritorio de ciruelas confitadas, la profesora Dovey calificó los exámenes y los puso debajo de un brillante pisapapeles de calabaza. Su rostro se ponía cada vez más serio.

—Justo lo que temía —rezongó, mientras devolvía los exámenes a los alumnos—. Sus respuestas son vanidosas, insustanciales ¡y a veces parecen respuestas de villanos! ¡No me sorprende que esa Sophie los pusiera en ridículo a todos!

—Pero los ataques cesaron, ¿no? —murmuró Tedros.

—¡No fue gracias a ti! —gritó la profesora Dovey, entregándole un examen lleno de correcciones rojas—. Una Nunca gana una Prueba, destroza nuestra escuela, ¿y no hay ningún Siempre que pueda atraparla? ¿No hay nadie de la Escuela del Bien que pueda vencer a una alumna?

Entregó los exámenes en una fila.

—¿Tengo que recordarles que solo faltan cuatro días para el Circo de Talentos? ¿Y que, quienquiera que gane el Circo, tendrá el Teatro de Cuentos en su escuela? ¿Quieren que el Teatro se mude a la Escuela del Mal? ¿Prefieren ir caminando a la Escuela del Mal durante el resto del año?

Nadie pudo sostener su mirada.

—Siempres, para ser buenos deben demostrarlo —les advirtió la profesora Dovey—. Defender. Perdonar. Ayudar. Dar. Amar. Esas son nuestras reglas. Pero depende de ustedes seguirlas.

Mientras la profesora repasaba los exámenes, criticando cada respuesta incorrecta, Agatha guardó el suyo. Pero luego vio algo escrito en una esquina:

100%

VEN A VERME.

Cuando las hadas anunciaron el final de la clase, la profesora Dovey hizo salir a todos los Siempres, cerró la puerta de caramelo de calabaza y le echó llave. Se dio vuelta y vio a Agatha sentada en su escritorio, comiendo una ciruela confitada.

—Entonces, si sigo las reglas —dijo, masticando con la boca abierta— no soy una bruja.

La profesora Dovey miró el nuevo agujero en su escritorio.

—Solo un alma verdaderamente buena vive según esas reglas, sí.

—¿Y si tengo cara de villana? —preguntó Agatha.

—Ay, Agatha, no seas ridíc…

—¿Qué ocurre si tengo cara de villana?

La profesora se estremeció al oír su tono de voz.

—Estoy lejos de mi casa, perdí a mi mejor amiga, todo el mundo aquí me odia, y lo único que quiero es encontrar alguna forma de final feliz —dijo Agatha, roja de ira—. Pero usted ni siquiera es capaz de decirme la verdad. Mi final no depende del bien que haga o de cómo sea por dentro. Depende de mi aspecto. —Escupió mientras hablaba—. Ni siquiera tuve una oportunidad.

Durante un largo rato la profesora Dovey miró fijamente la puerta. Luego se

sentó en el escritorio junto a Agatha, arrancó una ciruela confitada y la mordió.

—¿Qué pensaste la primera vez que viste a Beatrix?

Agatha se quedó mirando la ciruela confitada que la profesora tenía en su mano.

—¿Agatha?

—No sé. Pensé que era hermosa —refunfuñó al recordar los pedos que se había tirado cuando la conoció.

—¿Y ahora?

—Me parece repugnante.

—¿Y es menos bonita?

—No, pero…

—Entonces, ¿es hermosa o no?

—Sí, a primera vista…

—¿Entonces la belleza solo es superficial?

—No si eres una buena persona…

—¿Entonces lo importante es ser bueno? Me pareció que dijiste que lo importante era el aspecto.

Agatha abrió la boca, pero no se le ocurrió nada para decir.

—La belleza puede vencer a la verdad solo por poco tiempo, Agatha. Beatrix y tú tienen más cosas en común de lo que crees.

—Fantástico, ahora puedo ser su esclava —dijo Agatha, mordiendo su ciruela.

La profesora Dovey se puso de pie.

—Agatha, ¿qué ves cuando te miras al espejo?

—No me miro al espejo.

—¿Y por qué?

—¡Porque los caballos y los puercos no se sientan a mirarse al espejo!

—¿Qué tienes miedo de ver? —preguntó la profesora Dovey, apoyándose cerca de la puerta de caramelo de calabaza.

—No tengo miedo a los espejos —resopló Agatha.

—Entonces mírate en este.

Agatha levantó la mirada y vio que la puerta cercana a la profesora Dovey ahora era un espejo liso y límpido.

Se dio vuelta.

—Buen truco. ¿Está en nuestro libro?

—Mírate al espejo, Agatha —dijo con calma la profesora Dovey.

—¡Qué estupidez! —Agatha saltó del pupitre y pasó junto a ella, agachando la cabeza para evitar el reflejo. No encontró el pomo de la puerta.

—¡Déjeme salir! —Arañó la puerta, cerrando los ojos para no ver su imagen.

—Si te miras al espejo podrás irte.

Agatha intentó encender su dedo.

—¡Déjeme… salir!

—Entonces mírate al espejo.

—¡DÉJEME SALIR, PORQUE SI NO…

—Solo un momento…

Agatha dio una patada contra el cristal. El espejo tembló y se hizo añicos; Agatha se protegió del resplandor y del polvo. Cuando el destrozo se silenció, lentamente levantó la cabeza.

Había un espejo nuevo.

—Hágalo desaparecer —suplicó, tapándose el rostro.

—Solo inténtalo, Agatha.

—No puedo.

—¿Por qué?

—¡Porque soy fea!

—¿Y si fueras hermosa?

—¡Míreme! —gimió Agatha.

—Imagina que lo fueras.

—Pero…

—Imagina si fueras como las chicas de los libros de cuentos, Agatha.

—Yo no leo esa basura —replicó Agatha.

—No estarías aquí si no los leyeras.

Agatha se puso tensa.

—Los lees tanto como tu amiga, querida —prosiguió la profesora Dovey—. Pero me pregunto, ¿por qué?

Agatha no habló durante un buen rato.

—¿Si fuera hermosa? —preguntó en un murmullo.

—Sí, querida.

Agatha levantó la mirada, con los ojos brillantes.

—Sería feliz.

—Qué raro —dijo su profesora, volviendo a su escritorio—. Es lo mismo que me dijo Cenia del Valle de Cenizas…

—Bueno, ¡tres hurras para Cenia del Valle de Cenizas! —protestó Agatha.

—La visité cuando supe que quería asistir a un Baile pero no podía. Solo necesitaba un nuevo rostro y un bonito par de zapatos.

—No veo que tenga nada que ver con… —Agatha abrió muy grandes los ojos—. Cenia… ¿es Cenicienta?

—Ni siquiera fue mi mejor trabajo, a pesar de la reputación —dijo la profesora mientras acariciaba un pisapapeles de calabaza—. ¿Sabías que los venden en el Valle de Cenizas? Pero no se parecen en nada al carruaje de Cenia.

Agatha se tambaleó.

—Pero… pero eso significa que usted…

—El hada madrina más buscada del Bosque Infinito. A tu servicio, querida.

Agatha sintió que se mareaba y se apoyó contra la puerta.

—Te lo advertí cuando salvaste a la gárgola, Agatha —dijo la profesora Dovey—. Tienes un talento poderoso. Lo suficientemente bueno como para derrotar al Mal. ¡Suficiente como para encontrar tu final feliz, aunque hayas perdido tu camino! Todo lo que necesitas está en tu interior, Agatha. Y ahora más que nunca debemos liberarlo. Pero la belleza es lo que te frena, querida…

La profesora suspiró.

—Bien, eso se soluciona fácilmente, ¿no es verdad?

Buscó en su vestido verde y sacó una varita de madera de cerezo.

—Ahora cierra los ojos y pide un deseo.

Agatha pestañeó para asegurarse de estar despierta. Los cuentos de hadas siempre castigaban a las chicas como ella. Los cuentos de hadas nunca otorgaban deseos a las chicas feas.

—¿Cualquier deseo? —preguntó con voz quebrada.

—Cualquiera —respondió su hada madrina.

—¿Y tengo que decirlo en voz alta?

—No soy adivina, querida.

Agatha la miró con ojos llorosos.

—Es que… nunca se lo dije a nadie…

—Es hora de que lo hagas.

Temblando, Agatha miró la varita y cerró los ojos. ¿Podía ser cierto?

—Quiero…

Se le dificultaba la respiración.

—Ser… ya sabe… eh…

—Me temo que la magia responde a la convicción —indicó la profesora Dovey.

A Agatha le costó respirar.

Solo podía pensar en Sophie. Sophie que la miraba como si ella fuera un perro.

¡CONSÍGUETE UNA VIDA!

Repentinamente su corazón se encendió de ira. Apretó los dientes, cerró los puños, alzó la cabeza y gritó:

—¡Quiero ser hermosa!

Se oyó el silbido de la varita y luego un crujido.

Agatha abrió los ojos.

La profesora Dovey frunció el entrecejo al ver la varita rota en su mano.

—Un deseo un tanto ambicioso. Pues tendremos que hacerlo a la manera antigua.

Soltó un silbido ensordecedor y seis ninfas de piel rosada, de más de dos metros de altura y cabellera multicolor, entraron por la ventana en una fila ordenada.

Agatha retrocedió contra el espejo.

—Esperen…

—Serán cuidadosas. Tanto como puedan.

Agatha logró soltar un último alarido, y luego las ninfas se abalanzaron sobre ella como osos.

La profesora Dovey se tapó los ojos para no ver la carnicería.

—Realmente son muy altas.



Agatha pestañeó y abrió los ojos en medio de las sombras. Se sintió dolorida y extraña, como si hubiese dormido durante días. Con dificultad tomó consciencia de su cuerpo totalmente vestido, desplomado en una silla verde y sin amarras.

Estaba en el Salón de Belleza. Las ninfas se habían retirado.

Agatha saltó de la silla. Las piscinas aromáticas rebalsaban de espuma. El tocador de Rojaflor que tenía enfrente tenía cientos de frascos abiertos con ceras, cremas, tinturas y máscaras. En el lavabo había máquinas de afeitar usadas, limas, cuchillos y palillos. En el suelo había una pila de cabello cortado.

Agatha levantó un poco de pelo. Era rubio.

Un espejo.

Giró en redondo, pero los otros tocadores con sillas y espejos habían desaparecido. Desesperada, se tocó el cabello, la piel. Todo parecía más suave, más liso. Se tocó los labios, la nariz, la barbilla. Todo parecía más refinado.

Solo necesitaba un nuevo rostro.

Se dejó caer nuevamente en la silla.

Lo hicieron.

¡Lograron lo imposible! ¡Era normal! No, no era solo normal. ¡Era bonita! ¡Era adorable! Era…

¡Hermosa!

¡Por fin podría empezar a vivir! ¡Al fin sería feliz! Albemarle, que dormía una siesta en su nido arriba de la puerta, roncó con fuerza cuando esta se abrió.

—¡Buenas noches, Albemarle!

Albemarle abrió un ojo con gafas.

—Buenas noches, Aga… ¡Dios mío!

La sonrisa de Agatha creció mientras subía los peldaños hacia el primer piso.

Tenía que llegar al espejo con marco dorado que estaba cerca del Salón Comedor (Agatha había memorizado todos los lugares con espejos de la escuela para poder evitarlos). Se sentía vertiginosamente liviana. ¿Se reconocería a sí misma?

Oyó gritos de asombro y vio que Reena y Millicent la observaban desde el hueco de la escalera de caracol.

—¡Hola Reena! —la saludó—. ¡Hola, Millicent!

Las dos chicas estaban demasiado asombradas para responder al saludo.

Mientras danzaba hacia la sala de escaleras, Agatha sintió que su sonrisa se ensanchaba todavía más.

Trepados al obelisco de Leyendas, Chaddick y Nicholas miraban los retratos de Siempres del pasado.

—A Rapunzel le doy un 4 como mucho —dijo Chaddick, colgándose de un ladrillo como un alpinista—. Pero Martine es un 9 sin lugar a dudas.

—Lástima que haya terminado convertida en caballo —dijo Nicholas.

—Espera a que pongan a Agatha. Ella terminará convertida en…

—¿Qué? ¿En qué voy a terminar convertida?

Chaddick miró a Agatha. Se quedó boquiabierto.

—¿En un gato? —sonrió Agatha—. Porque parece que te comí la lengua.

—¡Ajá! —celebró Nicholas, y Chaddick le dio una patada que lo hizo caer.

Agatha subió la escalera de la torre Valor hacia el Salón Comedor, con una sonrisa tan ancha que le dolía. Atravesó majestuosamente los arcos color azul real hacia las dobles puertas doradas, preparada para enfrentarse al espejo, lista para sentir lo que Sophie había sentido toda su vida, pero justo cuando extendió la mano para abrirlas, las puertas se abrieron frente a ella.

—Discúlpam…

Agatha oyó la voz antes de verlo. Lentamente levantó la mirada, con el corazón en la boca.

Tedros la estaba mirando, y parecía tan confundido que, por un momento, pensó que lo había petrificado con un hechizo de villana.

Tedros tosió, como queriendo aclararse la garganta.

—Ehh… Hola.

—Hola —dijo Agatha, con una sonrisa estúpida.

Se produjo un silencio.

—¿Qué hay para cenar? —preguntó.

—Pato —chilló él, volviendo a toser—. Disculpa. Es que te ves… te ves tan…

De repente Agatha tuvo una sensación extraña que la asustó.

—Lo sé… no parezco yo… —soltó, y se fue corriendo.

Dobló en un pasillo y se agachó debajo de un retrato. ¿Qué hicieron conmigo? ¿Le cambiaron el alma cuando le dieron un nuevo rostro? ¿Reemplazaron su corazón al darle un cuerpo nuevo? ¿Por qué le sudaban las palmas de la mano?

¿Por qué sentía palpitaciones en el estómago? ¿Dónde estaba el insulto para Tedros que siempre tenía a flor de labios? ¿Por qué diablos iba a sonreírle a un chico? ¡Si ella odiaba a los chicos! ¡Siempre los había odiado! Jamás le hubiera sonreído a uno, ni siquiera aunque la hubiesen obligado a punta de espa…

Agatha se dio cuenta dónde estaba.

El retrato no era un retrato.

Sudando de miedo, se paró frente al espejo gigante del pasillo, preparada para ver a una desconocida.

Agatha cerró los ojos, impresionada. Volvió a abrirlos.

Pero las piscinas aromáticas… los frascos… el cabello rubio…

Se encogió contra la pared, aterrorizada.

El deseo… la varita mágica…

Era parte de la estratagema de su hada madrina.

Porque las ninfas no le habían hecho nada a Agatha.

Observó el pelo negro y grasoso y sus ojos saltones, y se desplomó en el suelo, horrorizada.

¡Todavía soy fea! ¡Sigo siendo una bruja!

Un momento.

Pero ¿y Albemarle? ¿Y Reena, y Chaddick…?

¿Y Tedros?

Ellos también eran espejos, ¿no? Espejos que le decían que ya no era fea.

Agatha se levantó lentamente y volvió a mirar su reflejo. Por primera vez en su vida no apartó la mirada.

La belleza puede vencer a la verdad solo por poco tiempo, Agatha.

Todos estos años ella había creído ser lo que parecía. Una bruja antipática y diabólica.

Pero en los pasillos había creído algo diferente. Por un momento había abierto su corazón y este se había inundado de luz.

Frente al espejo, Agatha tocó suavemente su cara, que tenía un brillo interior.

Un rostro que nadie había reconocido porque era feliz.

Ya no había vuelta atrás. Las migas de pan desparramadas por el sendero oscuro habían desaparecido. Sin embargo, la verdad la guiaría. Una verdad mayor que cualquier magia.

Siempre fui hermosa.

Agatha estalló en sollozos profundos y sanadores, sin perder nunca la sonrisa.

No oyó los gritos de alguien que, a lo lejos, se acababa de despertar de su peor pesadilla.

24

Esperanza en el Baño

Los alumnos de la Escuela del Bien y del Mal pensaban que «magia» equivalía a «hechizo». Pero Agatha descubrió que una sonrisa era algo más poderoso.

Dondequiera que iba, provocaba miradas de admiración y susurros de asombro, como si hubiese conjurado una magia más poderosa de lo que alumnos o profesores jamás habían visto. Pero una mañana, cuando se dirigía a

clase, Agatha se dio cuenta de que ella también estaba hechizada. Porque descubrió que, por primera vez, acudía a las clases con ganas de hacerlo.

Los otros cambios fueron igualmente sutiles. Se dio cuenta de que ya no sentía arcadas ante el olor de su uniforme. Ahora no sentía pavor por lavarse la cara y no le molestaba perder un minuto para cepillarse el cabello. Se concentraba tanto en los ensayos del Baile que saltaba cuando los lobos aullaban al finalizar la clase. Y, mientras antes se burlaba de su tarea, ahora leía las páginas asignadas y seguía leyendo, extasiada con las historias de heroínas que vencían a brujas mortíferas, vengaban las muertes de sus padres y sacrificaban sus cuerpos, su libertad e incluso la vida por el amor verdadero.

Agatha cerró su libro de texto y observó a las hadas que adornaban el Bosque Azul con faroles estrellados para el Baile. Verdaderamente, era hermoso lo que el Bien podía lograr. Algunas semanas atrás no habría podido admitirlo. Pero ahora, recostada en su cama, a la luz de un farol, pensó en su habitación en Gavaldon y no pudo recordar su olor. De repente tampoco pudo recordar el color de ojos de Muerte… ni el sonido de la voz de su madre…

Faltaban dos días para el Baile. El Circo de Talentos se realizaba la noche siguiente, y Pollux llegó a clase con la cabeza apoyada sobre el caparazón de una tortuga demacrada para anunciar las reglas.

—¡Oigan, oigan, oigan! Por orden del Director de la Escuela para la Enseñanza del Bien y el Hechizo y la Escuela para la Edificación del Mal…

—¡Termina de una vez! —vociferó la profesora Anémona.

Taciturno, Pollux explicó que el Circo era una competencia entre el Bien y el Mal, donde los 10 mejores Siempres y Nuncas subirían al escenario para mostrar sus talentos. Al finalizar la competencia, el ganador recibiría la Corona del Circo y el Teatro de Cuentos se mudaría mágicamente a su escuela.

—Por supuesto, el Teatro no se ha mudado en siglos —aseguró Pollux con desdén—. Ya está firmemente afianzado.

—Pero ¿quién es el juez? —preguntó Beatrix.

—El Director. Claro que ustedes no lo verán —resopló Pollux—. Con respecto a la vestimenta, les sugiero que usen ropa de un color discreto y recatad…

La profesora Anémona pateó la cabeza de Pollux y lo echó del aula.

—¡Suficiente! ¡Mañana recibirán sus propuestas, y lo único en lo que deberían estar pensando es en la cara de su príncipe!

La profesora se paseó por el salón en círculos, y Agatha vio cómo las chicas aceptaban las propuestas con los ojos cerrados, tan concentradas que arrugaban las narices, mientras Pollux protestaba afuera.

Se le hizo un nudo en el estómago.

¡Con sus calificaciones, sin duda integraría el equipo del Circo! ¿Un espectáculo de talentos? ¡Ella no tenía ningún talento! ¿Quién iba a invitarla al Baile cuando se había humillado frente a toda la escuela? Y si nadie la invitaba…

—Entonces eres una bruja y te aplazan —le recordó Millicent cuando seguía sin poder ver un rostro.

Agatha pasó toda la clase de Uma con los ojos cerrados, pero lo único que pudo vislumbrar fue una silueta lechosa que se desmoronaba cada vez que extendía la mano para alcanzarla. Regresó al castillo con dificultad, desalentada, y vio a algunos alumnos reunidos en la sala de escaleras. Se acercó sigilosamente a Kiko.

—¿Qué ocurr…?

Contuvo el aliento. La V pintada con ángeles sobre la pared estaba pintarrajeada con grandes rayones rojos.



—¿Qué significa? —preguntó Agatha.

—Que Sophie volverá a atacar —respondió una voz. Agatha se dio vuelta y vio a Tedros con una camisa azul sin mangas, sudoroso y brillante después de la clase de Esgrima. De repente tuvo un momento de timidez.

—Ehh… perdona… tengo que ir a bañarme.

Inquieta, Agatha fijó los ojos en la pared.

—Pensé que los ataques habían terminado.

—Esta vez la atraparé —dijo Tedros, mirando con odio la pared—. Esa chica es veneno.

—Está herida, Tedros. Ella cree que le hiciste una promesa.

—No es promesa si se hace con engaños. Ella me usó para ganar la Prueba y también te usó a ti.

—No sabes nada sobre ella —dijo Agatha—. Todavía te ama. Y todavía es mi amiga.

—¡Caray! Eres mejor que yo, porque no sé qué ves en ella. Lo único que yo veo es una bruja manipuladora.

—Debes mirar mejor.

Tedros se dio vuelta.

—O tendré que buscar a otra.

Agatha volvió a sentirse enferma.

—Llego tarde —se disculpó, mientras corría hacia la escalera.

—La clase de Historia es por aquí.

—Voy al baño… —informó.

—¡Pero esa torre es de chicos!

—Prefiero los baños… de los chicos.

Se agachó detrás de la escultura de un tritón medio desnudo, respirando con fuerza. *¿Qué me sucede?* ¿Por qué no podía respirar cuando estaba cerca de él? ¿Por qué sentía náuseas cada vez que él la miraba? ¿Y por qué él ahora la miraba como si fuera… una chica? Agatha ahogó un grito.

Tenía que impedir el ataque de Sophie.

¡Si Sophie se retractaba, si le rogaba a Tedros que la perdonara, aún había esperanza de que él la aceptara! ¡Ese sería el final feliz de este cuento de hadas! Entonces no habría más miradas raras, no más dolores de estómago, no más miedo a perder el control de su propio corazón.

Ahora, la pared pintarrajeada estaba rodeada de alumnos y profesores, por lo que Agatha corrió hacia la Colección de Animales de Merlín, donde los setos ya estaban volviendo a su antigua gloria después del incendio. Se dirigió hacia la última escultura del joven Arturo embutida en un estanque, con los musculosos brazos extrayendo la espada de la piedra. Pero ahora ella no veía a Arturo sino a

su hijo, que le guiñaba un ojo. Agatha se ruborizó, horrorizada, y saltó al agua helada.

—¡Déjame pasar! —gritó mientras se acercaba a su reflejo en el puente—. Tengo que detener a Sophie antes de que… —Abrió los ojos, asombrada. —Espera. ¿Dónde estoy yo?

Una princesa de belleza deslumbrante le sonreía desde el espejo, con cabello oscuro y recogido, vestido azul noche con delicadas hojas doradas, colgante de rubíes alrededor del cuello y una tiara de orquídeas azules.

La culpa corroyó el estómago de Agatha cuando reconoció esa sonrisa.

—¿Sophie?

«El Bien con el Bien,

El Mal con el Mal,

Vuelve a tu torre antes de alborotar».

—Bueno, ahora soy definitivamente malvada, así que déjame pasar —ordenó Agatha.

—¿Por qué? —preguntó la princesa—. ¿Porque sigues insistiendo en peinarte así?

—¡Porque pienso en tu príncipe!

—Ya era hora.

—Bien, así que déjame pas… ¿Qué? —Agatha frunció el entrecejo—. ¡Pero eso es maldad! ¡Sophie, es tu amor verdadero!

La princesa sonrió.

—Te lo advertí la última vez.

—¿Qué? ¿Quién advirtió… cuándo…?

Luego Agatha recordó la última vez que había estado aquí.

Él es tuyo.

Pareció que los ojos se le salían de las órbitas.

—Pero eso significa… significa que eres…

—Definitivamente buena. Ahora si me disculpas, tenemos que prepararnos para un Baile.

La princesa Agatha desapareció de su reflejo, dejando la barrera intacta.



—Ehh… Es tu sexta porción —señaló Kiko mientras observaba cómo Agatha cortaba otra rebanada de pastel de cerezas.

Agatha la ignoró y se metió el pastel en la boca para tragarse la culpa. Le contaría a Sophie. Sí, se lo contaría todo, y Sophie se reiría histéricamente y la pondría en su sitio. ¿Ella, una princesa? ¿Tedros, su amor verdadero?

—¿Vas a comerte eso? —preguntó Agatha atragantándose, con la boca llena.

—Y yo que pensé que estabas progresando —suspiró Kiko, entregándole su porción.

Mientras devoraba el pastel, Agatha volvió a concentrarse en cómo entrar en la Escuela del Mal. Durante los primeros ataques, los profesores habían inundado las Torres del Bien con encantamientos antimogrificadores, ya que imaginaban que Sophie entraba convertida en polilla, rana o nenúfar. Pero Sophie había encontrado otra manera de entrar.

Así que debe haber otra ruta, pensó Agatha. Sin proponérselo, salió del Salón Comedor y se dirigió con prisa al lugar al que siempre iba cuando necesitaba respuestas.

Agatha vio de inmediato el nuevo agregado a la Galería del Bien. La túnica ensangrentada que Tedros había usado en la Prueba tenía su propia vitrina con una etiqueta que decía PRUEBA DEL SIGLO, junto a un breve relato de la infortunada alianza entre Tedros y Sophie. Pudo ver decenas de huellas dactilares sobre el cristal, sin duda pertenecientes a sus admiradoras. Cuando empezó a sentir náuseas, Agatha se dirigió a la exhibición de «Historia de la Escuela», con docenas de mapas que marcaban el agregado de nuevas torres a lo largo de los años. Intentó buscar algún pasaje secreto, pero pronto se le empañaron los ojos y fue hacia el rincón que le resultaba familiar.

Pasó junto a las imágenes de los lectores y llegó a una en la que estaban Sophie y ella frente a un lago. Sus ojos se empañaron al verse juntas, mucho tiempo atrás, cuando era su mejor amiga. En lo alto de la torre del Director, el Cuentista pronto escribiría su final. ¿Terminarían lejos de esa orilla bañada por el sol?

Miró la imagen que seguía, la última de la fila. Era un escenario tenebroso, en la que unos niños arrojaban sus libros de cuentos a una fogata, mientras llamas y nubes de humo devoraban el bosque que los rodeaba.

«La Profecía del Lector», había dicho lady Lesso.

¿Este era el futuro de Gavaldon?

A Agatha le latían las sienes al intentar encontrarle sentido a aquello. ¿Qué importaba si unos niños quemaban libros? ¿Por qué Gavaldon era tan importante para Sader y el Director? ¿Y las otras aldeas?

¿Qué otras aldeas?

Había descartado las palabras del Director por considerarlas un pensamiento inconcluso. El mundo estaba formado por aldeas como la de ella en algún lugar detrás del bosque de Gavaldon. Pero ¿por qué no estaban en esta galería? ¿Por qué sus niños no eran secuestrados?

Sintió picazón en el cuello, pero volvió a concentrarse en las nubes de humo que encerraban a los niños del dibujo. Porque ahora se daba cuenta de que no eran nubes.

Eran sombras.

Enormes y negras. Se alzaban desde el bosque en llamas y avanzaban hacia la aldea.

Y no parecían humanas.

De repente vio que su propia sombra sobre la pared crecía y se retorcía. Agatha se dio vuelta, horrorizada.

—Profesor Sader —exhaló.

—Creo que no soy muy buen pintor, Agatha —dijo, con una maleta en la mano que hacía juego con su traje color trébol—. Las reacciones a mi nuevo agregado han sido bastante malas.

—Pero ¿qué son esas sombras?

—Pensé en venir a ver, porque descubrí que faltaban algunas espinas de la Exhibición del Mal. A veces los villanos actúan exactamente como se espera que actúen —dijo con un suspiro, y se dirigió a la puerta.

—¡Espere! ¿Por qué es su última pintura? —insistió Agatha—. ¿Así termina nuestro cuento de hadas?

El profesor Sader se dio vuelta.

—Sabes, Agatha, los videntes no podemos responder preguntas. De hecho, si respondiera a tu pregunta, como castigo envejecería instantáneamente diez años. Por ese motivo la mayoría de los videntes parecen tan ancianos. Es preciso

cometer algunos errores para aprender a no responderlas. Menos mal que yo cometí un solo error.

Sonrió y comenzó a retirarse otra vez.

—¡Pero necesito saber si Tedros es el amor verdadero de Sophie! —gritó Agatha—. ¡Dígame si la besará!

—¿Has aprendido algo de mi galería, Agatha? —dijo Sader, dándose vuelta.

Agatha miró los animales disecados que lo rodeaban.

—¿Que le gusta que sus alumnos estén bien disecados?

Sader no sonrió.

—No todos los héroes alcanzan la gloria. Pero los que la alcanzan comparten algo en común. —Aparentemente quería que ella lo adivinara.

—¿Matan villanos? —propuso.

—Sin preguntas.

—Matan villanos.

—Sigue pensando, Agatha. ¿Qué tienen en común nuestros más grandes héroes?

Agatha siguió su mirada vidriosa hasta los estandartes color azul real que colgaban del techo; cada uno celebraba a un héroe simbólico. Blancanieves encerrada en su ataúd, Cenicienta se probaba el zapato de cristal, Jack daba muerte al enorme gigante, Gretel empujaba a la bruja al horno…

—Encuentran la felicidad —respondió, no muy convencida.

—Bien. Tengo cosas que disecar.

—Espere…

Agatha se concentró en los estandartes y pensó. Siguió pensando. En el fondo, ¿qué tenían en común estos héroes? Es verdad que todos compartían belleza, bondad, triunfo, pero ¿cuáles habían sido sus orígenes? Blancanieves vivía a la sombra de su madrastra. Cenicienta era la sirvienta de sus dos medias hermanas. La madre de Jack le dijo que era estúpido. Los padres de Gretel la abandonaron en el bosque para que se muriera…

No eran los finales los que compartían, sino sus principios.

—Confiaban en sus enemigos —le dijo Agatha al profesor.

—Sí, sus cuentos de hadas comenzaron cuando nunca lo esperaban —dijo Sader, y el cisne plateado se encendió con más brillo sobre el bolsillo de su traje

—. Después de graduarse de nuestra escuela fueron al bosque, esperando librar batallas épicas con monstruos y magos, pero descubrieron que sus cuentos de hadas se desarrollaban en sus propias casas. No se dieron cuenta de que los villanos pueden estar muy cerca de nosotros. No supieron que, para encontrar un final feliz, un héroe primero debe mirar lo que tiene delante.

—Así que Sophie tiene que mirar lo que tiene delante —soltó Agatha mientras el profesor se alejaba—. Ese es el consejo que me da.

—No hablaba de Sophie.

Agatha lo miró fijamente, sin poder hablar.

—Diles que no se preocupen —dijo desde la puerta—. Ya encontré un reemplazo.

Y la puerta se cerró detrás de él.

—¡Espere! —Agatha corrió hacia la puerta y la abrió—. ¿Adónde irá…?

Pero el profesor Sader no estaba en el pasillo. Corrió hacia las escaleras, pero tampoco estaba allí. Su profesor simplemente se había esfumado.

Agatha se quedó parada entre las cuatro escaleras, con un nudo en el estómago. Había algo que no entendía. Algo que le decía que había entendido mal toda esta historia. Unas palabras repicaron en su cabeza, exigiendo su atención.

Mirar lo que se tiene delante.

Entonces se dio cuenta.

El rastro de migas de chocolate conducía escaleras arriba, a la torre Honor.



Las manchas de chocolate se extendían por los tres pisos de cristal azul, atravesaban el mosaico de conchas marinas del piso de dormitorios y se detenían abruptamente frente al baño de los chicos.

Agatha apoyó la oreja en la puerta con incrustaciones de perla y se tambaleó hacia atrás cuando dos Siempres salieron de su habitación frente a ella.

—Perdón… —farfulló—. Yo solo… eh…

—A ella le gustan los baños de los chicos —oyó que decían los chicos al pasar.

Con un suspiro, Agatha empujó la puerta.

Los baños de la torre Honor se parecían más a un mausoleo, con sus pisos de mármol, frisos con tritones luchando contra serpientes marinas, orinales que funcionaban con agua azul, y enormes compartimentos de marfil, cada uno con retrete y tina color zafiro. Los baños de las Siempres apestaban a perfume, pero aquí se olía a piel limpia con un dejo de sudor. Mientras seguía el rastro de chocolate entre los compartimentos y tinas mojadas, pensó cuál habría usado Tedros… y se puso roja como un tomate. *¡Desde cuándo piensas en chicos! ¡Desde cuándo piensas en bañeras! ¡Perdiste completamente la…*

En eso oyó un gimoteo. Desde el último compartimento.

—¿Quién está ahí? —llamó.

No hubo respuesta.

Golpeó a la puerta.

—Está ocupado —respondió una voz ronca, evidentemente falsa.

—Dot, abre la puerta.

Después de un largo silencio la puerta se destrabó. La ropa, el pelo y el compartimento de Dot estaban salpicados de manchas de chocolate, como si hubiese intentado convertir el papel higiénico en dieta sostenible y solo hubiese logrado hacer un desastre.

—¡Creí que Sophie era mi amiga! —lloriqueó—. ¡Pero me robó mi habitación y a mis amigas, y ahora no tengo adónde ir!

—¿Y vives en un baño de chicos?

—¡No puedo decirles a los Nuncas que me echaron! —gimió Dot, limpiándose los mocos en la manga—. ¡Me atormentarían más de lo que ya lo hacen!

—Pero tiene que haber algún otro lado…

—¡Intenté meterme en el Salón Comedor, pero un hada me mordió antes de escaparme!

Agatha hizo una mueca; sabía exactamente qué hada la había mordido.

—¡Dot, si alguien te encuentra aquí te aplazarán!

—Mejor aplazada que una villana sin hogar y sin amigos —sollozó Dot entre sus manos—. ¿Le gustaría a Sophie que alguien le hiciera eso a ella? ¿Le gustaría que le robaras a su príncipe? ¡Nadie podría ser tan malo!

Agatha tragó saliva.

—Solo necesito hablar con ella —dijo con preocupación—. La ayudaré a recuperar a Tedros, ¿de acuerdo? Arreglaré todo, Dot. Lo prometo.

Dot dejó de llorar.

—Las amigas verdaderas resuelven sus diferencias, no importa lo difícil que parezca —insistió Agatha.

—¿Incluso las brujas como Hester y Anadil? —gimoteó Dot. Agatha le tocó el hombro.

—Incluso las brujas.

Lentamente Dot se quitó las manos de la cara.

—Sophie dice que eres una bruja, pero no encajarías para nada en nuestra escuela.

Agatha volvió a sentirse mal.

—¿Cómo hiciste para llegar aquí? —preguntó, frunciendo el entrecejo y quitando migas de chocolate del cabello de Dot—. Ya no hay forma de cruzar entre las dos escuelas.

—Claro que sí. ¿Cómo crees que hizo Sophie para atacarlos todas estas noches?

De la sorpresa, Agatha tiró del pelo de Dot.

25

Síntomas

El estruendoso río de cloaca se extendía a través del largo túnel que unía a la Escuela del Bien con la del Mal, solo interrumpido por el Salón de Torturas, que se situaba en el límite entre ambas escuelas. Durante mucho tiempo la Bestia había vigilado este punto, donde el agua clara del lago se convertía en el lodo turbio del foso. Pero desde hacía dos semanas Sophie ingresaba sin control, e indudablemente volvería esta noche tal como lo había anunciado. La única esperanza de Agatha era detenerla antes de que volviera a cruzar a la Escuela del Bien.

Agatha avanzó pegada a las paredes del túnel, cerca del Salón de Torturas.

Sintió una opresión en el pecho: Sophie nunca le había hablado sobre el castigo que había sufrido. ¿La Bestia le habría dejado cicatrices invisibles? ¿La había lastimado de una manera insospechada?

—Espera hasta que estén a punto de matarlo.

Agatha estiró la cabeza para escuchar mejor.

—Tedros tiene que creer que lo salvaste de la muerte —continuó la voz de Anadil, haciendo eco.

Sudando debajo del vestido, Agatha avanzó con los codos por la pared de las cloacas, hasta que vio tres sombras agachadas frente a la rejilla oxidada del calabozo.

—Todos los Siempres pensarán que el ataque fue de Anadil, no tuyo —dijo Hester, cuya voz se oyó por encima del estruendo del río—. Tedros pensará que lo salvaste. Creerá que arriesgaste tu vida.

—¿Entonces él me amará? —preguntó la tercera sombra.

Agatha tropezó, sorprendida.

—¿Quién anda ahí? — Hester se dio vuelta.

Agatha salió de las sombras; Hester y Anadil se pararon de un salto. La tercera sombra giró lentamente.

Bajo la luz tenue, Sophie se veía pálida, demacrada y mucho más delgada.

—¡Mi querida Agatha!

A Agatha se le secó la boca.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz ronca.

—Ayudamos a que el príncipe cumpla con su promesa.

—¿Orquestan un ataque?

—Le estoy demostrando cuánto lo amo —respondió Sophie.

Desde el Salón de Torturas se oyó un clamor de fuertes gruñidos y chillidos. Agatha se tambaleó hacia atrás.

—¿Qué fue eso?

Sophie sonrió.

—Anadil estuvo trabajando en su talento para el Circo.

Agatha se adelantó para ver qué había en la celda, pero Hester se lo impidió. Por encima de su hombro, Agatha vio tres hocicos negros gigantes que sobresalían de las rejas, mostrando dientes filosos como navajas. Olfateaban

algo que estaba fuera de su alcance.

Era la corbata de un Siempre con una *T* bordada.

—No tienen buena vista, pobrecitas —suspiró Sophie—. Siguen al objetivo por el olor.

Agatha se puso blanca como una sábana.

—Pero esa es… la corbata de Ted…

—Por supuesto que yo las detendré antes de que hagan algún daño. Es solo para que se lleve un buen susto.

—Pero… pero… ¿y si atacan a otras personas?

—¿No es esto lo que dijiste que querías? ¿Que encontrara al amor de mi vida? —dijo Sophie sin pestañear—. Lamentablemente, es la manera más segura después de todo lo que pasó.

Agatha no podía hablar.

—¡Te extrañé, Aggie! —exclamó Sophie con dulzura—. Te extrañé mucho. —Sophie inclinó la cabeza—. Sin embargo, es raro. La Agatha que yo conozco estaría encantada con un salón repleto de príncipes muertos.

Se oyó otro violento gruñido desde el calabozo. Agatha buscó una puerta, pero Anadil la sujetó y la arrojó contra la pared.

—¡Sophie, no puedes hacer esto! —le rogó, tratando de soltarse—. ¡Tienes que pedirle que te perdone! ¡Es la única forma de hacer que todo vuelva a estar bien!

Sophie abrió los ojos, sorprendida. Y después, lentamente, volvió a entrecerrarlos.

—Ven aquí, Agatha.

Agatha se liberó de Anadil y fue hacia la luz de la antorcha que se colaba desde el Salón de Torturas.

—Sophie, por favor, escúchame…

—Estás… diferente.

—La cena de los Siempres ya casi termina, Sophie —presionó Anadil, y se oyeron gruñidos de impaciencia en la celda.

—Sophie, puedes disculparte con Tedros en el Circo —dijo Agatha, levantando el tono de voz—. ¡Cuando sea tu turno en el escenario! ¡Entonces todos sabrán que eres buena!

—Creo que prefiero a la Agatha de antes —observó Sophie, mientras escudriñaba el rostro de su amiga.

—¡Sophie, no dejaré que ataques mi escuela…!

—¡*Tu* escuela! —chilló Sophie con tanta fuerza que Agatha se encogió—. Así que ahora es tu escuela, ¿eh? —Señaló el lodo del otro lado del punto límite —. ¿Estás diciendo que esa otra escuela es la mía?

—No, claro que no… —balbuceó Agatha—. ¡Tedros se dará cuenta de esto, Sophie! ¡Él quiere alguien en quien pueda confiar!

—¿Y ahora sabes lo que quiere mi príncipe?

—¡Quiero que lo recuperes!

—Sabes, creo que este estilo no te queda bien, Agatha —dijo Sophie, avanzando hacia ella.

Agatha retrocedió.

—¡Sophie, yo estoy de tu lado…!

—No, no te queda para nada bien.

Agatha resbaló y cayó, aterrizando a un centímetro del estruendoso río. Gateó hacia adelante y se quedó inmóvil, horrorizada. Anadil y Hester también se petrificaron.

Allí estaba la Bestia con los inertes ojos abiertos salpicados de sangre; el enorme cadáver negro estaba atrapado en la mugre sobre la pared del río.

Agatha levantó la cabeza lentamente y vio que Sophie lo miraba.

—El Bien jamás desea lastimar, Agatha. Pero a veces, amar significa castigar a los villanos que se interponen en nuestro camino.

Se oyeron alaridos arriba del túnel.

—La cena terminó —anunció Anadil.

Hester arrancó la mirada de la Bestia.

—¡Ahora, Ani! ¡Suéltalas ahora!

Aterrorizada, Anadil levantó un dedo encendido para destruir la puerta de la celda.

—Debo ir a advertirle —balbuceó Agatha mientras se ponía de pie apresuradamente, pero una fuerza la derribó.

Levantó la mirada, aturdida: Hester la tenía inmovilizada sobre el punto límite del río.

—¿No entiendes? —murmuró en su oído—. ¡Tedros es su archienemigo! ¡Si Sophie empieza a tener síntomas, no se detendrá ante nada hasta matarlo! ¡Estamos salvándole la vida a Tedros!

—¡No… es una maldad…! —resolló Agatha—. ¡Esto es maldad!

Sophie se acercó y la observó, colgada sobre el límite entre el lodo y el lago.

—Trátala con suavidad, Hester. Solo ayúdala a volver a su verdadera escuela…

Agatha oyó que se abría la cerradura y vio las sombras de las gigantescas criaturas que berreaban detrás de las rejas…

—Por favor, Sophie… no lo hagas…

Sophie la miró a los ojos, más tolerante.

—No te preocupes, Agatha. Esta vez tendré mi final feliz.

Su expresión se volvió glacial.

—Porque no estarás allí para arruinarlo.

Hester empujó a Agatha al impetuoso lodo. Arrastrada hacia la Escuela del Mal, tragó y escupió, y trató en vano de abrir los ojos, que le ardían. Pero justo cuando el foso la atrapaba en su corriente de retorno, sacó las manos ciegamente, encontró una piel fría… y arrastró consigo a Sophie.

Las dos chicas se hundieron en un remolino oscuro. Aterrada, Agatha empujó a Sophie y pataleó hacia adelante, donde estaba el límite entre el lodo y el agua limpia. Miró hacia atrás y vio una silueta a lo lejos, que pataleaba y se hundía en la suciedad. Sophie no sabía nadar. Agatha tomó aire y dio vuelta entre el agua limpia y su amiga, que seguía hundiéndose. Con una última bocanada de aire se sumergió, sujetó a la chica de la cintura y la arrastró a la superficie. Ambas cabezas flotaron por encima del lodo en lo más profundo de la cloaca de la Escuela del Mal.

—Ayúdame —farfulló Sophie.

—Sujétate de mí —gritó Agatha, tirando de ella entre la enérgica mugre. Tosiendo y respirando con dificultad, se sacudió para llegar a la pared, pero el peso de Sophie no se lo permitía. O la soltaba o intentaba nadar contra la corriente.

—¡No me dejes morir! —suplicó Sophie.

Agatha la sujetó con más fuerza y se arrojó contra la pared. Sus dedos no

acertaron y el lodo las aplastó, separando sus cuerpos. Sumergida, intentó sostener a Sophie, pero solo logró sujetar su zapato de cristal y vio que su amiga se alejaba en la oscuridad.

De repente, unos ganchos plateados las atraparon a ambas.

Aturdidas, las dos amigas miraron hacia atrás y vieron que una ola resplandeciente las propulsaba desde el lodo hacia el agua azul cristalina. En medio del oleaje se dieron cuenta de que podían respirar y soltaron el aire retenido en las mejillas infladas. Cuando se miraron, Agatha vio que el rostro de Sophie adquiría una expresión triste, asustada, como si se despertara de una pesadilla terrible. Cuando la ola encantada las arrastraba en crestas separadas, a punto de arrojarlas a sus respectivas escuelas, Agatha abrió los ojos como platos.

Una sombra familiar se acercaba a ellas, negra y encorvada. Antes de que Agatha pudiera gritar, la sombra chocó contra la ola y desplazó a las chicas. La sombra las agarró con sus dedos enjutos y las arrastró lejos de los castillos, hacia las orillas externas del lago. Agatha vio que Sophie pateaba a la sombra, y se sumó a ella. Aporreada, la sombra las soltó, pero cuando Sophie, tambaleándose, intentó ir hacia Agatha, la sombra la atrapó por la cadera y la arrancó del agua con una fuerza aterradora. Horrorizada, Agatha trató de escaparse nadando, pero la sombra se abalanzó también sobre ella, golpeándola contra un arrecife de rocas filosas debajo del agua. Cerró los ojos y rezó por una muerte instantánea, justo a tiempo para sentir que el Director la sujetaba violentamente y la lanzaba al frío aire nocturno.



Agatha cayó con tanta fuerza que estaba segura de que iba a perder el conocimiento.

Milagrosamente, siguió consciente el tiempo suficiente para abrir los ojos y ver unos árboles gigantescos rodeados de espinas color violeta. Debía de estar en algún lugar del territorio del Bien. Agatha intentó sentarse, pero su cuerpo explotó de dolor y volvió a desplomarse sobre la tierra mojada. ¿Por qué el Director las había atacado? ¿Cómo podía arrojarla aquí sin darle explicaciones?

Su corazón latía de ira y confusión. Le contaría a la profesora Dovey lo que había ocurrido, le exigiría respuestas…

Pero primero tenía que volver a la escuela.

Agatha inclinó la cabeza para levantarse. Solo pudo ver los mismos árboles enormes, adornados con brezos color púrpura. Debía de estar cerca de ese prado de flores al que habían llegado ella y las Siempres aquel primer día. Pero ¿dónde estaba el lago? Miró a sus espaldas y vio un resplandor a través de las ramas. Aliviada, gateó hacia adelante, dolorida por cada movimiento que hacía, hasta que estuvo suficientemente cerca para ver.

Abrió la boca, estupefacta.

No era el lago. Eran las puertas doradas con puntas, y un letrero: SE DARÁ MUERTE A LOS INTRUSOS. La Escuela del Bien brillaba en lo alto detrás de las puertas, los chapiteles encendidos de azul y rosa.

Agatha no estaba en el terreno de la escuela.

Estaba en el bosque.

—¡Agatha! —gritó Sophie cerca de ella.

Agatha palideció.

El Director las había liberado.

Sintió un tremendo alivio, y luego unas punzadas de miedo. Lo único que había querido era volver a casa con Sophie. Pero lo ocurrido en las cloacas la había dejado aterrorizada.

—¡Agatha! ¿Dónde estás?

Agatha no hizo ruido. ¿Debía encontrarla? ¿O debía huir a casa sola?

Su corazón latió con más fuerza. Pero ¿cómo podía irse ahora? ¿Cuando finalmente sentía que pertenecía a un lugar?

—¡Agatha! ¡Soy yo!

El dolor que percibió en la voz de Sophie la arrancó del trance.

¿Qué me sucede?

Sophie tenía razón. Había empezado a creer que esta era su escuela, su cuento de hadas. Hasta había empezado a tener la esperanza de que el rostro que seguía viendo pudiera pertenecer a…

«Nadie podía ser tan mala», había dicho Dot. Agatha se ruborizó, sintiéndose culpable.

—¡Sophie, ya voy! —gritó.

Sophie no respondió. Súbitamente preocupada, Agatha avanzó hacia la dirección del último grito de Sophie, y del cisne que titilaba en la oscuridad. En eso, algo le hizo cosquillas en la pierna.

Miró hacia abajo y vio que una enredadera de espinas color violeta subía hacia su cadera. Agatha le dio una patada, pero la enredadera enganchó su otra pierna. Se echó hacia atrás, pero otras dos trepadoras agarraron sus brazos, otras dos, los pies, multiplicándose hasta cubrir cada centímetro de su piel. Agatha se sacudió para escaparse, pero las espinas la sujetaron al suelo como al cordero para un sacrificio. Luego llegó otra espina gruesa, oscura e hinchada, reptando cruelmente hacia su pecho. Se detuvo a un centímetro de su rostro y apuntó con su lanza color púrpura. Con toda tranquilidad, retrocedió y apuntó al cisne.

Una hoja de acero partió la espina en dos. Unos brazos cálidos y bronceados sostuvieron a Agatha.

—¡Sujétate de mí! —gritó Tedros, cortando brezos con su espada de entrenamiento.

Aturdida, Agatha se aferró al pecho de Tedros mientras él soportaba los azotes de las espinas con gemidos de dolor. Pronto se impuso y sacó a Agatha del bosque hacia las puertas puntiagudas, que brillaron al reconocerlos y se abrieron. Un estrecho sendero se delimitó para los dos Siempres. Mientras las puertas se cerraban detrás de ellos, Agatha vio que Tedros renqueaba, surcado de rasguños sangrientos y con la camisa azul hecha harapos.

—Tuve la sensación de que Sophie entraría por el bosque —dijo, jadeando y alzándola en sus brazos lastimados antes de que Agatha pudiera protestar—. Así que la profesora Dovey me dio permiso para traer algunas hadas y vigilar las puertas externas. Debí haber imaginado que estarías aquí para intentar atraparla tú misma.

Agatha lo miró con la boca abierta.

—Es estúpido pensar que una princesa puede enfrentarse sola a una bruja —dijo Tedros, secándose la transpiración sobre su vestido rosa.

—¿Dónde está? —preguntó Agatha con voz ronca—. ¿Está a salvo?

—Tampoco es buena idea que una princesa se preocupe por una —observó

Tedros, tomándola de la cintura. El estómago de Agatha explotó de mariposas.

—Bájame —balbuceó.

—Qué malas ideas tiene la princesa.

—¡Bájame!

Tedros la obedeció y Agatha se apartó.

—¡No soy una princesa! —replicó mientras se arreglaba el cuello.

—Si tú lo dices… —respondió el príncipe, mirando hacia abajo.

Agatha siguió su mirada hacia sus piernas golpeadas, que parecían cataratas de sangre brillante. Al ver la sangre sintió que se le borraba la vista…

Tedros sonrió.

—Uno… dos… tres…

Agatha cayó en sus brazos.

—Definitivamente, una princesa —dijo.

Tedros la llevó hacia seis hadas distantes que jugaban en el lago y se detuvo en seco. Sophie estaba de rodillas sobre el césped chamuscado, con su ropa negra ensangrentada.

—¿Agatha?

—¡Tú! —siseó Tedros.

Sophie le obstruyó el paso y extendió sus brazos.

—Dámela a mí. Yo la llevaré.

—¡Todo es tu culpa! —exclamó Tedros, apretando a Agatha contra su cuerpo.

—Ella me salvó la vida —murmuró Sophie—. Es mi amiga.

—¡Una princesa no puede ser amiga de una bruja!

Sophie se encolerizó y su dedo brilló de color rosa. Tedros lo vio y de inmediato su dedo brilló dorado, levantado para defenderse.

Poco a poco la cara de Sophie cedió. Su dedo se apagó.

—No sé qué me sucedió —murmuró, con los ojos inundados de lágrimas.

—¡Ni siquiera lo intentes! —vociferó Tedros.

—Es esa escuela —sollozó—. Me cambió.

—¡Apártate de mi camino!

—Por favor… ¡dame una oportunidad!

—¡Muévete!

—¡Déjame demostrarte que soy buena!

—Te lo advertí —dijo él, y pasó junto a ella.

—¡Tedros, lo lamento! —exclamó Sophie, pero él la empujó y siguió avanzando.

—El Bien perdona —murmuró una voz.

Tedros se detuvo. Miró a Agatha, débil contra su pecho.

—Se lo prometiste, Tedros —dijo Agatha en voz baja.

Él la miró fijamente, atónito.

—¿Qué? ¿Qué estás dicien…?

—Llévala de vuelta al castillo —dijo Agatha—. Demuéstrales a todos que ella es tu princesa para el Baile.

—Pero ella… ella es…

—Mi amiga —dijo Agatha, viendo los ojos asombrados de Sophie.

Tedros miró a Agatha y luego a Sophie.

—¡No! Agatha, escúchame…

—Cumple con tu palabra, Tedros —dijo Agatha—. Tienes que hacerlo.

—No puedo… —rogó él.

—Perdónala. —Agatha lo miró fijamente a los ojos. —Hazlo por mí.

La voz de Tedros se quebró y perdió su ardor.

—Ve —insistió Agatha, deshaciéndose de su abrazo—. Volveré con las hadas.

Abatido, Tedros se quitó los restos de camisa azul y los puso alrededor de los hombros de Agatha, que temblaba de frío. Abrió la boca para protestar…

—Ve —dijo ella.

Tedros no pudo mirarla. Enfadado, se dio vuelta y se le dobló la pierna lastimada. Sophie corrió a ayudarlo: puso el hombro debajo del brazo de Tedros y lo sostuvo por el pecho. El príncipe rechazó el contacto.

—Por favor, Teddy —murmuró Sophie en medio de lágrimas de vergüenza —. Te prometo que cambiaré.

Tedros la empujó mientras intentaba ponerse de pie. Pero luego vio a Agatha detrás de Sophie; su mirada le recordó su propia promesa.

Tedros trató de luchar consigo mismo… intentó convencerse de que había promesas que podían romperse… pero él sabía que no era verdad. Renqueó

contra el pecho de Sophie.

Sorprendida, Sophie lo ayudó a avanzar, sin atreverse a pronunciar una sola palabra. Tedros miró a Agatha, que se aflojó aliviada y los siguió, arrastrando los pies. El príncipe exhaló, resignado, y siguió caminando con la ayuda de Sophie.

La chica lo llevó hacia el lago empleando toda su fuerza, jadeando y resollando. Poco a poco sintió que Tedros se calmaba. Con una mirada tímida, ella sonrió a través de las lágrimas, su delicado rostro lleno de arrepentimiento. El príncipe esbozó una sonrisa reacia.

La luna apareció detrás de las nubes y los cubrió con su luz depuradora. Cuando Tedros y Sophie llegaron al lago con los cuerpos entrelazados, el príncipe miró las dos sombras en perfecta sintonía: sus botas junto a los zapatos de cristal de ella, su reflejo ensangrentado en las aguas relucientes junto al reflejo de… una bruja fea y vieja.

Tedros se dio vuelta, horrorizado, pero solo vio a la hermosa Sophie que lo guiaba hacia la Escuela del Bien. Volvió a mirar el lago, pero el agua se había enturbiado. Sintió escalofríos en todo el cuerpo.

—No puedo —soltó, separándose de Sophie.

—¿Teddy? —dijo Sophie con asombro.

Tedros fue hacia atrás, tambaleando, y alzó a Agatha, que tosió, sorprendida.

Sophie palideció.

—Teddy, ¿qué hice…?

—¡Aléjate de nosotros! —exclamó, apretando a Agatha contra su pecho—. ¡Apártate de los dos!

—¿De los dos? —chilló Sophie.

—Tedros, espera —suplicó Agatha—. ¿Qué hay de…?

—Deja que vuelva sola a la Escuela del Mal —escupió el príncipe, y levantó su dedo encendido para llamar a las hadas.

Sophie se encogió, impresionada. Agatha la miró desde los brazos de Tedros, ruborizada, como pidiéndole disculpas. Pero la cara de su amiga no mostraba ningún atisbo de perdón. Por el contrario, enrojeció de furia y odio feroces.

—¡PERO MÍRALA!

El eco resonó por todo el lago.

Agatha palideció.

—¡SI ES UNA BRUJA! —vociferó Sophie.

Tedros se dio vuelta lentamente, traspasándola con la mirada.

—Debes mirar mejor.

Sophie observó con horror cómo las hadas rodeaban a los dos Siempres. En los brazos de Tedros, Agatha tenía la misma expresión.

Se dio cuenta de que siempre habían estado en las escuelas correctas.

Sophie vio cómo las hadas se llevaban volando a Agatha y a su príncipe, y se quedó inmóvil en la orilla del lago, respirando un aire tibio, sola en la oscuridad. Sus músculos se tensaron, y luego sus dedos se cerraron en puños amenazadores. Sintió que la sangre le hervía cada vez más, y que su cuerpo ardía, y cuando creyó que explotaría en llamas…, un agudo dolor atravesó su barbilla. Sophie se tocó con la mano.

Ahí había algo.

Se tocó la barbilla con los dedos, tratando de entender, hasta que sintió unas gotas sobre su brazo. Dio un paso atrás cuando la ola se elevó y la envolvió en sombras…

Sophie entró por la ventana de la habitación 66 en una pila de lodo.

Hester y Anadil saltaron de sus camas.

—Te estuvimos buscando por todas partes… ¿dónde estab…?

Con la mano todavía en la cara, Sophie se arrastró hasta el último fragmento de espejo que quedaba sobre la pared y se detuvo en seco.

En su barbilla había una verruga negra y gruesa.

Desesperada, Sophie se tocó y tironeó…, entonces vio a sus compañeras en el reflejo, ambas pálidas como la muerte.

—¡Son los síntomas! —gritaron.

Empapada y temblando, Sophie corrió escaleras arriba, al estudio en el piso superior, e hizo estallar la cerradura con el dedo encendido.

Lady Lesso salió de su dormitorio en camisón, con el dedo levantado. De inmediato, Sophie empezó a levitar; le costaba respirar.

Lady Lesso bajó la mano y depositó a Sophie en el suelo con suavidad. Con los ojos bien abiertos, se acercó a la joven y tomó el rostro tembloroso entre sus afiladas uñas rojas.

—Justo a tiempo para el Circo —dijo, mientras con sus dedos acariciaba la hinchada verruga negra—. A los Siempres les espera una sorpresa.

Sophie no encontró palabras.

—A veces nuestros secuaces nos conocen mejor que nosotros mismos —agregó lady Lesso, maravillada.

Sophie sacudió la cabeza, sin entender.

Los labios de su profesora rozaron su oreja.

—Él te está esperando.



Cuando las antorchas del castillo se apagaron, solo quedó la luna llena, que iluminó el camino de la sombra que avanzaba por el Bosque Azul. Envuelta en su capa negra de piel de serpiente, Sophie avanzó entre helechos y robles, temblando sin control. Cuando llegó al gigantesco pozo de piedra, se abalanzó sobre la roca que tapaba el hueco y no desistió hasta que logró moverla. Se adentró en el pozo y descendió hacia lo más profundo, hasta que un rayo de luna iluminó el fondo.

Apoyado sobre una pared lisa y lechosa esperaba Grimm, con las mejillas y las alas negras de mugre. Las paredes que lo rodeaban estaban cubiertas de miles de dibujos con el mismo rostro. Un rostro dibujado con lápiz labial rojo sangre. Era aquel que no podía discernir en sus sueños. Sin embargo, aquí, en medio de la noche, su archienemigo tenía nombre.

Y no era Tedros.

26

El Circo de Talentos

—A la oficina de la profesora Dovey —Tedros ordenó a las hadas, mientras él y Agatha dejaban una estela de sangre en el cielo.

—A mi habitación —ordenó Agatha a las hadas que la transportaban.

—¡Pero si estás herida! —objetó Tedros, temblando.

—Si contamos lo que pasó, empeoraremos las cosas —dijo Agatha.

Las hadas los separaron.

—¡Espera! —gritó Tedros.

—¡No le cuentes a nadie! —advirtió Agatha, rumbo a las torres rosadas.

—¿Estarás en el Circo? —gritó Tedros, transportado a las torres azules.

Pero Agatha no respondió, y él y sus cuidadoras se alejaron hasta convertirse en luces centelleantes.

Las hadas volaron a través del cielo oscuro. Abatida y entumecida, Agatha observó la torre plateada cuya sombra se extendía sobre la bahía. El Director se los había advertido. Él había sabido quiénes eran.

Se envolvió con la camisa ensangrentada de Tedros mientras la transportaban cada vez a mayor altura, en medio de un viento glacial. Pero cuando vio las ventanas iluminadas con faroles y las siluetas resplandecientes vestidas para las propuestas, la culpa y el asombro se convirtieron en ira.

Los villanos son los que están más cerca de nosotros.

Villanos disfrazados de mejores amigos.

Claro que sí, estaría en ese Circo.

Porque Sader tenía razón.

Este nunca había sido el cuento de hadas de Sophie.

No, era el suyo.



—¿Así que no hubo ningún ataque después de todo? —preguntó la profesora Anémona mientras saboreaba una copa de sidra.

De pie junto a la ventana de su estudio, la profesora Dovey miró la torre del Director, teñida de rojo a la luz del crepúsculo.

—El profesor Espada dijo que los chicos no encontraron nada. Mientras tanto, Tedros se pasó la mitad de la noche registrando inútilmente los jardines. Quizá sea esa la táctica de Sophie: privar de descanso a nuestros mejores alumnos.

—Las chicas también apenas pudieron dormir —dijo la profesora Anémona, mientras secaba la sidra que había caído sobre el cisne de su bata de piel de camello—. Esperemos que estén presentables cuando los chicos las inviten a ir al Baile.

—¿Qué teme que veamos? —preguntó la profesora Dovey mirando la torre—. ¿Qué sentido tiene que preparemos a los alumnos para estas pruebas si no podemos estar presentes?

—No estaremos presentes cuando salgan al bosque, Clarissa. —La profesora Dovey se dio vuelta.

—Por ese motivo nos prohíbe interferir —explicó la profesora Anémona—. No importa lo crueles que los chicos sean entre sí, nada puede prepararlos para lo que sus historias pueden llegar a ser.

La profesora Dovey permaneció en silencio durante un momento.

—Deberías irte, querida —dijo por fin.

La profesora Anémona vio que se había puesto el sol y se levantó de un salto.

—¡Dios mío! ¡Te quedarías encerrada conmigo toda la noche! Gracias por la sidra. —Y se dirigió a la puerta.

—Emma.

La profesora Anémona se dio vuelta.

—Esa chica me da miedo —confesó la profesora Dovey.

—Tus alumnos están preparados, Clarissa.

La profesora Dovey logró sonreír y asintió.

—Pronto escucharemos sus gritos victoriosos, ¿no es verdad?

Emma sopló un beso y cerró la puerta detrás de ella.

La profesora Dovey observó cómo el sol se hundía en el horizonte.

Cuando el cielo se oscureció escuchó el chasquido de la cerradura a sus espaldas. Corrió a la puerta y tiró de ella… luego probó con su varita, con su dedo… pero estaba cerrada herméticamente con una magia más potente que la suya.

Su rostro se crispó de nervios, y luego, lentamente, se relajó.

—Estarán a salvo —suspiró, y se dirigió a su dormitorio—.

Siempre lo están.



A las ocho, durante la noche anterior al Baile, los alumnos ingresaron al Teatro de Cuentos y vieron que había sido hechizado totalmente para la ocasión. Encima de cada bando flotaba una araña de luces con diez velas en forma de cisne, blancas las del Bien y negras las del Mal. Entre los dos bandos estaba suspendida la Corona del Circo, hecha de acero, brillante bajo la luz de las

llamas, con siete puntas largas y afiladas a la espera del ganador de la noche.

En primer lugar llegaron las Siempres, con coloridos vestidos de noche para ser invitadas al Baile, sonriendo nerviosas. Mientras entraban por el pórtico del oeste, agitando banderas con cisnes blancos y estandartes que rezaban ¡EQUIPO DEL BIEN!, unas flores de cristal las rociaban con perfume y los frisos de cristal que decoraban el sector adquirieron vida.

—Salve, bella doncella, ¿tu talento nos hará ganar la Corona? —sopló un príncipe de cristal mientras peleaba con un dragón que lanzaba vapor hirviendo.

—Dicen que esta chica, Sophie, es formidable. ¿Podrás derrotarla? —dijo una princesa de cristal que estaba junto al príncipe frente a una rueca brillante.

—Yo no formé el equipo —admitió Kiko.

—Siempre hay uno que se queda rezagado —dijo el príncipe mientras apuñalaba al dragón.

A través del pórtico del este irrumpieron los estruendosos Nuncas, agitando horribles letreros garabateados con las palabras ¡EQUIPO DEL MAL! Mientras tanto, Hort agitaba una bandera con un cisne negro, con tanto entusiasmo que rompió las estalactitas del techo y los Nuncas se desbandaron para protegerse. Al tiempo que se abalanzaba sobre un asiento, Hort observó las marcas de quemaduras en las paredes, convertidas en sombras de monstruos que devoraban campesinos y brujas que cocinaban niños; cerca de allí, los frisos de los bancos adquirieron vida, con príncipes grabados en madera que gritaban cuando villanos tallados los apuñalaban, arrojando savia oscura por doquier.

—¿Quién hizo todo esto? —preguntó con los ojos desorbitados, salpicado de savia.

—El Director —respondió Ravan, tapándose los oídos por los alaridos—. No me sorprende que no permita entrar a los profesores.

Mientras tanto llegaron los últimos Siempres, escoltados por lobos y hadas, que también sintieron el entusiasmo de estar en un salón sin adultos. El único que no pareció impresionado fue Tedros, último en llegar, renqueando, con unos pantalones de montar color manteca. Su pecho tajeado podía verse entre los lazos desatados de una camisa azul zafiro. Con el rostro repleto de arañazos, buscó a alguien entre los asientos de los Siempres y luego se desplomó en el

suyo, desilusionado.

Hester lo miró y se puso tensa.

—¿Dónde está Sophie? —le preguntó a Anadil, ignorando las miradas de odio de Dot del otro lado del banco.

—¡No volvió de la oficina de Lesso! —murmuró Anadil.

—¿Lesso la habrá curado?

—¡O quizá los síntomas empeoraron! ¡Imagina si ataca a Tedros!

—Pero él no tiene síntomas, Ani —observó Hester, mirando al príncipe—. ¡Cuando empiezan los síntomas de un villano, su archienemigo se fortalece!

Desplomado sobre su asiento, Tedros se veía abatido y débil.

Anadil lo miró boquiabierta.

—Pero si él no es el archienemigo de Sophie, ¿entonces quién es?

A sus espaldas se abrió el pórtico de los Siempres, e ingresó al teatro la princesa más hermosa que jamás hubieran visto.

Llevaba un vestido color azul noche adornado con delicadas hojas doradas y una larga cola de terciopelo que se arrastraba por el pasillo. Su brillante cabellera color ébano estaba peinada en un rodete alto, rodeado de una tiara de orquídeas azules. Alrededor de su cuello colgaba un collar de rubíes, que se destacaba sobre su piel blanca como sangre sobre la nieve. Sus grandes ojos oscuros estaban maquillados con sombra dorada, y sus labios, con un brillo húmedo rosado.

—Es un poco tarde para que lleguen nuevas alumnas —observó Tedros, mirando a la recién llegada.

—No es nueva —le dijo Chaddick, sentado junto a él.

Tedros vio lo que estaba mirando su amigo: unas botas negras que se asomaban debajo del vestido, y se atragantó.

Con una sonrisa pícara, Agatha pasó junto a Beatrix, que se volvió de piedra, junto a los chicos, que se quedaron boquiabiertos, junto a las chicas, que de repente temieron por sus invitaciones al Baile, y se sentó al lado de Kiko, que la miró con ojos desorbitados.

—¿Magia negra? —le preguntó, sin quitarle los ojos de encima.

—Salón de Belleza —murmuró Agatha y vio que el asiento de Sophie estaba vacío. Se dio cuenta de que Tedros también lo había visto. El chico volvió a

mirar y sus grandes ojos azules se cruzaron con los de ella.

Del otro lado del pasillo, Hester y Anadil se pusieron pálidas al comprender.

—Bienvenidos al Circo de Talentos.

Los alumnos prestaron atención al lobo blanco que estaba sobre el escenario, acompañado de un hada que aleteaba junto a él.

—Esta noche presenciaremos veinte duelos, por orden de calificaciones —vociferó—. El Siempre con el décimo puesto representará su talento, seguido del Nunca con el décimo puesto. El Director designará un ganador y castigará públicamente al perdedor.

Los alumnos miraron a su alrededor para ver al Director. El lobo resopló y continuó.

—Seguirá la novena pareja, luego la octava pareja, hasta llegar a la pareja con el primer puesto. Al final del Circo, el alumno que el Director considere que tiene el talento más admirable ganará la Corona del Circo, y su escuela ganará el Teatro de Cuentos para el año próximo.

Los alumnos del Bien corearon «¡NUESTRO! ¡NUESTRO!», y los Nuncas respondieron «¡NUNCA MÁS! ¡NUNCA MÁS!»

—El hecho de que no haya profesores no significa que puedan comportarse como animales —gruñó el lobo, y el hada repiqueteó para indicar que estaba de acuerdo—. Si es necesario, golpearé a una o dos princesas para salir más rápido de aquí.

Las Siempres soltaron un grito.

—Si tienen preguntas, no las hagan. Si necesitan ir al baño, háganse encima —vociferó el lobo—. Porque las puertas ya están cerradas y el Circo comienza ya mismo.

Agatha y Tedros exhalaron aliviados. También Hester y Anadil.

Porque Sophie no estaría presente en todos los actos que verían esta noche.



Los Siempres ganaron las primeras cuatro competencias del Circo, y los Nuncas debieron soportar los castigos del Director. Brone empezó a hipar mariposas, Arachne tuvo que perseguir ciegamente su ojo, que rebotó por todo el teatro, a

Vex le crecieron las orejas puntiagudas hasta el tamaño de las de un elefante; todos ellos fueron víctimas del juez invisible del Circo, que parecía deleitarse castigando al Mal.

Al ver que otra de las velas del Mal se apagaba, Agatha se sintió descompensada. Faltaban solo tres duelos más para que llegara su turno.

—¿Cuál es tu talento? —preguntó Kiko, codeándola.

—¿Usar maquillaje cuenta? —respondió Agatha, alarmada, al ver que los Siempres seguían mirándola con admiración.

—¡No importa cómo te miren, Agatha! ¡Ningún príncipe invitará al Baile a nadie que pierda contra el Mal!

Agatha se puso tensa. Estaba distraída con miles de cosas, pero solo una importaba. Porque si nadie la invitaba…

La aplazarían.

Preocupada, Agatha miró el escenario. Necesitaba un talento ya mismo.

—¡Les presento al Nunca Ravan! —anunció el lobo, y el fénix tallado en el frente del escenario se iluminó de verde.

Ravan, con su grasosa mata de pelo negro y grandes pupilas oscuras, miró a los Siempres, que bostezaban esperando alguna otra maldición infame o espantoso monólogo. Hizo un gesto a sus compañeros de cuarto, quienes sacaron unos tambores de debajo de los bancos y comenzaron a tamborilear; Ravan empezó a saltar de un pie al otro, luego empezó a mover los brazos y, antes de lo previsto, uno de los mejores villanos…

—¿Baila? —dijo Hester, boquiabierta.

Los tambores sonaron más rápido, los pisotones de Ravan fueron más fuertes y sus ojos adquirieron un tono rojo malévolo.

—Ojos rojos en un villano —murmuró Tedros—. Qué innovador.

Pero luego se oyó un fuerte crujido. Al principio todos pensaron que eran los pies de Ravan, y luego vieron que era su cabeza: había una segunda cabeza junto a la primera. Volvió a pisotear y apareció una tercera, luego una cuarta y una quinta, hasta que fueron diez cabezas sobre su cuello en una hilera escalofriante. Los tambores y los pisotones llegaron a un clímax y Ravan saltó del escenario y se agachó con las piernas muy separadas, sacó diez lenguas hinchadas y explotó en violentas llamas.

Los Nuncas se pusieron de pie, dando alaridos de triunfo.

—¡Quién puede vencer eso! —escupió Ravan, nuevamente con una sola cabeza cuando el humo se disipó.

Agatha vio que los lobos del Mal que montaban guardia no parecían impresionados. Por el contrario, eran las hadas las que revoloteaban animadamente. Habrán apostado a quién ganaba, pensó, volviendo a concentrarse en cuál sería su talento. Los Nuncas mejoraban cada vez más, y a diferencia de los Siempres que habían ganado hasta ahora, ella no sabía lanzar cintas, hacer trucos con la espada ni encantar serpientes. ¿Cómo podía probar que pertenecía al Bien?

Agatha vio que Tedros volvía a mirarla y sintió que se le retorcía el estómago y le faltaba el aire. Hasta ahora había creído que volver a casa con Sophie era su final feliz. Pero no. Su final feliz estaba aquí, en este mundo mágico. Con su príncipe.

¡Cuánto camino había recorrido desde aquella época en su casa del cementerio!

Ahora tenía su propia historia. Su propia vida.

Los ojos de Tedros se fijaron en ella, brillantes, esperanzados, como si no existiese nadie más en el mundo.

Él es tuyo, le había prometido su reflejo, vestido exactamente como ella lo estaba ahora. Había ido al Salón de Belleza esperando sentirse igual que esa princesa que le había sonreído en el puente.

Pero ¿por qué ella no sonreía? ¿Por qué seguía pensando en…? *¿Sophie?*

Tedros le sonrió, ahuecó las manos sobre su boca y articuló:

—¿Cuál es tu talento?

A Agatha se le revolvió el estómago. Pronto llegaría su turno.

—¡Les presento al Siempre Chaddick! —anunció el lobo blanco, y el fénix tallado brilló en tonos dorados.

Los Nuncas abuchearon a Chaddick con silbidos y puñados de gachas. La decoración del costado del Mal también se sumó, y las marcas de quemaduras en las paredes mostraron a Chaddick vencido, quemado, decapitado, mientras los villanos tallados en los bancos le arrojaban esquirlas de madera y savia. Chaddick, con los brazos de abundante vello rubio cruzados sobre su pecho

firme, aceptó todo con una sonrisa apacible. Luego sacó su arco y disparó una flecha a los asientos. La flecha rebotó en los bancos, raspando las orejas y los cuellos de los Nuncas, volvió sobre las paredes y tiñó de rojo las marcas de quemaduras, hasta que finalmente rebotó en las esculturas y atravesó cada una de ellas hasta que todas gimieron en coro y luego se callaron.

Otra vela se apagó en la araña de luces del Mal.

A Ravan se le borró la sonrisa. Inmediatamente, una fuerza invisible lo lanzó al aire. En su cara explotó un hocico, de su trasero salió una cola, y cayó al pasillo chillando como un cerdo.

—Ganan los Siempres. —Sonrió el lobo.

Qué raro, pensó Agatha. *¿Por qué quiere que pierda su propio bando?*

—¡Solo faltan dos parejas para que llegue tu turno! —murmuró Kiko.

El corazón de Agatha latió con fuerza. No podía concentrarse pensando en Sophie y en Tedros, debatiéndose entre el entusiasmo y la culpa. Un talento… piensa en un talento… No podía mogrificarse porque los contrahechizos de los profesores todavía estaban activos, ni tampoco podía lanzar ninguno de sus embrujos, ya que todos eran del Mal.

—Llamaré a un pájaro o algo parecido —murmuró, intentando recordar las lecciones de Uma.

—Mmm, ¿cómo entrará el ave? —preguntó Kiko, señalando las puertas cerradas con llave.

Agatha se rompió una uña recién pintada.

Como su talento seguía encerrado en el Salón de Torturas, Anadil intentó lanzar una maldición para abrir las puertas, pero no pudo romper la magia por ser demasiado poderosa, y como castigo sufrió el ataque de una multitud de chinches apestosas. Luego Hort subió al escenario para confrontarse con Beatrix. Desde la Prueba, Hort había mejorado sus calificaciones y venía practicando un talento para el Circo con el que por fin lo *respetarían*. Pero ahora pasó la mayor parte de sus cuatro minutos sobre el escenario gruñendo y resollando, intentando que le salieran pelos en el pecho.

—Le tendré respeto si toma asiento —protestó Hester mientras los Nuncas lo abucheaban.

Pero justo cuando se acababa el tiempo, Hort lanzó un gruñido violento y su

cuello crujió. Gimió y su pecho se hinchó. Gruñó y sus mejillas se inflaron. Se torció, se tambaleó, se sacudió, y con un grito primitivo creció hasta que su ropa explotó.

Todos se pegaron a sus asientos, impresionados.

Hort sonrió con desdén; era una masa de músculos cubierta de pelaje marrón oscuro, con un largo hocico húmedo y dientes afilados.

—¿Es un… lobizón? —chilló Anadil.

—Un hombre lobo —dijo Hester, intentando olvidar el cadáver de la Bestia —. Tiene más control que un lobizón.

—¿Ven? —gruñó Hort el lobo a su público—. ¿Ven?

De repente su expresión cambió, y con un ¡*puf*! flatulento se desinfló hasta volver a su cuerpo larguirucho y lampiño, y se escondió detrás del escenario para taparse.

—Retiro lo dicho sobre el control —observó Hester.

El Mal pensó que había ganado hasta que Beatrix apareció sobre el escenario, con un vestido campesino color durazno y su conejito blanco en la mano. Cantó una canción tan pegadiza y dulce que los Siempres pronto empezaron a acompañarla:

Puedo ser grosera
Puedo ser mezquina
Eso no significa que no pueda crecer

Pero quien siempre estuvo presente
Quien siempre fue sincera
Soy yo, que fui buena contigo

No fui solo una amiga en las buenas
O algo pasajero
Tedros, ¿no merezco ser tu pareja?

—Serán la pareja perfecta en el Baile, ¿no te parece? —dijo Kiko a Agatha, suspirando.

Cuando vio que Tedros finalmente se sumaba al coro, divertido ante tanta

devoción, Agatha también sonrió. En el fondo, Beatrix era buena. Solo necesitaba talento para demostrarlo.

Agatha pestañeó y vio que Tedros le dedicaba una sonrisa, como si confiara en que el talento de ella sería muy superior. Un talento digno del hijo de Camelot. Era la misma mirada que tiempo atrás le había dedicado a Sophie.

Antes de que ella le fallara.

—¡La Nunca Hester contra la Siempre Agatha! —anunció el lobo blanco después del castigo de Hort con púas de puercoespín.

Agatha languideció. Se había quedado sin tiempo.

—Al no estar Sophie, Hester es nuestra última esperanza —dijo Brone en un acceso de hipo, despidiendo una nueva tanda de mariposas.

—Parece que ella no piensa lo mismo —opinó Vex, con sus orejas de elefante, mientras observaba cómo Hester se desplomaba en el escenario.

Pronto se dieron cuenta por qué. Cuando Hester soltó su demonio, solo consiguió hacerle lanzar un débil rayo de fuego y el demonio volvió a fundirse en su cuello. Hester tosió dolorida, agarrándose el corazón, como si el débil esfuerzo la hubiese agotado.

Pero si Hester caía sin pelear, sus compañeros de equipo no tenían intención de hacer lo mismo. Como todos los villanos, cuando se avecinaba la derrota, simplemente cambiaban las reglas. Y cuando Agatha subió al escenario, tratando desesperadamente de pensar en un talento, oyó murmullos…

—¡Hazlo! ¡Hazlo! —seguidos de la voz de Dot:

—¡No!

Agatha se dio vuelta justo a tiempo para ver a un grupo de chicos amontonados alrededor de un libro de texto rojo, *Hechizos*. Vex levantó su dedo rojo encendido, gritó un conjuro… y Agatha se puso rígida y cayó inconsciente.

Lo único que se oyó en el Teatro fue el crujido de una estalactita que comenzaba a desprenderse lentamente del techo.

Y finalmente cayó.

Tedros agarró a Vex de sus enormes orejas. Brone agarró a Tedros del cuello y lo arrojó contra una araña de luces; los alumnos esquivaron las velas que caían y que prendieron fuego los pasillos. Los Siempres saltaron a los bancos de los Nuncas, mientras estos encendían y les arrojaban mariposas muertas desde el

asiento de Brone.

Agatha volvió en sí lentamente y vio cómo los Nuncas y los Siempres se lanzaban zapatos de un lado a otro del pasillo en llamas; botas, zapatillas y tacones volaron a través del humo como misiles.

¿Dónde están los guardias?

A través de la humareda vio que los lobos golpeaban a los Nuncas y que las hadas bombardeaban a los Siempres, atizando las llamas con polvo de hadas. Agatha se restregó los ojos y volvió a mirar. ¿Los lobos y las hadas promovían la pelea en lugar de sofocarla?

Luego vio a un hada en particular que mordía a todas las chicas bonitas que se le cruzaban.

—¡No quiero morir!

—Yo tampoco quería —respondió el lobo blanco.

De repente, Agatha comprendió.

Agitó su dedo encendido y un rayo explotó con un chasquido de látigo que atemorizó a todos.

—Siéntense —ordenó.

Nadie desobedeció, ni siquiera los lobos y las hadas que corrieron hacia el pasillo, avergonzados.

Agatha estudió atentamente a estos guardias de ambas escuelas.

—Creemos saber de qué lado estamos —habló Agatha en el Teatro silencioso —. Creemos saber quiénes somos. En la vida separamos el Bien del Mal, lo bello de lo feo, la princesa de la bruja, lo bueno de lo malo.

Observó al hado mordedor.

—¿Y si hubiera un término medio?

El hada la miró con lágrimas en los ojos.

Pide un deseo, pensó Agatha.

Aterrado, el hada agitó la cabeza.

Todo lo que tienes que hacer es pedir un deseo, le rogó Agatha.

El hada derramó lágrimas, luchó consigo mismo…

Luego, como había ocurrido con los peces y con la gárgola, Agatha empezó a escuchar sus pensamientos.

Muéstrales… dijo una voz que ella conocía.

Muéstrales la verdad…

Agatha le sonrió con tristeza. Deseo concedido.

Extendió su mano y una fantasmal luz azul explotó desde los cuerpos de las hadas y de los lobos, que quedaron completamente inmóviles.

Con asombro, los alumnos miraron asustados los espíritus humanos, que flotaban, en medio de una luz azul, sobre los cuerpos paralizados. Algunos de los espíritus tenían su edad, aunque la mayoría estaban arrugados y ancianos; pero todos llevaban los uniformes de la escuela, salvo que los que tenían el uniforme del Bien flotaban sobre los cuerpos de los lobos, y los del Mal, sobre los de las hadas.

Azorados, los alumnos presionaron a Agatha para que diera una explicación.

Agatha miró a Bane, calvo y con túnica negra, que flotaba arriba del cuerpo de un hado. Era el chico que mordía a las chicas bonitas de Gavaldon, ahora algunos años mayor; sus mejillas, que alguna vez habían sido rollizas, estaban hundidas y manchadas de lágrimas.

—Si aplazas, te conviertes en esclavo del bando opuesto —explicó Agatha—. Ese es el castigo del Director.

Agatha observó a un anciano de pelo blanco arriba del lobo blanco, que consolaba al espíritu de una chica joven arriba de un hada.

—Castigo eterno para un alma impura —dijo Agatha cuando la chica se puso a llorar en los brazos del anciano—. De esta forma, cree él, los malos alumnos aprenderán. Ponerlos en la escuela equivocada les enseñará una lección. Es lo que este mundo nos enseña: que solo podemos estar en una escuela y no en la otra. Pero queda una pregunta…

Miró a los fantasmas, todos tan asustados e indefensos como Bane.

—¿Es eso verdad?

Su mano perdió firmeza. Los fantasmas temblaron y volvieron a los cuerpos de hadas y lobos, que recobraron el movimiento.

—Yo los liberaría si pudiera, pero la magia del Director es demasiado potente —dijo Agatha con voz quebrada—. Solo desearía que mi talento tuviera un mejor final.

Mientras descendía por los peldaños del escenario oyó sollozos, y vio que los lobos, las hadas y los alumnos en ambos bandos se secaban los ojos.

Agatha se sentó junto a Kiko, con el maquillaje hecho una mezcla húmeda rosa y azul.

—Yo odiaba a esos lobos —lloriqueó—. Ahora me dan ganas de abrazarlos.

Del otro lado del pasillo, Agatha vio que Hester sonreía entre lágrimas.

—Me hace dudar de qué lado estoy —dijo en voz baja.

La novena vela del Mal se extinguió arriba de ella.

Con un suspiro de infelicidad, Hester se puso de pie. De inmediato, en el techo explotó una ráfaga de aceite negro hirviendo. Hester cerró los ojos justo cuando caía sobre ella…

Pero cayó sobre una gran bola de pelo.

Hester se dio vuelta y vio a tres lobos que la protegían, sus cuerpos en carne viva por el aceite hirviendo. Jadeando de dolor, miraron enfadados hacia arriba, como informando al Director que ya habían tenido suficientes castigos.

En el teatro silencioso todos se miraron entre sí, como si las reglas del juego hubiesen cambiado súbitamente.

—Lo ves, tiene que ser bueno —murmuró Kiko a Agatha—. ¡Si fuera malo, los habría matado!

—Ahora, el duelo final —farfulló el lobo blanco, percibiendo su suerte—. La Nunca Sophie contra el Siempre Tedros. Como Sophie está ausente, seguiremos con Tedros.

—No.

Tedros se puso de pie.

—El Circo termina aquí. Ya hemos visto un Bien insuperable.

Hizo una reverencia a Agatha, aceptando su derrota.

—No hay duda de quién es la ganadora.

Agatha miró sus claros ojos azules. Por primera vez no pensó en Sophie.

Ambos bandos alzaron la mirada hacia la Corona reluciente, como si aguardara para aceptar el veredicto del príncipe.

En cambio, se oyó un golpe muy fuerte.

27

Promesas Rotas

Por un momento, nadie supo de dónde venía.

Luego se oyó otro. Este fue más fuerte. Alguien golpeaba a las puertas de los Nuncas.

—¡El Circo está cerrado! —rugió el lobo.

Golpearon otras dos veces.

—Creí que los profesores estaban encerrados en sus habitaciones —murmuró Agatha.

—Entonces es evidente que no es un profesor —susurró Kiko, con la mirada fija en Tristan.

Agatha miró a Hester del otro lado del pasillo. Asustadas, las dos chicas se dieron vuelta hacia las puertas, temblando al oír otro fuerte golpe.

—¡No lo dejaremos pasar! —tronó el lobo.

Los golpes cesaron.

Agatha suspiró.

Entonces, de manera lenta y mágica, las puertas se abrieron solas con un crujido.

Una figura envuelta en una capucha negra entró al Teatro de Cuentos. Cientos de ojos observaron cómo el desconocido caminaba por el pasillo, con pasos silenciosos, arrastrando una capa de piel de víbora como si fuera la cola de un vestido de novia. Lentamente y en silencio, la sombra negra subió al escenario y se quedó inmóvil debajo de la Corona del Circo. Las escamas de la capa brillaban bajo la luz de las llamas, y el desconocido agachó la cabeza como un murciélago.

Las puertas se cerraron de golpe.

Unos dedos pálidos se deslizaron debajo de la capa y echaron atrás la capucha.

Sophie fulminó con la mirada a su público, su nariz y barbilla pobladas de verrugas. En su pelo teñido de negro había mechones blancos. Sus ojos color esmeralda ahora eran grises, y su piel era tan fina que se traslucían sus venas.

Escudriñó a la multitud lentamente, observando los rostros aterrados con una sonrisa malévola. Entonces vio a Agatha, majestuosa en su vestido azul, y se le borró la sonrisa. Sophie fijó la mirada en ella y sus pupilas grises se nublaron de horror.

—Veo que tenemos una nueva princesa —observó en un murmullo—. Hermosa, ¿verdad?

Agatha sostuvo su mirada, ya sin sentir lástima ni deseos de complacerla.

—Pero mírenla más de cerca, chicos, y verán que es un vampiro que ha venido a apoderarse de nuestras almas —dijo Sophie con una sonrisa lasciva—. Porque no tiene una propia.

Agatha se puso a temblar bajo su vestido. Sin embargo, continuó manteniendo la mirada, fulminante, hasta que Sophie de repente se volvió a Tedros y sonrió.

—¡Mi querido Teddy! ¡Qué casualidad encontrarte aquí! Creo que aún debemos terminar la competencia.

—El Circo terminó —replicó Tedros—. Ya se coronó al ganador.

—Ya veo —dijo Sophie—. ¿Entonces qué es eso?

Levantó su dedo huesudo y señaló al aire; todos llevaron la mirada hasta la Corona, que aún no le pertenecía a nadie.

—Esto me huele mal —Hester murmuró a Anadil—. Muy mal.

Tedros se puso de pie del otro lado del pasillo.

—Mejor vete —dijo con un gruñido—. Antes de que quedes en ridículo.

Sophie sonrió.

—Tienes miedo, ¿verdad?

Tedros sacó pecho, intentando contenerse. Podía sentir las miradas de los Siempres sobre él, como cuando Sophie había revelado su promesa en el claro.

—Muéstranos, Teddy —Sophie dijo con dulzura—. Muéstrame algo que yo no pueda igualar.

Tedros apretó los dientes, reprimiendo su orgullo.

De repente, Vex vio un estandarte quemado del «EQUIPO DEL MAL» sobre el suelo. Sus ojos brillaron esperanzados.

—¡MUÉSTRANOS! —vociferó, y le dio un codazo a Brone, que se sumó a él—. ¡MUÉSTRANOS! ¡MUÉSTRANOS! —Deseosos de rescatar su victoria de las garras de la derrota, los Nuncas se sumaron al coro—. ¡MUÉSTRANOS!

—¡No! ¡Alto! —gritó Hester mientras ella y Anadil miraban a su alrededor.

Los villanos les gritaron como si fueran traidoras, así que las dos brujas se sumaron rápidamente a los gritos.

Pero mientras las exclamaciones de los Nuncas crecían, Tedros permanecía inmóvil. Los Siempres se movieron en sus asientos, impacientes de que su Capitán aceptara el desafío. Todos menos Agatha, que cerró los ojos.

No lo hagas. Es lo que ella quiere.

Los gritos estridentes continuaron. Agatha abrió los ojos.

Tedros estaba cruzando hacia el escenario.

—¡No! —gritó, pero los clamores de ambos bandos la silenciaron.

A dos metros de distancia, Sophie sonrió triunfante. El príncipe sostuvo su

mirada. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra. Los Nuncas empezaron a gritar «¡MAL! ¡MAL! ¡MAL!», y los Siempres respondieron «¡BIEN! ¡BIEN! ¡BIEN!». Se oyó un trueno en la distancia y los gritos se volvieron más fuertes, más furiosos, y acallaron la tormenta que se avecinaba. Los músculos de Tedros se tensaron y sus pómulos se destacaron mientras la sonrisa de Sophie se ampliaba. Agatha se puso a temblar de miedo al ver que la sonrisa de Sophie se hacía más hiriente, más burlona, hasta que, por fin, el príncipe enrojeció de furia, su dedo se encendió de dorado, y justo cuando parecía a punto de atacar…

Cayó de rodillas. Se produjo un silencio sepulcral en el salón.

Los Nuncas explotaron victoriosos. Agatha palideció.

Con un suspiro de pena, Sophie caminó hacia el arrodillado príncipe. Con suavidad lo agarró del cabello rubio y miró sus temerosos ojos azules.

—Por fin estuve haciendo mi tarea, Teddy. ¿Quieres ver?

Tedros se puso tenso.

—Pero es mi turno.

Extrajo su espada de entrenamiento y Sophie retrocedió. Pero en lugar de atacarla, Tedros permaneció arrodillado, giró hacia el pasillo, y apuntó la espada hacia la multitud.

—Agatha del Bosque Lejano.

Y dejó la espada sobre el suelo.

—¿Quieres ser mi princesa en el Baile?

Sophie se quedó helada. Los Nuncas dejaron de gritar.

En el silencio que se produjo, a Agatha le costó respirar. Luego vio el rostro de Sophie; el asombro se había convertido en dolor. Viendo los ojos hundidos y asustados de su amiga, Agatha volvió a caer en su antigua tumba de oscuridad y dudas.

Hasta que un chico la rescató.

Un chico hincado sobre una rodilla, que la miraba como la había mirado siempre, en duendes, ataúdes y calabazas.

Un chico que la había elegido mucho antes de que ambos lo supieran.

Un chico que ahora le pedía que lo eligiera.

Agatha miró a su príncipe.

—Sí.
—¡No! —gritó Beatrix, y se paró de un salto.
Chaddick se hincó de rodillas delante de ella.
—Beatrix, ¿quieres ser mi princesa en el Baile?
Uno por uno, los Siempres cayeron de rodillas.
—Reena, ¿quieres ser mi princesa en el Baile? —dijo Nicholas.
—Giselle, ¿quieres ser mi princesa en el Baile? —dijo Tarquin.
—Ava, ¿quieres ser mi princesa en el Baile?
Los chicos siguieron un ritmo glorioso, con las manos extendidas para invitar a sus princesas. Cada una de las chicas escuchó su nombre, cada una lanzó un grito, hasta que quedó solo una sin nadie a quien amar. Los ojos de Kiko se llenaron de lágrimas y la cegaron. Se las enjugó, sabiendo que había aplazado… pero encontró a Tristan frente a ella, postrado en una rodilla.
—¿Quieres ser mi princesa en el Baile?
—¡Sí! —gritó Kiko.
—¡Sí! —respondió Reena.
—¡Sí! —dijo Giselle.
El Teatro se inundó de un maravilloso éxtasis… «¡Sí!» «¡Sí!» «¡Sí!»… hasta que las aguas del amor llegaron incluso a Beatrix, quien esbozó su mejor sonrisa y aceptó la mano de Chaddick.
—¡Sí!
Del otro lado del pasillo, las caras de los Nuncas empezaron a cambiar. Uno por uno, su enfado se transformó en pena, y sus miradas reflejaron dolor. Hort, Ravan, Anadil, incluso Hester… Como si ellos también quisieran poder tener esa alegría. Como si ellos también quisieran sentirse deseados. Perdieron la voluntad de pelear, con el corazón roto, y los villanos se llamaron al silencio, como serpientes sin veneno.
Sin embargo, una de las serpientes seguía repleta de ponzoña.
Desde el escenario, los ojos de Sophie no se apartaron de Agatha cuando Tedros la tomó en sus brazos. Sus pupilas se oscurecieron hasta convertirse en brasas ardientes. Su cuerpo tembló de sudor. Sus uñas negras se clavaron en sus puños hasta sacar sangre. Desde lo más profundo de su alma, el odio brotó como lava y reavivó el fuego de su corazón. Con la mirada puesta en la pareja feliz,

Sophie alzó las manos y cantó a viva voz. Arriba de ella, las estalactitas negras se transformaron en picos filosos como navajas, y graznaron al cobrar vida.

De inmediato, una bandada de cuervos cayó desde el techo y atacó a todo el que se les cruzara.

Los chicos corrieron a buscar refugio y se taparon los oídos cuando los berridos de Sophie subieron una octava completa. Las hadas volaron hacia Sophie, pero los cuervos se tragaron a todas excepto a una, que apenas logró escapar a través de una grieta en la pared. Los lobos se taparon las orejas con las zarpas y quedaron desprotegidos, y las aves los degollaron con despiadada velocidad. El lobo blanco agarró a un lobo pequeño y marrón entre sus brazos y luchó con los cuervos negros, el hocico y las orejas sangrantes, pero la bandada los arrastró a ambos detrás del escenario y terminó con ellos. Sin embargo, cuando los pájaros se disponían a hacer lo mismo con los alumnos…

Sophie dejó de cantar y los cuervos se desintegraron como por arte de magia.

Gimiendo de dolor, todos miraron a la villana en el escenario. Pero Sophie miraba otra cosa.

Los Siempres y los Nuncas siguieron su mirada hasta la Corona del Circo, que se balanceaba en el aire, por fin a punto de nombrar al ganador. La corona revoloteó un momento, entre el Bien y el Mal, de atrás hacia adelante, de un lado hacia otro hasta que, liviana como una pluma, la filosa corona tomó una decisión… y se depositó suavemente en la cabeza de Sophie.

Los labios de la bruja se curvaron en una mueca.

—No nos olvidemos del premio.

Agatha vio que unos haces blancos borraban mágicamente el escenario detrás de Sophie, unos haces que ella ya había visto…

—¡HUYAN! —gritó.

Los rayos de luz borraron las paredes y salpicaron los pasillos mientras los alumnos, despavoridos, huían hacia las puertas. Pero era demasiado tarde…

El Teatro de Cuentos desapareció en medio de una ráfaga blanca, expulsando a ambas escuelas a la sala de escaleras de la Escuela del Bien. Los Siempres se estrellaron contra las escaleras de la torre rosa y los Nuncas contra las de la azul. Mientras los rayos y el viento destrozaban los vitrales, Hester y los villanos huyeron por los peldaños de las torres Honor y Valor. Pero justo cuando llegaba

al descanso de la escalera, la chica se resbaló sobre el cristal y cayó por un costado. Colgada del pasamanos con una mano, vio a Dot que pasaba gateando.

—¡Dot! ¡Dot, ayúdame!

—Discúlpame —replicó Dot, siguiendo su camino—. Yo solo ayudo a mis compañeras de cuarto.

—¡Dot, por favor!

—¡Yo vivo en un baño! Ustedes son unas bravuconas y malas amigas, me hacen tener vergüenza de ser vill…

—¡DOT!

Dot agarró la mano de Hester justo cuando estaba a punto de resbalarse.

Los Siempres no tuvieron tanta suerte: mientras gateaban desesperadamente escaleras arriba de las torres Pureza y Caridad, Sophie cantó una nota agudísima y las dos escaleras de cristal explotaron. Los bellos chicos y chicas se estrellaron contra el mármol. Sophie cantó una nota más aguda todavía. El vestíbulo tembló bajo sus pies, crujió como hielo delgado y se partió en cientos de lugares. Los Siempres, atónitos, cayeron unos encima de otros y se precipitaron por las abismales fisuras. Intentaron agarrarse a los fragmentos de mármol y a los pedazos de escalera, pero las pendientes irregulares del suelo eran demasiado pronunciadas y, con gritos desgarradores, se desplomaron por los bordes. Mientras caían por las grietas, las manos encontraban puntas astilladas de mármol. Los Siempres se aferraron con sus últimas fuerzas, pataleando sobre la oscuridad mortal que les esperaba.

—¡Agatha! —gritó Tedros mientras saltaba entre hendiduras y fisuras empapadas de lluvia para sacarlos, cada vez más consternado—. ¡Agatha!, ¿dónde estás?

Del otro lado del salón, allá en lo alto, junto a una ventana destrozada, vio dos manos pálidas que se aferraban a una pared rota.

—¡Agatha! ¡Ya voy!

Saltó sobre cráteres de piedra y escaló pedazos de escalera rota hacia el risco de mármol. Con una fuerte patada en tijera saltó a la parte irregular del risco, pasó sobre el cristal y agarró la mano de Agatha en el borde opuesto.

Sophie se repuso y lo enfrentó.

Tedros retrocedió horrorizado, pero se encontró con el borde del precipicio y

con los Siempres, abajo, que gritaban pidiendo ayuda.

—Si los príncipes rescatan a las princesas, entonces me pregunto… —dijo Sophie, la Corona del Circo brillando sobre su pelo empapado por la lluvia—. ¿Quién rescata a los príncipes?

—Prometiste… —tartamudeó Tedros mientras buscaba una escapatoria—. ¡Prometiste que cambiarías!

—¿De verdad? —Sophie se rascó el cráneo—. Bueno, los dos hicimos promesas y no las cumplimos. —Con un chillido, soltó la nota más alta hasta el momento.

El príncipe cayó de rodillas. Viendo que gemía de dolor, Sophie cantó una nota más aguda todavía. Paralizado, Tedros sintió que le sangraba la nariz y que sus oídos zumbaban. Lentamente, Sophie se inclinó y apoyó un dedo sobre sus labios temblorosos. Sonrió y miró sus asombrados ojos azules; luego lanzó una nota mortal…

Agatha la derribó sobre la ventana abierta, y su corona salió volando en la tormenta.

Ensangrentado y débil, Tedros intentó ayudarla, pero Agatha lo miró enfadada.

—¡Ayuda a los demás!

—Pero…

—¡Ahora! —gritó Agatha, mientras inmovilizaba a Sophie contra la ventana.

Tedros reunió todas sus fuerzas y saltó del precipicio para rescatar a sus compañeros varados. Al oír un grito de Tedros, Agatha apartó la mirada de Sophie para asegurarse de que estuviera a salvo. La bruja rápidamente le dio una patada, y Agatha cayó de cara sobre el alféizar de la ventana.

Se levantó tambaleando, con la nariz ensangrentada.

—Lady Lesso tenía razón —observó Sophie, de pie para enfrentarla—. Te fortaleces cuando yo me debilito. Tú ganas cuando yo pierdo. Eres mi archienemiga, Agatha.

Sophie avanzó un paso hacia ella.

—¿Y sabes cómo lo sé?

Su rostro se tiñó de tristeza.

—Porque solo seré feliz cuando tú estés muerta.

Agatha retrocedió hacia la ventana, intentando encender su dedo tembloroso.



Cuatro tramos de escalera más arriba, Hester, Anadil y Dot irrumpieron en los pasillos de la torre Honor, mientras abajo se oían gritos y truenos.

—¡La Corona del Circo ya fue adjudicada! —chilló Hester, mientras abría las puertas de las oficinas de los profesores—. ¿Dónde están? —Dio vuelta bruscamente en una esquina y allí los vio.

La profesora Anémona, la profesora Dovey y el profesor Espada habían quedado paralizados mientras intentaban escapar; tenían las bocas abiertas, como si los hubiera sorprendido un hechizo justo cuando se dirigían a la sala de escaleras.

—Hester…

Hester siguió la mirada de Anadil hacia la ventana del pasillo. En el Puente Intermedio, los relámpagos iluminaron a lady Lesso, a la profesora Sheeks y al profesor Manley, todos paralizados con las mismas expresiones de susto.

—¿Podemos revivirlos? —preguntó Dot palideciendo—. Es solo un hechizo de aturdimiento.

—No es un hechizo de aturdimiento. —Anadil dio unos golpecitos sobre la piel de la profesora Dovey, que sonaron débiles y huecos.

—Es petrificación —dijo Hester, recordando la clase de Lesso—. Solo la persona que lanzó el hechizo puede revertirlo.

—Pero… ¿quién? —chilló Dot.

—Alguien que no quiere que los profesores interfieran —respondió Anadil, mirando la torre plateada sobre la bahía.

Dot se puso a temblar.

—Pero entonces… eso significa…

—Que estamos solos en esto —contestó Hester.



Agatha quedó sola con Sophie sobre una tormentosa isla de mármol, arriba del

vestíbulo destruido.

—No tenemos por qué ser enemigas, Sophie —suplicó, mientras intentaba encender su dedo detrás de la espalda.

—Tú me convertiste en lo que soy —musitó Sophie, con los ojos brillantes de lágrimas—. Me quitaste todo lo que era mío.

Agatha vio que Tedros y los Siempres se arrastraban entre los escombros y se retorcían de dolor y miedo. En medio de los relámpagos vio también a los Nuncas, que las observaban desde las torres del otro lado de la bahía y temblaban con las mismas expresiones. El corazón de Agatha latió con fuerza. Ahora todo dependía de ella.

—Podemos encontrar un final feliz aquí —rogó, y sintió que su dedo se encendía a sus espaldas—. Las dos podemos encontrar un final feliz.

—¿Aquí? —Sophie sonrió débilmente—. ¿Qué pasó con volver a casa, Aggie?

Agatha tartamudeó para encontrar una respuesta.

—Ah, ya veo —dijo Sophie, ensanchando su sonrisa—. Ahora tienes un evento al que asistir. Ahora tienes un príncipe.

—Yo solo quería que fuéramos amigas, Sophie —dijo Agatha, con los ojos inundados de lágrimas—. Es lo que siempre quise.

Sophie se volvió fría como el hielo.

—Tú nunca quisiste que fuéramos amigas, Agatha. Querías que yo fuera la fea.

Por arte de magia, la piel de sus mejillas se arrugó aún más.

Agatha se sobresaltó, y su dedo perdió intensidad.

—¡Sophie, esto te lo haces tú misma!

—Tú quisiste que yo fuera la mala. —Sophie estalló, y sus manos se convirtieron en garras.

—¡Puedes ser buena, Sophie! —exclamó Agatha, y los truenos ahogaron sus palabras.

—Tú quisiste que yo fuera la bruja —insistió Sophie, y sus ojos mostraron sus vasos sanguíneos.

—¡No es verdad! —Agatha retrocedió hasta la ventana.

—Pues bien, querida. —Sophie esbozó una sonrisa sin dientes—. Deseo

concedido.

—¡No!

Con un solo empujón, Sophie lanzó a Agatha hacia la tormenta. La chica se precipitó hacia el puente brillante y una muerte instantánea; Tedros gritó…

Un hada corrió a salvarla y la atajó con una voluntad que le costó la vida. Mientras la depositaba a salvo sobre la piedra inundada, Bane agradeció en silencio a Agatha de Gavaldon por todo el bien que había hecho. Luego, mientras ella volvía a respirar, él exhaló su último aliento y murió en la palma de la mano de Agatha, mojada y abierta.

La luz de los relámpagos iluminó la torre y Sophie fijó por un instante su mirada en Agatha, que palideció de impresión. Del otro lado de la bahía, Sophie vio que los Nuncas la miraban, congelados hasta los huesos. Se dio vuelta y encontró a Tedros y a los Siempres, acurrucados abajo en los rincones, mientras que Hester, Anadil y Dot observaban aterrorizadas desde las escaleras.

Su corazón palpitó al compás de los truenos, y la bruja tomó un fragmento de espejo, secándolo.

Su pelo empapado se había vuelto completamente blanco. Su rostro estaba poblado de enormes verrugas negras. Sus ojos se habían vuelto saltones y negros como los de un cuervo.

Se miró en el espejo salpicado, paralizada por el pánico.

Poco a poco, mientras Sophie escudriñaba su semblante, el pánico cedió. Su rostro se torció en una extraña mueca de alivio. Era como si, por fin, pudiera ver más allá de su reflejo… como si pudiera ver en su interior.

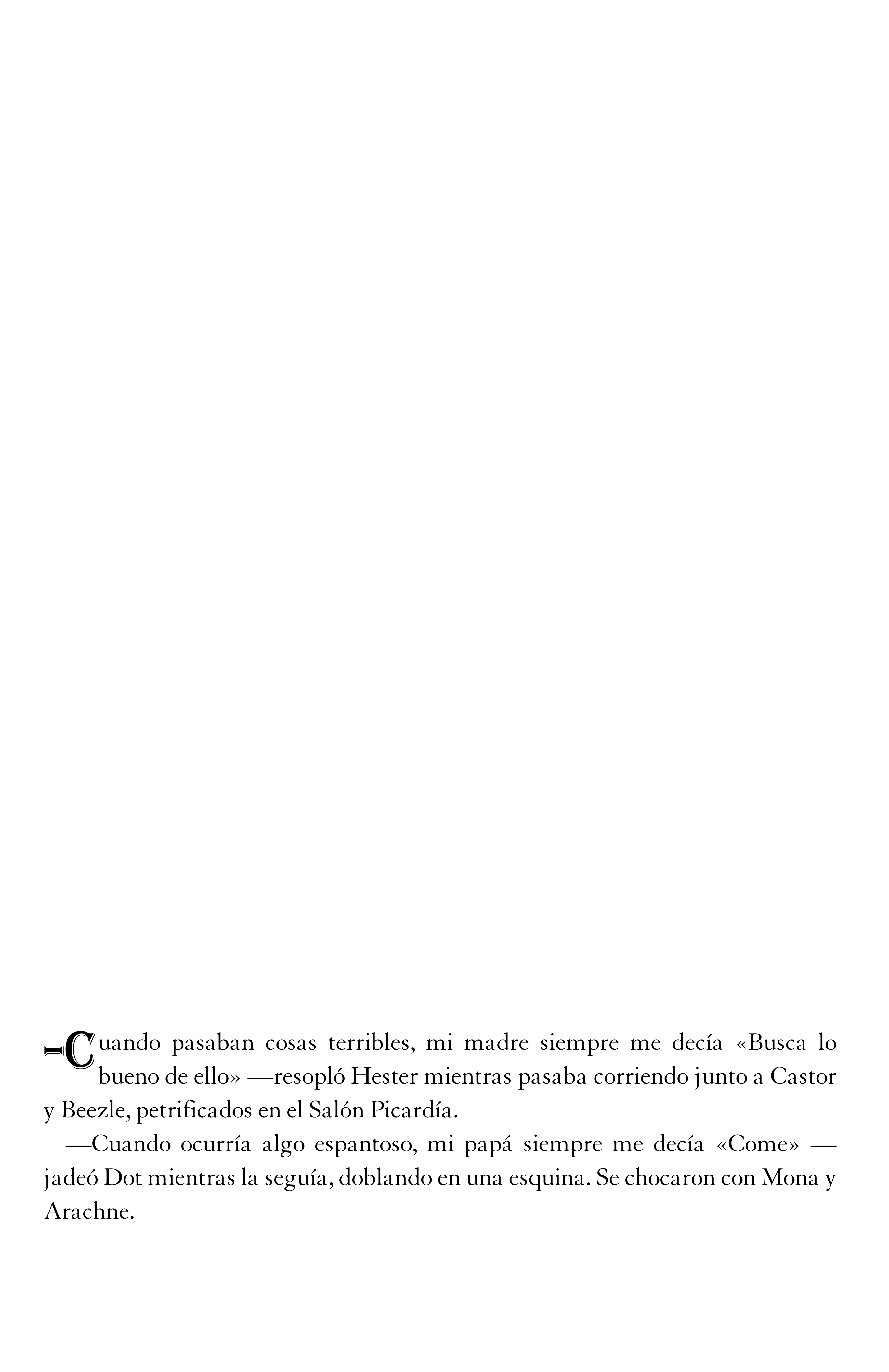
Los labios putrefactos se curvaron en una sonrisa y soltó una carcajada liberadora… cada vez más fuerte…

Arrojó el espejo, echó atrás la cabeza y soltó una horrible risotada que auguraba maldad, una maldad demasiado bella y pura como para hacerle frente.

De inmediato, sus ojos se fijaron en Agatha. Con un monstruoso grito de advertencia, se envolvió en su capa de serpiente y desapareció en medio de la noche.

28

La Bruja del Bosque Lejano



—Cuando pasaban cosas terribles, mi madre siempre me decía «Busca lo bueno de ello» —resopló Hester mientras pasaba corriendo junto a Castor y Beezle, petrificados en el Salón Picardía.

—Cuando ocurría algo espantoso, mi papá siempre me decía «Come» —jadeó Dot mientras la seguía, doblando en una esquina. Se chocaron con Mona y Arachne.

—¿Qué ocurre? —gritó Mona.

—¡Ve a tu habitación! —gritó Hester—. ¡Y no salgas de allí!

Mona y Arachne se metieron dentro y cerraron la puerta con llave.

Hester y Dot corrieron escaleras abajo y vieron que Hort, Ravan y Vex subían.

—¡Vayan a sus habitaciones! —gritó Dot—. ¡Y no salgan!

Los chicos miraron a Dot y luego a Hester.

—¡Ya mismo! —vociferó Hester, y los chicos huyeron corriendo.

—¿Te imaginas que yo fuera secuaz? —observó Dot, haciendo un mohín—. ¡No estaremos en las mismas clases el año que viene!

—¡Si es que queda una escuela a la que asistir! —replicó Hester.

Corrieron por la sala de escaleras y gritaron a los temerosos Nuncas que volvieran a sus habitaciones.

—Se me ocurre una cosa positiva —observó Dot—. ¡No tendremos tarea!

Hester se detuvo en seco, con los ojos muy abiertos.

—Dot, no estamos preparados para una bruja real. ¡Somos alumnos de primer año!

—Pero si es solo Sophie —dijo Dot—. La misma chica a la que le gusta el perfume y el color rosa. Solo tenemos que tranquilizarla.

Hester forzó una sonrisa.

—Sabes, a veces te subestimamos.

—¡Vamos! —se ruborizó Dot, caminando rápidamente—. Quizá Anadil la haya encontrado.

Después de revisar el resto de la torre Maldad, las dos chicas volvieron renqueando a la habitación 66 y encontraron a su compañera de cuarto reclinada sobre unas sábanas amontonadas.

—Todos están encerrados en sus habitaciones —dijo Dot, ventilando su túnica.

Mientras se secaba el sudor, Hester miró enfadada a Anadil.

—¿Acaso buscaste a Sophie?

—No tuve necesidad —respondió Anadil con un bostezo—. Va a venir aquí.

—¿Aquí? —resopló Hester—. ¿Y cómo diablos lo sabes?

Anadil apartó las sábanas y les mostró a Grimm, que estaba atado y

amordazado.

—Porque me lo dijo él.



En la Escuela del Bien, Chaddick y Tedros montaban guardia fuera de la sala de estudios de la torre Valor, con las camisas rotas y ensangrentadas. Dentro del húmedo salón repleto de alumnos, las chicas lloriqueaban en los brazos de sus parejas para el Baile, mientras Beatrix y Reena socorrían a los chicos heridos con bálsamos y vendas. Para cuando salió el sol, ellos también se habían dormido.

Agatha era la única que no se atrevía a descansar. Enroscada en un sillón de piel de cebra, pensó en la chica que una vez le había llevado jugo de pepinos y galletas de harina de salvado, que la acompañaba a dar caminatas y le confiaba sus sueños.

Esa chica ya no existía. La había reemplazado una bruja que no pararía hasta verla muerta.

Miró por la ventana hacia el puente, iluminado por el amanecer, y a los profesores petrificados y la ola mágica inmóvil. No había ningún accidente, ningún terrible error. Todo esto formaba parte del plan del Director. Él quería que sus dos Lectoras estuvieran en guerra.

Pero ¿de qué lado estaba él?

Cuando el sol empezó a inundar la habitación, Agatha abrió los ojos y esperó el siguiente movimiento de Sophie.



En la habitación 66 la mañana llegó y se fue. Y la tarde también.

—¿No tendrías algo para picar? —preguntó Dot desde su cama. Hester y Anadil la fulminaron con la mirada; Grimm continuaba amordazado y gruñía entre las dos.

—No he comido nada desde ayer, y ya no puedo comer chocolate porque ustedes me obligaron a vivir en un baño, y el chocolate me recuerda a…

Hester le quitó la mordaza a Grimm.

—¡Dinos dónde está Sophie!

—Venir —replicó Grimm.

—¿Cuándo? —preguntó Hester.

—Esperar —respondió Grimm.

—¿Qué?

—Grimm venir. Grimm esperar.

Hester miró a Anadil.

—¿Es por eso que estamos aquí?

Una llave giró en la cerradura, y las tres chicas se escondieron debajo de sus camas.

—¿Grimm?

Sophie entró despacio, se quitó la capa negra y la colgó en el gancho de la puerta.

—¿Dónde estás?

Buscó en la habitación, rascándose el cuero cabelludo con sus uñas afiladas y sucias.

Debajo de sus camas, Hester, Dot y Anadil soltaron un grito al ver caer mechones de pelo blanco.

Sophie giró y vio el bulto que se movía debajo de las mantas.

—¿Grimm?

Con desconfianza se acercó a la cama.

Las tres chicas la atacaron desde atrás.

—¡Átale las muñecas! —gritó Hester mientras ataba las piernas de Sophie al pilar de la cama con sábanas quemadas. Anadil ató las muñecas de la bruja sobre su cabeza, junto a las de Grimm, y Dot golpeó al cupido en la cabeza con una almohada, para mostrarse útil.

—¿Acaso olvidaron —dijo Sophie con voz cansina— que estoy del lado de ustedes?

—¡Todos estamos del mismo lado! —siseó Hester—. En tu contra.

—Admiro tus buenas intenciones, Hester, pero el Bien no está de tu lado.

Bajo la luz, Hester vio que el rostro de Sophie estaba deteriorado por las arrugas.

—Te pudrirás aquí hasta que encontremos la manera de revivir a los

profesores —dijo Hester, y escondió las manos, que le temblaban.

—Solo quiero que sepan que las perdono —suspiró Sophie—. Antes de que me lo pidan.

—No te lo pediremos —dijo Hester, alejando a Anadil y a Dot. Anadil sacó la capa de Sophie del gancho.

—Volverán por mí.

Se dieron vuelta y miraron a Sophie, en cuya sonrisa vieron que le faltaban más dientes.

—¡Ya verán!

Hester se estremeció y cerró la puerta a sus espaldas.

La puerta se abrió y Dot miró dentro.

—¿Por casualidad no tendrás algún refrigerio?

Pero Hester tiró de ella y cerró de un portazo.

Inmediatamente, Grimm masticó su mordaza y la escupió.

—Buen chico —dijo Sophie, acariciándolo mientras el cupido mordisqueaba sus ataduras—. Hiciste muy bien al mantenerlas aquí.

Abrió su armario y sacó un costurero con olor a humedad y cajas con telas e hilos.

—Estuve muy ocupada, Grimm. Y aún tengo mucho trabajo por hacer.

¡CRAC!

Sophie miró a la puerta.

¡CRAC! ¡CRAC!

Del otro lado, Anadil martillaba tablas, cerraduras y tornillos en la puerta, mientras Hester y Dot la atrancaban con estatuas y bancos del pasillo. Hester vio que los Nuncas espiaban desde sus habitaciones.

—¡QUÉDENSE DENTRO! —vociferó, y las puertas se cerraron.

—Me siento muy mal —gimió Dot—. ¡Es nuestra compañera de cuarto!

—No sé qué será eso, pero no es nuestra compañera de cuarto —replicó Hester.

Dentro de la habitación, Sophie tarareó al ritmo del martillo, mientras una aguja mágica cosía bajo su dedo encendido.

—Tendrán que deshacer todo eso —suspiró, recordando la última vez que alguien la había encerrado en su cuarto—. Tanto trabajo en vano.



A media tarde, los Siempres, inquietos, se animaron a salir en grupos para bañarse. Luego se trasladaron todos juntos al Salón Comedor, donde las ollas encantadas en la cocina seguían funcionando a pesar de las ninfas petrificadas a su alrededor. Los alumnos llenaron sus platos con curry de ganso, ensalada de lentejas y sorbete de pistacho y se sentaron a comer en silencio frente a las mesas redondas.

En la mesa principal, Agatha intentó mirar a los ojos a Tedros, pero él solo mordisqueó un hueso de pollo con aire abatido. Nunca lo había visto tan cansado; había lastimaduras alrededor de sus ojos, sus mejillas estaban descoloridas y tenía una mancha pequeña en la mandíbula. Era el único que no se había bañado.

El silencio continuó hasta que los chicos casi terminaron de comer el postre.

—Mmm, no sé si sabían, pero… ehh, ¿el Salón del Bien? —dijo tímidamente Kiko—. Todavía sigue… en pie.

Ciento diecinueve cabezas le prestaron atención.

Kiko apoyó el sorbete sobre su cara sudorosa.

—Así que, si quisiéramos, podríamos… eh… celebrar nuestro… ya saben…

Tragó saliva.

—Baile.

Todo el mundo la miró fijamente.

—O no —murmuró Kiko.

Sus compañeros de clase volvieron a su postre.

Un momento después, Millicent dejó su cuchara.

—¡Usamos tanto tiempo en prepararnos!

—Y todavía nos quedan dos horas para arreglarnos —agregó Giselle.

Reena palideció.

—¿Es tiempo suficiente?

—¡Yo me ocupo de la música! —dijo Tristan.

—¡Iré a ver el salón! —dijo Tarquin.

—¡Que todo el mundo se vista! —exclamó Beatrix y, con un hurra, la multitud dejó sus cucharas y se puso de pie de un salto.

—A ver si entiendo. —Se oyó la voz de Agatha—. Las hadas y los lobos están muertos, los profesores están bajo un hechizo, la mitad de nuestra escuela está en ruinas, hay una asesina suelta, ¿y quieren celebrar un Baile?

—¡No podemos rendirnos frente a una bruja! —replicó Chaddick.

—¡No podemos renunciar a nuestros vestidos! —se lamentó Reena.

Los Siempres se pusieron de acuerdo.

—¡Los profesores estarían orgullosos!

—¡El Bien nunca se rinde frente al Mal!

—¡Ella quiere arruinarnos el Baile!

—¡Cállense todos!

Se hizo silencio. Los Siempres miraron a Tedros, que seguía sentado.

—Agatha tiene razón. No podemos celebrar el Baile ahora.

Sus compañeros de clase se entristecieron y asintieron. Agatha exhaló.

—Primero debemos encontrar a la bruja y matarla —gruñó Tedros.

Agatha cerró las manos transformadas en puños, mientras los Siempres aclamaban: «¡Matemos a la bruja! ¡Matemos a la bruja!»

—¿Ustedes creen que ella simplemente está esperándonos? —gritó Agatha, subiéndose a su silla—. ¿Creen que pueden meterse en la Escuela del Mal para matar a una bruja real?

Los gritos cesaron.

—¿A qué te refieres con una bruja *real*? —preguntó Beatriz, mirándola con odio. Kiko palideció al comprender.

—El Cuentista realmente está escribiendo su cuento de hadas, ¿verdad?

Agatha asintió, y el salón estalló en risas nerviosas.

—No sabemos quién controla estos cuentos de hadas —gritó por encima de las risas—. No sabemos si el Director es bueno o malo. Ni siquiera sabemos si el bosque está en equilibrio. Lo único que sabemos es que Sophie me quiere muerta y que matará a todo aquel que se interponga. Así que propongo que volvamos a la torre Valor y esperemos.

Todos se volvieron a mirar a Tedros, que miró a Agatha con el ceño fruncido.

—Bueno, soy el Capitán de esta escuela —replicó—, y yo digo que ataquemos.

Todos lo miraron a él y luego a su princesa.

—Tedros, ¿confías en mí? —preguntó Agatha con dulzura, mirándolo.

Se produjo un silencio incómodo ante la pregunta; Tedros sostuvo su mirada.

El príncipe miró hacia otro lado.

—Volvamos a la torre Valor —murmuró.

Mientras los Siempres obedecían sus órdenes y limpiaban sus platos a regañadientes, Agatha tocó su hombro.

—Hiciste lo correct…

—Voy a darme un baño —dijo con voz áspera—. ¡Quiero verme bien para nuestra noche de escondernos como niñitas!

Agatha dejó que se desahogara. Cuando Tedros salía del salón, Beatrix lo detuvo en la puerta.

—¡Entremos a la Escuela del Mal, Teddy! ¡Mataremos a la bruja juntos!

—Haz lo que te dicen —replicó Tedros, la empujó y se fue.

Beatrix lo miró irse, y sus mejillas enrojecieron.

Pocos minutos más tarde, mientras los Siempres volvían pesarosos a la prisión de la torre Valor, ella fue a su habitación por los pasadizos exteriores, donde la esperaba un conejito blanco muerto de hambre que se puso a saltar de alegría al verla.

—Ya te daré tu cena, Teddy —dijo, alzándolo—. Pero tienes que ganártela.



Hester se despertó con el castillo a oscuras. El campanario dio las ocho. Se había dormido sobre su propia baba; se sacó el libro *Cómo revertir maldiciones* que tenía clavado en la mejilla y miró a Dot y Anadil, apoyadas la una sobre la otra detrás de los muebles que atrancaban la habitación. Sobresaltada, Hester se incorporó y miró.

La puerta de la habitación 66 seguía intacta. Hester exhaló aliviada, y luego se atragantó.

Había movimientos del otro lado del pasillo.

Se trepó sobre la pila de muebles y fue en puntas de pie hacia la escalera. Al acercarse, vio tres figuras encorvadas que descendían los peldaños sigilosamente. Un minuto después otras dos figuras bajaron en silencio.

Hester esperó detrás del pasamanos hasta que vio más sombras. Encendió la antorcha de la escalera.

Mona, Arachne, Vex y Brone la miraron estupefactos.

—¿Por qué salieron de sus habitaciones? —vociferó Hester.

—¡Venimos a ayudarte! —dijo Mona.

—¡Queremos defendernos! —agregó Vex.

—¿Qué? ¿Qué están…?

Luego Hester vio que tenían algo en las manos.

Anadil soñaba con las cloacas y Dot con habichuelas cuando se despertaron con sendas patadas en el estómago.

—¡Miren! —Hester levantó una tarjeta negra con brillos verdes y escrita con letra blanca fantasmal.



—Bonita poesía. Pero no vale la pena despertarnos para eso —dijo Dot con voz soñolienta—. ¿A qué venganza se refiere?

—¡No hay ninguna venganza! —gritó Hester.

—¿Entonces por qué lo escribiste? —Quiso saber Anadil.

—¡No la escribí yo, idiotas!

Las dos chicas la miraron. De inmediato se levantaron y corrieron hacia la escalera.

—¿Cómo hizo para salir? —gritó Anadil, saltando de a dos peldaños.

—¡La hizo antes de llegar! —replicó Hester, mientras el reloj daba las ocho y media.

—Es muy buena gastando bromas. —Dot bajó la escalera a los tropezones

—. ¿Cuál creen que será su venganza?

—¿Más cuervos? —sugirió Anadil.

—¿Nubes venenosas? —dijo Hester.

—¿Bombas puestas debajo de las dos escuelas para explotar al mismo tiempo? —dijo Dot.

Hester palideció.

—¿Y si todos están muertos?

Atravesaron corriendo la sala de escaleras, pasaron por el Salón Comedor y la Exhibición del Mal hasta las puertas con telarañas, talladas con cráneos, en el otro extremo de la escuela. Hester tiró la invitación negra, abrió las puertas y las tres chicas ingresaron al Salón del Mal, preparadas para presenciar una carnicería.

Dot miró y se desmayó. A las otras dos les costó respirar.

—¿Esta es la venganza? —dijo Hester con los ojos inundados de lágrimas.

Afuera del salón, Teddy el conejito salió desde atrás de la escalera y corrió hacia la tarjeta que Hester había tirado. La tomó entre sus dientes, con cuidado de no estropear el brillo. Después, mientras pensaba en peras, ciruelas y otras delicias, regresó saltando a buscar a su ama.



Desplomada sobre una pared, en la sala de estudios de la torre Valor, Agatha intentaba mantener los ojos abiertos, pero sentía que le pesaban cada vez más, hasta que perdió el equilibrio y un par de brazos la atajaron. Entrecerrando los ojos vio a Tedros, en camiseta y arrodillado frente a ella, rojizo y húmedo por el baño.

—Duerme —le dijo—. Aquí estoy.

—Sé que estás enfadado conmigo…

—Shhh —la silenció, mientras la abrazaba con más fuerza—. Basta de discusiones.

Con una sonrisa culpable, Agatha se dejó caer en sus fuertes brazos y cerró los ojos.

En eso se abrieron las puertas de la sala.

—¡Teddy!

Era Beatrix, que con su grito despertó a todos los Siempres. Tedros levantó la mirada, irritado.

—¡Ya vienen! —exclamó Beatrix mientras le tendía la tarjeta negra y Agatha se incorporaba en sus brazos—. ¡Vienen a matarnos!

Tedros leyó el texto de letra fantasmal, y las venas se tensaron en su cuello.

—¡Lo sabía! —Agatha intentó mirar por encima de su hombro, pero él se puso de pie.

—¡ATENCIÓN!

Los Siempres se sentaron de inmediato.

—En este mismo momento, los villanos están preparando una venganza contra nuestra escuela —proclamó Tedros—. Ahora todos los Nuncas están confabulados con Sophie. Nuestra única esperanza es atacar la Escuela del Mal antes de que ellos vengan por nosotros. ¡Atacaremos a las nueve de la noche!

Agatha se puso de pie, impresionada.

—¡Prepárense para pelear! —rugió Tedros mientras abría las puertas.

—¡Guerra! —gritó Chaddick, a la cabeza de los Siempres que lo seguían—. ¡Prepárense para pelear!

Aturdida, Agatha levantó la tarjeta caída. Cuando la leyó, sus ojos se iluminaron.

—¡No! ¡No ataquen!

Salió corriendo de la sala de estudios, pero alguien puso un pie en su camino. Agatha se estrelló contra la pared y perdió el conocimiento.

—¡Uy! —dijo Beatrix, y marchó detrás del resto.



Agatha abrió los ojos con un fuerte dolor de cabeza, y vio que la sala estaba vacía.

Gruñendo de dolor, siguió las huellas por un pasadizo exterior hasta la torre Honor, y pasó por el Remanso de Hansel antes de oír el ruido inquietante de las espadas sobre piedra.

Miró dentro del aula de brillantes caramelos rellenos y vio a los Siempres

afilando espadas reales, flechas, hachas, mazas y cadenas sustraídas del arsenal.

—¿Cuánto aceite hirviendo? —preguntó uno.

—¡Suficiente para cegarlos a todos! —respondió otro a los gritos, apoyando su espada contra la piedra de afilar.

En el aula de piruletas, Reena cortaba los vestidos de las chicas para que fueran más prácticos para la pelea, mientras que Beatrix daba a cada chica una bolsa con piedras recortadas y dardos de espinas.

—Pero los chicos están entrenados para la guerra —se lamentó una de las chicas.

—¡Ni siquiera aprendimos a pelear! —dijo otra.

—¿Prefieren ser esclavas de los villanos? —respondió Beatrix—. ¿Y tener que cocinar niños, comer corazones de princesas y beber sangre de caballo…?

—¿Y vestirnos de negro? —chilló Reena.

Las Siempres tragaron saliva.

—Entonces aprendan rápido —dijo Beatrix.

En el aula de malvaviscos, Kiko y Giselle encendían decenas de antorchas, mientras en el salón de gomas de cereza, Nicholas y un grupo de chicos tallaban un ariete.

Agatha encontró a Tedros en el último salón junto a Chaddick y otros dos Siempres. Estaban inclinados sobre un mapa dibujado a mano, apoyado sobre el escritorio de ciruelas confitadas de la profesora Dovey.

—¿Cómo sabes dónde está el Salón del Mal? —preguntó Chaddick.

—Es una suposición —respondió el príncipe—. Agatha es la única que estuvo en esa maldita escuela, pero no puedo encontrarla. Dile a Beatrix que vuelva a buscarla.

—Te ahorraré el trabajo.

Los chicos se dieron vuelta y vieron a Agatha.

—Necesitamos tu ayuda —dijo Tedros, sonriendo.

—No ayudaré a un Capitán a empujar a su ejército a la muerte —dijo Agatha.

Tedros se ruborizó, sorprendido.

—¡Agatha, van a matarnos!

—*Ahora el Bien viene a matarnos a todos* —respondió ella, mostrándole la

tarjeta negra—. ¡El Mal no nos va a atacar! ¡Sophie quiere que tú ataques!

—Por primera vez esa bruja y yo coincidimos en algo —dijo Tedros—. Ahora, ¿estás conmigo o no?

—No te dejaré ir.

—¡Yo soy el hombre aquí, no tú!

—¡Entonces actúa como uno!

El reloj dio las nueve.

Mientras sonaban las campanadas de la torre, los chicos miraron nerviosos a Tedros y a Agatha.

La última campanada cesó.

En medio del silencio, Agatha vio la duda en los ojos de Tedros y supo que había ganado. Sonrió con dulzura y buscó su mano, pero Tedros la rechazó. La miró furioso, con la cara roja, cada vez más roja…

—¡ATAQUEMOS AHORA! —gritó, y un clamor se propagó por todo el pasillo.

Mientras sus tres lugartenientes corrían a organizar las tropas, Tedros tomó el mapa y se dirigió a la puerta.

Agatha se interpuso en su camino. Antes de que ella pudiera hablar, Tedros la tomó de la cintura.

—Agatha, ¿confías en mí? —murmuró.

Ella suspiró, irritada.

—Por supuesto, pero…

—Bien. —Tedros dio un portazo y trabó la puerta con una flecha.

—Lo lamento —dijo a través de la rendija de la puerta—. Pero soy tu príncipe y voy a protegerte.

—¡Tedros! —Agatha golpeó la puerta de calabaza—. ¡Tedros, ella los matará a todos!

A través de la rendija, vio cómo él llevaba a su ejército del Bien a la guerra, armados con antorchas, armas, ariete y el cántico sanguinario: «¡Matemos a la bruja! ¡Matemos a la bruja!». En el pasillo iluminado por antorchas, sus sombras se deformaron sobre las paredes, oscuras y retorcidas, y luego desaparecieron como por arte de magia.

Agatha sintió que la invadía el pánico. Tenía que llegar a la Escuela del Mal

antes que Tedros y su ejército. Pero ¿qué podía hacer para salvarlos?

«Solo cuando sus archienemigos estén muertos se sentirán satisfechos», había dicho lady Lesso.

Los ojos de Agatha se inundaron de lágrimas, con la tristeza de una decisión ya tomada.

Se entregaría a Sophie para que nadie más muriera.

Dejaría ganar a la bruja.

Era el único final feliz que quedaba.

Con un chillido feroz, golpeó y pateó la puerta. Hasta usó el escritorio de ciruelas confitadas como ariete, pero no se rompió. Arrojó sillas a las paredes tostadas, pisoteó los pisos de melaza… pero solo había una escapatoria de este salón. Chorreando de sudor, Agatha miró por la ventana.

Se subió a horcajadas al alféizar y con la enorme bota buscó la cornisa; su vestido azul se hinchó en el viento. Cuando el gélido aire nocturno golpeó su rostro, sacó la otra pierna y se aferró a una ristra de luces doradas con las que las hadas habían envuelto la torre para el Baile. Con un jalón desesperado, apoyó los dos pies en el estrecho resalte y se dio vuelta.

Estaba tan arriba del Puente Intermedio que los profesores paralizados parecían escarabajos. El viento brutal lastimó sus orejas y la hizo tiritar tanto que estuvo a punto de resbalarse. A través del cristal del pasadizo exterior pudo ver el desfile de antorchas que inundaba la torre Honor rumbo al túnel de árboles. Solo tenía algunos minutos antes de que el Bien cayera en manos del Mal.

Con puños agrietados, Agatha jaló de las luces que tenía arriba y vio que eran resistentes. Miró el entramado de enredaderas iluminadas por las hadas que descendía por la torre, como un camino de luces que la conduciría al puente.

Por favor resiste, imploró Agatha.

Tomó la enredadera, saltó del reborde y oyó que este crujía. Su cuerpo cayó, golpeó contra una saliente de cristal, y justo antes de descender, algo la rozó y se clavó a un centímetro de su mejilla. Agatha se aferró mientras la enredadera se derrumbaba, entonces vio qué era…

Una flecha.

Colgada de ella, miró hacia atrás, impresionada, justo a tiempo para ver que

una flecha rozaba su otra mejilla. Más flechas surgieron de la oscuridad, apuntadas justo hacia ella. Las puntas de acero la rozaron una y otra vez. Agatha cerró los ojos y esperó recibir un doloroso disparo mortal.

Los zumbidos cesaron.

Agatha abrió los ojos. Las flechas formaban una escalera irregular que descendía por la pared de la torre.

No se preguntó quién estaba intentando matarla ni cuestionó su golpe de suerte. Simplemente descendió por las flechas lo más rápido que pudo hasta el Puente Intermedio, pasó junto a los profesores petrificados y extendió las manos hacia la barrera, que nunca apareció. Mientras el ejército de Tedros llegaba al claro y descubría que los túneles del Bien y del Mal se habían entrelazado mágicamente y eran infranqueables, a lo lejos Agatha cruzó a salvo hacia la guarida de los villanos.

En lo alto, junto a una ventana de la torre Maldad, Grimm guardó su arco.

—Y no le tocaste ni un pelo de la cabeza —dijo Sophie mientras lo acariciaba—. Como a ti te hubiese gustado.

Grimm gruñó obediente, mientras Sophie observaba cómo el ejército de Tedros marchaba alrededor del foso, y luego a Agatha, que desaparecía en el interior de la Escuela del Mal, sola.

—Ya falta poco —dijo Sophie.

Apartó los mechones de pelo blanco sobre su escritorio y siguió cosiendo, como un titiritero tirando alegremente de las cuerdas.



Agatha esperaba que la atraparan apenas ingresara en la Escuela del Mal. Pero mientras avanzaba por el vestíbulo inundado, vio que no había guardias, ni trampas, ni síntomas de guerra. En la Escuela del Mal reinaba un silencio perturbador, excepto las puertas de hierro que se abrían y cerraban con un crujido al final de la sala de escaleras. Miró detrás de las puertas y encontró el Teatro de Cuentos, inmaculado y restaurado, con una diferencia. Mientras que el frente del escenario de piedra antes mostraba un fénix surgiendo entre las cenizas, ahora había una nueva escena…

Una bruja gritando, rodeada de cuervos.

Temblando, Agatha subió la escalera hacia el Salón del Mal.

Pero queridos Nuncas, tendremos nuestra venganza…

¿Qué maldad le infligirían los Nuncas por orden de Sophie? Pensó en los peores villanos que había leído en los cuentos de hadas. ¿La transformarían en piedra? ¿Desfilarían con su cabeza decapitada? ¿La cocinarían para preparar pastel de carne?

Aunque hacía un frío glacial, Agatha sintió que sus mejillas sudaban al dar vuelta la esquina.

¿La meterían en un barril con clavos y la echarían a rodar? ¿Le arrancarían el corazón? ¿Llenarían su estómago con piedras?

El sudor se mezcló con lágrimas mientras miraba los cientos de huellas…

¿La quemarían? ¿La lapidarían? ¿La apuñalarían?

Se echó a correr hacia la tortura y la muerte, deseando que, algún día, ella y Sophie volvieran a encontrarse en un mundo diferente, un mundo sin príncipes, sin dolor…, y con un grito de terror se abalanzó contra las puertas talladas con cráneos…

Y se quedó sin aire.

El Salón del Mal estaba transformado en un magnífico salón de baile y brillaba con adornos verdes, globos negros, miles de velas con llamas a tono y una araña de luces giratoria que bañaba los murales de las paredes con explosiones de luz color esmeralda. Alrededor de una enorme escultura de hielo de dos serpientes entrelazadas, Hort y Dot bailaban un vals a los tropezones, Anadil posaba sus brazos sobre Vex, Brone intentaba no pisar los pies verdes de Mona, y Hester y Ravan giraban y murmuraban mientras otras parejas de villanos bailaban alrededor. Los compañeros de cuarto de Ravan hacían sonar la música en violines de juncos, y más parejas se acercaban a la pista de baile, torpes, tímidos, pero llenos de felicidad, y bailaban debajo de un estandarte con lentejuelas:

PRIMER «NO BAILE»
ANUAL DE VILLANOS

Agatha rompió en llanto.

La música cesó.

Se secó los ojos y vio que los Nuncas la observaban. Las parejas se separaron. Los rostros enrojecieron de vergüenza.

—¿Qué hace ella aquí? —dijo Vex.

—¡Irá a contarles a los Siempres! —dijo Mona.

—¡Agárrenla! —gritó Arachne.

—Yo me ocupo de esto —dijo una voz.

Hester salió de entre la multitud. Agatha se tambaleó hacia atrás.

—Hester, escucha…

—Esta es una fiesta de villanos, Agatha —dijo Hester, avanzando hacia ella—. Y tú no eres una villana.

Agatha se agachó contra una pared.

—Espera… no…

—Me temo que solo queda una cosa por hacer —continuó Hester, mientras su sombra tapaba a Agatha.

Agatha se tapó la cara.

—¿Morir?

—Invitarte —respondió Hester.

Agatha la miró fijamente. Lo mismo hicieron los Nuncas.

Vex la señaló.

—P… pero… ella… es…

—Bienvenida como mi invitada —dijo Hester—. A diferencia de los Bailes de Nieve, en los No Bailes no hay reglas.

Agatha agitó la cabeza, y en lugar de hablar se puso a llorar. Hester tocó su hombro.

—Así encontramos el Salón —dijo con voz quebrada—. Creo que ella quiso que tuviéramos lo que ella no pudo. Quizá es su manera de decir que lo lamenta.

Agatha rompió en sollozos.

—Yo también lo lamento…

—Yo te arrojé a una cloaca —lloriqueó Hester—. Todos hemos cometido errores. Pero los resolveremos, ¿no es verdad? Las dos escuelas juntas.

Agatha lloraba con tanta fuerza que el cuerpo le tembló.

Hester se puso tensa.

—¿Qué sucede?

—Yo lo intenté —sollozó Agatha—. Intenté detenerlos.

—¿Detener a quién…?

«¡MATEN A LOS VILLANOS! ¡LOS NUNCAS MORIRÁN!»

Hester se dio vuelta lentamente.

«¡MATEN A LOS VILLANOS! ¡LOS NUNCAS MORIRÁN!»

Los Nuncas se arremolinaron en las ventanas gigantes y miraron hacia la noche. Debajo de la empinada colina marchaba el ejército del Bien alrededor del foso; sus armas brillaban bajo la luz de las antorchas.

Los villanos perdieron el brillo de sus rostros y volvieron a meterse en su caparazón. El viento sopló por las ventanas y apagó las velas, dejando el salón oscuro y frío.

—Así que has venido a advertirnos. Y tu príncipe viene a matarnos —dijo Hester mientras observaba la violenta multitud—. Hasta ahí llegó su amor.

—No tienen que pelear contra ellos —insistió Agatha—. Dejen que ellos vean lo que yo vi.

Hester se dio vuelta, con los ojos embravecidos.

—¿Y dejar que se rían de nosotros? ¿Recordarles lo que somos? Feos. Indignos. Perdedores.

—¡No es eso lo que son!

Pero Hester había vuelto a ser la chica peligrosa que era.

—¡Tú no sabes nada de nosotros! —gruñó.

—¡Todos somos iguales, Hester! —rogó Agatha—. Déjalos que vean la verdad. ¡Es la única manera!

—Sí —respondió Hester en voz baja—. Solo hay una manera —agregó, mostrando los dientes—. *¡Liberen a la bruja!*

—¡No! —gritó Agatha—. ¡Es lo que ella quiere!

Hester sonrió con desdén.

—Y recordémosle a nuestra princesa lo que sucede cuando las bellas doncellas van adonde no deben.

Agatha lanzó un grito cuando las sombras de los villanos se abalanzaron sobre ella.



En lo alto, en una torre putrefacta, una multitud de cincuenta Nuncas apartaron los últimos muebles y quitaron el último clavo de la habitación 66. Con un grito salvaje, derribaron la puerta y retrocedieron, atónitos.

Una bruja arrugada y espantosa los estaba esperando, vestida con un exquisito vestido rosa de baile. Se frotó la brillante cabeza calva y mostró las encías negras.

—Déjenme adivinar —dijo, sonriendo—. A nuestra fiesta llegaron invitados inesperados.

29
Mal Hermoso

Cuando Agatha abrió los ojos sintió un fuerte frío glacial. Estaba acostada de espaldas, encerrada en un ataúd de cristal escarchado. Decenas de siluetas borrosas aparecieron frente a ella. Aterrorizada, quiso levantarse, pero no pudo moverse.

No era cristal. Era hielo.

Trató de inhalar más aire pero se atragantó. Sus ojos parecieron salírsele de las órbitas, sus mejillas se volvieron azules… Luego las sombras oscuras se retiraron y quedó un espectro rosa flotando. Agatha, sin aliento, pasó la lengua por la escarcha. Sophie, calva y grotesca, le sonrió, con un hacha del Salón de Torturas en las manos. Mientras Agatha daba sus últimas bocanadas, sus ojos rogaron piedad. Sophie la observó a través del hielo, tocó con los dedos el rostro sepultado de Agatha… y levantó el hacha.

Desde algún lugar oyó un grito de Hester.

El hacha se estrelló contra el hielo, destrozó el ataúd y se detuvo a medio milímetro de la cara de Agatha. Esta cayó al piso mojado, respirando con esfuerzo.

—¿Congelar a una pobre princesa? —dijo Sophie con un suspiro—. No es forma de tratar a una invitada, Hester.

—Las flechas… fuiste tú… —tartamudeó Agatha, arrastrándose hacia atrás —. Me trajiste aquí… para matarme…

—¿Matarte? —Sophie pareció ofendida—. ¿Crees que puedo matarte?

Del otro lado del salón, Agatha vio a Hester acurrucada junto a Anadil y Dot, que miraban boquiabiertas a la que alguna vez había sido su compañera de cuarto, ahora convertida en una bruja calva y arrugada.

—Lo cierto es que quiero lastimarte, Agatha —dijo Sophie, derritiendo el hacha con su dedo encendido—. Pero no puedo.

Examinó su rostro putrefacto en un globo.

—Anoche me porté mal.

—¿Mal? —dijo Agatha, tosiendo—. ¡Me empujaste por una ventana!

—¿Tú no habrías hecho lo mismo? —inquirió Sophie mientras observaba el vestido azul de Agatha en el globo—. ¿Si yo te hubiera quitado todo lo que era tuyo?

Sophie se dio vuelta; su vestido rosa brillaba.

—Pero este es tu cuento de hadas, Agatha. Y podemos terminarlo como enemigas o como amigas.

—¿A… amigas? —farfulló Agatha.

—El Director dijo que era imposible. Y quizá las dos pensamos que tenía razón —dijo Sophie; la piel alrededor de sus verrugas se agrietaba—. Pero ¿cómo podría entendernos?

Agatha retrocedió, indignada.

Sophie asintió.

—Ahora soy fea —aceptó en voz baja—. Pero puedo ser feliz aquí, Agatha. Realmente puedo ser feliz. Estamos donde debemos estar. Tú eres buena. Yo soy mala.

Su mirada se posó en el salón decorado.

—Pero el mal puede ser hermoso, ¿no es verdad?

La luz de las antorchas iluminó las ventanas.

—¡Sophie, los Siempres están en la puerta! —gritó Anadil, que montaba guardia.

—Venganza —dijo Agatha, temblando—. Dijiste que querías venganza.

—¿De qué otro modo podía atraer al Bien aquí, Agatha? —observó Sophie con voz triste—. ¿De qué otra manera podía mostrarles que lo único que queríamos era tener un Baile propio?

—¡Sophie, ya vienen! —gritó Dot. Abajo, los Siempres embistieron contra las puertas del castillo con el ariete.

—Pero ahora pondremos fin a todo esto, ¿verdad? —continuó Sophie, mientras sacaba un puño nudoso del bolsillo de su vestido.

Agatha agrandó los ojos. Sophie tenía algo en la mano.

—¡ESTÁ ARRIBA! —Los Siempres habían ingresado.

—Agatha —dijo Sophie, acercándose a ella con el puño cerrado.

—*¡MATEN A LA BRUJA!* —gritaron los Siempres, precipitándose a la escalera.

Sophie extendió el puño manchado.

—Mi amiga… mi archienemiga…

Agatha se encogió. Sophie mostró la palma de su mano.

Y se hincó en una rodilla.

—¿Quieres bailar conmigo? —Agatha contuvo el aliento.

¡BUM! Los Siempres golpearon las puertas del salón.

—Sophie… ¿Qué estás haciendo? —gritó Hester.

Sophie extendió la mano arrugada hacia Agatha.

—Les mostraremos que todo terminó.

Las puertas comenzaron a astillarse.

—Un baile, por la paz —prometió Sophie.

—¡Sophie, van a matarnos a todos! —chilló Hester.

Sophie mantuvo la mano extendida.

—Un baile por un final feliz, Aggie.

Paralizada, Agatha miró a Sophie mientras las cerraduras de las puertas se rompían.

Las verrugas de Sophie brillaron por las lágrimas.

—Un baile para salvar mi vida.

—¡A la cuenta de tres! —rugió Tedros desde el otro lado de la puerta.

Sophie miró a Agatha con grandes ojos negros.

—Soy yo, Aggie. ¿No lo ves?

Temblando, Agatha escudriñó el espantoso rostro.

—¡Uno!

—Agatha, por favor…

Agatha dio un paso atrás, aterrorizada.

—Por favor… —rogó Sophie mientras su rostro se descascaraba—. No me dejes morir como una villana.

Agatha se alejó de ella.

—Eres maligna…

—Y el Bien perdona.

Agatha se quedó inmóvil.

—¿No eres buena? —musitó Sophie.

—¡Dos!

Con un grito ahogado, Agatha tomó su mano.

Sophie la abrazó con sus brazos huesudos y la apretó contra su pecho mientras bailaba un vals en la pista. Hester, desesperada, hizo una señal a los compañeros de cuarto de Ravan para que tocaran alguna canción de amor.

—Eres buena —resolló Sophie, con la cabeza apoyada en el hombro de Agatha.

—No dejaré que te lastimen —susurró Agatha, apretando con fuerza a Sophie.

Sophie tocó su mejilla.

—Ojalá pudiera decir lo mismo.

Agatha la miró. Sophie esbozó una sonrisa siniestra.

—¡Tres!

Tedros rompió las puertas con el ataque de su ejército y, con un grito bestial, alzó su espada sobre la espalda de Sophie.

—¡Muerte a la bru…!

Entonces vio el vals en pleno.

Sophie giró hacia él, con Agatha en sus brazos. Tedros soltó la espada.

—Pobre Teddy —dijo Sophie, acallando la música—. Cada vez que encuentra a su princesa, resulta que es una bruja.

Tedros miró a Agatha, atónito.

—¿Estás… con ella?

—¡Está mintiendo! —gritó Agatha, luchando por deshacerse de Sophie.

—¿Cómo crees que sobrevivió a la caída? ¿Por qué crees que trató de impedir tu ataque? —preguntó Sophie mientras apretaba aún más a Agatha—. Sí, Teddy, me temo que tu pareja para el Baile es también la mía.

Tedros levantó la mirada y vio el estandarte que colgaba en el salón.

Los Siempres palidecieron detrás de Tedros.

—¡No la escuches! —chilló Agatha—. ¡Es una trampa!

—Agatha, no te preocupes, querida. Puedes contarle —dijo Sophie.

Se volvió hacia Tedros, exasperada.

—Ella quería esperar a tener una espada sobre tu garganta.

Tedros miró a Agatha, atónito.

—¡No es cierto! —gritó—. ¡Tengo pruebas! —Se dio vuelta. —¡Hester! ¡Dot! ¡Díganle!

Pero Hester, Dot y el resto de los Nuncas miraban boquiabiertos al ejército del Bien, con armas mortales preparadas para una masacre. Hester miró a Agatha y calló.

Agatha observó que el brillo de los ojos de su príncipe se apagaba. Detrás de él, los Siempres armados apuntaron sus armas hacia ella.

—¡No! ¡Esperen! —Se liberó y cayó en los brazos de Tedros. —¡Tienes que creerme! ¡Estoy de tu lado!

—¡No me digas! —murmuró Sophie—. Entonces, ¿cómo explicas que tu príncipe te haya encerrado en una torre… y tú apareces en otra?

Agatha sintió que los brazos de Tedros se tensaban. Miró su rostro pálido.

—Respóndele —dijo.

—Vine para ayudarte… bajé por la torre…

—¡Bajaste! —chilló Sophie—. ¡De esa torre!

Tedros siguió su mirada a la altísima torre de la Escuela del Bien.

—Había flechas… —farfulló Agatha.

—No sé por qué es tan vergonzosa —dijo Sophie, rascándose la cabeza—.

Fue ella la que propuso cada paso. Las diabluras en la Escuela del Bien, la reunión en el bosque, el ataque en el Circo… todo fue parte del plan maestro de Agatha. Todo, excepto esa encantadora sonrisa nueva. Eso se debió a la magia negra.

A Agatha le costaba respirar.

—Solo el mejor Mal puede disfrazarse de Bien —dijo Sophie, fulminándola con la mirada—. En eso Agatha me supera.

Tedros, con los ojos desorbitados, se alejó de Agatha.

—Una princesa no cuestionaría mi autoridad —dijo, rojo de indignación.

—Teddy, espera… —suplicó Agatha.

—Una princesa no cuestionaría si soy un hombre.

—Mira lo que hace contigo…

—Yo sabía que eras una bruja —murmuró con la voz quebrada—. Lo supe desde siempre.

—¿No confías en mí? —sollozó Agatha.

—Mi madre le hizo a mi padre la misma pregunta —respondió Tedros, luchando por no llorar—. Pero no cometeré el mismo error.

Miró a Excalibur, que estaba entre ambos. El príncipe corrió a buscarla, pero Agatha llegó primero y empuñó la espada, poniéndose de pie de un salto. Los Siempres sacaron sus armas, horrorizados.

—¿Lo ves? —dijo Sophie con una sonrisa sarcástica—. La espada sobre tu garganta.

Agatha miró a Sophie, luego a Tedros, los ojos fijos en cómo su propia espada lo apuntaba. Agatha la soltó.

—¡No! Yo solo… no fue mi intención…

Tedros enrojeció de ira.

—¡Prepárense para atacar!

Agatha retrocedió.

—¡Tedros, escúchame!

Tedros le quitó el arco a Chaddick.

—Tedros, espera…

—Soy peor que mi padre. —Levantó la mirada, con los ojos húmedos. —Porque todavía te amo.

Apuntó una flecha hacia el corazón de Agatha.

—¡No! —gritó Agatha.

—¡Disparen!

Los Siempres lanzaron piedras, dardos y aceite a los Nuncas indefensos, mientras Tedros soltaba la flecha destinada a Agatha…

Sophie agitó su dedo encendido justo cuando la flecha rozó su pecho. Todas las armas se convirtieron en margaritas y descendieron flotando al suelo.

Los Nuncas, asustados, levantaron la mirada, anonadados por estar vivos. Agachada en medio de ellos, Agatha lentamente se dio vuelta.

—Me lo enseñó mi princesa favorita —dijo Sophie en un murmullo.

Agatha cayó al suelo y estalló en sollozos.

Tedros miró a una y luego a la otra, y el miedo inundó su rostro.

Sophie esbozó una sonrisa diabólica.

—Jamás fuiste muy bueno en estos desafíos, ¿verdad, Teddy?

—¡No! —Tedros cayó de rodillas y tomó a Agatha entre sus brazos. Ella lo alejó.

—Ese sí que es un buen final. El príncipe intenta matar a su princesa —dijo Sophie con deleite. Tomó la margarita destinada al corazón de Agatha y la olió con éxtasis—. Afortunadamente vino el Mal para acabar con el problema.

Desde el suelo Tedros la miró, abatido.

—Claro que esta situación plantea un interrogante… —Sophie lamió sus labios podridos.

—¿Qué sucede cuando el Mal se convierte en Bien?

Esta vez, cuando Sophie sonrió, Tedros vio sus dientes blancos y brillantes, y retrocedió, atónito.

Frente a sus ojos, las verrugas de Sophie desaparecieron mágicamente, sus profundas arrugas se alisaron, hasta que su piel se volvió sedosa y brilló de juventud. El cabello le creció en la cabeza lustrosa en una cascada de rizos rubios, y los labios se engrosaron, más húmedos y brillantes. Agatha espió entre sus dedos y vio que los ojos de Sophie brillaron de un color verde esmeralda y el cuerpo envejecido recuperó su esplendor. La magnífica villana se paró frente a ella con su vestido rosa de baile, más radiante y cautivadora que nunca.

—Váyanse… váyanse ahora —les advirtió Agatha, pero los Siempres se

quedaron paralizados y miraron detrás de Sophie.

Encogiéndose, Agatha se dio vuelta.

Vio que Hester la observaba; su vestido ahora era rosa. Como por arte de magia, su fino pelo se transformó en una cabellera larga y gruesa, su rostro cetrino se hizo más redondo y el tatuaje recuperó un magnífico color rojo. Al lado de ella, el pelo blanco de Anadil se transformó en castaño y sus ojos rojos en verde mar, mientras que el cuerpo voluminoso de Dot adquirió sensuales curvas. En globos que hacían las veces de espejos, Hort vio cómo su mandíbula se volvía más angulosa, en su barbilla aparecía un hoyuelo y la enorme túnica negra se transformaba en la chaqueta azul de un Siempre. Ravan notó que su piel grasosa se aclaraba, Brone levantó su camisa y vio músculos tensos, Arachne se pasó los dedos por sus dos nuevos ojos, Mona tocó su piel que ahora era suave y de color marfil… en todo el salón, los villanos transformados, boquiabiertos, se miraron unos a otros, vestidos con uniformes de la Escuela del Bien.

Sophie sonrió a Agatha.

—Te dije que el Mal puede ser hermoso, ¿no es así?

—¡Retírense! —ordenó Tedros mientras retrocedía junto a su ejército.

—Aún no se termina, Teddy —vociferó Sophie—. Tú y tu ejército invadieron un Baile. Tú y tu ejército atacaron a una escuela indefensa. Tú y tu ejército intentaron matar un salón lleno de pobres alumnos que lo único que pretendían era disfrutar de la noche más feliz de su vida. Y eso plantea otra pregunta…

—¡Retírense ahora mismo! —ordenó Tedros.

—¿Qué sucede cuando el Bien se convierte en Mal?

Se oyeron gritos detrás de Tedros.

Agatha se dio vuelta y vio que Beatrix daba un grito de dolor mientras su espalda se encorvaba con un crujido. Luego su cabellera se volvió blanca, el rostro se le llenó de marcas de viruela como el de una vieja bruja y el vestido rosa perdió su gracia y se volvió negro sobre su cuerpo enjuto.

Detrás de ella, poco a poco los vestidos y trajes de los Siempres se fueron convirtiendo en las túnicas negras de los Nuncas. A Chaddick le crecieron púas de metal en todo el cuerpo, Millicent se puso a llorar cuando su piel se volvió verde, Reena gritó y se puso a rascarse las mejillas cubiertas de costras, Nicholas

empezó a tambalear, con un solo ojo y jorobado. Uno por uno, los Siempres que habían atacado a los villanos se afearon. Agatha fue la única que escapó al castigo… hasta que, por último, Sophie sonrió al ver a Tedros, calvo, larguirucho, con terribles cicatrices, frente a su ejército de villanos.

—¡Salve el príncipe! —exclamó con una risa socarrona.

Los Nuncas hermosos señalaron a los Siempres horribles y se sumaron a un coro de risas de triunfo, echando por tierra un legado de derrotas.

Agatha tomó una espada caída y la apuntó a Sophie.

—¡Tu guerra es conmigo! ¡Déjalos ir en paz!

—Por supuesto, querida —respondió Sophie con una sonrisa—. Las puertas están abiertas.

Los Siempres repugnantes corrieron hacia ellas. Todos excepto Tedros, arrugado y enjuto, que ahora les impedía el paso.

—Por favor, Teddy. Termina con esta guerra —rogó Agatha.

—No puedo abandonarte —dijo el príncipe con voz ronca.

Agatha miró sus ojos tristes y horrorosos.

—Esta vez tendrás que confiar en mí.

Tedros agitó la cabeza, demasiado avergonzado para discutir.

—¡Retírense! —dijo a sus compañeros con voz entrecortada—. ¡Retírense ahora mismo!

Con un grito angustiado, condujo a los monstruosos Siempres a las puertas, que se cerraron en sus rostros.

—Todos ustedes realmente deberían aprender las reglas —suspiró Sophie.

Tedros y su ejército se dieron vuelta, temblando.

—El Mal ataca, el Bien defiende —dijo Sophie—. Ustedes atacaron… —Esbozó una sonrisa—. Ahora nos defendemos.

Sophie cantó tres notas agudas. De repente, Agatha oyó unos gruñidos fuera, cada vez más elevados, con ojos desorbitados al reconocer su origen.

—¡HUYAN! —gritó.

Las puertas se abrieron violentamente y tres ratas colosales, al mando de Grimm, embistieron al ejército paralizado de Tedros. Los roedores, grandes como caballos, chillaron y gruñeron, acorralaron a los Siempres contra las paredes y los empujaron escaleras abajo y por la ventana de cristal hacia el foso.

Antes de que los chicos de la torre Valor pudieran desenvainar sus espadas, las ratas los pisotearon como si fueran soldaditos de plomo.

—Y yo que pensé que mi talento pasaría desapercibido —dijo Anadil a Dot, que miraba patitiesa. Un dardo de espina pasó zumbando entre ambas. Las chicas se dieron vuelta y vieron que Tedros y los feos Siempres agarraban sus armas con desesperación.

—¡Disparen! —gritó Tedros.

Dot esquivó una andanada de flechas, mientras los hermosos Nuncas respondían con maldiciones, y las dos escuelas se trabaron en combate de armas y hechizos. Mientras los dardos volaban, las espadas desviaban rayos y los dedos de ambos bandos se encendían de colores. Las ratas se liberaron de las riendas de Grimm, arrojaron a Ava contra una araña de luces y mordieron a Nicholas en el trasero. Grimm levantó vuelo rápidamente y persiguió a Agatha por todo el salón, arrojándole flechas con puntas de fuego. La chica saltó detrás de un pilar y levantó su dedo encendido justo cuando Grimm disparaba otra flecha. Esta se convirtió en un atrapamoscas y mordió la mano del cupido, que huyó dando alaridos. Agatha se dio vuelta y vio a las espantosas Beatrix, Reena y Millicent que rogaron, aterrorizadas:

—Si puedes convertir las flechas en flores —dijo Beatrix entre lágrimas—, ¿puedes hacer que volvamos a ser bonitas?

Agatha la ignoró y miró desde atrás del pilar la tremenda carnicería. Entre ambos bandos se disparaban hechizos de colores, y el suelo se cubría de cuerpos aturdidos. Contra la ventana, dos ratas arrinconaron al demacrado Tedros y a sus compañeros temblorosos y les mostraron los dientes afilados como cuchillos.

Agatha se dirigió a las chicas.

—¡Tenemos que ayudarlos!

—No tiene sentido —lloriqueó Millicent

—Solo míranos —dijo Reena.

—No tenemos nada por lo que luchar —se lamentó Beatrix.

—¡Tienen que pelear por el Bien! —gritó Agatha, mientras las ratas devoraban las armas de los chicos—. ¡No importa qué aspecto tengan!

—Para ti es fácil decirlo —dijo Beatrix—. Todavía eres bonita.

—¡Nuestras torres no se llaman Belleza y Encanto! —vociferó Agatha—.

¡Se llaman Valor y Honor! ¡Eso es el Bien, malditas cobardes!

Se quedaron boquiabierta mirando cómo Agatha entraba en combate para salvar a los chicos de las ratas. Algo la golpeó y la arrojó contra una pared.

Aturdida, la princesa levantó la mirada y vio a Sophie, montada sobre la rata más grande de todas, que volvía para atacarla. Agatha intentó encontrar un hechizo, pero no tuvo tiempo.

Beatrix saltó frente a la rata y extendió su mano. Una lluvia mágica cayó desde el techo y empapó el salón. La rata se resbaló y se chocó contra los Nuncas que atacaban. Sophie se estrelló contra el suelo.

—Otra de las cosas buenas que tiene el Bien. —Beatrix sonrió a Agatha, con Reena y Millicent a su lado—. Nos necesitamos unas a otras.

Sophie levantó la mirada y vio a los Siempres que se armaban de coraje para enfrentar a los Nuncas derribados. Chaddick usó las púas de su cuerpo para clavarlas en el corazón de una rata, Tedros se trepó a la cola de otra para apuñalarla en el cuello, mientras el resto de los Siempres ataban a los acobardados Nuncas con sus túnicas y cinturones negros.

De repente vio que sus propias manos habían sido atadas mágicamente con enredaderas.

—Te olvidas de que estamos en un cuento de hadas —dijo una voz a sus espaldas.

Forcejeando, Sophie se dio vuelta y vio a Agatha parada sobre ella, con el dedo encendido.

—Al final, el Bien siempre gana —dijo Agatha.

Sophie dejó de forcejear.

—Así es —dijo, mirando a Agatha.

Entonces Agatha vio que Sophie no la estaba mirando a ella, sino algo a sus espaldas: el último mural del vestíbulo, una pintura en la que multitudes se arrodillaban frente al Cuentista, que brillaba en las manos del Director como una estrella.

Una sonrisa malévola se dibujó en el rostro de Sophie.

—A menos que yo misma escriba el final.

Apuntó con su dedo encendido y los charcos de lluvia instantáneamente se hicieron más profundos, haciendo caer a Agatha y a los dos ejércitos. Los

alumnos patalearon en el agua y trataron de mantener la cabeza a flote, pero el agua subió más y más, hasta llegar al techo, y estuvieron a punto de ahogarse. Con los carrillos inflados, casi azules, vieron cómo Sophie bloqueaba la ventana rota con su cuerpo atado. Sonrió con suficiencia y luego se dejó caer.

La masa de agua atravesó la ventana y arrastró a doscientos alumnos que cayeron al foso helado.

La guerra continuó de inmediato en medio del lodo hediondo, que cubrió los rostros y las ropas. Los alumnos no podían verse unos a otros bajo la luz tenue del amanecer. Hester hundió la cara de Anadil en el fango pensando que era una Siempre, Beatrix le dio un puñetazo en la mandíbula a Reena creyendo que era una Nunca, Chaddick ahogó al que tuvo más cerca… que resultó ser Tedros, quien clavó sus dientes podridos en el cuello de su mejor amigo. En medio de la confusión, los alumnos empezaron a cambiar de rosa a negro, de negro a azul, de feos a hermosos, de hermosos a feos, y así sucesivamente, cada vez más rápido, hasta que nadie tuvo la más mínima idea de quién pertenecía al Bien y quién al Mal.

Ninguno de los enemigos vio que, a lo lejos, en la bahía, una chica vestida de rosa trepaba a la torre del Director, ladrillo por ladrillo, con la ayuda de las flechas de Grimm. Mucho más abajo, un príncipe trepaba detrás de ella, su silueta bañada por la luna. Visto más de cerca, un príncipe de cabello negro azabache y voluntad de hierro, que esquivaba las flechas del cupido en un…

Vestido azul inflado por el viento.

Visto más de cerca, no era ningún príncipe.

30

Nunca Más

briéndose paso hasta la ventana de ladrillos plateados, Sophie apretó los dientes.

El Bien siempre gana.

Su archienemiga tenía razón. Mientras el Director estuviera vivo, mientras el Cuentista estuviera en sus manos, ella nunca podría lograr su venganza. Había solo una manera de arruinar el final feliz de Agatha: destruir la pluma y a su protector.

Con un gruñido, Sophie entró en la torre del Director y agitó su dedo encendido…

Pero este se apagó.

La cámara de piedra vacía estaba iluminada por cientos de velas de llama roja dispuestas a lo largo de bibliotecas y estantes. El piso de piedra bajo sus pies estaba repleto de pétalos de rosa. Oyó el rasguido de un arpa en una tierna melodía.

Sophie frunció el entrecejo. Había venido en son de guerra y en cambio se encontraba con una ceremonia. El Bien era todavía más patético de lo que pensaba.

Entonces vio al Cuentista.

Del otro lado de la habitación, flotaba sin supervisión arriba del libro de cuentos, sobre la mesa de piedra, en medio de las sombras.

A través de una lluvia de pétalos y velas parpadeantes, Sophie se aproximó sigilosamente a la afilada pluma mortal. Cuando estuvo cerca vio que la letra de la pluma ardía en contacto con el acero. Con los ojos centelleantes y la respiración en suspenso, extendió la mano para agarrarla, pero la pluma se sacudió y pinchó su dedo. Sophie dio un respingo, impresionada.

Una sola gota de su sangre cayó en el Cuentista y llenó los surcos de su mecanismo antes de volcarse a la pluma mortífera. La pluma, alimentada con esta nueva tinta, ardió roja, se zambulló en el libro, que empezó a pasar las páginas frenéticamente. Todo su cuento de hadas pasó frente a sus ojos, con imágenes deslumbrantes y destellos de palabras: el momento en que conoció a Tedros en la ceremonia de bienvenida, cuando se escondió de su príncipe en la Prueba, cuando fue testigo de la declaración de Tedros a Agatha, cuando llevó al ejército del Bien a la guerra, hasta cuando trepó por las flechas hasta esta misma torre. El Cuentista encontró una página en blanco y derramó contornos de sangre en un solo movimiento. Mágicamente completó los perfiles con ricos colores, y Sophie vio cómo adquiría forma un brillante dibujo de sí misma, en la

torre en la que se encontraba ahora. Con un deslumbrante vestido rosa de baile, su dibujo miraba a los ojos a un apuesto desconocido, alto, delgado, en la flor de la edad y de la belleza.

Sophie tocó su rostro sobre la página… sus ojos azules centelleantes, piel del color del mármol, fantasmal cabello blanco…

No era un desconocido.

Había soñado con él durante su última noche en Gavaldon. El príncipe al que había elegido entre cientos en un baile en el castillo. Con quien viviría feliz para siempre.

—Todos estos años te esperé —dijo una voz cálida.

Se dio vuelta y vio que el Director enmascarado se acercaba a ella desde el otro extremo de la habitación, con una corona oxidada y torcida sobre la cabeza de pelo grueso y blanco. Poco a poco su cuerpo se enderezó, hasta que quedó alto y erguido. Luego se quitó la máscara y dejó ver su piel de porcelana, pómulos marcados, y alegres ojos azules.

A Sophie le temblaron las rodillas.

Él era el príncipe del dibujo.

—P… pero eres j… joven…

—Todo esto fue una prueba, Sophie —dijo el Director—. Una prueba para encontrar a mi amor verdadero.

—¿Tu verdadero… yo? —farfulló Sophie—. ¡Pero tú eres bueno y yo soy mala!

El Director sonrió.

—Quizá deberíamos comenzar por ahí.



Colgada en las alturas, en el punto límite entre el foso y el lago, Agatha trepó por las flechas clavadas en los ladrillos plateados y esquivó nuevos disparos de Grimm, que volaba alrededor de la torre del Director. Cuando el cupido colocó otra flecha en su arco, Agatha saltó hacia la siguiente saeta, pero esta se quebró y cayó hacia abajo. La cabeza le dio vueltas. Grimm le mostró sus amarillentos dientes de tiburón, le apuntó la flecha a la cara…

Se puso rígido como un pájaro aturdido y cayó a las aguas oscuras del foso.

Agatha se dio vuelta y vio a Hester apuntándola con el dedo rojo casi apagado. Estaba encadenada en el lodo profundo. A la luz de la luna pudo ver su rostro, lleno de remordimiento por haber desaprovechado la oportunidad de poner fin a aquella guerra. Alrededor de ella, los Siempres habían recuperado el control de la batalla. Los villanos intentaban deshacerse de sus ataduras y habían vuelto a ser feos, mientras cuatro Siempres inmovilizaban al hombre lobo de Hort con golpes y patadas.

Agatha sintió que la última flecha se quebraba bajo su mano.

—¡Socorro! —grito, pataleando. La flecha se rompió…

Y se congeló, de tal manera que pudo sostenerse.

Agatha miró hacia abajo y vio a Anadil a lo lejos, con su dedo verde encendido apuntado a la flecha congelada.

Después, por encima de su cabeza, el siguiente ladrillo plateado se volvió marrón oscuro. Agatha sintió un rico aroma azucarado, y cuando extendió la mano tocó chocolate firme. Mientras trepaba por el caramelo de chocolate miró hacia abajo, del otro lado de la bahía.

La luz azul de Dot brilló con orgullo.

Cuando el siguiente ladrillo se convirtió en chocolate, Agatha subió con una sonrisa.

Parecía que las brujas habían cambiado de bando.



—Siempre estuve presente —dijo el Diector, mientras los primeros rayos del sol entibiaban su rostro frío y hermoso—. Yo hice que Agatha te siguiera la noche en que te secuestré. Yo me aseguré de que no aplazaras en los primeros días de clase. Yo abrí las puertas del Circo. Yo te di el acertijo cuya respuesta te traería hacia mí… Yo interferí en tu cuento de hadas porque sabía cómo debía terminar.

—Pero eso significa que eres… —Sophie vaciló—. ¿Malo?

—Amaba mucho a mi hermano —dijo el Director con voz tensa mientras observaba la furiosa batalla entre las escuelas—. Nos confiaron al Cuentista por

toda la eternidad, porque nuestro vínculo era más fuerte que nuestras almas en guerra. Mientras nos protegiéramos el uno al otro seríamos inmortales y bellos, el Bien y el Mal en perfecto equilibrio. Cada uno tan valioso y poderoso como el otro.

Se dio vuelta.

—Pero el Mal está destinado a la soledad.

—¿Así que mataste a tu propio hermano? —preguntó Sophie.

—De la misma manera en que intentaste matar a tu mejor amiga y a tu amado príncipe —respondió el Director con una sonrisa—. Pero no importaba cuánto me esforzara por controlar al Cuentista… Ahora el Bien salía victorioso en cada cuento nuevo.

Acarició los símbolos en el mango de la pluma.

—Porque hay algo mayor que el Mal más puro, Sophie. Algo que ni tú ni yo podemos tener.

Sophie comprendió finalmente. Su ardor se convirtió en tristeza.

—Amor —dijo en voz baja.

—Es esa la razón por la cual el Bien gana en todos los cuentos —dijo el Director—. Ellos pelean unos por otros. Nosotros solo podemos pelear por nosotros mismos.

»Mi única esperanza era encontrar algo más fuerte, algo que nos diera una oportunidad. Consulté a todos los videntes del bosque hasta que uno me dio la respuesta. Me dijo que lo que yo necesitaba vendría desde más allá de nuestro mundo. Entonces busqué todos estos años, y tuve cuidado de mantener el equilibrio, ya que mi cuerpo y mi esperanza se debilitaban… hasta que por fin llegaste tú. La que puede inclinar la balanza para siempre. La que es más poderosa que el amor del Bien.

El Director tocó su mejilla.

—El amor del Mal.

A Sophie le costó respirar al sentir los dedos gélidos sobre su piel.

Los labios del Director se curvaron en una sonrisa.

—Sader sabía que vendrías. Un corazón tan oscuro como el mío. Un Mal cuya belleza podía devolverme la mía. —Sus manos se movieron hacia su cintura—. Si nos unimos para sellar el vínculo del Mal; si nos casamos con el

propósito de lastimar, destruir, castigar… entonces tú y yo por fin tendremos algo por lo que luchar.

El aliento del Director rozó su oreja.

—Nunca Más.

Sophie levantó la mirada hacia él y por fin comprendió. Él tenía su misma frialdad maléfica, el mismo dolor reflejado en los ojos. Mucho antes que a Tedros, su alma había conocido a su verdadera pareja. No era un caballero brillante que luchaba por el Bien. No era alguien bueno en absoluto.

Todos estos años ella había intentado ser otra persona. Había cometido tantos errores a lo largo del camino… Pero por fin había llegado a su hogar.

—Un beso —musitó el Director—. Un beso de Nunca Más.

Las lágrimas cayeron por las mejillas de Sophie. Después de todo tendría su final feliz.

Se entregó al abrazo del Director, y él la estrechó con fuerza. Mientras él la sujetaba del cuello y la inclinaba para darle un beso de cuento de hadas, Sophie observó tiernamente al príncipe de sus sueños.

Pero ahora el rostro del príncipe empezaba a agrietarse.

Su piel luminosa se apergaminó. Detrás del Director, las rosas se transformaron en gusanos y las velas rojas proyectaron sombras diabólicas. Afuera, el cielo del amanecer se nubló de un verde infernal y el castillo del Bien se oscureció hasta transformarse en piedra. Cuando los labios podridos del Director rozaron los de ella, Sophie sintió que se le nublaba la visión de un color rojo, las venas ardieron con ácido y su cuerpo se descompuso en sintonía con el de su amado. Su piel se ampolló y sostuvo la mirada de su príncipe, rogando sentir amor, ese amor que los libros de cuentos le habían prometido, el amor que duraría una eternidad…

Pero lo único que sintió fue odio.

Devorada por el beso, por fin vio que nunca encontraría amor ni en esta vida ni en la siguiente. Ella era mala, siempre mala, y nunca tendría felicidad ni paz. Mientras su corazón se quebraba de tristeza, se entregó a la oscuridad sin oponer resistencia, y solo escuchó un eco moribundo, en algún lugar más profundo que su alma.

No es lo que somos, Sophie.

Es lo que hacemos.

Sophie se deshizo del abrazo del Director, y él cayó hacia la mesa de piedra, estrellando al Cuentista y al libro de cuentos contra la pared. En el reflejo del Cuentista caído, vio la mitad de su rostro podrido, dividido desde la frente hasta la barbilla. Sin poder respirar, huyó hacia la ventana, pero no tenía manera de bajar de la torre.

A través de la estremecedora niebla verde divisó la costa lejana. Las armas, los hechizos, los dos bandos habían desaparecido. Los fosos con lodo desbordaban de cuerpos ennegrecidos, chicos que golpeaban a cualquiera, metían rostros en el lodo, arrancaban piel y pelo, se retorcían y clamaban piedad. Sophie contempló esta batalla que ella había iniciado entre el Bien y el Mal, que ahora peleaban sin ningún objetivo.

—¿Qué hice? —murmuró.

Se dio vuelta y vio que el Director se movía en el suelo.

—Por favor —rogó Sophie—. ¡Quiero ser buena!

El Director levantó la mirada con ojos enrojecidos, mientras la piel se marchitaba alrededor de su fina sonrisa.

—Nunca podrás ser buena, Sophie. Por eso eres mía.

Él se acercó lentamente. Aterrada, Sophie se encogió contra la ventana mientras él extendía sus manos putrefactas para agarrarla.

Desde atrás, unos brazos suaves y cálidos la abrazaron como a un ángel y la arrastraron hacia el cielo nocturno.

—¡Aguanta la respiración! —gritó Agatha mientras caían.

Fuertemente abrazadas, las dos amigas cayeron de cara al agua congelada. El frío glacial no les permitió respirar y adormeció cada centímetro de su piel, pero no se soltaron. Sus cuerpos entrelazados se hundieron en la profundidad ártica y luego patalearon hacia el sol. Cuando salieron a la superficie y trataron de respirar, Agatha vio la sombra negra que volaba veloz hacia ellas. Con un grito silencioso, levantó su dedo encendido y generó una ola gigante, que las alejó del Director y las arrojó a la árida costa de la Escuela del Mal.

Con esfuerzo, Agatha se puso de rodillas en el foso y oyó los gritos de guerra a su alrededor. Chicos feroces, empapados en lodo, sin rostros ni nombres, aporreándose unos a otros como bestias.

En la distancia, un cuerpo se levantó del fango.

—¿Sophie? —dijo con voz ronca.

El cieno se desprendió y Agatha corrió hacia la orilla, horrorizada.

Miró hacia atrás y vio al Director, anciano y decadente, que caminaba hacia ella, con el Cuentista en la mano. Borboteando, Agatha se abrió paso hacia la costa entre cuerpos que luchaban, manos negras y aceitosas que trataban de agarrarle la cara, y el lodo que la hundía como arenas movedizas. Al mirar hacia atrás, vio que el Director avanzaba sin que los alumnos en guerra le prestaran atención. Atragantada con lodo, logró atravesar la multitud negra y subió al césped muerto, logró ponerse en pie para correr…

El Director estaba parado frente a ella; la piel se le desprendía del cráneo huesudo.

—Esperaba más de un Lector, Agatha —dijo—. Seguramente sabes lo que les espera a los que coartan el amor.

Agatha se puso roja de indignación.

—Jamás será tuya. No mientras yo viva.

Los ojos azules del Director se llenaron de sangre.

—Así está escrito.

Levantó al Cuentista como si fuera un puñal y lo apuntó contra Agatha con un grito ensordecedor.

Atrapada, Agatha cerró los ojos…

Un cuerpo chocó contra el suyo y la derribó.

Agatha abrió los ojos.

Sophie yacía junto a ella, con el Cuentista atravesado en su corazón.

El Director soltó un grito de desesperación.

La batalla llegó a su fin.

Los alumnos, ensangrentados, atónitos y en silencio, vieron cómo su líder, putrefacto y malévolo, se arrodillaba frente al cuerpo de la bruja que había salvado la vida de la princesa. El cuerpo de uno de los suyos.

Hundidos en el fango, los rostros de los Siempres y los Nuncas reflejaban terror y vergüenza. Se habían traicionado unos a otros y habían perdido frente al verdadero enemigo. Víctimas de la sed de venganza, habían abandonado el equilibrio que debían proteger. Pero cuando sus miradas se clavaron en la del

Director, sus jóvenes rostros se endurecieron, decididos. Entonces, los cisnes plateados de los uniformes del Bien y del Mal se tiñeron de blanco cegador y cobraron vida, graznando y aleteando.

De inmediato las diminutas aves se liberaron, remontaron vuelo al cielo en sombras y se fusionaron en una silueta brillante. El rostro del Director palideció al ver un fantasma luminoso, un rostro familiar de cabello níveo, mejillas blancas y cálidos ojos azules…

—Eres un espíritu, hermano —dijo el Director, frunciendo el entrecejo—. No tienes poder si no tienes un cuerpo.

—Y sin embargo… —resonó una voz.

Se dio vuelta y vio al profesor Sader que se acercaba renqueando desde el bosque y cruzaba las puertas de la escuela, ensangrentado de espinas. Temblando, Sader miró al fantasma en el cielo.

—Por favor.

Desde el cielo, el hermano del Bien se lanzó y se estrelló contra el cuerpo dispuesto de Sader.

Sader se estremeció, abrió los ojos color avellana y luego cayó de rodillas con los ojos cerrados.

Lentamente volvió a abrirlos, esta vez de color azul brillante.

El Director retrocedió, atónito. La piel de los brazos de Sader se transformó en plumas blancas y el traje verde desapareció. Aterrado, el Director se convirtió en sombra, huyó por el césped muerto hacia el lago, pero Sader voló por los aires tras él; los brazos humanos eran ahora gigantescas alas blancas de cisne; viró bruscamente y atrapó a la sombra en su pico. Con un fuerte graznido, la destrozó, y sobre el campo de batalla llovieron plumas negras.

Desde el cielo, Sader miró a Sophie en los brazos de Agatha; las lágrimas inundaron sus ojos color avellana al enfrentarse a lo primero y lo último que jamás vería. Luego, una vez consumado el sacrificio, se disipó en una nube dorada y desapareció.

Los profesores llegaron corriendo de los castillos, liberados de la maldición del Director. La profesora Dovey se detuvo en seco, y todos los demás detrás de ella. Lady Lesso prorrumpió en llanto mientras Clarissa la tomaba de la mano. La profesora Anémona, la profesora Sheeks, el profesor Manley, la princesa Uma,

todos tenían la misma expresión de temor e impotencia. Incluso era difícil distinguir quién era Castor y quién era Pollux Todos inclinaron la cabeza, tristes, sabiendo que habían llegado demasiado tarde siquiera para imponer su magia.

Frente a ellos, los chicos se amontonaron alrededor de Sophie, que moría en los brazos de Agatha. La princesa intentaba en vano contener la herida, en un mar de lágrimas.

Tedros se inclinó junto a ellas.

—Déjame ayudar —dijo, mientras se disponía a tomar a Sophie entre sus brazos.

—No… —dijo Sophie con voz ronca—. Agatha.

Sin decir palabra, Tedros la dejó en los brazos de su princesa.

Agatha apretó a Sophie contra su pecho; sus manos se empaparon con su sangre.

—Ahora estás a salvo —dijo Agatha con dulzura.

—No quiero… ser… mala —jadeó Sophie entre sollozos.

—No eres mala, Sophie —susurró Agatha mientras acariciaba su mejilla podrida—. Eres humana.

Sophie sonrió débilmente.

—Solo si te tengo a ti.

Sus ojos parpadearon con el último estertor.

—No… todavía no… —se esforzó Sophie.

—¡Sophie! ¡Sophie, por favor! —Agatha sollozó.

—Agatha… —Sophie exhaló su último aliento—. Te quiero.

—¡Espera! —gritó Agatha.

Un viento helado apagó la última de las antorchas y el castillo del Bien, negro, desapareció detrás de una niebla oscura.

Sollozando, temblando, Agatha besó los fríos labios de Sophie.

Unas plumas negras revolotearon en el suelo árido entre los pies de los alumnos. Todos observaron, horrorizados. Agatha apoyó la cabeza sobre el corazón silencioso de su amiga y lloró desconsoladamente. Al lado de los dos cuerpos, el frío y sanguinario Cuentista se tornó gris, su tarea finalmente se había consumado.

Los profesores abrazaron a los alumnos, y Agatha siguió sosteniendo el cuerpo de Sophie, sabiendo que debía soltarla. Pero no podía. Con la mejilla empapada en la sangre de Sophie, escuchó los sollozos a su alrededor, el viento sobre el fango devastado por la guerra, su respiración leve sobre el cadáver.

Y el latido de un corazón.

Los labios de Sophie recuperaron el color.

El brillo entibió su piel.

La sangre desapareció de su pecho.

Su piel recuperó su espléndida juventud y, con un grito de asombro, sus ojos se abrieron, color verde esmeralda.

—¿Sophie? —murmuró Agatha.

Sophie tocó el rostro de su amiga y sonrió.

—¿Quién necesita príncipes en nuestro cuento de hadas?

El sol apareció entre la niebla, cubriendo de oro los dos castillos.



Mientras el césped alrededor reverdecía, el Cuentista brilló con nueva vida y regresó volando a su torre en lo alto. En ambas costas, los vestidos de los alumnos, negros, rosas, azules, se fundieron en el mismo color plateado, eliminando las diferencias de una vez y para siempre.

Pero cuando los alborozados alumnos y profesores se acercaron a las amigas, retrocedieron repentinamente. Sophie y Agatha comenzaron a resplandecer, y a los pocos segundos sus cuerpos se volvieron traslúcidos. Viraron la una hacia la otra, porque en el viento las dos oyeron algo que el resto no pudo oír: el tañido potente del reloj de una aldea, cerca, cada vez más cerca…

Los ojos de Sophie brillaron.

—Una princesa y una bruja…

—*Amigas* —dijo Agatha, emocionada.

Miró a Tedros. Con un grito, su príncipe intentó alcanzarla.

—¡Espera!

Una luz resbaló entre sus dedos.

Ya habían partido.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@edicionesurano.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed /Puck.Ed

LATINOAMÉRICA /PuckLatam

/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra #EXPERIENCIAPUCK!

